

H. G. Wells

El amor y míster Lewisham

La historia de una pareja muy joven

CAPÍTULO PRIMERO

PRESENTACIÓN DE MÍSTER LEWISHAM

EL capítulo inicial no trata del Amor (en realidad este antagonista no aparece hasta el tercero) y en él se ve a míster Lewisham en sus estudios. Hace de ello diez años, y, en aquel tiempo, míster Lewisham era maestro auxiliar en la Escuela Privada de Whortley, en Whortley, Sussex, y disfrutaba de un salario de cuarenta libras anuales, de las que tenía que sacar quince chelines por semana durante el período escolar para pagar a su patrona, *mistress* Munday, que vivía en una pequeña tienda de West Street. Le llamaban «míster» para distinguirlo de los muchachos mayores cuyo deber consistía en aprender, aunque había órdenes estrictas para que se le diera el tratamiento de «*sir*».

Llevaba un traje de confección. Su chaqueta negra, de líneas rígidas, estaba empolvada con tiza escolar en la parte delantera y en las mangas. Tenía unas facciones suaves y un bigotito incipiente. Era un muchacho de dieciocho años, bastante bien parecido, rubio, no muy bien afeitado, y con unas gafas completamente innecesarias cabalgando en su nariz algo prominente. Llevaba estas gafas con el fin de aparentar más edad de la que tenía y poder así mantener la disciplina. En el momento preciso en que empieza esta historia, míster Lewisham se hallaba en su dormitorio. Era un ático, con buhardillas emplomadas, un techo en pendiente y una combada pared, cubierta, tal como atestiguaban los diversos sitios en que el papel había sido arrancado, con innumerables estratos de papeles floreadas y anticuados.

A juzgar por la habitación, míster Lewisham pensaba muy poco en el Amor, pero mucho en la Grandeza. Sobre la cabecera de la cama, por ejemplo, allí donde las buenas personas cuelgan citas y refranes, se afirmaban estas verdades escritas con la caligrafía decidida, clara y florida, propia de la juventud: «Saber es poder» y «Lo que el hombre hizo, el hombre puede hacerlo», refiriéndose el hombre citado en segundo término a míster Lewisham. Ni un solo momento debían de olvidarse aquellas cosas. Míster Lewisham podía verlas de nuevo cada mañana al sacar la cabeza por el cuello de la camisa. Y encima de la caja pintada de amarillo, sobre la que, por falta de estantes, estaba dispuesta la biblioteca de míster Lewisham, había un «*Schema*». (La razón de que no lo hubiera titulado «Esquema» es algo que podría explicar mejor que yo el editorialista de *Church Times*, que titulaba «*Varia*» sus notas diversas.) En este esquema o plan, la fecha de 1892 estaba indicada como el año en el que míster Lewisham se proponía obtener el título de Licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad de Londres, con mención honorífica en todas las asignaturas, y la del 1895 como el año de su medalla de oro. A continuación tendrían que venir «folletos por la causa liberal» y otras cosas parecidas con las fechas correspondientes. «Quien quiera dominar a los demás, debe primero dominarse a sí mismo», estaba escrito en la pared, encima del aguamanil. Y detrás de la puerta, medio oculto por los pantalones

de los domingos, había un retrato de Carlyle.

Aquellas cosas eran meras amenazas contra el universo. Las operaciones habían comenzado. Codo a codo con Shakespeare, los Ensayos de Emerson y una Vida de Confucio de a penique, hallábanse los libros escolares, maltrechos y deteriorados, unos manuales excelentes de la Asociación de Correspondencia Universal, libretas, tinta roja y negra en botellitas de un penique y un sello de goma con el nombre de míster Lewisham. Una serie de diplomas verde-azulados de dibujo geométrico, astronomía, fisiología, fisiografía y química inorgánica, expedidos en South Kensington, adornaba la pared opuesta. Y frente al retrato de Carlyle había una lista manuscrita de los verbos franceses irregulares.

Sujeto al techo por una tachuela, encima del aguamanil, el cual, como la habitación era un ático, permanecía inclinado de un modo alarmante, se balanceaba un horario. Míster Lewisham debía levantarse a las cinco, y que esto no era una vana jactancia lo atestiguaba un despertador americano barato puesto al lado de los libros, encima de la caja. «Francés hasta las ocho», decía brevemente el horario. El desayuno debía durar veinte minutos, y después había veinticinco minutos de Literatura que, en realidad, significaba aprender extractos, cuanto más pomposos mejor, de las obras teatrales de William Shakespeare. Y luego a la escuela, a la obligación. El horario prescribía, además, Composición latina durante el recreo y a la hora de comer, pero él prescribía Literatura, durante la comida, y variaba sus órdenes para el resto de las veinticuatro horas, según el día de la semana. Ni un solo momento para Satán y para su «pecado de ocio». Únicamente a los setenta años se puede confiar en la ociosidad y tener tiempo para practicarla.

Pero ¡hay que ver la admirable calidad de semejante plan! Levantado y trabajando ya a las cinco, con todos los demás que vivían a su alrededor, tendidos, calentitos, con el cerebro sumido en sueños o estúpidamente vacuo, despertándose un momento tan sólo para proferir un gruñido o exhalar un suspiro y tumbarse del otro lado hundiéndose de nuevo en el olvido. A las ocho, llevaba ya tres horas de ventaja, tres horas más de conocimientos que sus semejantes. Según me dijo un eminente filólogo, se necesitan mil horas de trabajo verdadero para aprender completamente un idioma (después de saber tres o cuatro idiomas, bastan menos horas), lo cual representa, en principio, un idioma al año estudiando las tres horas de antes del desayuno. ¡El don de lenguas cogido como se cogen las setas! Luego aquella Literatura... ¡Qué concepto tan asombroso! Por la tarde, Matemáticas y Ciencias. ¿Puede haber algo más sencillo o más grande? Al cabo de seis años, míster Lewisham poseerá sus cinco o seis idiomas, una sólida y extensísima cultura, el hábito de una tremenda actividad, y todo esto a la temprana edad de veinticuatro años. Su Universidad le colmará de honores y él dispondrá de efectivos más abundantes. Uno puede ya prever que aquellos folletos en favor de la causa liberal no serán oscuras trivialidades. Adónde habrá llegado míster Lewisham a los treinta años, es algo que sobrepasa la imaginación. Habrá, naturalmente, modificaciones del *Schema*, a medida que vaya ampliándose su experiencia. Pero su espíritu... ¡Su espíritu es una llama devoradora!

Míster Lewisham se hallaba sentado junto a la ventana, escribiendo, escribiendo

rápidamente, sobre otro cajón amarillo puesto verticalmente. La tapa estaba abierta y míster Lewisham había metido convenientemente las rodillas en la cavidad. La cama estaba sembrada de libros y hojas hectografiadas con instrucciones de remotos maestros por correspondencia. De acuerdo con su oscilante horario estaba, como ya habréis notado, traduciendo al inglés un texto latino.

La velocidad de su escritura fue disminuyendo imperceptiblemente. *Urit me Glycerx nitor* era la frase siguiente, y esta frase le perturbaba.

—*Urit me* —murmuró.

Y su mirada, fue del libro, a través de la ventana, hacia el tejado de la casa del vicario, con sus chimeneas cubiertas de hiedra.

Al principio pareció preocupado, pero en seguida se tranquilizó. *¡Urit me!* Chupó el mango de la pluma y miró a su alrededor, buscando el diccionario. *¿Urare?*

De repente, cambió de expresión. Su impulso en dirección al diccionario cesó, y se puso a escuchar un ruido ligero y rítmico que provenía del exterior. Era un rumor de pisadas.

Se levantó de un salto y, alargando el cuello, miró la calle a través de sus inútiles gafas. Aguzando la vista, vio abajo un sombrerito elegante y bien puesto, adornado con flores blancas y rosas, la hombrera de una chaqueta y nada más que la punta de una nariz y una barbilla. Se trataba, con toda seguridad, de la forastera que se hallaba sentada debajo de la galería el domingo anterior, con los Frobisher. En aquella ocasión tampoco había podido contemplarla más que desde un ángulo muy oblicuo...

La estuvo observando hasta que hubo pasado por debajo de la ventana. Y alargó el cuello para verla aún, a pesar de que era imposible, una vez hubo dado vuelta a la esquina...

Luego dio un respingo, arrugó el entrecejo, se quitó la pluma de la boca y exclamó:

—¡Qué falta de atención...! ¡La menor cosa! ¿Dónde estaba?... ¡Bah...!

Hizo un ligero ruido con los dientes para expresar su irritación, se sentó y volvió a meter las rodillas en el cajón que le servía de escritorio.

—*Urit me* —repitió, mordisqueando el extremo de la pluma y buscando con la vista el diccionario.

Era un miércoles de media fiesta, un día de últimos de marzo verdaderamente primaveral bajo la luz ambarina, las deslumbrantes nubes blancas y el intensísimo azul del cielo, que empolvaba de un maravilloso verdor el espacio entre los árboles y despertaba a los pájaros en un tumultuoso regocijo; era un día excitante, insistentemente vocinglero, verdadero heraldo del verano. El revuelo de esta anunciación se notaba en el aire, la tibia tierra se resquebrajaba impulsada por las hinchadas semillas y en los pinares estallaba la diminuta crepitación producida por el brote de las nuevas hojas. Y no sólo se despertaba la Madre Naturaleza en la tierra, en el aire y en los árboles, sino también en la sangre juvenil de míster Lewisham, instándole a despertarse para vivir... para vivir en un sentido muy distinto al indicado por el *Schema*.

Míster Lewisham vio el diccionario que asomaba debajo de un papel, buscó el

«urit me», apreció el brillante «nitor» de los hombros de Glycera y cayó de nuevo en la ociosidad para volverse a despabilar bruscamente.

—*No puedo* fijar la atención —murmuró.

Se quitó las superfluas gafas, las limpió y pestañeó. ¡Aquel maldito Horacio, con sus estimulantes epítetos! ¿Y un paseo?

«No quiero vencerme», se dijo, incorrectamente.

Se puso otra vez las gafas, apoyó los codos contra la caja con resonante violencia y se cogió los pelos de encima de las orejas con ambas manos...

A los cinco minutos se dio cuenta de que estaba contemplando las curvas que describían las golondrinas sobre el jardín de la vicaría.

«¿Ha tenido nadie una pejiquera semejante consigo mismo? —se preguntó con cierta vaguedad no exenta de vehemencia—. Soy demasiado indulgente conmigo... Permanecer sentado es el principio de la holgazanería.»

Se levantó poniéndose a la altura de su tarea, y de este modo tuvo permanentemente a la vista el panorama de la calle.

«Si ella, al dar vuelta a la esquina, ha ido hacia Correos, aparecerá más allá de la empalizada de los *allotments*^[1]», sugirió la región inexplorada e indisciplinada de la mente de míster Lewisham...

Pero ella no se dejó ver. Al parecer no se había dirigido hacia Correos. Esto hacía que uno se preguntase hacia dónde podía haber ido. ¿Habría atravesado la ciudad encaminándose hacia la avenida...? En aquel momento una nube tapó el sol, la cálida y resplandeciente calle se oscureció y la imaginación de míster Lewisham quedó dominada. Así, pues, *Mater sæva cupidinum* (el Libro II de las Odas de Horacio era el texto designado por la Universidad para la matrícula de míster Lewisham) fue, a fin de cuentas, traducida hasta su profético final.

En el instante preciso de dar las cinco en el reloj de la iglesia, míster Lewisham, con una puntualidad demasiado exacta para un estudiante verdaderamente fervoroso, cerró su Horacio, cogió su Shakespeare, y descendió por la angosta y curvada escalera sin alfombrar que iba de su buhardilla al salón donde él solía tomar el té con su patrona, *mistress* Munday. Esta buena señora se hallaba sola, y, después de unas palabras de pura cortesía, míster Lewisham abrió su Shakespeare y se puso a leer desde cierto sitio marcado (la marca, dicho sea de paso, estaba en mitad de una escena) mientras iba ingiriendo maquinalmente unas rebanadas de pan con mermelada de arándano.

Mistress Munday se quedó mirándolo por encima de los lentes, pensando en lo malo que debía ser para la vista leer tanto, hasta que la campanilla de la puerta de la tienda la reclamó para atender a un cliente. A las seis menos veinticinco minutos míster Lewisham dejó su libro sobre la mesita de la ventana, se sacudió unas migas de la chaqueta, se puso el birrete cuadrado que estaba al lado de la cajita del té y se fue a cumplir sus «deberes preparatorios» de la tarde.

West Street estaba desierto, dorado por la luz del ocaso. Míster Lewisham se sintió emocionado ante su belleza y se olvidó de repetir el fragmento de «Enrique VIII» que debía de haberle ocupado el tiempo mientras iba calle abajo. En

su lugar estaba pensando en aquella insubordinada mirada desde su ventana, y en barbillas y naricillas. Sus ojos adquirieron una expresión remota...

Un chiquillo obsequioso, que llevaba unos versos para que él los examinara, le abrió la puerta de la escuela.

Míster Lewisham tuvo la sensación, cuando entró, de un curioso cambio de atmósfera. La puerta se cerró de golpe a sus espaldas. El vestíbulo, con sus insistentes sugerencias escolares, su empapelado amarillo marmóreo, las largas hileras de perchas, la desordenada colocación de los paraguas, un birrete estropeado y unos «Principia» pringosos y deshojados, le pareció sombrío y melancólico, por contraste con la alegría luminosa de la tarde de marzo que brillaba fuera. Experimentó una gran sensación de tristeza al pensar en la vida gris del maestro, en la vida gris de todos los hombres estudiosos. Repasó los versos escritos penosamente en tres páginas de la libreta y los obliteró con unas enormes iniciales, G. E. L., garrapateadas monstruosamente en cada página. Entonces oyó los conocidos ruidos entremezclados, procedentes del terreno de juego, que llegaban hasta él por la puerta abierta del aula.

CAPÍTULO II

«COMO SOPLA EL VIENTO»

HABÍA un defecto en aquel círculo mágico del horario, según el cual los demonios de la distracción debían quedar excluidos de la carrera ascendente de míster Lewisham hacia la Grandeza, y este defecto era la ausencia de una cláusula que prohibiera el estudio de puertas afuera. Fue al día siguiente de aquella mirada trivial por la ventana del capítulo precedente, cuando esta laguna en el horario se hizo aparente; un día, si posible fuera, aún más gracioso y atrayente que el anterior. A las doce y media, en lugar de regresar directamente de la escuela a su pensión, míster Lewisham se escapó por la omisión, dirigiéndose, con Horacio en el bolsillo, hacia las rejas de entrada del parque y de allí hacia una avenida de viejos árboles que circunda el extenso terreno de Whortley. Desechó una sospecha sobre sus motivos con perfecto éxito. En la avenida (porque el paseo aquel se ve muy poco frecuentado) sin duda podría leer sin que le estorbaran. El aire libre, el cuerpo erguido, son, con toda seguridad, circunstancias mejores que tener que permanecer sentado en un dormitorio enervante y mal ventilado. El aire libre es, evidentemente, algo muy sano, alentador, simple...

Soplaba la brisa y se oía una constante crepitación, un incesante rumor de idas y venidas en el brotar de los árboles.

El retículo formado por las hayas aparecía lleno de rayos de sol, y todas las ramas inferiores retoñaban en líneas verdes horizontales, recién nacidas.

«Tu, nisi ventis

Debes ludibrium, cave»

era el tema apropiado a los pensamientos de míster Lewisham, que estaba intentando maquinalmente mantener abierto el libro por tres lugares distintos al mismo tiempo: el texto, las notas y la traducción literal. Mientras iba volviendo las hojas del diccionario en busca de la palabra *ludibrium*, su atención, que vagaba peligrosamente cerca del borde de la página, se escapó del libro dirigiéndose con increíble celeridad avenida abajo...

Una muchacha, tocada con un sombrero de paja adornado con flores blancas, avanzaba hacia él. La ocupación de ella también era literaria. Hallábase tan atareada escribiendo que ni siquiera lo vio.

Un raudal de emociones irrazonables descendió sobre míster Lewisham: emociones inexplicables sobre la mera hipótesis de un encuentro casual. Algo se susurró, algo que sonaba sospechosamente así como: «¡Es ella!». Míster Lewisham siguió avanzando sin dejar de sostener el libro con los dedos a punto de retirarse de sus hojas si ella levantaba la vista, y observándola mientras tanto por encima del

borde superior. El *ludibrium* desapareció del universo. Era evidente que ella no se daba cuenta de su proximidad, pensó él, atenta a su escritura, fuese lo que fuese. Él se preguntó qué debía de ser lo que escribía. Su rostro, abreviado por su mirada hacia abajo, parecía infantil. Llevaba una falda corta, que ondeaba impulsada por el viento, descubriendo los zapatos y los tobillos. Míster Lewisham observó los graciosos y ágiles pasos de la joven. Era una figura llena de salud y agilidad la que, bajo la luz del sol, se dirigía hacia él, algo, según recordó más tarde con cierto asombro, enteramente extraño al *Schema*.

Ella se fue acercando más y más, con la mirada todavía baja. Míster Lewisham se sentía dominado por unos impulsos vagos y estúpidos hacia unas relaciones innecesarias. Era muy curioso que la joven no le viera. Empezó a esperar, de un modo casi doloroso, el momento en que ella levantara la vista. Pensó en lo que se ofrecería a su vista cuando lo descubriera, y se preguntó si llevaría la borla del birrete colgando, pues algunas veces le tapaba un ojo. Naturalmente, le era del todo imposible levantar una mano para averiguarlo. Estaba casi temblando de excitación. Sus pasos, actos que generalmente son automáticos, empezaron a hacerse inseguros y difíciles. Diríase que nunca en su vida había pasado ante otro ser humano. Y aún se iba acercando más... Diez metros, nueve, ocho... ¿Pasaría por su lado sin levantar la vista...?

Entonces sus miradas se encontraron.

Ella entonces tenía los ojos castaños, pero como míster Lewisham en cuestión de ojos era un aficionado y nada más, no pudo encontrar palabras para describirlos. La joven lo miró con modestia, y pareció no encontrar nada allí. Desvió la mirada dirigiéndola a los árboles y pasó, y no quedó ante él más que una avenida desierta, un vacío iluminado por el sol y unos verdes retoños.

El incidente había terminado.

Desde la lejanía, llegó hasta él el susurro de la brisa, y en un instante las ramas que había alrededor se pusieron a temblar y a crujir y las ramas mayores a crepitar con una ráfaga de viento. Aquello parecía instarle a que se apartara de ella. Las marchitas hojas secas que antes fueron verdes y jóvenes se alzaron con un gran revuelo, persiguiéndose unas a otras, saltando, danzando y pirueteando. Entonces algo de mayor tamaño le dio en el cogote. Míster Lewisham permaneció un momento sobrecogido, y de pronto echó a correr avenida arriba.

Era un trozo de papel blanco, una hoja de papel... ¡La hoja de papel en la que ella había estado escribiendo!

Durante un rato que le pareció muy largo, míster Lewisham no se dio cuenta cabal de la situación. Miró por encima del hombro, y, de repente, comprendió. Su torpeza se desvaneció al instante. Con el Horacio en la mano, se lanzó a la caza del papel y a los diez pasos pudo apoderarse del fugitivo documento. Se volvió hacia ella, contento de su triunfo, con el tesoro en la mano. Al recoger el papel había visto lo que en él había escrito, pero la situación le dominó en aquel momento. Dio un paso hacia ella y sólo entonces comprendió lo que había visto. ¡Líneas de una longitud regular y escritas en mayúsculas! ¿Podría ser...? Se detuvo. Volvió a mirar de nuevo,

enarcando las cejas. Mantuvo el papel con firmeza ante sus ojos, mirándolo francamente. Estaba escrito con pluma estilográfica. Y decía así:

«¡Ven! ¡Ardiente es la palabra!»

Y luego otra vez:

«¡Ven! ¡Ardiente es la palabra!»

Y después:

«¡Ven! ¡Ardiente es la palabra!»

«¡Ven! ¡Ardiente es la palabra!»

Y así sucesivamente hasta el pie de la página, con una escritura trazada por una mano de muchacho, extraordinariamente parecida a la de Frobisher II.

¡Claro!

—¡Hombre! —exclamó m^íster Lewisham, luchando con este nuevo aspecto y olvidándose en su sorpresa de sus buenos modales...

Se acordó de haber dictado aquel castigo. Frobisher II había repetido la exhortación con una voz demasiado estentórea... y se la había cargado. Al encontrarse con que la joven hacía aquello, él sintió que desentonaba extrañamente de ciertos vagos prejuicios que se había formado acerca de ella. Le pareció algo así como si ella lo hubiese traicionado. Aquello, naturalmente, duró sólo un instante.

Ella lo había alcanzado.

—¿Quiere darme mi hoja de papel, por favor? —dijo, faltándole el aliento.

Era unos cinco centímetros más baja que él. «Observa sus labios entreabiertos», dijo la Madre Naturaleza en silencioso aparte a m^íster Lewisham, cosa que éste recordó más tarde. En los ojos de ella había una sombra de temor.

—¡Vaya! —exclamó Lewisham en tono de protesta—. No debería usted hacer eso.

—Hacer, ¿qué?

—Esto. Los castigos que impongo a mis muchachos.

La muchacha enarcó las cejas y se quedó mirando a su interlocutor.

—¿Será usted m^íster Lewisham? —preguntó la joven afectando una completa ignorancia, como si se tratara de un descubrimiento.

Ella lo conocía perfectamente, y ésta era una de las razones por las que escribía el castigo, pero al pretender que no le conocía le dio ocasión de decir algo.

M^íster Lewisham asintió con un gesto breve.

—¡Qué casualidad! Entonces... francamente... me ha cogido con las manos en la masa.

—Mucho me lo temo —dijo Lewisham—. Mucho me temo haberla encontrado con las manos en la masa.

Quedaron mirándose, esperando la próxima jugada. Ella decidió buscar algunas atenuantes.

—Teddy Frobisher es primo mío. Ya sé que esto está mal hecho, pero él tenía mucho que hacer y estaba muy aturrullado... Y yo no tenía nada que hacer. En realidad, fui yo la que me ofrecí...

Se calló y se quedó mirándolo. Pareció como si creyera que su alegato estaba ya

completo.

Aquel modo de cruzarse las miradas tenía una calidad extrañamente desconcertante. Míster Lewisham intentó mantenerse dentro del tema del castigo.

—No debiera usted haber hecho esto —dijo mirándola fijamente.

Ella bajó los ojos para volver a levantarlos en seguida.

—No —repuso—. Ya supongo que no debí hacerlo. Lo siento mucho.

Aquello de que la joven mirara primeramente al suelo y después a él produjo otro efecto irrazonable. Le pareció a Lewisham como si estuvieran discutiendo algo muy distinto del motivo de su conversación, algo evidentemente absurdo y que sólo podía explicarse por el desorden general en que se hallaban sus facultades. Hizo un serio intento de mantenerse firme en la reprimenda.

—Habría notado la diferencia de escritura, ¿sabe usted?...

—Claro que sí. Hice muy mal en prestarme... Pero lo hice porque... se lo aseguro..., ¡parecía hallarse tan preocupado...! Y pensé que...

Se calló de nuevo y sus mejillas se sonrojaron levemente.

Inesperadamente, y de un modo estúpido, en las mejillas de adolescente de él empezaron a aparecer también unas manchas de rubor. Se hizo necesario en lo sucesivo eliminar aquella sensación de un tópico duplicado.

—Le aseguro —replicó míster Lewisham vivamente— que nunca impongo un castigo que no sea merecido. Hago esto como una norma. Yo... yo... siempre tengo esto como norma. Y tengo mucho cuidado.

—Lo siento de veras —interrumpióle ella, con franca y sincera contrición—. Fue una tontería por mi parte.

Lewisham se sintió indescriptiblemente acongojado de que ella tuviera que excusarse y se puso a hablar de prisa con la intención de combatir el rubor de su rostro.

—No, no es eso —murmuró en una especie de tardío arrepentimiento—. En realidad, usted fue amable... muy amable... Y ya sé que... ya comprendo que... que... su amabilidad...

—Se escapó conmigo. Y ahora el pobrecillo Teddy saldrá perdiendo por haberme dejado que...

—¡Oh, no! —exclamó míster Lewisham percatándose de la oportunidad que se le ofrecía e intentando no sonreír por lo que iba a decir—. No tenía que haber leído este papel que recogí... No debía haberlo leído, en absoluto. Por consiguiente...

—¿Lo dará usted por no visto? ¿De veras?

—Lo daré por no visto —afirmó míster Lewisham.

El semblante de la joven se iluminó con una sonrisa, y el de míster Lewisham también se relajó, por simpatía.

—No es nada... Es lo que debo hacer, ¿sabe usted?

—¡Pero hay tanta gente que no lo haría! Los maestros no son, por regla general, tan... caballerosos.

¡Él era caballeroso! La frase le espoleó. Y, obedeciendo a un necio impulso, dijo:

—Si usted quiere...

—¿Qué?

—Pues que no lo haga... El castigo, quiero decir. Lo perdono.

—¿De veras?

—Puedo hacerlo.

—Es usted amabilísimo.

—Me da lo mismo... Al fin y al cabo, esto no es nada. Si usted cree realmente...

Se sentía henchido de satisfacción de sí mismo por aquel escandaloso sacrificio de la justicia.

—Es usted amabilísimo —repitió la joven.

—No vale la pena —explicó Lewisham—. Eso no es nada.

—La mayoría de los profesores no lo harían...

—Ya lo sé.

Silencio.

—Está bien así —dijo él—. De veras.

Habría dado mundos enteros por tener algo más que decir, algo espiritual y original, pero no se le ocurrió nada.

El silencio se prolongó. La joven volvió la cabeza y miró la desierta avenida. ¡Aquella entrevista, aquella trascendental serie de acontecimientos tocaba a su fin! Miró dubitativamente a Lewisham, volvió a sonreírle y le tendió la mano. Sin duda aquello era lo correcto. Él se la cogió, buscando en vano algo en su mente vacía y tumultuosa.

—Es usted amabilísimo —dijo ella por tercera vez, mientras le estrechaba la mano.

—No tiene importancia —repitió mister Lewisham.

Y siguió buscando vanamente otra frase, alguna observación que le abriera la puerta para abordar un nuevo tema.

La mano de la muchacha, fría, suave y firme, era la cosa más deliciosa que pudiera tenerse en la mano, y esta observación ahuyentó todas las demás ideas. La mantuvo entre las suyas durante unos segundos, pero siguió sin ocurrírsele nada.

De pronto se dieron cuenta de su situación y se echaron a reír como unos tontos. Se estrecharon las manos como si fuesen ya amigos íntimos, y las separaron de un tirón, torpemente. La joven se volvió, miró tímidamente al profesor y vaciló.

—Adiós —dijo.

Él la vio alejarse, y esbozó un florido saludo de mosquetero con su birrete, pero en aquel momento ciertas regiones de su mente, hasta entonces inexploradas, ardieron en abierta rebelión.

No había ella dado aún seis pasos que mister Lewisham ya volvía a encontrarse a su lado.

—Oiga —dijo, consciente de su temeridad y quitándose el birrete torpemente, como si estuviese pasando un entierro—. ¿Tiene esa hoja de papel...?

—Sí —contestó la joven, sorprendida.

—¿Podría dármela?

—¿Para qué?

Lewisham tuvo un momento de placer, sin resuello, como si bajara patinando por la nieve.

—Me gustaría guardarla.

Ella sonrió, enarcando las cejas, pero la excitación de Lewisham era demasiado intensa para que pudiera sonreír a su vez.

—¡Mírela! —dijo ella mostrando la hoja de papel hecha una bola y echándose a reír con un poco de esfuerzo.

—Me es igual —repuso Lewisham riéndose también.

Cogió el papel con gesto insistente y lo alisó con los dedos, que le temblaban.

—¿No le importa de verdad? —preguntó.

—Me importa ¿qué?

—Si me la quedo.

—¿Y por qué tiene que importarme?

Silencio. Sus miradas volvieron a encontrarse. Había una extraña represión en los dos durante aquel palpitante intervalo.

—Bueno, tengo que marcharme —dijo la joven de repente, rompiendo el encanto con un esfuerzo.

Dio media vuelta y le dejó con la arrugada hoja de papel en la mano que sostenía el libro, mientras con la otra mano levantaba el birrete en un digno saludo.

Lewisham se quedó mirando aquella figura cómo se alejaba. El corazón le latía con rapidez. ¡Qué ligera, qué vivaz parecía! Pequeñas manchas de sol se deslizaban por su espalda mientras andaba. Caminó primero de prisa, luego despacio; miró a uno y otro lado una o dos veces, pero nunca atrás, hasta que llegó a la reja de entrada del parque. Entonces se volvió a mirarlo, y como una figurilla remota, llena de gracia, hizo un gesto de despedida y desapareció.

El profesor tenía la cara encendida y le brillaban los ojos. Por curioso que parezca, se sentía sin aliento. Permaneció mirando durante largo rato hacia el final desierto de la avenida. Luego volvió su mirada al trofeo que tenía en la mano y al cerrado y ya olvidado Horacio.

CAPÍTULO III

EL MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO

MÍSTER Lewisham tenía la obligación de acompañar el domingo dos veces a los alumnos a la iglesia. Los muchachos se acomodaban en la galería de encima del coro, frente al órgano, en ángulo recto respecto a la congregación en general. Era una situación prominente, que le hacía sentirse penosamente visible, excepto en sus momentos de excepcional vanidad, cuando solía imaginarse a toda aquella gente pensando en lo bien que concordaban su frente despejada y sus notas escolares. Precisamente aquellos días pensaba muy a menudo en la relación entre sus notas y su frente, pero, en cambio, pensaba muy poco en la cara honrada y sanota que había debajo de aquella frente. (A decir verdad no había nada de particular ni de maravilloso en su frente.) Raras veces miraba hacia abajo en la iglesia, ya que se imaginaba que, de hacerlo, se encontraría con la mirada colectiva de la congregación, contemplándole. Por lo tanto, aquel domingo por la mañana, hasta la letanía, no pudo darse cuenta de que el banco de los Frobisher estaba vacío.

Pero a última hora de la tarde, camino de la iglesia, los Frobisher y su invitada cruzaron la plaza del Mercado mientras la hilera de sus alumnos iba por la acera oeste. Y la invitada iba ataviada con un bonito traje nuevo, como si ya hubiese llegado la Pascua, y su rostro enmarcado por su pelo negro producía un extraño efecto, mezcla de frescor y familiaridad. ¡Y lo miró tranquilamente! Él se sintió más torpe que nunca y estuvo a punto de no reconocer públicamente aquella nueva relación. Luego vaciló, y se quitó él sombrero de una sacudida, como si saludara a *mistress* Frobisher. Ninguna de las dos respondió a su saludo, lo cual fue algo inesperado. Entonces un chiquillo llamado Siddons dejó caer su libro de himnos y Lewisham casi le pegó... Lewisham entró en la iglesia lleno de negra desesperación.

Pero muy pronto sintió una especie de consolación. En el momento de sentarse, *ella* miró ostensiblemente hacia la galería, y luego, al arrodillarse él para rezar, miró por entre los dedos y vio que ella lo miraba otra vez. Ciertamente no se reía de él.

Aquellos días, una gran parte de la mente de Lewisham era aún tierra ignota para él. Entre otras cosas, creía que era siempre el mismo ser humano inteligente y consecuente, mientras que lo cierto era que, al calor de determinados estímulos, dejaba de ser una persona razonable y disciplinada y se transformaba en otra, puramente imaginativa y emocional. La música, por ejemplo, lo alejaba de todo, y particularmente el efecto de muchas voces al unísono le producía la sensación de un torbellino que lo arrastraba desde cualquier estado mental a otro de fina e intensa emotividad. Y en el servicio religioso de la tarde, en la iglesia de Whortley (durante el servicio de la tarde se llevaban sobrepellices), los cantos y los himnos, el brillo oscilante de las numerosas llamas de los cirios y velas, la múltiple unanimidad de la congregación, arrodillándose, levantándose, respondiendo atronadoramente, era algo

que invariablemente le emborrachaba, le inspiraba, si se quiere, y le transforma la prosa de su vida en poesía. Y la Casualidad, acudiendo en ayuda de la Naturaleza, dejó caer la insinuación más apropiada en su oído, ahora altamente sensible.

El segundo himno era muy sencillo y popular, y tenía por tema la Fe, la Esperanza y la Caridad. Cada estrofa terminaba con la palabra «Amor». Hay que imaginársela, arrastrando las sílabas y desarticulada:

«*La fe en vi...sión se... se convierte,
La esperan...za di...cha vierte,
El amor brilla... más fuerte.
Da...nos, pues, Amor.»*

A la tercera repetición del estribillo, Lewisham miró abajo, a través del presbiterio, y su mirada se encontró con la de la joven durante un breve instante...

Dejó bruscamente de cantar. Después la consciencia de las apretadas hileras de caras allá abajo se le hizo presente con una fuerza abrumadora, y no se atrevió a mirar de nuevo. Sintió que la sangre se le agolpaba en el rostro.

¡Amor! ¡Lo más grande de todo! ¡La más grande de todas las cosas! Mejor que la fama. Mejor que la sabiduría. Así llegó el gran descubrimiento, como una inundación, desparramándosele por la mente con la cadencia de un himno y enviando una ola rosada, de simpatía, a través de su frente. El resto del servicio religioso constituyó una especie de fondo fantasmagórico a aquella gran realidad..., un fondo fantasmagórico que le absorbía. Mister Lewisham estaba enamorado.

—A...mén.

Se hallaba tan preocupado que vio toda la congregación sentada mientras él permanecía de pie, extasiado. Se sentó automáticamente, haciendo un ruido que le pareció que resonaba por todos los ámbitos de la iglesia.

Al salir al pórtico, a la luz del anochecer, le pareció verla por todas partes. Se imaginó que había salido delante de él y dio prisa a los muchachos, con la esperanza de alcanzarla. La fila de alumnos pasó casi a empujones por entre la multitud de personas que se dirigían a sus casas. ¿Se quitaría el sombrero al alcanzarla...? Pero era Susie Hopbrow, que iba con un traje claro... Un cuervo con el plumaje de una paloma. Sintió una curiosa mezcla de alivio y desilusión. Aquella noche ya no la vería.

Salió de la escuela y se dirigió apresuradamente a su residencia. Deseaba estar solo. Subió a su cuarto y se sentó ante la caja vertical sobre la que la *Analogía* de Butler estaba abierta. Se abstuvo de la formalidad de encender la vela. Se retrepó en el sillón y se quedó contemplando como un bienaventurado el solitario satélite que se cernía sobre el jardín de la vicaría.

Sacóse del bolsillo una arrugada hoja de papel, alisada y cuidadosamente doblada, y llena de una escritura no muy diferente de la de Frobisher II, y después de una virginal vacilación, oprimió aquel tesoro contra sus labios. El *Schema* y el horario pendían en la oscuridad, meros espectros de sí mismos.

Mistress Munday lo llamó tres veces para la cena.

Salió inmediatamente, después de haber cenado, a pasear bajo la luz de las estrellas, y llegó a la colina de detrás del pueblo, trepando por ella hasta el portalón desde donde se divisaba la casa de los Frobisher. De todas las ventanas eligió la única que estaba iluminada, pensando que era la de ella. En realidad, detrás de las persianas, *mistress* Frobisher, de treinta y ocho años de edad, estaba atareada con sus papelitos para rizar el pelo (usaba papelitos porque los creía mejores que otras cosas para el pelo) y discutiendo sobre ciertos vecinos, de un modo fragmentario, con *míster* Frobisher, que ya estaba acostado. Después se acercó la vela al rostro para examinar una leve mancha en su cutis que la tenía algo inquieta.

Fuera, *míster* Lewisham, de dieciocho años, se quedó contemplando el rectángulo anaranjado durante cerca de media hora, hasta que se apagó dejando la casa envuelta en la oscuridad. Luego suspiró hondamente y volvió a su casa en un verdadero estado de gloria.

Despertó al día siguiente sintiéndose extremadamente preocupado, pero sin recordar de momento los acontecimientos del día anterior. Su mirada se posó en el reloj. Eran las seis y no había oído el despertador. La verdad es que no le había dado cuerda. Saltó inmediatamente de la cama y se puso los pantalones que había tirado al suelo la noche anterior en vez de dejarlos cuidadosamente dispuestos sobre la silla. Mientras se enjabonaba la cabeza, intentó recordar, siguiendo sus reglas de repaso, la lectura del día anterior. No lo logró, por más esfuerzos que hizo. La verdad se le hizo aparente mientras se ponía la camisa. La cabeza, luchando por emerger entre sus reconditeces, se quedó inmóvil, y los puños sin manos dejaron de bambolearse durante un momento...

Luego la cabeza surgió lentamente, con una expresión de gran sorpresa reflejada en el semblante. Se acordaba. Recordó el hecho como un escueto descubrimiento, sin pizca de emoción. Con toda la acromática claridad, con todo el incoloro antirromanticismo de la madrugada...

Sí. Ahora se percataba de ello claramente. No había habido lectura la noche anterior. Se había enamorado.

Aquella afirmación desentonó con algo vago que había en su mente. Se quedó mirando al infinito durante unos instantes, y luego empezó a buscar el gemelo del cuello de la camisa con la cabeza en otra parte. Se detuvo frente al *Schema* y se quedó mirándolo atentamente.

CAPÍTULO IV

CEJAS ENARCADAS

«**H**AY que trabajar, sin embargo», murmuró míster Lewisham.

Pero nunca se le habían presentado tan vívidamente las ventajas del estudio al aire libre. Antes del desayuno, estuvo leyendo media hora al aire libre, paseando por el camino de los *allotments*, cerca de la casa de los Frobisher. Después del desayuno, antes de entrar en la escuela, pasó por la avenida con un libro en la mano, y volvió de la escuela a su casa dando un rodeo por la avenida, y por la avenida volvió a pasear durante otra media hora antes de la clase de la tarde. Cuando míster Lewisham no miraba por encima del libro abierto, durante estos períodos de estudios al aire libre, es que miraba por encima del hombro. Y, por fin, ¿a quién vio sino a...?

La vio con el rabillo del ojo, y se volvió inmediatamente en otra dirección, haciendo como que no la había visto. Su ser entero quedó súbitamente embargado por la emoción. Sus manos oprimieron fuertemente el libro. No se volvió para mirar, sino que anduvo lenta y regularmente, leyendo una oda que no habría podido traducir aunque le fuera la vida en ello, y con el oído aguzado escuchando por si ella se acercaba. Y al cabo de lo que le pareció una eternidad oyó a su espalda un rumor de suaves pisadas y de revoloteo de faldas.

Sintió como si su cabeza fuese empujada hacia adelante por una garra de hierro que lo sujetara por el cogote.

—Míster Lewisham —murmuró la joven, muy cerca de él.

El profesor se volvió con un movimiento casi convulsivo y se quitó el birrete torpemente.

Estrechó la mano que le tendía la muchacha y la retuvo entre las suyas hasta que ella la retiró.

—Estoy muy contenta de haberle encontrado —dijo la joven.

—Yo también... —repuso míster Lewisham sencillamente.

Permanecieron mirándose durante un momento muy expresivo, y luego ella, con un gesto, indicó su intención de seguir paseando por la avenida.

—Deseaba —prosiguió mirándose los zapatos— darle las gracias por haber perdonado a Teddy... Por eso quería verle.

Lewisham dio su primer paso al lado de ella.

—Y qué curioso, ¿verdad? —prosiguió la muchacha mirándole la cara—, que le haya encontrado precisamente aquí, en el mismo sitio. Me parece que es éste el mismo sitio donde nos habíamos encontrado...

A Lewisham se le trabó la lengua.

—¿Viene usted a menudo por aquí? —preguntó ella.

—Bueno —empezó a decir él reflexionando.

Y tenía la voz inesperadamente ronca al añadir:

—No. No... Es decir... No vengo a menudo. De vez en cuando únicamente. En realidad me gusta venir a leer aquí. ¡Es un lugar tan tranquilo!

—Supongo que leerá usted mucho.

—Cuando se dedica uno a la enseñanza, es inevitable.

—Pero usted...

—Me gusta mucho leer, desde luego. ¿Y a usted le gusta?

—Me entusiasma.

Míster Lewisham se sintió muy contento de que a la joven le entusiasmara la lectura. Se habría desilusionado mucho si ella le hubiese respondido de otra manera. Pero había hablado con verdadero fervor. ¡Le entusiasmaba la lectura! Era muy agradable aquello. Tal vez ella le comprendería un poco.

—Claro está que no soy tan inteligente como otras personas. Y tengo que leer los libros que caen en mis manos.

—Yo también —dijo Lewisham—. A propósito..., ¿ha leído usted a... Carlyle?

La conversación ya estaba en marcha. Andaban los dos juntos bajo las cimbreadas ramas de los árboles. Las sensaciones de míster Lewisham eran extáticas, aguadas tan sólo por el temor de encontrarse por casualidad con alguno de sus alumnos. Ella no había leído gran cosa de Carlyle. Pero siempre había querido leer a Carlyle, desde su más tierna infancia, de tanto como había oído hablar de él. Ella ya sabía que Carlyle era un gran escritor, un escritor de los más grandes. Todo lo que había leído de él le había gustado. Podía asegurarlo. Le había gustado más que todo lo demás. Y también había visto su casa en Chelsea.

Lewisham, cuyo conocimiento de Londres había sido obtenido por medio de excursiones de un sólo día, seis o siete en conjunto, quedó muy impresionado al oír aquello. Le pareció como si ella se hubiese colocado inmediatamente en el mismo pie de intimidad con aquella imponente personalidad. Jamás se le había ocurrido que aquellos grandes escritores tuviesen verdaderos domicilios. Ella añadió unos cuantos toques descriptivos que hicieron que la casa de Carlyle se convirtiera de repente en algo real y concreto. Vivía bastante cerca, según dijo. Podía ir desde su casa de Clapham, paseando. Lewisham se olvidó instantáneamente del vago proyecto que tenía de dejarle su *Sartor Resartus*, ante la curiosidad por saber más cosas de la casa de ella.

—Clapham... Esto está casi en Londres, ¿no?

—Sí —contestó la joven.

Pero no le ofreció más información sobre el particular ni sobre su ambiente doméstico, y, en cambio, añadió generalizando:

—Me gusta Londres, especialmente en invierno.

Y se puso a ensalzar Londres, sus bibliotecas públicas, sus tiendas, sus muchedumbres, las facilidades para hacer «lo que a uno le dé la gana», los conciertos, los teatros. Parecía como si solamente viviera dentro de la buena sociedad.

—Siempre hay algo para ver, aunque se salga sólo a pasear —siguió diciendo—, mientras que aquí lo único que puede hacerse para pasar el tiempo es leer novelas, que ni siquiera son nuevas.

Míster Lewisham tuvo que admitir, muy a disgusto, la falta de cultura y de actividad mental en Whortley. Aquello hizo que se sintiera tremendamente inferior. Él sólo contaba con su afición a los libros y sus notas y diplomas para oponer a todo aquello... ¡Y ella había visto la casa de Carlyle!

—Aquí —prosiguió la joven— no se puede hablar de otra cosa que de los chismes de unos y de otros.

Aquello era, desgraciadamente, demasiado cierto.

Al llegar al portillo, en un rincón desde donde se veían espléndidamente recortados los sauces contra el azul del cielo, con sus amentos plateados y su dorado polen, dieron media vuelta con impulso mutuo y echaron a andar por donde habían venido.

—No puedo conversar con nadie aquí —insistió ella—. No puedo tener ninguna conversación medianamente interesante.

—Espero —dijo Lewisham echándose resueltamente de cabeza— que tal vez mientras permanezca usted en Whortley...

Hizo una pausa muy perceptible, y la joven, siguiendo la mirada del profesor, vio una voluminosa figura negra que se acercaba.

—Podremos —prosiguió Lewisham reanudando su discurso— tener la oportunidad de volvernos a encontrar..., tal vez, digo.

Había estado a punto de proponerle un deliberado encuentro. Cierta deliciosa y enredada maraña de senderos a lo largo de la orilla del río había surgido en su mente. Pero la aparición de míster George Bonover, director de la Escuela Privada de Whortley, le dejó helado. La Naturaleza había indudablemente dispuesto el encuentro de nuestra parejita, pero por lo que se refiere a Bonover se comportó con un descuido rayano en la culpabilidad. Entonces pareció como si la joven retrocediera ilimitadamente, y míster Lewisham, con una sensación desagradable, se encontró cara a cara con el representante típico de una organización social que pone fuertes objeciones, entre otras cosas, a la promiscua conversación de un joven maestro soltero.

—...oportunidad de volvernos a encontrar..., tal vez, digo —repitió míster Lewisham con un súbito desánimo.

—Así lo espero —dijo ella.

Silencio. Las facciones de míster Bonover, y particularmente un par de pobladas cejas negras, estaban ya muy cerca de ellos, con las susodichas cejas enarcadas, al parecer para expresar un refinado asombro.

—¿Es míster Bonover ese que se acerca? —preguntó la joven.

—Sí.

Silencio prolongado.

¿Se detendría a hablarles? Aquel silencio espantoso debía terminar a cualquier precio. Míster Lewisham rebuscó en su mente para encontrar alguna observación con que cubrir la intervención de su patrono. Se sorprendió grandemente al encontrar que su cerebro era un desierto. Hizo un esfuerzo colosal. ¡Si sólo pudiera encontrar algo que decir, si sólo pudiera parecer que estaban conversando con toda naturalidad! Pero

aquella muda incapacidad hablaba elocuentemente de su culpa. ¡Ah!

—Hace un buen día —dijo míster Lewisham—, ¿verdad?

La joven convino en ello.

—¿Verdad que sí? —repuso.

Y entonces pasó míster Bonover, con la frente muy arrugada y los labios fruncidos de un modo impresionante. Míster Lewisham se quitó el birrete y, ante su asombro, míster Bonover respondió con un saludo marcadamente serio y la mirada de unos ojos escudriñadores y desaprobadores, y pasó de largo. Lewisham se sintió agobiado de pasmo ante aquel perfeccionamiento de la ligera inclinación de cabeza habitual. Y así quedó terminado aquel terrible incidente, de momento.

Lewisham sintió una momentánea ráfaga de indignación. Después de todo, ¿por qué razón tenía que inmiscuirse Bonover o quienquiera que fuese en el hecho de que él hablara con una muchacha si así le acomodaba? Y ni siquiera sabía Bonover si ellos habían sido debidamente presentados o no. Por ejemplo, podían haber sido presentados por el joven Frobisher. Sin embargo, el estado de ánimo primaveral de Lewisham retrocedió al invierno. Tuvo la impresión de ser singularmente estúpido durante el resto de la conversación, y la deliciosa sensación de ser un hombre emprendedor que hasta aquel momento le había inspirado y asombrado al hablar con ella, se fue encogiendo hasta hacerse imperceptible.

Se sintió muy contento cuando las cosas tocaron a su fin.

Al llegar a la verja del parque, ella le tendió la mano.

—Siento haber interrumpido su lectura —dijo.

—Nada, nada —repuso Lewisham cobrando algún calor—. No recuerdo haber disfrutado más con una conversación...

—Ha sido una falta de etiqueta, mucho me temo, eso de ponerme a hablar con usted, pero deseaba darle las gracias...

—De nada —murmuró Lewisham, secretamente impresionado por la etiqueta.

—Adiós.

Él se quedó, vacilante, al lado de la portería. Después volvió hacia la avenida y avanzó, para que no se viera que seguía a la muchacha demasiado de cerca, West Street arriba.

Y entonces, mientras se alejaba, recordó que no le había prestado el libro, tal como tenía planeado, ni habían quedado en nada para volver a encontrarse. En cualquier momento podía marcharse de Whortley para irse a vivir entre las amenidades de Clapham. Se detuvo, falto de resolución. ¿Debía echar a correr en pos de ella? Entonces recordó la enigmática expresión de Bonover, y decidió que ir en su persecución sería algo excesivamente temerario. Y sin embargo... Y, así se quedó en un estado de vacilación muy poco glorioso.

Por fin llegó a su pensión. *Mistress Munday* estaba ya a mitad de la comida.

—Está usted tan metido con sus libros —gruñó *mistress Munday*, que se tomaba un interés maternal por Lewisham—, y lee tanto, que pierde la noción del tiempo. Y ahora tendrá que tomar la comida fría y no le quedará un rato para hacer la digestión antes de irse a la escuela. Estropearse el estómago..., eso es.

—¡Oh, no se preocupe por mi estómago, *mistress* Munday! —repuso Lewisham despertando de sus enmarañadas y aparentemente tétricas meditaciones—. Eso es asunto mío.

Pronunció estas palabras con un tono impertinente, impropio de él.

—Más vale tener un estómago que funcione bien que la cabeza llena —dijo la señora Munday—. Eso siempre.

—Yo soy diferente, ya ve usted —replicó el profesor.

Y volvió a caer en el silencio y la meditación.

Mistress Munday murmuró para sus adentros:

—Vaya, vaya, vaya...

CAPÍTULO V

VACILACIONES

CUANDO míster Bonover hubo madurado suficientemente una buena insinuación apropiada a los hechos, se hizo el contradizo con Lewisham a primera hora de la tarde, mientras el profesor vigilaba los entrenamientos de *cricket*. Hizo unas observaciones sobre las perspectivas de los primeros jugadores del equipo, a modo de introducción, y Lewisham estuvo de acuerdo con él en que Frobisher II parecía estar en plena forma aquella temporada.

Siguió un silencio y el director canturreó un poco.

—A propósito —dijo, de repente, como si entablara una conversación mientras seguía las incidencias del juego—. Tenía entendido que... que usted... era forastero aquí en Whortley.

—Sí —dijo Lewisham—. Así es.

—¿Ha hecho usted alguna amistad entre el vecindario?

A Lewisham le asaltó un acceso de tos, y sus orejas, aquellas malditas orejas, enrojecieron.

—Sí —repuso recobrándose—. ¡Ah, sí...! He hecho amistades.

—Con gente de aquí, supongo.

—Bueno..., no. No de aquí, precisamente.

El rubor se le extendió a Lewisham de las orejas a toda la cara.

—Lo he visto a usted —explicó— hablando con una señorita en la avenida. Su cara no me es del todo desconocida. ¿Quién era?

¿Debería decir que era una amiga de los Frobisher? En tal caso, Bonover, con sus insidias, podría hablar con los padres de los Frobisher y hacer que las cosas se pusieran de un modo desagradable para ella.

—Era —balbució, ruborizándose intensamente a causa del aprieto en que ponía a su honradez y bajando la voz hasta que fue casi un susurro— una... una... una antigua amiga de mi madre. La conocí en Salisbury.

—¿Dónde?

—En Salisbury.

—¿Cómo se llama?

—Smith —dijo Lewisham precipitadamente, arrepintiéndose de la mentira en el mismo momento de salir de sus labios.

—¡Buen golpe, Harris! —gritó Bonover, palmoteando—. ¡Buen golpe, muchacho!

—Harris está en muy buena forma —dijo Lewisham.

—Mucho —aprobó míster Bonover—. Y... ¿qué decía? ¡Ah! Estaba pensando en las extrañas semejanzas que hay en el mundo. Hay aquí una *miss* Henderson... o Henson..., que se aloja en casa de los Frobisher... y que es la vera efigie de su amiga

miss...

—Smith —repuso Lewisham sosteniendo la mirada y recobrando la carmínea tonalidad de su primer sonrojo.

—Es muy extraño —murmuró Bonover.

—Muchísimo —convino Lewisham maldiciendo su propia estupidez, y mirando a otra parte.

—¡Muchísimo! —repitió Bonover.

Y volviéndose para dirigirse a la escuela, añadió:

—Realmente, no esperaba esto de usted, míster Lewisham.

—¿No esperaba qué?

Pero míster Bonover fingió no oír sus palabras.

—¡Maldición! —exclamó Lewisham—. ¡Maldición!

Esta censurable expresión era muy rara en sus labios en aquella época. Estuvo a punto de seguir al director para preguntarle si dudaba de su palabra. Pero era demasiado evidente cuál sería la respuesta.

Permaneció un minuto indeciso, y luego, girando sobre sus talones, se dirigió a su casa apresuradamente. Los músculos le temblaban mientras andaba y se le crispaba la cara. El tumulto de su mente cristalizó por fin en una colérica indignación.

«¡Maldito sea! —exclamó discutiendo el asunto con los muebles de su dormitorio—. ¿Por qué diablos no podrá ocuparse de lo que le importa? ¡Ocupese usted de sus asuntos, míster Bonover! —gritó Lewisham al aguamanil—. ¡Maldito sea! ¡Ocupese de sus asuntos, ea!»

El aguamanil así lo hizo.

«Usted valora en exceso su poder, míster Bonover —dijo Lewisham, algo apaciguado—. ¡Tenga usted por entendido que fuera de la escuela yo soy mi propio director!»

Sin embargo, durante un período de cuatro días y algunas horas después de la «insinuación» de míster Bonover, míster Lewisham cumplió de tal modo con sus obligaciones que llegó a abandonar el estudio al aire libre, y empezó a luchar con decreciente éxito para observar el espíritu tanto como la letra de las prescripciones de su horario. Durante la mayor parte del tiempo estuvo nervioso e impaciente ante la tarea acumulada, la ejecutó con gran energía y de cualquier manera, o estuvo mirando por la ventana. El espíritu de su carrera insistía en decirle que volverse a encontrar con la muchacha aquella para hablarle significaba la reprobación, las preocupaciones, la interferencia en su trabajo con vistas a la matrícula de la Universidad, la destrucción de toda «Disciplina», y Lewisham se dio perfecta cuenta de la justicia de aquella insistencia. Aquello de estar enamorado era una tontería; eso que llaman amor no existía fuera de las novelas rosas. E inmediatamente se le disparó la imaginación por la tangente hacia los ojos de ella bajo el ala del sombrero, y tuvo que ser arrastrada a viva fuerza de nuevo hacia la sensatez. El jueves, al volver de la escuela, la vio a lo lejos, en el otro extremo de la calle, y se metió apresuradamente en su pensión, mirando ostensiblemente en dirección opuesta. Pero aquello fue la crisis. Quedó agobiado por la vergüenza. El viernes su creencia en el amor era un hecho,

cálido y firme, y el corazón estaba embargado por el remordimiento de los morosos días transcurridos.

El sábado por la mañana, su preocupación era una cosa tan viva que le estuvo distraendo incluso mientras explicaba la más explicable de las asignaturas, o sea, el álgebra, y al acabar la hora de clase el resultado estaba ya decidido y el espíritu de la carrera en plena derrota. Por la tarde, ocurriera lo que ocurriese, iría a verla y a hablarle de nuevo. La imagen de Bonover se le apareció, pero inmediatamente la echó a un lado. Y además...

Bonover hacía la siesta a primera hora de la tarde.

Sí, él saldría e iría a hablarle. Nada le detendría.

Una vez hubo tomado tal decisión se le encalabrino la mente con todas las cosas que podía decir, con las actitudes que debía tomar y con una multitud de vagos y delicados ensueños. Él diría esto, él diría aquello; su imaginación iba describiendo círculos alrededor de aquella maravillosa pose de enamorado. ¡Qué bellaco había sido ocultándose de ella y evitándola durante tanto tiempo! ¿En qué estaría pensando? ¿Cómo se lo podría explicar cuando llegara el momento de la entrevista? Vamos a suponer que le dijera, con toda franqueza...

Reflexionó sobre los límites de la franqueza. ¿Creería ella que no la había visto el jueves anterior...? ¿Lo creería si él le aseguraba que así era, de verdad?

Y entonces ocurrió lo más horrible que pudiera ocurrirle: en medio de todo aquello apareció Bonover con la petición de que se encargara de la vigilancia en el campo de *cricket* por la tarde, en lugar de Dunkerley. Dunkerley era el mayor y más antiguo de los dos maestros auxiliares, y el único colega de Lewisham. De las maneras de Bonover había desaparecido hasta el último vestigio de desaprobación; la petición de un favor era su manera autocrática de ofrecer el ramo de olivo. Pero a Lewisham le sentó como una cruel imposición. Durante un momento decisivo tembló, a punto de caer en la aquiescencia. Como un relámpago se le apareció la visión de su largo servicio de la tarde... mientras ella estaría posiblemente haciendo las maletas para regresar a Clapham. Palideció. Bonover observaba su expresión.

—¡No! —dijo Lewisham, sin contemplaciones, diciendo con ello todo lo que sabía y torturándose el inexperto cerebro en busca de una excusa—. Siento mucho no poder complacerle, pero... mis compromisos... Estoy comprometido formalmente esta tarde.

Las cejas de mister Bonover se enarcaron al oír el evidente embuste, y el resplandor de sus suaves maneras se desvaneció.

—Es que —dijo— *mistress* Bonover espera la visita de una amiga suya esta tarde, y quisiéramos que mister Dunkerley nos acompañara para completar una partida de croket de a cuatro...

—Lo siento —dijo Lewisham, muy resuelto y tomando nota mental de que Bonover jugaba al croket.

—¿No juega usted al croket por casualidad? —preguntó Bonover.

—No —dijo Lewisham—. No tengo la menor idea.

—¿Y si mister Dunkerley se lo hubiese pedido...? —insistió Bonover, sabiendo

muy bien el respeto que Lewisham sentía por las cuestiones de etiqueta.

—¡Oh!, no es por eso —dijo Lewisham.

Bonover, con las cejas aún enarcadas y cierto aire de ultrajado asombro, se fue, dejándolo allí, pálido y erguido, admirándose de su propia temeridad.

CAPÍTULO VI

EL ESCANDALOSO PASEO

TAN pronto como se acabó la clase, Lewisham hizo una sumaria revisión de los principales castigos impuestos y se fue apresuradamente a su casa, a dejar pasar el tiempo hasta que la comida estuviera a punto. Bueno, pues... no parece justo ni correcto que se diga esto de Lewisham; es dudoso incluso afirmar que los deberes de un novelista varón para con su propio sexo no lo repriman algo, pero, tal como se insistía en la pared de al lado de la buharda de Lewisham, «*Magna est veritas et prevalebit*». Lo cierto es que míster Lewisham se cepilló el pelo con arte, ondulándolo pintorescamente, comprobó el efecto de todas sus corbatas y escogió una blanca, se quitó el polvo de las botas con un pañuelo viejo, se cambió de pantalones porque los de todos los días estaban raídos y tiñó con tinta los codos de la chaqueta donde el hilo de las costuras blanqueaba un poco. Y, metiéndonos en más intimidades, habrá que decir que estudió su aspecto en el espejo, desde varios puntos de vista, decidiendo que su nariz podía haber sido más corta, con lo que habría ganado mucho en apariencia...

Inmediatamente después de comer salió, y por el camino más corto se dirigió al sendero de los *allotments*, diciéndose a sí mismo que le era indiferente encontrarse con Bonover en mitad de la calle. No sabía exactamente lo que se proponía hacer, pero tenía la clara idea de volver a ver a la muchacha que había encontrado en la avenida. Sabía que la vería. El sentido de los obstáculos a vencer le animaba y le producía una sensación placentera. Subió algunos peldaños, saliéndose del sendero hasta el portalón desde donde se divisaba la casa de los Frobisher, el portalón desde el cual había estado observando el dormitorio de los Frobisher. Allí se sentó, con los brazos cruzados, a plena vista de la casa.

Esto sucedía a las dos menos diez. A las tres menos veinte todavía estaba sentado allí mismo, pero con las manos en los bolsillos de la chaqueta, frunciendo el ceño y dando con el pie contra el peldaño, con impaciente monotonía. Había puesto sus inútiles gafas en el bolsillo del chaleco, donde permanecieron durante el resto de la tarde, y se había echado el birrete hacia atrás, de modo que dejaba al descubierto toda la frente y un mechón de pelo. Habían pasado dos o tres personas sendero abajo, pero él hizo como si no las viera, y una pareja de currucas que se perseguían mutuamente por el campo inundado de sol y ondulado por la brisa, había constituido su principal entretenimiento. Será una cosa inexplicable, sin duda alguna, pero lo cierto es que a medida que iba transcurriendo el tiempo, míster Lewisham se iba enfadando con la muchacha. Su expresión se fue oscureciendo.

Oyó a alguien que se acercaba por el sendero, a sus espaldas. No quiso volverse a mirar. Le molestaba pensar en que alguien pudiese verle en aquella posición. Su discreción, antes muy acentuada, aunque actualmente desechada, le hacía aún ligeras

protestas contra aquella empresa de la tarde. Las pisadas en el sendero se detuvieron muy cerca.

«No mires», se dijo Lewisham en voz baja.

Y entonces empezaron a oírse unos ruidos misteriosos, un violento crujido de las ramitas del seto, algo parecido a unas pisadas muy suaves y ligeras.

La curiosidad se apoderó de Lewisham, después de brevísima lucha. Miró a su alrededor, y allí estaba ella, de espaldas a él, intentando alcanzar el erizado endrino en flor que asomaba por el seto opuesto. ¡Qué accidente tan casual! ¡Ella no le había visto!

En un instante, las piernas de Lewisham pasaron por encima de la puerta del vallado, saltando los peldaños con tal ímpetu que fue a meterse contra los espinosos arbustos que había detrás de la muchacha.

—Permítame —dijo, demasiado excitado para poder ver que ella no aparentaba ningún asombro al verle.

—¡Míster Lewisham! —exclamó ella con fingida sorpresa, retirándose un poco para dejarle sitio en el endrino.

—¿Qué flor desea usted? —gritó él desbordante de gozo—. ¿La más blanca? ¿La más alta? ¿La que usted quiera!

—Aquélla —repuso la joven—. Aquella que tiene la espina negra saliente.

Era una masa de níveas flores, y Lewisham, luchando por alcanzarla, ya que no era, ni mucho menos, la más accesible, vio con fantástica satisfacción la aparición de un largo y blanco rasguño en su mano, que en seguida se transformó en una línea roja.

—Más arriba de este sendero —dijo descendiendo triunfante y sin aliento— hay otro endrino... Este no puede comparársele ni por un instante...

Ella se echó a reír y se quedó mirándolo, mientras él permanecía rojo de emoción, los ojos triunfantes, con una mirada de aprobación totalmente impremeditada. En la iglesia, en la galería, con el acortamiento de las facciones que le prestaba el ángulo de observación, él le había parecido muy apuesto, pero esto otro era algo diferente.

—Enséñemelo —rogó la muchacha, aunque sabía perfectamente que fuera de aquel sitio no había más endrinos en una milla a la redonda.

—Ya sabía que la vería —dijo él a modo de respuesta—. Estaba seguro de verla a usted hoy.

—Era casi nuestra única ocasión —contestó ella, con la misma franqueza—, porque vuelvo a Londres el lunes.

—¡Ya lo sabía! —gritó el profesor, radiante—. ¿A Clapham?

—Sí. Me han proporcionado un empleo. Usted no sabía que yo era taquimecanógrafa, ¿verdad? Pues lo soy. He terminado mis estudios en la escuela Grogram. Y ahora ha salido un anciano caballero que desea una amanuense.

—Así, ¿usted sabe taquigrafía? —preguntó—. Esto explica la pluma estilográfica. Aquellas líneas estaban escritas... Todavía las guardo.

Ella sonrió, enarcando las cejas.

—Aquí —continuó míster Lewisham, dándose unos golpecitos en el bolsillo del

chaleco—. Este sendero —prosiguió, y su conversación era curiosamente incongruente—, a cierta distancia de aquí, pasado el cerro, conduce a una puerta que da al caminito de la orilla del río. ¿Ha estado usted allí?

—No —repuso la joven.

—Es el mejor paseo de Whortley. Conduce a los pastos de Immering. Tiene usted que ir allí..., antes de que se vaya a Londres.

—¿Ahora? —interrogó ella con ojos alegres.

—¿Por qué no?

—Es que le dije a *mistress* Frobisher que estaría de vuelta a las cuatro —explicó la joven.

—Es un paseo que no puede dejar de hacer.

—Muy bien.

—Los árboles están echando las hojas —dijo *míster* Lewisham—, los juncos están retoñando, y a lo largo de la orilla del río hay millones de florecillas blancas flotando en el agua. Ignoro los nombres de estas flores, pero son muy bonitas... ¿Quiere que le lleve este ramo de flores?

Al cogerlo él, sus manos entraron en contacto momentáneamente... y se hizo otro de aquellos silencios tan significativos.

—Mire esas nubes —prosiguió Lewisham bruscamente, agitando la blanca espuma de flor de endrino—, y mire el azul que dejan en medio.

—Es espléndido. Parece como si el buen tiempo hubiese esperado hasta hoy para lucirse. Mi último día. Mi último día irremisiblemente.

Y así prosiguió, andando aquella pareja de jovencitos, electrizados, con infinito asombro por parte de *mistress* Frobisher, que lo estaba contemplando todo desde la ventana del ático, decididos y seguros de si mismos, encontrando al mundo entero iluminado y espléndido para su mayor entretenimiento y diversión. ¡Las cosas que descubrieron y se contaron aquella tarde en la orilla del río...! ¡Que la primavera era maravillosa, las verdes hojas hermosísimas, los capullos pasmosos, y las nubes deslumbrantes y majestuosísimas...! ¡Y todo esto con un gran aire de suprema originalidad! ¡Y su ingenuo asombro al descubrir que coincidían exactamente en la apreciación de estas nuevas delicias! Les parecía que haberse encontrado era algo que estaba por encima de un mero accidente.

Siguieron por la senda que iba por entre la arboleda a lo largo de la orilla del río, pero la joven cambió de idea y antes de haber andado trescientos metros quiso seguir por la senda inferior, que era un camino de sirga. Así, pues, Lewisham tuvo que encontrar un sitio a propósito para que ella bajara, un lugar donde un árbol amigo extendía sus abultadas raíces a modo de balaustrada. Ella bajó por allí con su mano apoyada en la de él.

Luego una rata de agua que se lavaba el bigote dio ocasión a un súbito contacto de manos y a la íntima confianza de susurros y de un silencio en común. Después de esto Lewisham intentó coger para ella un malvavisco, con peligro, según se juzgó, de su vida, y lo consiguió, junto con una bota llena de agua. Y al llegar a la compuerta, ante la negra y reluciente esclusa, donde la senda se apartaba del río, ella

le subyugó con una hazaña inesperada, al trepar alegremente por la compuerta con la sola ayuda de su mano y saltar al otro lado, hecha un modelo de agilidad y de gracia.

Atravesaron audazmente los prados, embellecidos por la cardamina, y se interpuso, a petición especial, entre ella y tres vacas matroniles, sintiéndose como Perseo cuando decapitó al monstruo marino. Y así llegaron al molino, y desde allí, trepando por un empinado camino, a los pastos de Immering. Al atravesar los prados, Lewisham había iniciado el tema del trabajo de ella.

—¿De veras se va usted para trabajar de amanuense? —preguntó haciendo que la joven se enfrascara en el tema con el entusiasmo de un especialista.

Trataron este tema por el método comparado, y ninguno de los dos notó cómo se iba apagando la luz del cielo, hasta que la suave lluvia se les echó encima.

—¡Mire! —exclamó ella—. ¡Allí hay un cobertizo!

Echaron a correr juntos. La joven corría riendo, y, no obstante, lo hacía con rapidez y agilidad. Lewisham tiró de ella con las dos manos, haciéndole atravesar el seto, y le libertó la falda que se había enganchado en una amorosa zarza, y así llegaron al negro cobertizo donde se guardaba un mohoso rastrillo de grandes proporciones. Entonces vio que la muchacha no había perdido el aliento después de la larga carrera.

La muchacha se sentó en el rastrillo y murmuró:

—Tendré que quitarme el sombrero. La lluvia lo habrá manchado.

Así el profesor tuvo la oportunidad de admirar la calidad de sus rizos. La joven se inclinó sobre el sombrero con el pañuelo en la mano, sacudiendo elegantemente las plateadas gotas. Él se quedó de pie en la entrada del cobertizo, mirando el paisaje a través de la ligera cortina del chaparrón de abril.

—Hay sitio para dos en este rastrillo —dijo la muchacha.

Lewisham profirió unos sonidos inarticulados de negativa, y luego se acercó y se sentó a su lado, muy cerca de ella, tan cerca que casi se tocaban. Sintió un irreprimible deseo de cogerla en sus brazos y besarla, pero consiguió vencer aquel instante de locura.

—Ni siquiera sé su nombre —dijo Lewisham, distrayéndose de sus agitadas ideas en la conversación.

—Henderson —repuso la muchacha.

—¿Miss Henderson?

Ella le miró sonriendo... y vaciló.

—Sí... Miss Henderson.

Los ojos de la joven, la atmósfera a su alrededor, eran cosas maravillosas. Él no había experimentado nunca semejante sensación, aquella extraña excitación, casi como un levísimo eco de lágrimas. Estaba a punto de preguntarle el nombre de pila. Estaba a punto de llamarla «querida» y ver cómo se lo tomaba. Se sumergió en una vaga descripción de Bonover y de cómo le había mentido referente a ella, llamándola *miss Smith*, pudiendo así escapar de aquella inexplicable crisis emocional...

El murmullo de la lluvia se amortiguó, cesando al fin, y un rayo de sol iluminó vivamente los bosques distantes, más allá de Immering. Precisamente en aquel

momento habían iniciado un nuevo silencio, un silencio henchido de ideas audaces por parte de míster Lewisham, quien finalmente se decidió a mover un brazo, colocándolo detrás de la joven, en la armazón del rastrillo.

—Vámonos ya —dijo la muchacha bruscamente—. La lluvia ha cesado.

—Este sendero va derecho a Immering —murmuró míster Lewisham.

—Pero, ya serán las cuatro, ¿no?

El profesor se sacó; el reloj del bolsillo y enarcó las cejas. Eran cerca de las cuatro y cuarto.

—¿Ya son más de las cuatro? —preguntó *miss* Henderson, y bruscamente se encontraron de frente, a punto de despedirse.

El hecho de que Lewisham tuviera que entrar de servicio a las cinco y media parecía una cosa trivial.

—Sí —dijo él, dándose cuenta con gran lentitud de lo que aquella despedida significaba—. Pero, ¿por qué tiene usted que irse? Yo... yo quisiera hablarle.

—¿No me ha estado hablando hasta ahora?

—Pero no es eso. Además... no.

Ella se quedó mirándolo.

—Prometí estar de regreso en casa a las cuatro. *Mistress* Frobisher toma el té...

—Tal vez no tengamos ocasión de vernos nunca más.

—Seguramente.

Lewisham palideció.

—No me deje —dijo, rompiendo el tenso silencio, y con un nuevo acento en la voz—. No me deje. Quédese conmigo... un ratito más... Podría... podría usted extraviarse.

—Parece como si usted creyera que vivo sin comer ni beber.

—¡He deseado tanto hablarle a usted! La primera vez que la vi... Al principio no me atreví... No sabía si usted me permitiría que le hablase... Y ahora que me siento tan... feliz, usted se va.

Se calló bruscamente. Ella tenía los ojos bajos.

—No —murmuró trazando una curva con la punta del zapato—. No, no me voy.

Lewisham dominó el impulso que tuvo de echarse a gritar.

—¿Quiere usted venir a Immering? —preguntó.

Y mientras andaban por el estrecho sendero, sobre la húmeda hierba, empezó a decirle con sencilla sinceridad lo mucho que apreciaba su compañía.

—No cambiaría esto —continuó, mirando a su alrededor como si buscara una oferta para rechazar— por nada en el mundo... No habré vuelto a la hora de la clase. Pero no me importa lo que ocurra. No me importa nada de lo que ocurra mientras pueda disponer de esta tarde.

—Tampoco me importa a mí —contestó la joven.

—Gracias por haber venido —dijo él en una explosión de gratitud.

Y dándole la mano repitió:

—Muchas gracias por haber venido.

Ella se la cogió efusivamente, y así fueron andando, cogidos de la mano, hasta

llegar a la primera calle del pueblo. Su decidida resolución de hacer novillos a toda costa había dado origen a un maravilloso sentimiento de camaradería.

—No puedo llamarla *miss* Henderson —dijo él—. Ya sabe usted que no puedo. Ya sabe usted que... tendría que saber su nombre de pila.

—Ethel —repuso la muchacha.

—Ethel —repitió Lewisham mirándola.

Y haciendo acopio de valor continuó:

—Ethel. Es un bonito nombre. Pero no hay nombre que sea demasiado bonito para usted, Ethel... *querida*...

El pequeño establecimiento de Immering estaba al fondo de un jardín cubierto de alhelíes y lo regentaba una mujercita gordezuela y alegre que insistió en tratarlos como hermanos. Admitido este punto, les sirvió un admirable té por muy poco dinero. A Lewisham no le gustó que la mujer aquella les llamase siempre «querido místico» y «querida *miss*» porque aquello parecía mezclarse con su última y aventurada iniciativa. Pero tanto el té como el pan con mantequilla, como la mermelada de arándano, eran manjares exquisitos. Había en un jarrón, encima de la mesa, unos alhelíes de penetrante aroma, que causaron la admiración de Ethel, y cuando se fueron, la buena mujer insistió en que se llevaran un ramito.

Fue cuando salieron de Immering que aquel paseo se convirtió, hablando estrictamente, en algo escandaloso. El sol era una bola de oro suspendida sobre las azules colinas de poniente, que transformó por un momento a nuestros jóvenes en figurillas de fuego, las cuales, en lugar de dirigirse hacia sus respectivos hogares, se fueron por la carretera, de Wentworth que se adentra en los bosques de Forshaw. Detrás de ellos la luna, casi llena, se cernía en el cielo azul encima de las copas de los árboles, espectral e indistinta, recogiendo lentamente para sí toda la luz que el sol poniente dejaba abandonada en el firmamento.

Al salir de Immering empezaron a hablar del porvenir. Y para los enamorados jóvenes no hay más futuro que el futuro inmediato.

—Tiene usted que escribirme —dijo el profesor.

Ella contestó que escribía unas cartas muy tontas.

—Yo necesitare muchas resmas de papel para escribirle —repuso Lewisham.

—¿Y cómo me escribirá usted? —preguntó Ethel.

Entonces se pusieron a discutir aquel nuevo obstáculo que se alzaba entre ellos. No había ni que pensar en escribir a su casa. Esto sería imposible. Ella estaba segura de que aquello no podría ser.

—Mi madre... —empezó y luego se interrumpió.

Aquella prohibición lo dejó cortado, porque en aquella época, místico Lewisham tenía todas las condiciones de un prolífico escritor epistolar. Sin embargo, todo ocurría tal como era de esperar. El mundo entero se mostraba poco propicio... hasta inexorable y todo... Era un espléndido aislamiento *à deux*.

Acaso la muchacha pudiese encontrar algún sitio donde él pudiera enviarle las cartas. No obstante, aquello a Ethel le pareció engañoso.

Así siguieron paseando los dos, henchidos de felicidad por el descubrimiento del

amor, y sin embargo, tan dominados por la timidez de la adolescencia que la palabra «Amor» no salió de sus labios durante todo el día. Pero, a medida que hablaban y que el amable crepúsculo se cernía sobre ellos, sus palabras y sus corazones llegaron a estar muy juntos. No obstante, su lenguaje parecería tan escueto, escrito aquí a sangre fría, que no lo describiré. Para ellos no tenía nada de escueto.

Cuando por fin llegaron por la carretera a Whortley, los silenciosos árboles eran negros como la tinta y la luz de la luna prestaba una palidez de maravilla a la cara de la joven, y sus ojos brillaban como estrellas. Todavía llevaba la rama de endrino, de la que se habían desprendido la mayoría de las flores. Los olorosos alhelies seguían siendo fragantes. Y a lo lejos, suavizada por la distancia, la banda de Whortley, que por primera vez aquel año daba un concierto público frente a la vicaría, tocaba con untuosa lentitud una tonada sentimental. No sé si el lector recordará aquella melodía favorita del 1880:

Dulces rostros de ensueños y desengaños (pam pam) nos traen el recuerdo de los lejanos añooooos...

Era una melodía muy lenta y llena de ternura, con un acompañamiento de pam pam. ¡Qué patéticamente alegre era aquel pam pam! Desesperadamente alegre, en contraste con la melancolía de la tonada, acentuada por esporádicas vocalizaciones. Pero a la gente joven las cosas se les aparecen de diferente modo.

—Me gusta mucho la música —dijo la muchacha.

—A mí también —contestó Lewisham.

Siguieron bajando la cuesta de West Street. Anduvieron un poco apartados del metálico y correoso tumulto de sonidos, para situarse dentro de la luz proyectada por el pequeño círculo de lámparas amarillentas. Varias personas repararon en ellos, escandalizándose de a lo que había llegado la juventud de hoy en día, y un testigo presencial describió posteriormente su actitud como «descocada». Míster Lewisham iba cubierto con su birrete profesional, y no había manera de que fuera tomado por otro. Pasaron ante la Escuela Privada y allí vieron un retrato, enmarcado y cubierto de cristal, de míster Bonover dando la clase en lugar de su extraviado maestro auxiliar. Y al llegar a casa de los Frobisher se despidieron por fin, a la fuerza.

—Adiós —dijo míster Lewisham por tercera vez—. Adiós Ethel.

Ella vaciló, y de pronto se lanzó hacia él. Míster Lewisham sintió que las manos de ella se posaban en sus hombros, y el contacto de sus labios, suaves y tibios, sobre su mejilla, y antes de que el profesor pudiese cogerla, ella lo había esquivado, deslizándose dentro de la penumbra de la casa.

—Adiós —se oyó decir desde las sombras, y mientras él estaba todavía dudando para responderle otra vez, se abrió la puerta.

Míster Lewisham vio recortarse su silueta negra en el marco de la entrada, oyó algunas palabras indistintas y la puerta se cerró, dejándole solo bajo la luz de la luna, con la mejilla aún ardiente por el beso de Ethel...

Y así finalizó el primer día en que míster Lewisham entró en contacto con el

Amor.

CAPÍTULO VII

EL AJUSTE DE CUENTAS

Y después del día del Amor vinieron los días del Ajuste de Cuentas. Míster Lewisham quedó asombrado, casi anonadado, por aquel Ajuste de Cuentas, a medida que éste, de un modo lento pero inexorable se fue desplegando. Las maravillosas emociones del sábado duraron todo el domingo, y justificó su negligencia del *Schema* asegurándole a éste que Ella era su Inspiración, y que él se comprometía a trabajar por ella mil veces mejor de lo que lo hacía trabajando para sí mismo. Esto, desde luego, no era verdad, y lo cierto es que se admiró de que hubiera desaparecido todo su interés por el examen teológico de la «Analogía» de Butler. Los Frobisher no asistieron a ninguno de los dos servicios religiosos dominicales, y él se preguntó con cierta ansiedad: «¿Por qué?»

El lunes amaneció frío y despejado, un día digno de Herbert Spencer. Lewisham se dirigió a la escuela asegurándose a sí mismo repetidamente de que no tenía nada que temer. Los alumnos externos ya estaban murmurando, al parecer, de él y Frobisher II era muy solicitado. Lewisham pudo oír un fragmento:

—Mi madre se puso hecha una furia —decía Frobisher II.

A las doce hubo una entrevista con Bonover, y se oyeron voces, elevándose en enojado altercado, perfectamente audibles para el primer maestro auxiliar, Dunkerley, a través de la cerrada puerta del despacho. Luego Lewisham atravesó el aula, con la mirada fija y las mejillas muy coloradas.

Por lo tanto, la mente de Dunkerley se hallaba preparada ya para las noticias que le llegaron a la mañana siguiente al repasar las libretas de los escolares.

—¿Cuándo? —preguntó Dunkerley.

—Al final del próximo trimestre —contestó Lewisham.

—¿Es a causa de aquella muchacha que estuvo con los Frobisher?

—Sí.

—Es una muchacha muy bonita. Pero te va a perjudicar la matrícula en junio próximo —dijo Dunkerley.

—Eso es lo que siento.

—Difícilmente puede esperarse que te dé permiso para presentarte a los exámenes...

—No me lo dará —repuso Lewisham, brevemente, abriendo la primera libreta de las que tenía por corregir. Le resultaba muy difícil hablar.

—Es un mamarracho —prosiguió Dunkerley—. Pero, ¿qué puede esperarse de Durham?

Bonover tenía el título expedido en la Universidad de Durham, y Dunkerley, que no poseía título alguno, era muy peculiar en sus apreciaciones. Seguidamente Dunkerley se enfrascó en un entusiástico papeleo con su montón de ejercicios por

corregir. Únicamente cuando el montón quedó reducido a una o dos libretas, reanuda la conversación... para exponer un punto muy delicado.

—Macho y hembra fueron creados por Él —dijo Dunkerley recorriendo las páginas de arriba abajo y marcando lo que iba confrontando—, lo cual resulta comprometedor en extremo para los maestros auxiliares.

Cerró la libreta de golpe y la tiró al suelo, a sus espaldas.

—Tienes suerte —continuó—. Creí que sería el primero en salir de esta covacha indecente. Tienes suerte. Aquí siempre tiene uno que hacer comedia. Con padres y tutores en cada esquina. Eso es lo que me molesta de la vida en el campo, que sea tan cerrilmente artificial. Haré todo lo posible para salir de aquí tan pronto como pueda. ¡Te lo aseguro!

—¿Y patentar todo aquello?

—Sí. Patentar todo aquello. ¡El Gollete de Botella Cuadrado Patentado...! ¡Ah...! Cuando esté en Londres...

—Me parece que yo también daré un vistazo a Londres... —dijo Lewisham.

Y entonces Dunkerley, lleno de experiencia, y como era una de las personas más amables que había en el mundo, olvidó ciertas ambiciones particulares (él fomentaba ensueños de asombrosas patentes) y le recordó la existencia de los agentes, procediendo a darle una lista de estos factores tan necesarios a los maestros auxiliares sin empleo: Orellana, Cabbitas, la Agencia de Lancaster Gate, y todo el resto. Él las conocía a todas... íntimamente.

—Claro que pudiera salirte bien aquello de Kensington —dijo Dunkerley—, pero vale más no esperar. Francamente, las probabilidades están en contra tuya.

«Aquello de Kensington», era una solicitud para el ingreso en la Escuela Normal de Ciencias, de South Kensington, que Lewisham había redactado en un momento de entusiasmo. Como que en Inglaterra existe una provisión insuficiente de profesores de ciencia titulados, el Departamento de Ciencias y Artes se ve obligado a ofrecer instrucción gratuita en su gran escuela central, con la subvención de una guinea semanal, para poder seleccionar unos cuantos pedagogos jóvenes que se comprometan a la enseñanza de las ciencias una vez terminado su período de instrucción. Dunkerley había tomado la costumbre, durante varios años, de solicitar una plaza, y siempre inútilmente, y Lewisham no había visto inconveniente en seguir su ejemplo. Máxime teniendo en cuenta que Dunkerley no poseía las notas y diplomas que tenía él.

Así, pues, Lewisham pasó todo el tiempo que las clases le dejaron libre redactando una carta y copiándola varias veces para enviarla a las diversas agencias escolares. En ella daba un sucinto pero apreciativo esquema de su vida, extendiéndose sobre sus métodos de instrucción y educación. Al final había una larga y decorativa lista de sus diplomas y distinciones, empezando por un premio de buena conducta a la edad de ocho años. Fue necesario muchísimo tiempo para redactar el documento en cuestión, pero su sencillez vino en su ayuda. Después de una cuidadosa consideración del horario, se decidió por elegir la hora del mediodía destinada a «Correspondencia».

Encontróse con que sus lecciones de matemáticas y de clásicos estaban algo retrasadas, y que el *test* que había mandado a su profesor por correspondencia durante aquellos tormentosos días que siguieron a su encuentro con Bonover en la Avenida, le fue devuelto endorsado con varios borrones y con lo siguiente: «Suspense». Esta última experiencia era algo sin precedentes, y le incomodó tanto que durante unos momentos estuvo a punto de replicar al profesor con una carta sarcástica. Luego llegaron las vacaciones de Pascua, y tuvo que volver a su casa y explicar a su madre, suprimiendo cuidadosamente algunos detalles, que dejaba Whortley.

—¡Si estabas tan bien allí! —exclamó su madre.

Pero aquella buena mujer tuvo un consuelo. Pudo observar que su hijo ya no usaba gafas, pues se las había olvidado, y su secreto temor de graves lesiones oculares que se le «ocultaban» quedó muy aliviado.

A veces Lewisham tenía accesos de verdadero arrepentimiento por la locura de aquel paseo. Uno de estos accesos se produjo después de las vacaciones, cuando la necesidad de revisar las fechas establecidas en el *Schema* le trajo a la mente por primera vez, y muy claramente por cierto, los resultados prácticos de su primer combate contra todas aquellas influencias tan misteriosas como potentes que la primavera pone en movimiento. Su sueño de éxito y fama había sido algo muy real y muy querido para él, y la evidencia del inevitable aplazamiento de su matrícula, que anhelaba desde hacía tanto tiempo, la puerta de entrada de todas las grandes cosas que él se proponía llevar a cabo, le sorprendió igual que una real sensación física en el pecho.

Se levantó de un salto, con la pluma en la mano, en medio de sus correcciones, y se puso a andar de un lado para otro.

«¡Qué necio he sido! —exclamó—. ¡Qué necio he sido!»

Tiró la pluma al suelo y se dirigió hacia un croquis, muy mal dibujado por cierto, del rostro de la muchacha, que adornaba el otro extremo de su habitación y que era visible testigo de su esclavitud. Arrancó el retrato de la pared y lo rompió en varios pedazos, que cayeron diseminándose por el suelo...

«¡Qué tonto!»

Aquello le alivió... un abandono definitivo. Se quedó mirando un instante la barbaridad que había hecho, y volvió a la revisión del horario, murmurando algo como «la tontería de enamorarse».

Esta era una de sus facetas. La más rara. Esperaba al cartero con más entusiasmo por conocer la dirección adonde debía escribir a Ethel, que por recibir respuesta a una de aquellas reiteradas cartas de solicitud de empleo, cuya redacción había apartado de su atención a Horacio y a las matemáticas superiores. En realidad se pasó más tiempo meditando sobre la carta que le escribiría a ella, de lo que el inventario de sus muchas virtudes hubiera requerido.

Y, no obstante, las cartas de solicitud eran unas composiciones admirables. Cada una de ellas fue escrita con plumilla nueva, y, en la primera página al menos, su caligrafía era muy superior a la habitual en él, con ser ésta ya muy buena. A pesar de esto los días fueron transcurriendo sin que llegase aquella carta especial que él tanto

anhelaba.

Su estado de ánimo se complicó con el hecho de que, a pesar de su estudiado silencio sobre la cuestión, el motivo de su marcha recorrió «todo Whortley» en un período de tiempo asombrosamente breve. Se daba por descontado que Lewisham era un joven disoluto, y el comportamiento de Ethel era censurado con complaciente indignación, si se permite la frase, por las señoras del lugar. La hermosura muy a menudo no es sino una trampa. Un muchacho gritó en una ocasión «Ethel» al pasar Lewisham. El cura, un cura nervioso, de pálida faz y abultados nudillos, pasaba ahora por su lado, sin dar muestras de haberse enterado de su existencia. *Mistress Bonover* encontró la ocasión de decirle que él era «un simple muchacho», y en cierta ocasión *mistress Frobisher* resopló amenazadoramente al cruzarse con él en la calle. Lo hizo de un modo tan repentino que *míster Lewisham* dio un respingo.

Esta desaprobación general le inclinaba, a veces, a la depresión, pero, en otras ocasiones, la encontraba regocijante, y le gustaba darse aires de juerguista ante *Dunkerley*. En otras ocasiones, se decía a sí mismo que apechugaba con todo aquello por causa de ella. Sea como fuera, tenía que aguantarlo.

Empezó a darse cuenta de lo poco que en el mundo se necesitan los servicios de un joven de diecinueve años —se atribuía diecinueve años a pesar de que debían transcurrir aún algunos meses para cumplirlos—, aunque éste presente premios especiales de buena conducta, aplicación y aritmética, y certificados superiores firmados por un distinguido ingeniero y coronados por las Reales Armas, garantizando los conocimientos en dibujo geométrico, astronomía náutica, fisiología animal, química inorgánica, fisiografía y construcción arquitectónica, y a pesar de su juventud, fuerza y energía. Al principio se había imaginado que los directores de escuela se aprovecharían de la oportunidad de poderle emplear, y ahora veía que era él quien se agarraba a la posibilidad de que alguno de ellos quisiera emplearle. Empezó a poner cierta urgencia en sus solicitudes para plazas vacantes, una urgencia que no le sirvió de nada. Las solicitudes se hicieron cada vez más extensas, llegando a llenar cuatro hojas de papel, lo que equivalía a un gasto de un penique. «Puedo asegurarle —escribía— que usted encontrará en mí un leal y adicto auxiliar.» Y muchas otras cosas por el mismo estilo. *Dunkerley* le llamó la atención sobre el hecho de que los informes que de él daba *Bonover* nada decían respecto a la moralidad y a la disciplina, y esta omisión era muy visible, pero *Bonover* se negó a modificarlos. Dijo que haría con mucho gusto todo cuanto pudiera para ayudar a *Lewisham*, a pesar del modo como éste le había tratado; no obstante, su conciencia...

En una o dos ocasiones *Lewisham* alteró el sentido del informe de *Bonover* al copiarlo en la solicitud... pero sin resultado. Y ya estaban a mitad de mayo y *South Kensington* permanecía silencioso. El futuro se presentaba muy gris.

Y en las profundidades de sus dudas y desilusiones le llegó la carta. Venía mecanografiada sobre papel fino. «Querido», empezaba diciendo simplemente, y le pareció que era la más dulce y admirable de todas las formas de dirigirsele, aunque en realidad era debido a que ella se había olvidado de su nombre, y después se había olvidado de dejar un espacio para rellenarlo cuando se acordara.

«Querido: No he podido escribirte antes porque no tengo sitio en casa donde pueda escribir una carta sin que me estorben. *Mistress Frobisher* contó a mi madre un montón de falsedades de ti. Mi madre me ha dejado muy sorprendida..., nunca lo hubiese creído de ella. No me dijo nada. Pero de esto ya te hablaré en otra carta. Estoy demasiado indignada para poder explicártelo ahora. Tú no puedes contestarme, porque *no debes mandarme cartas aquí*. No es posible. Pero continúo pensando en ti, querido (el «querido» había sido borrado y escrito de nuevo), tengo necesidad de escribir y decírtelo, pienso mucho en aquel agradable paseo. Te lo escribo por si no pudiera mandarte ninguna carta más. Estoy muy ocupada ahora. El trabajo que hago es bastante difícil y yo soy un poquitín estúpida. Es muy difícil interesarse en algo sólo porque éste sea el modo que una tiene de ganarse la vida, ¿verdad? Diría que a veces te pasa lo mismo con la escuela. Pero supongo que todo el mundo tiene que hacer cosas que no gustan. No sé cuándo volveré a Whortley, si es que vuelvo, pero es muy probable que tú vengas a Londres. *Mistress Frobisher* dijo una serie de cosas horrosas. Sería muy agradable que vinieses a Londres porque entonces quizá pudieras venir a verme. Hay una escuela para muchachos mayores en Chelsea y cuando paso por allí todas las mañanas desearía que tú estuvieras allí. Si así fuera, saldrías con tu toga y birrete cuando yo pasara. ¡Imagínate si algún día te viera allí de pronto!»

Y así continuaba, con una información muy escasa, y terminaba bruscamente: «Adiós, querido. Adiós, querido», garrapateado en lápiz. Y luego: «Piensa en mí algunas veces».

Al leer aquella carta, y especialmente el «querido» del principio, sintió Lewisham una extrañísima sensación en la garganta y en el pecho, casi como si estuviese a punto de echarse a llorar. Por consiguiente, se echó a reír en su lugar, la volvió a leer, y se puso a andar de un lado a otro de su habitación, con los ojos brillantes y aquella preciosa escritura en la mano. Aquel «querido» era igual que si ella hubiese hablado, era como una voz oída de repente. Recordó su despedida, clara y dulce, desde la penumbra de la casa bajo la luz de la luna.

Pero ¿qué significaría aquello de «si no pudiera mandarte ninguna carta más» y aquel final tan brusco? ¡Naturalmente que pensaría en ella!

Fue su única carta. Al cabo de poco tiempo sus doblesces, ya gastadas, acabaron por romperse.

A principios de junio le sobrevino una sensación de soledad que se transformó súbitamente en un vehemente deseo, casi intolerable, de ver a Ethel. Tuvo vagos propósitos de irse a Londres, a Clapham, en su busca. Pero en Clapham no se encuentra uno a la gente como en Whortley. Pasó la primera mitad de la tarde redactando y volviendo a redactar una larga carta para el día en que conociera su dirección. Si es que alguna vez llegaba a enterarse. Se paseó por el pueblo, desconsolado, y por fin, a eso de las siete, emprendió, bajo la luz de la luna, el recorrido, paso por paso, de aquel memorable paseo junto a ella.

En la oscuridad de cobertizo llegó hasta el extremo de ponerse a hablar en voz alta, como si ella estuviese presente. Y dijo algunas cosas muy atrevidas y muy bien

dichas.

Encontró a la buena mujer de los alhelíes con una vela en la ventana, y bebió una botella de cerveza de jengibre con aire sacramental. La buena mujercita le preguntó, algo burlescamente, por su hermana, y él prometió volver con ella algún día.

—Ya volveré con ella —dijo—. Puede estar usted segura.

La conversación con la buena mujer le amortiguó algo su sensación de desolación. Y luego, nuevamente a casa, a través de la blanca bruma, en un estado de melancolía tal que, al final, hasta casi le produjo una sensación agradable.

Al día siguiente de este acceso una nueva «inscripción» atrajo la atención de *mistress* Munday, dejándola perpleja; era una inscripción a la par misteriosa y familiar, y decía así:

Wízpah^[2]

Estaba escrita en caracteres ingleses antiguos y evidentemente había sido ejecutada con sumo cuidado.

¿Dónde la había visto antes?

Al principio dominó todo el resto de la estancia, desplegándose como una bandera de triunfo sobre la «disciplina», el horario y el *Schema*. En una ocasión fue quitada de allí, pero reapareció al día siguiente. Más tarde una lista de plazas escolares vacantes la ocultaron parcialmente, y en su margen se escribieron algunas anotaciones en lápiz.

Y cuando finalmente llegó el día de hacer el equipaje y marcharse de Whortley, Lewisham la descolgó y la utilizó, junto con otros papeles a propósito, como el *Schema* y el horario, para forrar el fondo de la caja amarilla donde empaquetó sus libros; principalmente libros relacionados con aquella matrícula que ahora tendría que ser aplazada.

CAPÍTULO VIII

LA CARRERA TRIUNFA

HAY un intervalo de dos años y medio. La historia se reanuda con un míster Lewisham mucho más maduro, un míster Lewisham que ya no es un jovencuelo, sino todo un hombre, un hombre de veintiún años. El escenario no es ya el pequeño lugar de Whortley, metido entre árboles, lomas, frescas riberas, parques y pastos, sino la gris espaciosidad del oeste de Londres.

Y la historia no se reanuda con Ethel. Porque aquella segunda carta prometida nunca llegó hasta él, y aunque durante sus primeros meses en Londres perdió muchas tardes paseándose por Clapham, árido páramo lleno de gente, el encuentro por que suspiraba nunca llegó a realizarse. Hasta que, al fin, según el estilo propio de la juventud, tan gloriosamente recuperador en cuerpo, corazón y alma, empezó a olvidar.

La búsqueda de una beca había terminado con el disfrute inesperado de aquel documento azul por el que Dunkerley tanto había suspirado. Los títulos y diplomas azul-verdosos tenían, al parecer, un valor superior al de su utilidad como decoración mural, y cuando Lewisham ya desesperaba de conseguir un empleo en toda su vida, le llegó, un maravilloso documento azul del Departamento de Educación en el que se le prometían cosas insospechadas. Tenía que ir a Londres donde le pagarían una guinea semanal para asistir a las clases..., ¡unas clases que iban más allá de sus más ambiciosos sueños! Entre los nombres que nadaban ante sus ojos había el de Huxley..., ¡el de Huxley y luego el de Lockyer! ¡Qué suerte! ¿Tiene algo de extraño el que durante tres años memorables la Carrera triunfara?

Podéis imaginároslo dirigiéndose a la Escuela Normal de Ciencias, al empezar el tercer año de sus estudios en aquella institución. Actualmente la llaman «Real Colegio de Ciencias». Llevaba en su mano derecha una reluciente cartera negra, llena de libros de texto, notas y aparatos para la sesión próxima. En la mano izquierda llevaba un libro que no cabía en la cartera, un libro de cantos dorados, con la encuadernación muy bien protegida por una cubierta de papel de embalaje.

El transcurso del tiempo se había afirmado sobre su labio superior en un bigote poco agresivo pero indiscutible, en un aumento de más de dos centímetros en su estatura, y en su continente, menos autoconsciente. Porque ahora ya no sentía aquella atención universal fija en él, como la había sentido a los dieciocho años; se le estaba revelando, por el contrario, que muchísima gente se mostraba completamente indiferente ante el hecho de su existencia. Pero aunque menos autoconsciente, su porte denotaba, sin embargo, una mayor confianza en sí mismo..., como si estuviera muy satisfecho de como le iban las cosas.

Su traje era, con una sola excepción, de un color negruzco, de luto, muy usado y ya ligeramente rojizo. El luto era debido a su madre, que había fallecido un año antes

de la reanudación de esta historia, dejándole una herencia de cerca de un centenar de libras esterlinas, cantidad que Lewisham guardaba celosamente en la Caja de Ahorros, para pagar exclusivamente las cosas más esenciales, tales como las matrículas universitarias y los libros e instrumentos que su brillante carrera de estudiante demandaba. Porque, a pesar del tropezón de Whortley, su carrera era muy brillante, ganando diplomas y certificados con la voracidad de una llama devoradora.

Al inspeccionarle, la mirada de usted habría reparado inevitablemente en el cuello de su camisa... Un cuello curiosamente reluciente, con una superficie como de goma mojada. Aunque, prácticamente, eso nada tiene que ver con la historia presente, sé que debo aclarar esto antes de proseguir adelante, o usted no prestará la debida atención. Londres tiene sus misterios, pero ¡este extraño brillo en su ropa interior...! «Las lavanderas baratas siempre azulean demasiado», protesta la dama. «Tendría que haberse azuleado, frotado fuertemente y dejado suelto el gemelo que le molesta y le aprieta demasiado el cuello. Pero este brillo...» Usted, señora, habría mirado más de cerca, y por fin lo habría tocado... ¡Una superficie de sepultura, húmeda y fría! Y es que, ¡ya ve usted, señora!, era un cuello impermeable patentado. Uno de esos cuellos que se lavan por la noche con el cepillo de dientes, y se dejan secar colgados del respaldo de una silla, y al día siguiente aparecen rejuvenecidos. Era el único cuello que Lewisham tenía en el mundo, y le ahorraba al menos tres peniques por semana, y esto para un «estudiante para profesor de ciencias» de South Kensington, que disponía sólo de una guinea semanal para vivir, proporcionada por un gobierno paternal pero parco, es una cantidad digna de ser tenida en cuenta. Aquello le había parecido a Lewisham un gran descubrimiento. Lo había visto por primera vez en el escaparate de una tienda de artículos de goma, en el fondo de una pecera por donde nadaba una carpa dorada, muy descontenta. Y se dijo que hasta le gustaba aquel brillo.

Pero el llevar una corbata roja, ¡eso sí que habría sido inesperado! ¡Una corbata de color rojo rutilante, según la moda de los conductores de ferrocarril de la red del sudoeste! Lo demás distaba mucho de ser elegante, incluso la vanidad de las gafas, abandonada ya hacía tiempo. Habría reflexionado un momento... ¿Dónde se habría visto una muchedumbre... en que las corbatas rojas fuesen abundantes y hasta cierto punto significativas? Hay que confesar la verdad: ¡míster Lewisham se había hecho socialista!

Aquella corbata roja no era más que un signo externo y visible de un gran desarrollo interno y espiritual. Lewisham, a pesar de las demandas de una carrera estudiosa, se había leído ya de cabo a rabo la «Analogía» de Butler, y otros libros; había argüido, había tenido sus dudas y había clamado a Dios para que le otorgara la «Fe» en el silencio de la noche..., una «Fe» que tenía que serle enviada inmediatamente si, la petición de míster Lewisham tenía algún valor, y que, sin embargo, no le fue enviada tal como deseaba... La idea que tenía de su destino en este mundo ya no consistía en una serie de exámenes hacia un remoto Foro y hacia la eminencia política «en interés de la causa liberal». Había empezado a darse cuenta de ciertos aspectos de nuestro orden social que Whortley no exhibía. Había empezado a

sentir algo de la sórdida tensión y esfuerzo que pronto degenera en dolor y en una terrible miseria, que forma el color de tantas vidas humanas del Londres moderno. Un vívido contraste se cernía en su mente como un símbolo. Por un lado había los carboneros de los depósitos de Westbourne Park, en huelga, flacos y hambrientos, los niños mendigando en medio del fango negruzco, y la cola de los famélicos frente a una distribución gratuita de sopa. Por otro lado, Westbourne Grove, dos calles más allá, brillante exposición de tiendas llenas, agitado tráfico de coches y carruajes, y una tal inundación de lujo y dispendio, que un cansado estudiante con empapadas botas y ropas viejas que se apresurase para llegar a su casa se hallaba continuamente impedido por el torbellino de faldas y paquetes y hermosas mujeres. No hay duda de que las sensaciones poco gloriosas del cansado estudiante señalaban la moraleja. Pero aquélla era sólo una de una serie perpetuamente recurrente de vívidas aproximaciones.

Lewisham estaba convencido, tal vez instintivamente, de que las personas humanas no podían ser felices mientras hubiera otras desgraciadas a su alrededor, y aquel alegre brillo de prosperidad le daba la impresión de un crimen. Todavía creía que las personas eran responsables de sus propias vidas. En aquellos días no había calibrado aún las posibilidades de estupidez en él mismo y en los demás seres humanos. Le vino a las manos por entonces un ejemplar de «Progreso y Pobreza» y algunos números sueltos del «Commonweal», y le resultó facilísimo aceptar la teoría de astutos capitalistas y terratenientes intrigando contra los trabajadores, buenos, justos, mártires, intachables. Por consiguiente, se hizo socialista.

La necesidad de hacer algo inmediatamente para manifestar en nueva fe, se le hizo naturalmente urgente. Por eso salió, ¡momento histórico!, a comprarse una corbata roja.

—Color de sangre, ¿quiere hacerme el favor? —dijo Lewisham, humildemente, a la joven dependienta.

—¿Qué color dice? —preguntó la dependienta secamente.

—Escarlata, hágame el favor —repuso Lewisham ruborizándose.

Perdió una buena parte de la noche y muda paciencia tratando de hacerse un nudo bien hecho. Aquello era lanzarse dentro de un nuevo oficio, porque, hasta entonces, había estado acostumbrado a las corbatas hechas.

Así fue, pues, como Lewisham proclamó la Revolución Social. La primera vez que salió a la calle con aquel símbolo, una hilera de robustos policías pasaba en fila india por Brompton Road. Lewisham andaba en dirección opuesta, y empezó a canturrear. Pasó por el lado de los policías echándoles una mirada significativa y canturreando «La Marsellesa».

Pero aquello había ocurrido varios meses antes, y en el momento de reanudar este relato la corbata roja había pasado a ser una cosa corriente y habitual.

Lewisham dobló por Exhibition Road, atravesó una puerta de hierro y penetró en el vestíbulo de la Escuela Normal. El vestíbulo estaba atestado de estudiantes con libros, carteras y cajas de instrumentos, estudiantes hablando, otros leyendo los avisos de la Sociedad de Debates en el tablón de anuncios, otros comprando libretas,

lápices, gomas o tachuelas al papelerero de la escuela. Había una nutrida representación de novatos, los estudiantes de pago, en trajes negros y sombreros de copa o en trajes de *tweet*, el contingente escolar, y también otros jóvenes de la clase de Lewisham, descarnados, desaseados, discordantes, grotescamente mal vestidos, espantosos. Lewisham observó que uno de ellos llevaba un gorro de marinero con adornos dorados, y otro con mitones y guantes grises de ante muy elegantes. Grummett, el perenne Oficial de los Libros, estaba muy atareado entre todos ellos.

—*Dar Zozalist!* —dijo un gracioso.

Lewisham hizo como si no lo oyera y se ruborizó vivamente. Hubiera querido poder evitar aquellos frecuentes e intensos sonrojos, visto que ya era un hombre de veintiún años. Evitó, de un modo estudiado, mirar el tablón de anuncios de la Sociedad de Debates, en el que estaba anunciada una conferencia por «G. E. Lewisham sobre socialismo», que debía celebrarse el viernes siguiente, y se abrió paso por el vestíbulo hacia donde el Libro esperaba su firma. Entonces le llamaron por su nombre, una y otra vez, y durante un par de minutos le fue imposible llegar hasta el Libro a causa de los apretones de mano y de las torpes bromas amistosas de sus compañeros.

Fue señalado a un novato por un amigo de esos que lo saben todo, como: «Ese animal de Lewisham es un pedante indecente. Quedó segundo el año pasado en los exámenes de final de curso. Es un empollón infecto. Pero todos estos empollones tienen mucho de pedante. Exámenes... Sociedad de Debates..., más exámenes. Parece que no se den cuenta de que están vivos. No ha ido a un café-concierto en todo el año».

Lewisham oyó un agudo silbido, echó a correr hacia el ascensor y pudo cogerlo en el momento de partida. En el ascensor no había luz y estaba lleno de negras siluetas; sólo el operador del ascensor era distinto. Al observar dudosamente Lewisham las indistintas caras de su alrededor, una voz de muchacha le llamó por su nombre.

—¿Es usted, *miss* Heydinger? —respondió él—. No la vi. Espero que haya pasado unas vacaciones muy agradables.

CAPÍTULO IX

ALICE HEYDINGER

CUANDO llegó al último piso del edificio dejó paso al único pasajero que quedaba. Era *miss* Heydinger, la propietaria de aquel libro de cantos dorados cubierto con papel de embalaje. De todos los que habían subido en el ascensor, sólo ella había ido hasta el último piso. El resto de los pasajeros se había apeado en los pisos «astronómico» o «químico», pero ellos dos habían escogido la zoología como estudio para su tercer año, y la zoología ocupaba el ático. Ella salió a la luz con un raro matiz colorado en las mejillas, muy a su pesar. Lewisham se dio cuenta de cierto cambio en su vestido. Tal vez la joven ya esperase aquella sorpresa transitoria en el rostro de él, y la notó muy bien.

Durante el año anterior (su amistad ya databa del año anterior) Lewisham nunca había ni tan sólo sospechado que ella pudiese ser una muchacha bonita. El detalle principal que recordó de la joven con alguna claridad durante las vacaciones, fue que no iba siempre bien peinada y que cuando por casualidad lo iba, se sentía nerviosa por su peinado; es decir: no tenía confianza en él. Recordaba su gesto habitual al hablar: unas palmaditas que acababan por exasperar. Luego fue recordando que el color de su pelo era, en general, castaño claro. Pero se había olvidado de su boca, y no podría haber dicho el color de sus ojos. Llevaba gafas. Y su traje quedaba como algo indefinido en su memoria..., como algo oscuro y amorfo.

Y, no obstante, se había visto muy a menudo con ella. No pertenecían al mismo curso, pero él la había conocido en el comité de la Sociedad de Debates de la Escuela. Lewisham estaba entonces descubriendo el socialismo. Aquello les proporcionó un tema de conversación..., un incentivo para relacionarse. Ella parecía encontrar algo singularmente interesante en su modo peculiar de enfocar las cosas, y se encontraron accidentalmente muchas veces en los pasillos de las escuelas, en la gran Biblioteca Educativa y en el Museo de Arte. Al cabo de un cierto tiempo estos encuentros, al parecer, dejaron de ser accidentales.

Lewisham, por primera vez en su vida, empezó a creer que tenía facultades oratorias. Ella se propuso alentar sus ambiciones. Era una fácil tarea. Estaba convencida de que él poseía dones excepcionales y que ella podría servir para dirigirlos; lo cierto es que hizo que se desarrollara su vanidad. La joven se había matriculado en la Universidad de Londres, y ambos se presentaron a un examen de grado intermedio en Ciencias en el mes de julio, ella con no muy buen criterio, lo cual sirvió, como sirve cualquier cosa en semejantes casos, para estrechar aún más las relaciones entre los dos. A ella la suspendieron, lo cual no disminuyó ni un ápice la consideración que Lewisham le tenía. Durante los días de los exámenes discutieron acerca de la Amistad en general, y otras cosas parecidas, paseando por la Burlington Arcade durante la hora de comer. La Burlington Arcade se solazó sin recato con el

erudito desaliño de ella y la corbata roja de él, y entre otras cosas que se dijeron, la joven le reprochó que no leyera poesía. Al despedirse en Piccadilly, después de los exámenes, acordaron escribirse, sobre poesía y sobre ellos mismos, durante las vacaciones; y entonces ella le prestó, con alguna vacilación, los poemas de Rossetti. Él empezó a olvidarse de lo que, a primera vista, le había parecido muy evidente, o sea, de que *miss Heydinger* tenía dos o tres años más que él.

Lewisham pasó las vacaciones con un tío suyo, no muy simpático, pero bastante amable, que era lampista y maestro de obras. Este tío tenía seis hijos, el mayor de ellos de once años de edad. Lewisham se hizo simpático e instructivo en aquella casa. Además, se puso a trabajar de firme con vistas al tercer año de sus estudios que debía culminar su carrera, en cuyo año había decidido hacer grandes cosas, y además aprendió a montar en bicicleta. También pensó en *miss Heydinger*, y ella, a lo que parece, pensó asimismo en él.

Discutió sobre cuestiones sociales con su tío, que era uno de los conservadores locales más notables. Los métodos de controversia de su tío fueron groseros en extremo. Dijo que los socialistas eran unos ladrones, y que el objeto principal del socialismo consistía en quitarle a uno sus ganancias para dárselas a un «hatajo de bribones y gandules». Los ricos, añadió, eran necesarios.

—Si no hubiera ricos, ¿cómo te imaginas que yo me ganaría la vida? ¿Eh? ¿Y dónde estarías tú? ¿Eh?

El socialismo, según le aseguró su tío, era un tinglado montado por agitadores.

—Les sacan el dinero a los bobalicones como tú y luego se lo gastan en champaña.

Y desde entonces contestó a los argumentos de *míster Lewisham* con la palabra «champaña» pronunciada con un tono irritante, y seguida de una cómica pantomima de la acción de beber.

Naturalmente, *míster Lewisham* se sintió muy solo, y tal vez acentuara este hecho en las cartas a *miss Heydinger*. Salió a relucir que ella también se encontraba muy sola. Se pusieron a discutir la cuestión de la Verdadera Amistad, comparándola con la Ordinaria, y de aquí pasaron a Goethe y las Afinidades Electivas. Él le dijo con qué ansiedad esperaba sus cartas y éstas se hicieron más frecuentes. Las cartas de ella estaban indiscutiblemente bien escritas. Después de haberle preguntado el lampista práctico, que era su tío, qué provecho pensaba sacar de aquella ciencia suya, la lectura de las cartas de la joven obraba como un bálsamo. A él le gustó Rossetti; el exquisito sentimiento de separación en «La Bendita Damisela» le conmovió. Pero, en conjunto, le dejó; algo sorprendido el gusto de *miss Heydinger* en cuestiones de poesía. Rossetti era tan sensual..., tan florido... No lo hubiera esperado de ella.

En general él volvió a las escuelas decididamente más interesado en ella que cuando se separaron. Y los curiosos y vagos recuerdos de su apariencia como de algo un poco raído y descuidado, se desvanecieron a la vista de ella saliendo de la oscuridad del ascensor. Llevaba el pelo bien peinado, y al darle la luz hasta parecía bonito, y un vestido verde oscuro y negro, muy bien cortado y recogido en pliegues sueltos, tal como era la moda entonces, lo que le daba el toque de color que

necesitaba en el rostro. Su sombrero también representaba un notable cambio respecto a la descuidada abolladura del año pasado. Era un sombrero que para una mente femenina debía de indicar algún propósito. Le sentaba muy bien... Estas cosas no pueden, en realidad, ser explicadas por un novelista varón.

—Traigo su libro, *miss Heydinger* —dijo Lewisham.

—Celebro mucho que haya escrito usted aquel artículo sobre socialismo —respondió la joven, tomando el volumen encuadernado en papel.

Echaron a andar juntos por el pequeño pasillo hacia el laboratorio de biología. Ella se detuvo ante la percha para quitarse el sombrero, ya que éstas eran las desvergonzadas costumbres de aquel lugar: las estudiantes tenían que quitarse el sombrero en público, y también públicamente ponerse el delantal para protegerse en el laboratorio. ¡No había ni siquiera un espejo!

—Vendré a oír su conferencia —dijo la muchacha.

—Espero que le guste —repuso Lewisham, en la puerta del laboratorio.

—Durante las vacaciones he estado recogiendo pruebas sobre la existencia de los fantasmas..., ya recordará usted nuestras discusiones. Aunque eso no se lo dije en mis cartas.

—¡Lástima que sea usted tan obstinada! —dijo Lewisham—. Creí que esto debía darse por terminado.

—¿Ha leído usted «Mirando hacia atrás»?

—Me gustaría leerlo.

—Lo tengo ahí con mis otros libros, y si usted quiere, se lo prestaré. Espere un momento que llegue a mi mesa. Tengo las manos ocupadas.

Entraron juntos en el laboratorio. Lewisham mantuvo la puerta abierta galantemente, mientras *miss Heydinger* se daba unas palmaditas en el pelo para asegurarse de su buen peinado. Cerca de la puerta había un grupo de cuatro muchachas, al que se unió *miss Heydinger*, procurando que el libro con cubiertas de papel se viera lo menos posible. Tres de ellas habían hecho los dos cursos anteriores con ella, y la saludaron por su nombre de pila. Habían cruzado significativas miradas previamente, al verla comparecer en compañía de Lewisham.

Un profesor malhumorado y joven, aunque de aspecto envejecido, se alegró a la vista de Lewisham.

—Bueno, al menos ya tenemos a uno de los decentes este año —dijo el profesor, que al parecer estaba haciendo un inventario.

Luego, volviéndose a animar con la entrada de nuevas personas, añadió:

—¡Ah...! Y ahí está Smithers.

CAPÍTULO X

EN LA GALERÍA DE HIERROS VIEJOS

ENTRANDO en el Museo de Arte de South Kensington por Brompton Road, la Galería de Hierros Viejos se encuentra arriba, a la derecha. Pero el camino para llegar a ella es tortuosísimo y no debe ser revelado a nadie, ya que los jóvenes que van en persecución de la ciencia y del arte por aquellos lugares dan un valor muy especial a su aislamiento. La galería es larga, estrecha y oscura, y contiene rejas de hierro, arcones con adornos de metal, cerrojos, fallebas, barrotes, fantásticas y enormes llaves, lámparas y otros objetos semejantes. Uno podía apoyarse en la balaustrada hablando de los sentimientos más exquisitos mientras contemplaba el gastado Moisés de Miguel Ángel, o la columna de Trajano, de yeso, elevándose a proporciones gigantescas, por encima del vestíbulo de abajo y por encima del nivel de la galería. Allí, un miércoles por la tarde, estaban Lewisham y *miss* Heydinger. Era la tarde del miércoles de la semana siguiente a la de aquella conferencia sobre el socialismo que estaba anunciada en el tablón de avisos del vestíbulo.

La conferencia, que había obtenido un éxito inmenso, fue razonada punto por punto y pronunciada con contenida emoción. El temible Smithers había quedado prácticamente convencido. La réplica después del debate fue metódica y completa, y hasta parecía haber síntomas de que aquello traería consecuencias. Lewisham miraba el Moisés y hablaba de su porvenir. *Miss* Heydinger le estuvo mirando fijamente casi todo el rato.

—¿Y después? —preguntó *miss* Heydinger.

—Hay que llevar estas opiniones de un modo prominente a la vista de la gente. Yo creo todavía en los folletos. He pensado...

Lewisham se calló, es de suponer que por modestia.

—¿Qué? —quiso saber *miss* Heydinger.

—Bueno... en Lutero, ¿sabe usted? Me parece que en el socialismo hay sitio para un Lutero.

—Sí... —convino *miss* Heydinger imaginándose—. Sí... Eso sería grandioso.

Así se lo parecía también a muchas otras personas en aquellos días. Pero muchos reformadores eminentes han estado más de siete años dando la vuelta a las murallas del Jericó social, sonando las trompetas y gritando con tan escasos resultados, aparte algunas demostraciones de mal humor en el interior de las murallas, que resulta difícil recobrar las alegres esperanzas de aquellos días pasados.

Lewisham apreció la nota de emoción personal en su voz. Volvió la cara hacia ella, y notó una profunda admiración en sus ojos.

—Sería una gran cosa —dijo el joven, añadiendo con modestia—, con tal de que se pudiera realizar.

—*Usted* podría realizarlo.

—¿Lo cree así? —preguntó Lewisham sonrojándose de placer.

—¡Lo creo! Usted podría muy bien emprenderlo. Hasta el hecho de fracasar sin esperanza sería grandioso. A veces...

Vaciló y él la contempló, expectante.

—Creo que a veces —prosiguió la joven— es más grandioso terminar con un fracaso que con un éxito.

—Yo no lo veo así —repuso el aspirante a Lutero volviendo sus miradas hacia el Moisés.

La joven estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea.

Siguió un silencio expectante.

—¿Y luego, cuando haya ya muchísima gente que se haya enterado de sus opiniones? —dijo ella por fin.

—Entonces supongo que deberemos formar un partido y... llevarlo todo a la práctica.

Otro silencio..., henchido, sin duda alguna, de elevados pensamientos.

—¡Hombre! —exclamó Lewisham de repente—. Usted da..., bueno..., valor a una persona. Yo no habría dado aquella conferencia sobre el socialismo de no ser por usted.

Dio media vuelta y se quedó recostado en la balaustrada, de espaldas al Moisés, y prosiguió:

—Usted me ha ayudado mucho.

Aquél fue uno de los momentos que más intensamente vivió *miss* Heydinger en toda su existencia. Se alteró un poco su color y dijo, muy envarada, sintiéndose muy torpe y mirándole fijamente a la cara:

—¿De veras? Estoy... muy contenta.

—No le he dado las gracias por sus cartas —dijo Lewisham—, y he estado pensando...

—¿Qué?

—Que somos amigos íntimos, ¿no es cierto? Los mejores amigos del mundo.

La joven le tendió la mano haciendo una profunda inspiración.

—Sí —murmuró él al estrecharle la mano.

Lewisham dudó si debía tenerle la mano cogida o era mejor soltarla. La miró a los ojos, y en aquel momento ella habría dado tres cuartas partes de la vida que le quedaba para tener unos ojos y unas facciones que hubieran podido expresar bien lo que sentía. En su lugar sintió que su rostro se endurecía, que los músculos de alrededor de la boca daban pequeñas sacudidas y se imaginaba que su confusión hacía deshonesto su mirada.

—Lo que quiero decir —dijo Lewisham— es... que esto continuará. Seremos siempre amigos, uno al lado del otro.

—Siempre. En todo lo que pueda ayudarle..., le ayudaré. Y aunque no pueda, lo querré hacer.

—Nosotros dos —continuó Lewisham, apretándole la mano.

El rostro de la muchacha se iluminó. Los ojos le quedaron transfigurados durante

un momento con la belleza de la simple emoción.

—Nosotros dos —repitió ella con los labios temblorosos y una sensación de hinchazón en la garganta.

Separó, de un tirón la mano que él aún le retenía y volvió la cara al otro lado. Bruscamente se dirigió hacia el final de la galería, y Lewisham vio que la joven buscaba, sin encontrarlo, el pañuelo entre los pliegues de su traje verde y negro.

¡Iba a echarse a llorar!

Lewisham quedó estupefacto..., ante aquella emoción totalmente inesperada.

Fue tras ella y se colocó a su lado. ¿Por qué llorar? Temía que alguien entrase en la galería antes de que ella se hubiese vuelto a guardar el pañuelo. Sin embargo, se sintió vagamente halagado.

Miss Heydinger se dominó, se secó las lágrimas y sonrió valientemente mirándole con ojos enrojecidos.

—Lo siento —dijo tragando saliva.

Y tras una pausa, añadió:

—¡Estoy tan contenta! Pero lucharemos juntos. Nosotros dos. Yo puedo ayudarle. Sé que puedo ayudarle. ¡Y hay tantas cosas que hacer en el mundo!

—Usted ya es para mí una gran ayuda —contestó Lewisham, citando una frase de lo que se había propuesto decir antes de haber descubierto que él influía grandemente en las emociones de *miss Heydinger*.

—¡No!

Y, después de un silencio, añadió bruscamente:

—¿No se le ha ocurrido nunca lo poquísimos que puede hacer una mujer sola en el mundo?

—O un hombre solo... —respondió él, después de un momento de meditación.

Así fue como Lewisham consiguió su primer aliado para la causa de la corbata colorada..., de la corbata colorada y de la Grandeza que seguiría inmediatamente. Su primer aliado, porque hasta entonces, salvo en la indiscreción de sus inscripciones murales, había mantenido en secreto sus ambiciones particulares. Ni aquel amorío, ya casi olvidado, de Whortley, a pesar del grado considerable de intimidad que alcanzó, dijo nada en absoluto respecto a su Carrera.

CAPÍTULO XI

MANIFESTACIONES

MISS Heydinger se negó a dejar de creer en los espíritus de los difuntos, y esto dio lugar a una controversia en el laboratorio a la hora del té. Porque las estudiantes, que aquel año eran mayoría, habían organizado el té, para las cinco, con el asentimiento del policía encargado de apagar las luces. Y los estudiantes varones eran invitados a veces al té. Pero no podían invitar a más de dos estudiantes de una vez, ya que sólo disponían de dos tazas sobrantes después que el dichoso Simmons, que Dios confunda, les hubo roto la tercera.

Smithers, aquel estudiante de cabeza cuadrada, con ojos grises de mirada dura, discutía contra los espíritus de los muertos con verdadera animosidad, mientras que Bletherley, que exhibía una corbata de color naranja y un pelo lacio muy abundante, se mostraba bastante despreocupado en esta cuestión.

—¿Qué es el amor? —preguntaba Bletherley—. ¡Es evidente que es algo inmortal, desde luego!

Su observación fue considerada inoportuna y quedó ignorada.

Lewisham, tal como correspondía al estudiante más prometedor del año, sopesó el valor de las pruebas..., clasificándolas por grupos, y terminó calificando las sesiones espiritistas de trampas.

—Paparruchas e imposturas —dijo Smithers en voz alta, y con una mirada oblicua para ver si su desafío alcanzaba el objetivo.

Este no era otro que un hombrecillo de pelo entrecano, con un rostro muy pequeño y unos ojos grises muy grandes que había estado apoyado de pie, con indiferencia, en una de las ventanas del laboratorio hasta que fue atraído por la discusión. Llevaba una chaqueta de terciopelo castaño y tenía la reputación de ser inmensamente rico. Se llamaba Lagune. No era un asistente regular, sino uno de aquellos alumnos libres que se admiten en los laboratorios cuyas plazas no se hallan totalmente cubiertas. Se sabía que era un ardiente espiritista, y hasta se decía que había desafiado a Huxley a una pública discusión sobre el materialismo. Explicaba, a quien quisiera oírle, que si asistía a las conferencias de biología y trabajaba con intermitencias en el laboratorio era para luchar contra la incredulidad con sus propias armas. Picó vorazmente el anzuelo de Smithers.

—¡Yo sostengo que no! —gritó desde el otro extremo del estrecho laboratorio, y siguiendo con sus pasos la dirección de su propia voz, añadió con un leve ceceo—: Perdóneme que le interrumpa, caballero. Esta cuestión me interesa profundamente. Espero que no seré un intruso aquí. Dispense, caballero. Considérela usted un asunto personal. ¿Soy yo un... necio o un impostor?

—¡Hombre! —replicó Smithers con aquella falta de urbanidad, tan propia de los estudiantes de South Kensington—. Esto ya es demasiado personal.

—Admita usted que soy un honrado observador.

—Bueno, ¿y qué?

—Que he *visto* espíritus, he *oído* espíritus, he *tocado* espíritus.

Y abrió de par en par sus pálidos ojos.

—Entonces es un necio —murmuró Smithers, con voz lo suficientemente baja para que no llegara a oídos del espiritista.

—Puede usted haberse engañado —silabeó Lewisham.

—Le aseguro a usted... que los demás también pueden ver, oír y tocar. He hecho las pruebas experimentales, señor mío. ¡Las pruebas experimentales! Tengo mis conocimientos científicos y he utilizado *tests*. *Tests* científicos y totales. De cualquier modo y manera. Yo le pregunto a usted, señor mío: ¿ha dado usted a los espíritus ocasión de manifestarse?

—¡Nada, hombre! Todo consiste en pagarles unas cuantas guineas a unos farsantes —dijo Smithers.

—¡Ahí está! ¡Prejuicios! Aquí hay un hombre que niega los hechos, y por consiguiente no los verá, no podrá acercarse a ellos.

—Pero no querrá usted, que cada persona de los tres reinos de Inglaterra, Escocia e Irlanda que no crea en los espíritus tenga que asistir a las sesiones de espiritismo antes de que le sea permitido negar su existencia, ¿verdad?

—Pues sí, señor. ¡Pues sí, señor! Porque hasta que asista a una de ellas no sabrá nada.

La discusión se fue acalorando. El caballero espiritista pronto hizo aguas. Dijo que conocía a cierta persona con unas condiciones extraordinarias, un médium...

—¿Pagado? —preguntó Smithers.

—¿Pondría bozal al buey que le trilla el trigo? —respondió rápidamente Lagune.

La expresión de irrisión de Smithers era manifiesta.

—¿Desconfiaría usted de una balanza sólo por haberla comprado? Venga y véalo.

Lagune estaba ya muy excitado. Gesticulaba y alzaba mucho la voz. Invitó *in continenti* a la clase entera a una serie de sesiones especiales.

—No todos a la vez..., los espíritus..., nuevas influencias. Pero en grupos. Les advierto de que puede que no vean nada. Pero las probabilidades están... Me alegraría infinitamente...

Así fue como Lewisham consintió en asistir a una evocación de espíritus. Se convino en que *miss* Heydinger estaría también presente y que el escéptico Smithers, Lagune, su mecanógrafa y el médium completarían el grupo. Después se haría otra sesión para los demás. Lewisham se alegró de contar con el apoyo moral de Smithers.

—Será una tarde perdida —dijo Smithers—, pero demostraré que tengo razón. Ya lo verás.

Lagune les dio una dirección en Chelsea. La casa, cuando por fin Lewisham la encontró, era muy espaciosa, con un aspecto tan acentuado de madura dignidad, que Lewisham se quedó algo confuso. Colgó su sombrero al lado de un sombrero de paja en la percha del vasto y suntuoso vestíbulo. A través de una puerta abierta echó una ojeada a un despacho palaciego, con unas estanterías adornadas con blancos bustos y

una enorme mesa escritorio iluminada por una lámpara eléctrica con pantalla verde, y abundantemente cubierta de papeles. Le dio la impresión de que la camarera miraba con infinito desdén su rojizo traje de luto y su flameante corbata, y que demostraba con los pies su impaciencia antes de conducirlo escaleras arriba.

Llamó con los nudillos a la puerta y se oyó rumor de discusiones dentro de la habitación.

—Me parece que ya han empezado —dijo la muchacha a Lewisham confidencialmente—. Míster Lagune siempre quiere empezar en cuanto llega.

Se oyó ruido de sillas que se movían y la potente voz de Smithers que decía algo y se reía nerviosamente. Lagune apareció, abriendo la puerta. Su agrisado semblante parecía más menudo y sus ojazos grises más grandes que de ordinario.

—Estábamos a punto de empezar sin usted —susurró—. Sígame.

La estancia estaba amueblada aún más primorosamente que el salón de la Escuela de Segunda Enseñanza de Whortley, que era la más bonita, descontando algunas habitaciones del castillo de Windsor, de todas las estancias que hasta entonces había visto Lewisham. Los muebles le dieron la impresión de que se parecían mucho a los del museo de South Kensington, y tuvo la sensación de que sería impertinente pensar siquiera en sentarse en nada que fuera tan sobriamente majestuoso como aquellos asientos. Percibió a Smithers, de pie, con cierto aire de tímida hostilidad, apoyado en una estantería de libros. Luego se dio cuenta de que Lagune les estaba invitando a que se sentaran. Sentado ya a la mesa se hallaba el médium, Chaffery, un caballero de aspecto bondadoso, con patillas grises muy pobladas, una ancha boca con gruesos labios y un mentón como la puntera de una bota. Contempló a Lewisham con mirada crítica y desconcertante, por encima de sus gafas de montura dorada. *Miss Heydinger* se encontraba completamente a sus anchas y se puso a hablar en seguida. Las respuestas de Lewisham eran menos aplomadas de lo que habían sido en la Galería de Hierros Viejos; en realidad casi hubo un cambio de sus respectivas posiciones. Ahora era ella quien llevaba la batuta, y él quien se sentía cortado. Lewisham sintió oscuramente que ella le había tomado ventaja. Al mismo tiempo se dio cuenta de la presencia de otra figura de muchacha, a su derecha, vestida con un traje oscuro.

Todo el mundo se dirigió hacia la mesa redonda en el centro de la estancia, sobre la que había una pandereta y una cajita verde. Lagune descubrió insospechadas longitudes de callosos dedos al indicar a cada uno de sus invitados sus sitios correspondientes. Lewisham se sentaría a su lado, entre él y el médium. Después del médium se sentaba Smithers con *miss Heydinger* a su otro lado, y entre ella y Lagune quedaba la mecanógrafa. De este modo los escépticos se hallaban a uno y otro lado del médium. Estaban ya todos sentados cuando a Lewisham se le ocurrió mirar por encima de Lagune, encontrándose con la mirada de la muchacha que se sentaba al otro lado de dicho caballero. ¡Era Ethel! El ceñido traje verde, la ausencia de sombrero y cierta palidez hizo que le pareciera menos familiar, pero no impidió que la reconociera al instante. Y en los ojos de ella pudo leerse el mismo reconocimiento.

Inmediatamente Ethel desvió la mirada. En cuanto a él, la primera emoción que tuvo fue sólo de sorpresa; hubiera querido decir algo, pero se quedó como si hubiera

perdido el uso de la palabra. Durante un instante no pudo recordar siquiera su apellido. Además, lo extraño de aquel ambiente le cortaba la decisión. No sabía cómo tendría que dirigirle la palabra..., y quería mantenerse aún dentro de la superstición de la etiqueta. A fin de cuentas, si se decidía a hablarle, tendría que dar una explicación a todos los presentes.

—Deje sólo una puntita de gas, míster Smithers, hágame el favor —dijo Lagune, y repentinamente la única llama superviviente de la lámpara de gas quedó tan reducida que se quedaron a oscuras.

El momento del reconocimiento había pasado.

El contacto de las manos se verificó uniéndose todo el círculo por los dedos meñiques. El estado de abstracción en que se hallaba Lewisham mereció la reprobación de Smithers. El médium, con voz muy afable, sentó como premisa que él no prometía nada, ya que no poseía poder *directivo* sobre las manifestaciones. A continuación se hizo el silencio...

Durante un rato Lewisham permaneció sin atender a lo que ocurría.

En la oscuridad, contemplaba fijamente la vaga y evasiva silueta que le había presentado aquel rostro recordado. En su mente la estupefacción se mezclaba con la contrariedad. Había dejado por sentado que aquella muchacha estaba perdida para él y para siempre. El hechizo de los anhelantes días pretéritos, de las tardes pasadas a su llegada a Londres vagando por Clapham con la esperanza de encontrarse con ella, no había vuelto, pero se sentía avergonzado de su estúpido silencio e irritado por lo embarazoso de la situación. Llegó un momento en que estuvo a punto de romper el silencioso concierto para exclamar, dirigiéndose al sitio opuesto de la mesa: «Miss Henderson...»

¿Cómo había podido olvidar que se llamaba Henderson? Lewisham era lo bastante joven para poderse sorprender aún de que se olvidara de las cosas.

Smithers tosió, es de suponer que con intención de advertencia.

Lewisham, acordándose, con un esfuerzo, de su responsabilidad de detective, echó una mirada a su alrededor, pero la estancia estaba muy oscura. El silencio quedaba roto de vez en cuando por hondos suspiros y por el constante movimiento del médium. De aquella confusión mental, la vanidad personal de Lewisham fue lo primero que surgió a la superficie. ¿Qué pensaría ella de él? ¿Le estaría mirando, en la oscuridad, del mismo modo que él la miraba? ¿Debería él fingir que la veía por vez primera cuando se encendieran de nuevo las luces? A medida que iban transcurriendo los minutos el silencio se hacía más profundo. No había lumbre en la estancia, y por falta del resplandor de la lumbre parecía que hiciera frío. Se adueño de su mente un curioso escepticismo sobre si realmente había visto a Ethel o había tomado por ella a otra persona. Deseaba que la sesión terminase a fin de volverle a echar una mirada. Los días pasados en Whortley se presentaron a su memoria con una asombrosa claridad de detalles, y, sin embargo, carentes totalmente de emoción...

Notó una sensación peculiar en su espalda, que atribuyó a una corriente de aire...

De repente, una ráfaga de aire frío le dio en la cara, haciéndole estremecerse convulsivamente. En seguida se encontró deseando que ella no se hubiese dado

cuenta de aquel estremecimiento. Pensó en emitir una risita para demostrar que no tenía miedo. Otro de los presentes también se estremeció, y Lewisham percibió un olor a violetas extraordinariamente penetrante. El dedo de Lagune le comunicó un nervioso temblor.

¿Qué ocurría?

La cajita de música de encima de la mesa empezó a tocar una tonadilla algo trivial y plañidera, bastante extraña. Aquello pareció aumentar el silencio que había a su alrededor, pareció dar un acento a la quietud expectante.

Lewisham, al llegar a este punto, se adueñó de sí mismo. ¿Qué *estaba* sucediendo? Tenía que esperar. ¿Estaba realmente atento, tal como debía? Se había distraído. No existían espíritus ni nada semejante, los médiums eran unos farsantes, y él se hallaba allí precisamente para demostrar aquel evangelio. Pero tenía que fijarse en las cosas que ocurrían... Estaba perdiendo detalles. ¿Qué era aquel perfume de violetas? ¿Y quién había puesto en marcha la cajita de música? El médium, naturalmente; pero, ¿cómo? Se esforzó en recordar si había oído algún crujido o había notado algún movimiento antes de que empezara la musiquilla. Pero no pudo acordarse de nada. ¡Vamos! ¡Tenía que estar más alerta!

Se puso a desear ardientemente que llegase el momento en que pudieran desenmascarar la superchería. Se imaginó el momento dramático que había preparado de antemano con Smithers..., con Ethel como espectadora. Escrutó suspicazmente las tinieblas.

Alguien volvió a estremecerse, esta vez alguien que se hallaba enfrente suyo. Sintió cómo el dedo de Lagune temblaba de un modo aún más palpable, y de repente empezaron a oírse golpes a su alrededor. ¡*Pam...!* Lewisham dio un violento respingo. Unos rápidos ruidos de percusión, tap, rap, dap, debajo de la mesa, debajo de la silla, en el aire, a lo largo de la repisa. El médium volvió a gruñir y a estremecerse, y su nerviosa agitación pasó, por simpatía, por todo el círculo en redondo. La musiquilla pareció amortiguarse hasta casi desvanecerse para cobrar en seguida nuevo brío.

¿Cómo se hizo aquello?

Oyó la voz de Lagune, a su lado, hablando con un tono extraño entrecortado y reverente.

—¿El alfabeto? —pregunta—. ¿Debemos... debemos emplear el alfabeto?

Fuerte golpe debajo de la mesa.

—¡No! —interpretó la voz del médium.

Los golpes continuaron por todas partes.

Era evidente que todo era truco. Lewisham se esforzó en descubrir cuál sería el mecanismo. Intentó percatarse de si el dedo meñique del médium estaba realmente en contacto con el suyo. Escrutó la oscura silueta que tenía al lado. Una violenta serie de golpes con cierta resonancia metálica. Luego los golpes cesaron, y por encima del silencio el pequeño sonido de melodía de la cajita de música fue disminuyendo solo. Y al cabo de unos instantes también la música cesó...

La quietud era absoluta. Mister Lewisham se encontraba muy agitado. Grandes

dudas empezaron a asaltarle súbitamente, junto con una abrumadora aprensión, con la sensación de que grandes acontecimientos se acumulaban sobre su cabeza. La oscuridad era ya una verdadera opresión física...

Tuvo un sobresalto. Algo se había movido sobre la mesa. Hubo un agudo sonido que resonó como si hubieran dado un golpe a algo metálico. Siguieron unos ruidillos crepitantes como de alisar papeles. El ruido del viento sin que se moviera el aire. La sensación de una presencia sobre la mesa.

La excitación de Lagune se comunicó en forma de temblores convulsos. La mano del médium se puso a tiritar. En medio de la oscuridad empezó a moverse algo levemente luminoso, una forma verde-blancuzca, deslizándose como a pequeños saltos por entre las vagas sombras.

El objeto saltó un poco más, se elevó en el aire y se esparció. Lewisham siguió aquel proceso como hipnotizado, fijando toda su atención. Era algo espectral..., inexplicable..., maravilloso. Durante un instante se olvidó de todo, incluso de Ethel. Cada vez más y más alta, aquella pálida luminosidad fue elevándose por encima de sus cabezas, y entonces Lewisham vio que se trataba de una mano y un brazo espectrales, elevándose más y más. Lentamente, la luminosidad cruzó la mesa y pareció tocar a Lagune, el cual se estremeció. Volvió lentamente a moverse describiendo un arco y tocó a Lewisham. Este rechinó los dientes.

No podía haber error en aquel tacto, firme y suave a un tiempo, propio de las puntas de los dedos. Casi simultáneamente, *miss* Heydinger chilló diciendo que algo le estaba alisando el pelo, y súbitamente la cajita de música volvió a dispararse, esta vez con una danza escocesa. El borroso círculo de la pandereta se elevó, con un sonido discordante de los platillos, y Lewisham oyó cómo daba contra la cara de Smithers. De allí pareció elevarse al techo. Inmediatamente una mesa, al otro lado del médium, empezó a moverse audiblemente, rodando sobre las ruedecillas de sus patas.

Le pareció imposible que el médium, sentado a su lado e inmóvil, pudiese hacer todas aquellas cosas..., por más grotesco y sin sentido que todo pareciera. A fin de cuentas...

La mano espectral estaba planeando ahora casi directamente a nivel de los ojos de *míster* Lewisham. Se hallaba como suspendida, con cierta oscilación temblorosa. De vez en cuando los dedos caían aplomados para volver a enderezarse muy tiesos.

¡Ruido! Al parecer, un ruido muy fuerte. ¿Algo que se movía? ¿Qué tenía que hacer él?

Lewisham de pronto echó de menos el dedo meñique del médium. Intentó; recobrar el contacto, pero no pudo dar con él. En cambio, cogió un brazo, lo sujetó, pero volvió a perderlo. Hubo una exclamación. Y una leve detonación. Una maldición, muy cerca de él, partida por la mitad por el rápido esfuerzo para suprimirla. ¡Tfit! El puntito del mechero de gas se agrandó con un sordo silbido.

Lewisham, de pie, vio un círculo de pestañeantes rostros vueltos hacia un grupo de dos personas que la siseante llama reveló. Smithers era la figura principal del grupo. Se erguía, triunfante, con una mano en la espita del gas mientras con la otra agarraba al médium por la muñeca, y en la mano del médium... en la mano del

médium había la acusadora pandereta.

—¡Mira esto, Lewisham! —exclamó Smithers con las sombras del rostro oscilando con las llamaradas del gas.

—¡Cogido! —gritó Lewisham, evitando encontrarse con la mirada de Ethel.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó el médium.

—Trampas —jadeó Smithers.

—No, señor —protestó el médium—. Cuando usted encendió la luz... yo alcé la mano... y cogí la pandereta... para resguardarme la cabeza.

—Míster Smithers —exclamó Lagune—, míster Smithers, esto está muy mal. Este... susto...

La pandereta cayó ruidosamente al suelo. El semblante del médium se alteró, soltó un raro gruñido y retrocedió tambaleándose. Lagune pidió a gritos un vaso de agua. Todo el mundo se quedó mirando al hombre aquel, esperando que se desmayara, todo el mundo menos Lewisham. El pensamiento de Ethel había vuelto a centellear en su mente. Se volvió para ver cómo tomaría aquel escándalo del que ella era actriz tan destacada. Lewisham la vio inclinada sobre la mesa, como si intentara recoger algo que se hallaba allí encima. Ella no le miraba, miraba al médium. Tenía un rostro pálido y resuelto. Entonces, como si Ethel sintiera la mirada de él, se encontraron sus ojos.

La joven se echó para atrás, irguiéndose, mirándolo de frente, con una extraña dureza en la mirada.

En aquel momento Lewisham no se dio cuenta de la situación. Quería demostrar que actuaba junto con Smithers en el desenmascaramiento de la farsa. Durante un instante la actitud de Ethel hizo que él dirigiera simplemente su atención hacia el objeto sobre el que ella se había inclinado, y vio que era una especie de arrugada membrana, un guante de goma que yacía sobre la mesa. Aquello formaba parte, evidentemente, del aparato del médium. Se abalanzó hacia el guante y lo arrebató para sí.

—¡Mira! —dijo mostrándolo a Smithers—. ¡Ahí tienes más! ¿Qué es esto?

Percibió que la muchacha se había asustado. Vio cómo Chaffery, el médium, echaba una rápida mirada por encima del hombro de Smithers, una mirada de reproche a la muchacha. Bruscamente Lewisham se dio perfecta cuenta de la situación, se percató de la complicidad de ella. ¡Y aún permanecía, en actitud de triunfo, con las pruebas contra ella en la mano! Pero su triunfo se había desvanecido.

—¡Ah! —exclamó Smithers, inclinándose por encima de la mesa para apropiarse el guante—. ¡Vaya con Lewisham! ¡Bien, hombre...! Ahora ya lo tenemos. Esto es mejor aún que la pandereta.

Los ojos le relucían triunfalmente, y añadió:

—¿Ve usted, míster Lagune? El médium lo sujetaba con los dientes y lo hinchó. No puede negarlo. Esto no iba a caerle sobre la cabeza, ¿verdad, míster Médium? ¡Esto... esto era la mano luminosa!

CAPÍTULO XII

LEWISHAM ES INEXPLICABLE

AQUELLA noche, al acompañarle a la estación de Chelsea, *miss* Heydinger descubrió una extraña melancolía en *míster* Lewisham. *Mis* Heydinger se había sentido vivamente impresionada por la escena en la que acababa de participar. Durante cierto tiempo había creído en las manifestaciones, y aquella rápida exposición de la farsa había revolucionado violentamente sus ideas. Los detalles de la crisis habían quedado un poco confusos en su mente. Ella colocaba a Lewisham al mismo nivel que *Smithers* en el triunfo científico de la velada. En conjunto, se sentía exultante. No ponía ningún reparo a que Lewisham impugnara sus ideas, pero estaba enfurecida contra el médium.

—¡Es espantoso! —decía—. ¡Vivir una vida de mentiras! ¿Cómo puede esperarse que el mundo vaya mejor, cuando las personas instruidas emplean su instrucción para oscurecer a los demás? ¡Es espantoso! Era un hombre horrible, aquel médium..., con aquella voz tan untuosa y falaz. Y la muchacha... lo siento por ella. Debía de haberse sentido..., ¡oh...! Debió de sentirse muy avergonzada; si no, ¿por qué se echaría a llorar, pues? Aquello sí que me causó pena. ¡Qué manera de llorar! Fue..., sí..., un verdadero *desespero*. Pero ¿qué podía hacerse?

Mis Heydinger se calló. Lewisham iba andando a su lado, mirando fijamente hacia adelante, perdido en alguna siniestra argumentación consigo mismo.

—Esto me recuerda «*Sludge*, el médium» —dijo ella.

Lewisham no contestó.

Ella le miró de repente.

—¿Has leído «*Sludge*, el médium»?

—¿Eh? —dijo él, volviendo del infinito—. ¿Qué...? ¿Qué dices? ¿*Sludge*, el médium? Creí que se llamaba... que se llamaba... *Chaffery*.

La miró ansiosamente, perplejo, al darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Me refiero al «*Sludge*» de *Browning*. Ya sabe... el poema aquel que...

—No... Pues no lo sé —repuso Lewisham.

—Ya te lo prestaré. Es algo espléndido. Va hasta el fondo de esta misma cuestión de hoy.

—¿Ah, sí?

—Nunca se me había ocurrido esto. Pero ahora veo el intrínquilis muy claramente. Para la pobre gente, eso de que les ofrezcan dinero con tal de que ocurran fenómenos, es demasiado para ellos. Tienen que hacer trampa a la fuerza. Es un soborno... ¡Es una inmoralidad!

Miss Heydinger hablaba en breves frases jadeantes, porque Lewisham iba andando a grandes zancadas, sin prestar la menor atención.

—Me asombra lo que pueden ganar... la gente así... honradamente.

Lewisham se dio cuenta muy lentamente de la pregunta que le sonaba en el oído. Volvió de nuevo, apresuradamente, desde las regiones del infinito.

—¿Lo que pueden ganar honradamente? Pues no tengo la menor idea. —Hizo una pausa y añadió—: Todo este asunto me extraña mucho. Quiero reflexionar.

—Es complejísimo, ¿verdad? —dijo la joven, un poco titubeante.

Pero durante el resto del camino hasta la estación, continuaron silenciosos. Se despidieron con un apretón de manos, que, por lo que se refiere a Lewisham, fue efectuado en tal ocasión con cierta premura. Ella se quedó escrutándole el rostro, mientras el tren salía de la estación, intentando descubrir la causa de su melancolía. Él seguía mirando hacia adelante, mirando cosas desconocidas..., como si ya se hubiese olvidado de ella.

¡Lewisham quería reflexionar! Pero dos cabezas, opinaba la joven, eran mejor que una en cuestiones de opinión. Se sentía confusa de su ignorancia sobre los estados mentales del joven.

«¡Cómo estamos todos de envueltos y amortajados...! ¡Con cada alma aislada de las demás!», pensó *miss Heydinger*, mirando por la ventanilla los vagos objetos que pasaban rápidamente al exterior.

De pronto un acceso de depresión se apoderó de ella. Se sintió sola..., absolutamente sola..., en un mundo vacío.

En seguida volvió a las cosas externas. Se dio cuenta de que, en el compartimiento adyacente, dos personas la observaban con ojo crítico. Inconscientemente levantó la mano para alisarse el pelo.

CAPÍTULO XIII

LEWISHAM INSISTE

ETHEL Henderson estaba sentada ante su máquina de escribir, frente a la ventana del estudio de míster Lagune, mirando con indiferencia los grises y azules del crepúsculo de noviembre. Tenía el rostro blanco como el papel, los párpados enrojecidos de un llanto reciente, y sus manos descansaban inmóviles en la falda. La puerta acababa de cerrarse de golpe, detrás de Lagune.

—¡Ay! —exclamó—. Quisiera estar muerta. ¡Ah...! Quisiera no tener nada que ver con todo eso.

Volvió otra vez a su pasividad. Luego dijo:

—¡Qué habré hecho yo que tenga que sufrir este castigo!

Realmente no tenía la menor apariencia de una alma implacablemente perseguida por el Destino, ya que era de un modo visible e inmediato una muchacha muy bonita. Tenía una cabeza muy bien formada y cubierta de un pelo negro ensortijado, y las cejas, sobre sus ojos castaños, eran negras y bien dibujadas. Tenía unos labios finamente conformados, con una boca no lo bastante pequeña para que dejara de ser expresiva, mentón pequeño, y cuello blanco, carnosos y bonitos. No hay necesidad de insistir sobre la nariz; baste decir que era suficiente. Era de estatura mediana, robusta más bien que esbelta. Llevaba un traje de un tejido castaño dorado muy agradable de ver, con las mangas muy sueltas y la graciosa línea de aquellos días de esteticismo. Sentada ante su máquina de escribir, no deseaba otra cosa sino morir, sumamente arrepentida de lo había hecho.

La habitación estaba cubierta de estanterías de libros, entre los que destacaba una larga hilera de necios y pretenciosos volúmenes, las «obras» de Lagune, sosa y tortuosa imitación de la filosofía que le había ocupado toda su vida. A lo largo de la cornisa había bustos de Platón, Sócrates y Newton. Detrás de Ethel había la mesa escritorio del gran hombre con su lámpara eléctrica de pantalla verde, y allí, esparcidas, pruebas de imprenta y ejemplares de *Hesperus* «Revista para los Incrédulos», la cual, con asistencia de ella, él editaba, publicaba, recopilaba, escribía y, eso sin auxilio de ella, pagaba y leía. Una pluma, clavada en la mesa, temblaba erecta sobre la mitad superviviente de la plumilla, hincada en el papel secante. Míster Lagune la había clavado.

El colapso de la noche anterior le había puesto en un espantoso aprieto, y una y otra vez, antes de su salida, había irrumpido en apasionados monólogos. Era aquello nada menos que la ruina del trabajo de toda una vida. Y era evidente que ella ya sabía que Chaffery era un farsante. ¿Ah, no? Silencio.

—Después de tantas amabilidades...

Ella le había interrumpido con un lamento:

—¡Oh, ya lo sé..., ya lo sé!

Pero Lagune estuvo cruel, insistiendo que ella le había traicionado; más aún... ¡le había puesto en ridículo! Véase, si no, la «obra» que él había emprendido en South Kensington... ¿Cómo podría proseguir ahora? ¿Cómo podría continuarla cuando su propia mecanógrafa le había sacrificado a los fraudes y a las supercherías de su padrastro?

—¡Supercherías!

Las gesticulantes manos se hicieron más activas, los grises ojos se dilataron de indignación y la silbante voz se tornaba elocuente.

—Si él no le hubiese engañado a usted, otro cualquiera lo habría hecho —fue la inoportuna y murmurada réplica de Ethel, desoída por el buscador de fenómenos.

No fue aquello quizá tan malo como un despido en regla, pero ciertamente duró más rato. Y al llegar a casa se encontraría con Chaffery, maligno y siniestro ante su fracaso y el fracaso de ella al no haber conseguido adueñarse de aquel guante neumático. Él no tenía ningún derecho a reprocharle nada, absolutamente ningún derecho; pero cuando el ánimo se halla alterado es muy fácil que se desequilibren las balanzas de la justicia. Insistiría él en que lo de la pandereta podía haberlo explicado muy bien diciendo que había levantado la mano para cogerla y protegerse la cabeza en el momento en que se movió Smithers. Pero en lo del guante neumático no había explicación posible. Le había ofrecido una oportunidad para que ella lo cogiera, al simular que se iba a desmayar. Era una sandez decir que alguien entonces podía haber mirado a la mesa; una sandez pura y simple.

Al lado de aquellos restos de lo que fue pluma había dentro de una caja un reloj transportable, el cual elevó repentinamente su tenue voz para anunciar las *cinco*. Ella dio la vuelta en su taburete y se quedó mirando el reloj. Luego sonrió, torciendo hacia abajo las comisuras de los labios.

—A casa —dijo—, y a empezar de nuevo. Es como el juego de la pelota... Fui una tonta... La culpa ha sido mía... Tenía que haberlo recogido, claro. Me sobraba tiempo... Tramposos..., tramposos y nada más... Nunca creí que volvería a verle... Estaba avergonzado, naturalmente... Tenía allí a sus amigos.

Durante un buen rato permaneció sentada y quieta, mirando distraídamente al vacío. Dio un suspiro, se frotó con los nudillos un ojo enrojecido y se levantó.

Se dirigió al vestíbulo donde su sombrero, traspasado por un par de alfileres, colgaba en la percha sobre su chaqueta, se puso estas prendas y salió desmayadamente al frío gris de la calle.

Escasamente había andado veinte metros desde la puerta de Lagune cuando reparó en un hombre que la alcanzó y siguió andando a su lado. Esta clase de maniobra es de experiencia corriente entre las muchachas que van y vienen de su trabajo en Londres, y ella tuvo que haber aprendido necesariamente muchas cosas desde sus días de aventura en Whortley. Ethel se quedó mirando muy firme en línea recta. El hombre, deliberadamente, se le atravesó en su camino, de modo que ella hubo de pararse. Ethel alzó la mirada, en indignada y muda protesta. Era Lewisham... y tenía el rostro blanco como el papel.

Lewisham vaciló torpemente y, sin despegar los labios, le agarró la mano. Ethel

se la estrechó maquinalmente. Entonces Lewisham encontró el uso de su voz.

—Miss Henderson —dijo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó la muchacha débilmente.

—No lo sé —contestó—. Quisiera hablarle.

—Diga.

El corazón de Ethel latía muy aceleradamente.

Lewisham encontró difícilísimo expresar lo que tenía que decir.

—¿Puedo...? ¿Creerá usted tal vez...? ¿Tiene usted que andar todavía algún trecho? Quisiera hablarle. Hay muchas...

—Voy hasta Clapham —dijo ella—. Si usted quiere... acompañarme un rato...

Torpemente, la joven se retiró un poco. Lewisham se colocó a su lado. Anduvieron en silencio unos momentos, cohibidos, teniendo tantísimas cosas que decirse que no hallaban la palabra para empezar.

—¿Se ha olvidado usted de Whortley? —preguntó Lewisham repentinamente.

—No.

Él la miró. Ethel estaba cabizbaja.

—¿Por qué no me escribió usted nunca? —interrogó Lewisham acerbamente.

—Ya le escribí.

—Otra vez, quiero decir.

—Ya lo hice... en julio.

—Pues no recibí nada.

—Me devolvieron la carta.

—Pero *mistress* Munday...

—Olvidé su nombre y la mandé a la Escuela Pública.

Lewisham ahogó una interjección.

—Lo siento mucho —dijo la muchacha.

Siguieron andando en silencio.

—Anoche... —dijo Lewisham al fin—, claro que no es asunto mío y no debiera preguntárselo, pero...

Ethel exhaló un profundo suspiro.

—Míster Lewisham —repuso—. Aquel hombre que usted vio allí..., el médium..., es mi padrastro.

—Bueno, ¿y qué?

—¿No es eso bastante?

Lewisham no contestó.

—No —dijo por fin.

Se hizo otro silencio cohibido.

—No —repitió él, menos vacilante—. Me importa un bledo lo que su padrastro sea. ¿Hacía usted trampas también?

El rostro de Ethel cambió de color. La boca se le abrió y volvió a cerrársele.

—Míster Lewisham —dijo Ethel deliberadamente—, es muy posible que usted no me crea. Puede parecerle imposible, pero, bajo mi palabra de honor... No lo sabía... No estaba segura, mejor dicho... de que mi padrastro...

—¡Ah! —exclamó Lewisham, agarrándose a la convicción—. Entonces yo estaba en lo cierto...

Durante un momento ella le miró fijamente, y dijo, de pronto, echándose a llorar:

—Yo *sí* lo sabía. ¿Cómo podría decírselo? Es un embuste. Yo *lo sabía*. Lo supe desde el principio.

Él se la quedó mirando, pálido de asombro. Se retrasó un paso de ella, pero de una gran zancada volvió a su lado. Luego hubo un silencio, un silencio que parecía no tener fin. Ethel había cesado de llorar, hecha un enorme lío. Por fin Lewisham habló.

—No. Ni siquiera esto me importa. Me es igual... aunque así fuera.

Bruscamente torcieron por King's Road, con su estrépito de tránsito rodado y de apresurados peatones, e inmediatamente una bandada de muchachos con un *guy*^[3] muy desmoralizado irrumpió entre ellos y los separó. Cuando se anda por una calle de gran tránsito y durante la noche, una de dos: o se habla desconectadamente a breves frases y gritando, o hay que callarse. Lewisham volvió a mirar el semblante de la joven y vio que de nuevo había adoptado una expresión de gran resolución. Entonces ella torció hacia sur, saliendo del tumulto para meterse en una calle oscura bordeada de amables persianas, donde pudieron reanudar su charla.

—Ya comprendo lo que usted quiere decir —dijo Lewisham—. Me consta. Usted lo sabía, pero hubiera querido no saberlo. Así fue, no hay duda.

Pero Ethel, mientras tanto, había activado sus ideas.

—Al final de esta calle —murmuró sollozando— tendrá usted que volverse. Fue usted amable al venir a buscarme, míster Lewisham. Pero usted se avergonzó... y se avergonzaría siempre. Mi patrón es espiritista, mi padrastro es un médium profesional y mi madre también es espiritista. Hizo muy bien en no dirigirme la palabra anoche. Muy bien hizo usted. Ha sido muy amable en venir, pero tiene que irse. La vida ya resulta lo bastante difícil tal como es... Tiene usted que marcharse cuando lleguemos al final de la calle. Váyase cuando llegue al final de la calle...

Lewisham no contestó nada durante unos cien metros.

—Seguiré hasta Clapham —dijo.

Llegaron hasta el extremo de la calle, en silencio. Al llegar a la esquina ella se volvió en redondo, enfrentándose con él.

—Váyase —susurró.

—No —dijo Lewisham, obstinado.

Se quedaron cara a cara, en la encrucijada principal de sus vidas.

Al cabo de un instante Lewisham insistió:

—Óigame... Es difícil decir lo que siento. Ni yo mismo lo sé... Pero no voy a perderla a usted ahora que la he encontrado. No permitiré que se me escurra por segunda vez. En toda la noche no he podido dormir pensando en esto. No me importa nada dónde esté usted, ni quiénes sean sus parientes, ni tampoco me importa mucho si usted tiene o no tiene relación con la farsa esa del médium. Repito que no me importa. Eso le importará a usted, pero no a mí. Sea como sea, he pasado un día y una noche enteros meditando sobre esto. Y he tenido que venir a buscarla. Y eres tú. Nunca te he olvidado. Jamás. Y no voy a dejar que me despidas así como así.

—No podría resultar nada bueno para ninguno de los dos —dijo ella, tan decidida como él.

—No te dejaré.

—Pero, ¿qué se va a sacar con ello?

—Voy contigo —afirmó Lewisham, dogmáticamente.

Y se fue, efectivamente, con ella.

Le hizo una pregunta a boca de jarro y ella no quiso contestarle. Durante un buen trecho anduvieron en huraño silencio. Al final, ella le habló con temblorosos labios.

—Quisiera que usted me dejara. Es usted diferente de mí. Y esto lo vio usted muy bien anoche. Hasta contribuyó a desenmascarnos...

—Recién llegado a Londres me dediqué a recorrer Clapham en tu busca —dijo Lewisham—, semana tras semana.

Habían atravesado el puente y se hallaban en un estrecho callejón de sucias tiendas, cerca de Clapham Junction, sumidos de nuevo en el silencio. Ella había vuelto la cara del otro lado, y tenía un semblante totalmente inexpresivo. Por fin dijo Lewisham, con cierta seca urbanidad:

—Siento mucho que parezca que te estoy imponiendo mi presencia. No quiero entrometerme en tus asuntos... si tú no quieres. Al verte, me han vuelto a la memoria un sinfín de cosas... No puedo explicarlo. Acaso... Tenía que venir a buscarte... Pensaba continuamente en tu rostro, en tu modo de sonreír, en aquel día que tomamos el té juntos..., en una serie de cosas.

Se calló de nuevo.

—En una serie de cosas.

Hizo otra pausa y añadió:

—Si permites que venga...

Pero no obtuvo respuesta.

Cruzaron las anchas calles de la Junction y prosiguieron hacia el Common.

—Yo vivo allá abajo, en esta misma calle —dijo ella parándose bruscamente en una esquina—. Preferiría...

—Pero no he dicho nada.

Ethel le miró, con el semblante pálido, incapaz de hablar durante unos momentos. Por fin dijo:

—Vale más que no. Estoy tan mezclada con todo eso...

Y se interrumpió.

Lewisham se puso a hablar deliberadamente.

—Vendré —dijo—. Mañana por la noche.

—No —repuso la joven.

—Vendré.

—No.

—Vendré.

Ethel no pudo ya ocultarse el gozo que anidaba en su corazón. Estaba asustada de que él hubiese venido a ella, pero también estaba llena de júbilo, y se daba cuenta de que lo estaba. No hizo más protestas. Le alargó la mano, sin abrir los labios. Y al día

siguiente se encontró con que él la estaba aguardando, tal como le había dicho.

CAPÍTULO XIV

EL PUNTO DE VISTA DE MÍSTER LEWISHAM

DURANTE tres días en el laboratorio de South Kensington no se supo nada de míster Lagune, el cual volvió a aparecer más empeñado que nunca en la bondad de sus creencias. Todo el mundo había creído que haría apostasía, pero en cambio reapareció con vigorizada fe, con un espíritu de proselitismo casi desvergonzado. De alguna ignota fuente había sacado nueva fuerza y convicción. Ni el retórico Smithers pudo con él. A la hora del té se libró una batalla cerrada, y hasta el envejecido joven que actuaba de auxiliar de clases prácticas estuvo a punto de tomar parte en ella, riéndose, hay que suponer, con los embrollos en los que se metió Smithers. Porque, al comienzo, Smithers exhibió una presuntuosa confianza y una arrogante urbanidad, y al final tenía las orejas coloradas y sus buenos modales le habían abandonado por completo.

Según notó *miss* Heydinger, Lewisham hizo un papel muy pobre en aquella discusión. En una o dos ocasiones pareció estar a punto de dirigir la palabra a Lagune, pero lo pensó mejor y se quedó callado.

Lagune trató el asunto del escándalo de un modo a la vez ligero y vigoroso.

—El tal Chaffery —dijo— me lo ha confesado todo. Su punto de vista...

—Hechos son hechos —objetó Smithers.

—Un hecho es una síntesis de impresiones —dijo Lagune—, pero esto ya lo aprenderá usted cuando sea más viejo. Lo que ocurrió fue que no nos entendimos. Yo le dije a Chaffery que ustedes eran principiantes, y como principiantes los trató... preparando una demostración.

—¡Ya lo creo que fue una demostración! —exclamó Smithers.

—Precisamente. Si no hubiese sido por su interrupción...

—¡Ah!

—Fraguó los efectos elementales...

—Esto no puede dejar usted de admitirlo.

—No intento negarlo. Pero, tal como él me explicó... es una cosa necesaria..., justificable. Los fenómenos psíquicos son sutiles, y se necesita para apreciarlos un cierto ejercicio de la observación. Un médium es un instrumento más sutil que una balanza o una perla de bórax, y ¡ya ve usted lo que se tarda en conseguir resultados firmes con una perla de bórax! En las clases elementales, en la fase de introducción, las condiciones son demasiado crudas...

—Para la honradez.

—Aguarde un momento. ¿Es deshonroso... amañar una demostración?

—Claro que lo es.

—Pues sus profesores lo hacen.

—Lo niego *in toto* —dijo Smithers, y repitió, con satisfacción—, *in toto*.

—Muy bien —dijo Lagune—, pero sepa usted que estoy en posesión de hechos incontrovertibles. Sus profesores de química, y puede usted bajar a preguntárselo si no me cree, hacen siempre trampa en el experimento sobre la indestructibilidad de la materia... Siempre. Y luego otra cosa..., una cosa de fisiografía. ¿Conoce usted el experimento a que me refiero? Para demostrar la existencia del movimiento de rotación de la Tierra. Utilizan... utilizan...

—El péndulo de Foucault —interrumpió Lewisham—. Y tienen oculta en la mano una pelota de goma con un agujero minúsculo, para soplar el péndulo dirigiéndolo por donde debe ir.

—Pero esto es diferente —repuso Smithers.

—Espere un momento —dijo Lagune, sacándose del bolsillo un trozo de papel impreso y doblado—. Ahí tiene usted una revisión del trabajo de un personaje tal como el profesor Greenhill, publicado en la revista *Nature*. Y vea usted: ¡se introduce una oportuna y conveniente aguja en el aparato para la demostración de las velocidades virtuales! Léalo... si duda de mí. Porque supongo que dudará de mí.

Smithers abandonó bruscamente su posición de negación *in toto*.

—Esto nada tiene que ver con lo que yo digo, míster Lagune; nada tiene que ver con lo que yo digo —repitió—. Estas cosas que se hacen en el aula no son para probar hechos, sino para dar ideas.

—Pues lo mismo fue mi demostración —dijo Lagune.

—No lo entendimos así.

—Tampoco la persona que asiste a las clases de Ciencias lo entiende así. Pero se consuela con la idea de que ve las cosas con sus propios ojos.

—Bueno, no me importa —dijo Smithers—. Dos disparates no producen una verdad. Amañar demostraciones es un disparate y una sinrazón.

—En eso estoy de acuerdo con usted. He hablado muy claro al tal Chaffery. Chaffery no es ningún profesorazo, ¿sabe usted? No es ninguno de estos adornos a sueldo de la roca de la verdad como son sus profesores falseadores de demostraciones, que aquí abundan, y por eso puedo hablarle llanamente sin ofenderle. Él sostiene la opinión que ellos confirmarían. Pero yo soy más riguroso. Yo insisto en que esto no vuelva a suceder...

—La próxima vez... —afirmó Smithers irónicamente.

—No habrá próxima vez. Ya he terminado con las exhibiciones elementales. Debe usted aceptar la palabra del observador ducho en la materia... del mismo modo que lo hace en análisis químico, por ejemplo.

—¿Querrá usted decir que continuará con el tío ese, a pesar de haber sido descubierto haciendo trampas bajo sus propias narices?

—Claro que sí. ¿Y por qué no?

Smithers se puso a explicar el por qué no, y se hizo un taco.

—A pesar de todo, aún creo que el hombre ese tiene poderes —dijo Lagune.

—De impostura —contestó Smithers.

—A éstos hay que eliminarlos —dijo Lagune—. Sería como si usted se negara a estudiar electricidad porque se le escapa por el cuerpo. Toda nueva ciencia es evasiva.

Ningún investigador que estuviera en sus cabales se negaría a investigar un compuesto químico por la sencilla razón de que éste se comportara de un modo inesperado. O se disuelve en los ácidos o no quiero saber nada de él, ¿eh? ¡Vaya modo de investigar!

Fue entonces cuando los últimos vestigios de urbanidad de Smithers se desvanecieron.

—No me importa nada lo que usted diga —dijo Smithers—. Todo eso es una pura sandez. Discuta usted todo lo que quiera; pero, ¿ha conseguido convencer a alguien? ¿Quiere que pasemos a votación?

—Eso es democracia injertada de venganza —objetó Lagune—. Una elección general sobre la verdad todos los meses, ¿eh?

—Eso es salirse por la tangente —opuso Smithers—. Y nada tiene que ver con lo de que aquí se trata.

Lagune, sofocado pero contento, ya estaba a mitad de la escalera cuando Lewisham lo alcanzó. Lewisham estaba pálido y sin aliento, pero como aquella escalera siempre quitaba el aliento a Lagune, éste no notó la alteración del más joven de los dos.

—Ha sido una charla muy interesante —jadeó Lewisham—. Interesantísima, míster Lagune.

—Celebro muchísimo que ésta sea su opinión...; de veras lo celebro —repuso Lagune.

Hubo una pausa. Luego, Lewisham, sin casi atreverse y desesperado, dijo:

—Hay una joven... que es su mecanógrafa...

Se interrumpió por falta de aliento.

—Diga, diga —dijo Lagune.

—¿Es médium esta señorita, o algo parecido?

—Hombre... —empezó a explicar Lagune, reflexionando—. En realidad no es médium. Pero... ¿por qué me lo pregunta?

—¡Oh...! Es que no sabía...

—Acaso se fijó en sus ojos. Es la hijastra de Chaffery...; tiene un carácter muy extraño, pero es indiscutiblemente mediumística. ¡Qué curioso que eso mismo le haya sorprendido a usted! Lo curioso del caso es que yo mismo he tenido la idea de que ella debe de ser algo psíquica... a juzgar por su rostro.

—Algo ¿qué?

—Psíquica... Sin desarrollar aún, naturalmente. He pensado en ello varias veces. No hace mucho precisamente que le hablé a Chaffery sobre la muchacha.

—¿De veras?

—Sí. A él, naturalmente, le hubiera gustado ver cómo se desarrollaban sus poderes latentes. Pero resultan muy difíciles los comienzos, ¿sabe?

—¿Quiere usted decir... que ella se opone?

—Por ahora sí. Es muy buena chica, pero en estas cuestiones es... tímida. A menudo se encuentra uno con cierto despego... una sensación muy rara... que casi podría equipararse al pudor.

—Ya —dijo Lewisham.

—Generalmente puede llegar a vencerse. Yo no desespero.

—No —repuso Lewisham concisamente.

Se hallaban ambos al pie de la escalera. Lewisham vaciló, y por fin dijo, con un esfuerzo para simular indiferencia:

—Me ha dado usted mucho en que pensar. Con todo lo que ha dicho arriba.

Y dicho esto, se volvió hacia el libro en donde debía estampar su firma.

—Celebro mucho que no adopte usted la actitud intolerante de míster Smithers —dijo Lagune—, mucho lo celebro. Le dejaré a usted uno o dos libros. Si su trabajo aquí le deja algún tiempo libre; eso es.

—Gracias —murmuró Lewisham sucintamente, separándose de él.

La firma estudiadamente característica de Lewisham tenía aquel día una caligrafía temblorosa y aplanada, muy diferente de la suya habitual.

—Que me ahorquen si vence sus escrúpulos —dijo Lewisham, sin despegar los labios.

CAPÍTULO XV

AMOR EN LAS CALLES

LEWISHAM no estaba muy seguro del camino que debía tomar en su empeño de frustrar los propósitos de Lagune, y en realidad no estaba seguro de nada, ni veía nada claro en su presente situación. Sus procesos lógicos, sus emociones y su imaginación parecían jugar con su voluntad. Ingentes acontecimientos se cernían, inminentes, pero el único resultado fue que él acompañó a Ethel a su casa, noche tras noche durante un período, para ser exactos, de sesenta y siete noches. Cada noche, excepto los domingos, durante noviembre y diciembre, con la sola salvedad de una noche en que tuvo que ir al Este para comprarse un gabán, fue a esperarla para acompañarla a su casa. Asunto curioso fueron aquellos paseos, a los que él acudía todas las noches, henchido de vagos anhelos, y que terminaban invariablemente con una extraña desilusión. Empezaban puntuales ante la casa de Lagune a las cinco, y terminaban, misteriosamente, en la esquina de una calle secundaria de Clapham, una calleja de casas amarillentas, con sótanos muy bajos y pesados ornamentos de piedra. Al final de aquella calle ella se desvanecía noche tras noche, disolviéndose en la niebla gris y en la penumbra de un débil farol de gas amarillento. Lewisham contemplaba cómo desaparecía, luego daba un suspiro y se volvía a sus habitaciones.

Hablaban de muchas cosas referentes a uno y al otro, de sus minúsculas ideas superficiales sobre ellos mismos, y de las circunstancias en que se hallaban y de sus gustos, y siempre quedaba entre ellos algo, algo tácito, desconocido, que hacía que todas aquellas cosas pareciesen irreales.

No obstante, de su conversación él empezó a entresacar vagas ideas del hogar de donde ella procedía. Naturalmente, no tenían criada, y la madre se portaba siempre de un modo tortuoso y furtivo ante las dificultades que se presentaban. Algunas tardes se volvía locuaz. «Mi madre habla así... a veces.» Raras veces salía. Chaffery se levantaba siempre tarde, y a veces desaparecía durante varios días. Era muy mezquino. Sólo daba veinticinco chelines a la semana para los gastos de la casa, y a veces al llegar a fin de semana las cosas estaban en un punto muy poco satisfactorio. Parecía existir muy pocas simpatías entre madre e hija; la viuda había sido veleidosa, de un modo no muy limpio, y su matrimonio con su principal realquilado, Chaffery, había causado inolvidables murmuraciones. Fue precisamente para facilitar esta boda que se envió a Ethel a Whortley, de modo que esto del matrimonio se consideraba, por este concepto, como un mal menor. Pero todo eso eran cosas remotas, lejanas e irreales, resumidas al final de aquel mal iluminado panorama de calle suburbana que se tragaba a Ethel todas las noches. El paseo, el valor, la luz y el movimiento que de ella procedían, tan cercana a él, su vocecilla y el contacto de su mano, eso era la realidad.

Es verdad que la sombra de Chaffery y sus martingalas se oponía a todas estas

cosas, algunas veces borrosa, otras veces negra y presente. Luego Lewisham se volvió insistente, sus recuerdos sentimentales cesaron, y se puso a hacer preguntas que lindaban en abismos de dudas. ¿Había «ayudado» alguna vez? No, declaró ella. Luego añadió que en dos ocasiones, en su casa, se había «sentado» para completar el círculo. Nunca más volvería a asistir a nada parecido. Se lo prometía, si es que le parecía necesario que lo prometiese. Ya había habido un escándalo tremendo en su hogar a causa del fracaso en casa de Lagune. Su madre se había aliado con su padrastro para llenarla de reproches. Pero ¿qué podían reprocharle?

—Claro, no podían reprocharte nada —dijo Lewisham.

Lagune, según Ethel le comunicó, había estado muy inquieto y se había sentido muy desdichado durante los tres días siguientes a la sesión, entregándose a pesadísimos monólogos, con Ethel como público, a veintiún chelines por semana. Al final de los tres días decidió echar una bronca a Chaffery por su desastrosa infamia. Pero fue Chaffery quien le echó la bronca a él. Smithers no supo que había sido dialécticamente vencido por un cerebro mucho mejor que el de Lagune, aunque hablara con la voz de falsete de Lagune.

A Ethel no le gustaba hablar de Chaffery y de todo lo demás relacionado con él.

—¡Si supieses lo amable que fuiste al querer olvidarte de todo eso —decía ella—, y dejar que nos dedicáramos sólo a nosotros dos!

Y también, cuando Lewisham la instaba.

—¿Qué ganas con preocuparte de eso?

Lewisham quería seguir preocupándose de ello a veces, pero le resultaba difícil poder demostrar qué ventajas obtenía. Así, pues, su conocimiento de la situación siguió siendo incompleto, y las semanas fueron transcurriendo como si nada.

Aquellos sesenta y siete días fueron de una maravillosa variedad, como recordó Lewisham, mucho tiempo después. Hubo noches de humedad y llovizna, y también de espesas nieblas, hermosos velos blanco-grisáceos, aisladores, que transformaban cada metro de acera en una habitación particular. Grandiosas eran, realmente, aquellas nieblas; fenómenos productores de intenso regocijo, ya que en aquellas circunstancias dejaba de ser objeto de escándalo público el hecho de que dos personas de sexo distinto anduvieran cogidas del brazo, y entonces se podían hacer centenares de cosas imprudentes y significativas variando sólo la presión del brazo y acariciando una mano menudita, una mano metida en un guante de cabritilla barato y muy remendado. Entonces era cuando uno parecía sentirse cerca de aquel algo tan evasivo que era lo que lo hilvanaba. Y los peligros que acechaban en las esquinas, los caballos que surgían súbitamente de la penumbra, los carreteros con linternas sobre las cabezas de sus caballos, los faroles de la calle, borrosos, de un color naranja ahumado los más próximos, desvaneciéndose a veinte metros de distancia en halos imprecisos, parecían acentuar la infinita necesidad de protección por parte de una delicada damita que ya había atravesado tres inviernos de nieblas, arduamente sola. Además, uno podía transitar por la calle donde ella vivía, hasta la mitad de camino de su puerta, con una deliciosa sensación de arrojo.

Las nieblas se transformaron demasiado pronto en una dura helada, en noches de

luz estelar y luego lunar, en que los faroles lanzaban fríos y duros destellos, igual que hileras de topacios; sus reflejos y el brillo de los escaparates de las tiendas tenían una calidad cortante y congelada, y hasta las estrellas, duras y relumbrantes, proyectaban fuertes destellos silenciosos, si así puede decirse, en vez de pestañear. Una chaqueta guarnecida de imitación de astracán había remplazado el abrigo ligero de Ethel, y un gorro de astracán su sombrero. Los ojos de Ethel brillaban fijos y centelleantes, y su frente resultaba ancha y pálida bajo aquel gorro negro. Era muy divertido, pero se llegaba a casa demasiado pronto, y por esto el trayecto de Chelsea a Clapham fue prolongándose, primero con un circuito de calles secundarias, y luego, cuando las primeras nieves anunciaron la proximidad de Navidad, con un nuevo circuito por King's Road, y hasta en una ocasión por Brompton Road y Sloane Street cuyas tiendas se hallaban llenas de adornos y artículos navideños.

Y, bajo la influencia de unas circunstancias extremadamente graves, míster Lewisham se gastó secretamente veintitrés chelines sacados de los vestigios de aquel centenar de libras esterlinas y compró para Ethel un anillo de oro incrustado de perlas. Por lo tanto, tuvo que haber un ceremonial, y en los linderos del nevado Common, cubierto de niebla, Ethel se quitó el guante para que Lewisham le pusiera el anillo en el dedo. Después, él se sintió impelido a besarla... en el nudillo de un dedo intensamente rosado por el frío y rematado por una uña sucia de tinta.

—Somos unos tontos —dijo la joven—. ¿Podremos hacer algo alguna vez?

—Espera —repuso Lewisham en un tono lleno de vagas promesas.

Más tarde pensó otra vez en aquellas promesas, y otro día se ocupó de aquel asunto más detalladamente, explicándole las brillantes perspectivas que tenía un estudiante de South Kensington: poder llegar a ser director de escuela, hasta de una de las escuelas de Ciencia del Norte, inspector, auxiliar, e incluso, ¿por qué no?, catedrático. Y después... y después... Ella prestó a todo una atención amable e incrédula, pues encontraba en aquellos ensueños cierta calidad de temor así como de placer.

La colocación del anillo incrustado de perlas fue, naturalmente, una mera ceremonia. Ella no podía llevarlo ni en casa de Lagune ni en la suya propia. Por consiguiente, lo enhebró en una cintita de satén blanco y se lo colgó del cuello, «sobre su corazón». Él pensó en lo agradable que era aquel «sobre su corazón».

Cuando compró el anillo tenía la intención de guardarlo para Navidad. Pero el deseo de ser testigo del placer que experimentaría Ethel fue demasiado fuerte para él.

La víspera de Navidad, yo no sé por qué artimaña por parte de ella, los dos jóvenes pasaron juntos el día entero. Lagune se había metido en cama con una fuerte bronquitis y había concedido fiesta a su mecanógrafa. Tal vez ésta se olvidara de decírselo a su familia. El Royal College estaba de vacaciones y Lewisham se hallaba libre. Declinó la invitación de su tío el lampista con el pretexto de que el «trabajo» le tenía atado a Londres, a pesar de que aquello, según dijo, le representaba una libra esterlina o más de gastos suplementarios. La absurda pareja anduvo veinticuatro kilómetros aquella Nochebuena, y los dos se separaron con las caras y las almas encendidas. Se había producido una dura helada, y después nevió. El cielo era de un

gris incoloro, de los faroles callejeros pendían carámbanos, y el pavimento estaba lleno de dibujos como de hojas que, al ser pisadas, se transformaban en laminillas de hielo, a medida que se acercaba la noche. Ambos sabían, desde luego, que el Támesis les depararía un maravilloso espectáculo, pero se lo reservaron para el final. Primero pasearon por Brompton Road...

Y vale la pena que tengáis una exacta imagen de los dos jóvenes: Lewisham, enfundado en su abrigo de confección, de paño azul con cuello de terciopelo, con unos sucios guantes de color canela, corbata roja y sombrero hongo, y Ethel con una chaqueta vieja, de dos años atrás, y un gorro de rizado astracán. Ambos tenían las mejillas rosadas por el aire helado, iban cogidos del brazo tímidamente y estaban muy alerta para no perderse ningún espectáculo. Las tiendas eran variadas e interesantes a lo largo de Brompton Road, pero no podían compararse con las de Piccadilly. Había unos escaparates en Piccadilly tan llenos de caras chucherías, que se tardaba lo menos quince minutos en inventariarlas: tiendas de postales, tiendas de ropas, llenas de atracciones tontas, pero divertidas. Lewisham, a despecho de sus antiguas animosidades, se olvidó de mostrarse severo con la clase compradora al ver a Ethel tan intensamente entretenida con aquellas preciosas naderías.

Luego, remontaron Regent Street para ver aquella tienda donde hay tantos diamantes falsos, y luego aquel otro establecimiento donde las muchachas dejan sueltas sus largas cabelleras, y el otro donde los polluelos corretean por el escaparate, y así hasta Oxford Street, Holborn, Ludgate Hill, St. Paul's Churchyard y Leadenhall con todos sus mercados donde los pavos, los gansos, los patos y los pollos, pero predominando los pavos, sin embargo, pendían en hileras a millares.

—Tengo que comprarte algo —dijo Lewisham empleando un tópico.

—No, no —replicó Ethel con los ojos fijos en una interminable perspectiva de incontables aves.

—Sí, tengo que hacerlo —insistió Lewisham—. Y vale más que escojas tú misma, porque, si no, te compraré algo que no te va a gustar.

La idea de Lewisham giraba alrededor de broches o hebillas.

—No gastes dinero. Además, ya tengo el anillo.

Pero Lewisham se puso tan pesado que ella...

—Bueno, pues... si quieres... Mira, tengo hambre. Cómprame algo de comer.

Fue una broma memorable. Lewisham penetró intrépidamente, como un magnate oriental, en un establecimiento cuyas mesas lucían servilletas mitradas, un sitio como para intimidar a cualquiera. Se hicieron servir unas chuletas, que royeron hasta el hueso, con patatas fritas, y se bebieron entre los dos media botella de un vinillo blanco que Lewisham eligió con afectada indiferencia de la lista de vinos. Ninguno de los dos había bebido vino a la hora de la comida hasta entonces. ¡Un chelín con nueve peniques le costó, sí, señor, y el vino se llamaba Capri...! Era realmente un Capri muy pasable, producto manufacturado, sin duda alguna, pero muy aromático, y, además, calentaba el cuerpo. Ethel estaba estupefacta ante tanta magnificencia, y se bebió un vaso y medio.

Luego, confortados y satisfechos, se dirigieron a la Torre de Londres y al Tower

Bridge, el puente de la Torre, con su cresta de nieve, sus enormes carámbanos colgantes y los bloques de hielo obstruyendo sus arcos laterales, cosa que constituía un espectáculo muy apropiado a la fecha. Y como que ya se habían saciado de ver tiendas y multitudes, se dirigieron resueltamente a casa, siguiendo el desolado Embankment.

¡Pero realmente el Támesis constituía un espectáculo maravilloso aquel año! Con las orillas llenas de nieve y con bloques de hielo a la deriva en el centro del cauce, reflejando el luminoso escarlata del dilatado sol poniente, deslizándose paulatina e incesantemente hacia el mar. Una bandada de gaviotas iban de un lado a otro, y entre ellas volaban, entremezclándose, palomas y cornejas. Los edificios en la orilla de Surrey aparecían borrosos, grises y muy misteriosos; las barcas, bloqueadas por el hielo, silenciosas y abandonadas, mientras aquí y allá unas ventanas iluminadas proyectaban su cálido resplandor. El sol se hundió, desapareciendo de la vista, en un bajío de azul, y la orilla de Surrey se disolvió en neblina, excepto algunos puntos insolubles de luz amarilla, que en seguida empezaron a multiplicarse. Y cuando nuestros enamorados hubieron pasado por debajo del puente de Charing Cross, el edificio del Parlamento se alzó; ante ellos, azulado e indistinto, al final de una gran media luna de doradas luces, suspendido entre la tierra y el cielo. Y el reloj en la torre era igual que un sol de noviembre.

Fue un día sin mácula, o, mejor dicho, sólo con una minúscula mota. Y aún ésta se presentó al final de la jornada.

—Adiós, querido —dijo ella—. He sido muy feliz.

Lewisham acercó su cara a la de la muchacha.

—Adiós —murmuró Lewisham estrechándole la mano y mirándola fijamente.

Ethel miró a su alrededor y se le acercó más.

—¡Amado mío! —susurró—. ¡Adiós!

De pronto Lewisham se volvió inexplicablemente petulante y soltó la mano de su amada.

—Siempre sucede así... Somos felices. Yo soy feliz. Y ahora te marchas...

Se hizo un silencio lleno de mudas interrogaciones.

—Querido —susurró Ethel—, tenemos que esperar. Hubo una pausa momentánea.

—¡Esperar! —exclamó Lewisham.

Se interrumpió y vaciló:

—¡Adiós! —dijo como si rompiera con ello el hilo que los mantenía unidos.

CAPÍTULO XVI

LOS PENSAMIENTOS ÍNTIMOS DE MISS HEYDINGER

EL trayecto de Chelsea a Clapham y el de South Kensington a Battersea, especialmente si el primero se prolonga por medio de circuitos secundarios, se hallan muy próximos. Una noche, muy cerca ya de Navidad, dos amigas de Lewisham pasaron por su lado cuando iba acompañado de Ethel. Pero Lewisham no las vio porque estaba mirando el rostro de Ethel.

—¿Has visto? —preguntó maliciosamente una de las muchachas a su compañera.

—Míster Lewisham... ¿no? —dijo *miss* Heydinger con un tono perfectamente indiferente.

Miss Heydinger se hallaba sentada en la habitación que sus hermanas menores llamaban «El Refugio». Este refugio no era, evidentemente, nada más que un dormitorio intelectualizado, donde el papel de las paredes, papel barato sembrado de rosas plateadas, se asomaba coqueteando por entre los muebles. Sus particulares glorias estaban constituidas por la mesa escritorio en mitad de la habitación, y por el microscopio sobre la desequilibrada mesa octogonal de debajo de la ventana. Había unas estanterías de libros, de construcción patentemente femenina por su fácil decoración y su estructura inestable, y en ellas una parada de brillantes poetas: Shelley, Rossetti, Keats, Browning y volúmenes desaparejados de Ruskin, los sermones de South Place y publicaciones socialistas en cubiertas de papel rotas, y encima libros de texto de ciencias, y cuadernos en opresiva abundancia. Los facsímiles que pendían de las paredes hablaban elocuentemente de las ambiciones estéticas de su dueña y de cierta impermeabilidad a su significado implícito. Había allí el «Espejo de Venus», por Burne Jones, la «Anunciación» de Rossetti, la «Anunciación», de Lippi y «El Amor a la vida», y «El Amor y la Muerte», de Watts. Y, entre otras fotografías, había una del año anterior representando al Comité de la Sociedad de Debates, con Lewisham sonriendo débilmente cerca del centro, y *miss* Heydinger, desfocada, en el extremo de la derecha. Y la joven se hallaba ahora dando la espalda a todas estas cosas, sentada en su negro butacón forrado de crin, mirando la lumbre, con los ojos brillantes y la barbilla apoyada en la mano.

—Podía haberlo adivinado antes —dijo—. Desde aquella sesión espiritista... Ha sido diferente desde entonces...

Sonrió amargamente.

—Alguna dependienta...

Se puso a cavilar.

—Todos son iguales, me parece. Después vuelven... algo averiados, como dice aquella mujer de «El abanico de *lady* Windermere». Tal vez él también volverá. No sé... ¿Por qué ha de ser tan mentiroso? ¿Por qué me hace esta comedia? Ser bonita,

ser bonita, ser bonita... ésta es nuestra obligación. ¿Qué hombre vacila en la elección? El hombre sigue su camino, piensa en sus ideas y hace su trabajo... Se está atrasando en la disección... Se puede apreciar que ni siquiera toma apuntes...

Durante un buen rato permaneció silenciosa. Su rostro adoptó una expresión de firme resolución. Empezó a mordisquearse el pulgar, primero lentamente, y después más de prisa. Finalmente estalló otra vez en exclamaciones.

—¡Las cosas que podría hacer ese hombre! ¡Las grandes cosas que podría hacer! Es capaz, es obstinado, es fuerte. ¡Y he aquí que aparece una cara bonita! ¡Dios mío! ¿Por qué me hiciste con corazón y con cabeza?

Miss Heydinger se puso en pie de un salto, con los puños apretados y el semblante contraído. Pero no derramó ninguna lágrima.

Al cabo de un momento se quedó en actitud inerte. Dejó caer una mano a lo largo de su cuerpo mientras descansaba la otra sobre un fósil en la repisa de la chimenea. Miss Heydinger se quedó mirando fijamente el fuego que ardía en el hogar.

—¡Pensar en lo que podría haber hecho! ¡Es para volverse loca...! Trabajar, pensar y aprender. Esperar. Despreciar las mezquinas artes femeniles, confiar en la sensatez del hombre... Y despertar luego como las vírgenes locas para encontrarse con que la hora de la vida ha pasado...

Su expresión y su actitud se dulcificaron al compadecerse de sí misma.

—Futilidad... No sirve de nada.

Se le quebró la voz al añadir:

—Nunca seré feliz...

Vio la belleza del futuro que había deseado, como si, de pronto, se le arrollara igual que una alfombra, desvaneciéndose en la lejanía, más espléndida a medida que se iba haciendo más remota... como un sueño en el momento de despertar. La visión de su soledad inevitable la remplazó, clara y aguda. Se vio a sí misma sola y pequeña en medio de una enorme desolación, infinitamente digna de lástima, mientras Lewisham iba retrocediendo cruel e insensible. Con «alguna dependienta». Entonces aparecieron unas lágrimas en sus ojos, y aparecieron rápidamente hasta que se deslizaron por sus mejillas. Dio media vuelta como si buscara algo. Se dejó caer de rodillas ante el butacón, y se puso a murmurar una incoherente plegaria recabando la piedad y el consuelo de Dios.

El día siguiente, otra muchacha del curso de Biología hizo notar a una amiga suya que «la Heydinger» había recaído. La amiga dirigió una mirada al otro extremo del laboratorio.

—Es una mala recaída —dijo—. Realmente... yo no podría llevar el pelo de esa manera.

Y siguió mirando a miss Heydinger con un espíritu criticón. Podía contemplarla con toda libertad, porque miss Heydinger se hallaba de pie, perdida en la maraña de sus pensamientos, mirando la niebla de diciembre por la ventana del laboratorio.

—Está muy desmejorada —dijo la muchacha que había hablado primero—. Debe de trabajar mucho.

—Pues no se le nota —repuso su amiga—. Ayer le pregunté cuáles eran los huesos del segmento parietal y no supo decirme siquiera uno, ni uno solo.

El día siguiente, el puesto de *miss* Heydinger apareció vacío. Estaba enferma, según se dijo, de tanto estudiar, y su enfermedad duró hasta tres semanas antes de los exámenes. Entonces reapareció con un semblante muy pálido y esforzándose denodadamente para quedar bien, sin resultado.

CAPÍTULO XVII

EN LA GALERÍA DE RAFAEL

ERAN casi las tres, y en el laboratorio de Biología todas las lámparas se hallaban encendidas. La clase estaba enteramente ocupada en cortar secciones de la raíz de un helecho para examinarla microscópicamente. Cierta muchacho silencioso, con aspecto de rana, un estudiante particular que no desempeña otro papel en esta historia, estaba trabajando atentamente, más parecido que nunca a un batracio. Tenía una expresión modesta, con un rictus que denotaba cierto esfuerzo. Detrás de *miss* Heydinger, cansada y desaseada, con el aspecto que le había sido característico durante el curso anterior, había un asiento vacío, un microscopio abandonado y unos cuantos lápices y cuadernos diseminados de cualquier manera.

En la puerta del aula había sido fijada una lista con los nombres de los que habían aprobado los exámenes de Navidad. Encabezaba la lista el nombre del batracio antes citado, y a continuación venían juntos Smithers y una de las muchachas. Lewisham encabezaba, muy poco gloriosamente, la segunda clase, y el nombre de *miss* Heydinger no aparecía. La lista hacía constar que había habido un suspenso. Así pagan los estudiantes sus más bellas emociones.

En la espaciosa soledad de la galería del museo dedicada a los bocetos de Rafael, Lewisham, sentado, se hallaba enfrascado en sombrías meditaciones. Con una mano negligente se acariciaba, pensativo, el indiscutible bigote, prestando particular atención a aquellas porciones que eran lo bastante largas para ser mordidas.

Estaba intentando ver claramente la situación. Como aún le escocía su descalabro, poco podría decirse en favor de la claridad, de sus pensamientos. La sombra de aquel descalabro se proyectaba sobre todo, eclipsaba la luz de su amor propio, ensombrecía su honor, y lo situaba todo en una nueva perspectiva. La preciosa lindeza de su amorío había huido a algún remoto rincón de su ser. Experimentaba una salvaje animosidad contra aquel muchacho que parecía una rana. Smithers le había traicionado. Estaba irritado, acerbamente irritado, contra los «empollones» que se pasaban todo el tiempo machaca que machaca, preparándose para uno de aquellos estúpidos exámenes de suerte. Tampoco el examen práctico había sido justo, y una de las preguntas del escrito no había sido explicada en la clase. Biver, el profesor Biver, era un asno completo. Lewisham estaba absolutamente seguro de ello, y Weeks, el titular, no le iba a la zaga. Pero estos obstáculos no podían ocultar a su inteligencia la causa manifiesta de su trastorno: el desperdicio de más de la mitad de las horas hábiles de cada tarde, del mejor tiempo para estudiar durante las veinticuatro horas del día; y eso, día tras día. Y aquello todavía continuaba con toda regularidad, merma perpetua del tiempo disponible. Por la noche volvería a buscarla, y empezaría igualmente a acumular ignominia sobre sí mismo en la segunda parte del curso, la sección botánica. Y así, rechazando de mala gana una turbia excusa tras otra, enfocó

claramente el antagonismo entre sus relaciones con Ethel y sus ambiciones inmediatas.

Las cosas se le habían presentado tan fáciles durante los dos años últimos que Lewisham había tenido ya por seguro su progresivo ascenso en la vida. Ni por un momento se le había ocurrido, cuando se dirigió a interceptar a Ethel después de aquella sesión espiritista, que se estaba metiendo en semejante peligro. Ahora había recibido un serio aviso. Empezó por imaginarse la situación del batracoideo estudiante en su casa (era un estudiante particular, de la alta clase media), sentado en un estudio muy conveniente, con su escritorio, librería y lámpara con su pantalla (Lewisham trabajaba sobre su pequeña cómoda a guisa de mesa, con el abrigo puesto y los pies metidos en el cajón inferior, envueltos en toda la ropa disponible) y en medio de increíbles comodidades, el muchacho-rana trabajaba, trabajaba, trabajaba. Mientras tanto, Lewisham transitaba por las calles envueltas en niebla, hacia Chelsea, o, después de haberla acompañado, volvía a su casa, con la cabeza llena de absurdas fantasías.

Se puso a reflexionar, con fría lucidez, sobre el conjunto de sus relaciones con Ethel. Sus emociones más dulces se hallaban en suspenso, pero él no quería engañarse a sí mismo. Le era muy simpática, le gustaba estar junto a ella y hablarle, pero no era este todo su deseo. Pensó en las amargas palabras de un orador de Hammersmith, quien se había quejado de que en nuestra civilización actual hasta se llegaba a negar la elementalísima necesidad del matrimonio. La virtud se había transformado en vicio. «Nos casamos con miedo y zozobra; para el hombre, el sexo es el tráfico de mujeres, y cuando el hombre llega al anhelo de su corazón, el anhelo de su corazón ya está muerto.» Aquello que a él le había parecido mera retórica, le volvió al pensamiento con un terrible aspecto de verdad. Lewisham vio que su caso era de caminos divergentes. Por un lado aquella brillante escalera hacia la fama y el poder que había constituido su primordial ensueño desde los primeros días de su adolescencia, y por otro lado... Ethel.

Y si escogía a Ethel, ¿qué sacaría, en resumidas cuentas? ¡Unos cuantos paseos más o menos! Ella era paupérrima, él no lo era menos, ¡y aquel médium farsante era su padrastro! Y, después de todo, ella no tenía apenas instrucción, no comprendería el trabajo de él, ni sus propósitos...

De repente se dio cuenta muy claramente y con absoluta convicción que después de aquella sesión espiritista debió de haberse marchado a su casa, olvidándose de ella. ¿Por qué había sentido aquel irresistible impulso de salir a buscarla? ¿Por qué habría tejido su imaginación aquella extraña trama de posibilidades a su alrededor? Él se encontraba cogido en aquellas redes, neciamente cogido... Todo su porvenir era un sacrificio a ese espectro transitorio de galanteo en mitad de la calle. Despechado, dio un fuerte tirón al bigote.

Sus ideas empezaron a tomar la forma de Ethel y de su misteriosa madre, y del vago y habilidoso Chaffery, formando un grupo que se esforzaba en mantenerle a él aprisionado en una invisible red para que no pudiera dar término a aquella gloriosa serie de éxitos y distinciones. ¡Unas botas estropeadas y las salpicaduras de barro de

los coches serían la parte que a él le tocaría, durante toda su vida! Ya la Medalla Forbes, su peldaño inmediato en la escalera de la gloria, podía considerarse como perdida...

¡En qué había estado pensando! Increpó duramente la educación que había tenido. Los hombres de la clase alta o de la clase media eran aconsejados en estas cosas por sus padres, que les advertían y ponían en guardia, muy acertadamente por cierto, contra el peligro de enredarse en esas tonterías amorosas antes de que fueran independientes. Así era mucho mejor...

Todo se le iba. No sólo su trabajo, su carrera científica, sino también la Sociedad de Debates, el movimiento político, toda su obra en pro de la Humanidad... ¿Por qué no adoptar una actitud resuelta? Aún estaba a tiempo... ¿Por qué no plantearle la cuestión a ella, de una manera clara y terminante? ¿O escribirle? Si escribía en aquel momento, aprovecharía la tarde en la biblioteca. Tendría que decirle que suprimiera aquellos paseos hasta su casa... al menos hasta los próximos exámenes. *Ella* se haría cargo. Tuvo un escrúpulo de duda, pensando que quizás Ethel no se hiciese cargo... Se irritó ante esta posibilidad. Pero de nada valía desmenuzar la cuestión. Si se ponía a considerar el punto de vista de ella... ¿Por qué tenía que representársela de aquel modo? ¡Sencillamente, porque era una muchacha muy poco razonable!

A Lewisham le invadió una breve oleada de coraje.

Y, no obstante, aquel abandono de los paseos se le presentaba insistentemente como un acto mezquino. Y mezquino le parecería también a ella. Lo cual era mucho peor aún. Y, ¿por qué mezquino? ¿Qué razón tendría para tenerlo por mezquino? Lewisham volvió a encolerizarse.

El imponente policía del museo, que le había estado observando furtivamente, estaba muy extrañado al ver aquel estudiante, sentado frente al «Sacrificio de Lystra», que se mordía labios, uñas y bigote, y que lanzaba ceñudas miradas a aquella obra maestra, y, de pronto, pudo ver cómo dicho raro estudiante se levantaba con aire de gran determinación, giraba sobre sus talones y salía de la galería con paso rápido, sin mirar a derecha ni a izquierda. Al llegar al pie de la escalinata se perdió en seguida de vista.

—Habrá ido a por más bigote para comérselo, supongo —dijo el policía, meditativamente; y añadió—: Diríase que algo le ha picado.

Al cabo de un momento de reflexión el policía se dirigió lentamente al otro extremo de la galería, deteniéndose frente al dibujo de Rafael.

—Las figuras son demasiado grandes comparadas con las casas —murmuró el policía, afanoso de hacer justicia imparcial—. Pero eso es Arte. Me apostaría cualquier cosa a que ése es incapaz de hacer nada... que sea ni la mitad de bueno de lo que es esto.

CAPÍTULO XVIII

LOS AMIGOS DEL PROGRESO SE REÚNEN

LA segunda noche después de todos los pensamientos de Lewisham se alteró el orden en el mundo. Una jovencita, vestida con una chaqueta ribeteada de astracán, con una expresión muy poco alegre en el rostro, iba de Chelsea a Clapham sola, mientras Lewisham estaba sentado bajo la incierta luz eléctrica de la Biblioteca Educativa, mirando al vacío por encima de un montón de libros de imponente aspecto, y viendo cosas invisibles.

El cambio no pudo hacerse sin roces, y toda explicación resultó muy difícil. Evidentemente ella no apreciaba la gravedad de la posición mediocre que Lewisham ocupaba en la lista. «Pero has aprobado», era todo lo que ella decía. Tampoco se hacía cargo de la importancia del estudio por la tarde. «Claro que yo eso no lo sé — había dicho—, pero yo creía que tú estudiabas todo el día.» Ella calculó el tiempo consumido por sus paseos como de media hora, «media horita justa», olvidándose de que él tenía que ir primero a Chelsea y luego regresar a su pensión. Su habitual ternura quedó velada por un resentimiento demasiado visible, primero contra él, y luego, cuando Lewisham protestó, contra el Destino. «Hay que suponer que las cosas tienen que ser así —dijo ella—. Claro que no importa que no nos veamos tan a menudo», añadió temblándole los pálidos labios.

Lewisham había vuelto de la despedida con la mente muy intranquila, y aquella noche se había enfrascado en la composición de una carta que tenía que aclarar las cosas. Pero sus estudios científicos prestaban dureza al estilo de su prosa, y aquello que él podía muy bien susurrar no lo sabía escribir. En realidad, su justificación no era suficiente, pero la recepción que ella le dispensó dio a Ethel la apariencia de ser una persona muy poco razonable. Lewisham presentó algunas fluctuaciones violentas. A veces se sentía fuertemente irritado contra la joven por no ver las cosas tal como él las veía, y entonces deambulaba por el museo empeñado en imaginarias discusiones con ella, llegando inclusive a proferir advertencias injuriosas. Otras veces tenía que hacer acopio de todos sus poderes de disciplina y de todos sus recuerdos de las resentidas réplicas de ella, para abstenerse de echar a correr hacia Chelsea y capitular de un modo muy poco viril.

Esta nueva disposición de las cosas duró un par de semanas. No tardó tanto tiempo *miss* Heydinger en descubrir que el desastre de los exámenes había obrado un cambio en Lewisham. Percibió muy bien que aquellos paseos nocturnos habían terminado. Se le hizo rápidamente evidente que Lewisham trabajaba ahora con una especie de furia obstinada. Llegaba temprano y se marchaba tarde. La sana frescura de sus mejillas palideció. Se podía ver a Lewisham todas las noches hasta muy tarde en medio de un montón de diagramas y de libros de texto en uno de los rincones más resguardados de las corrientes de aire de la Biblioteca Educativa, acumulando notas y

más notas. Y todas las noches, en el club de los estudiantes, Lewisham escribía una carta dirigida a cierta papelería de Clapham, pero estas cartas nunca fueron vistas por *miss Heydinger*. En su mayoría dichas cartas eran breves, porque Lewisham, siguiendo la moda de South Kensington, se preciaba de no ser «literato», y tal vez algunas, más parecidas a telegramas que a epístolas, hirieron un corazón acaso demasiado necesitado de palabras tiernas.

No respondió Lewisham a las renovadas insinuaciones de *miss Heydinger* con invariable amabilidad. Y, no obstante, se restablecieron en parte las antiguas relaciones. Él solía hablarle correctamente durante cierto tiempo y luego salía por la tangente. Pero el préstamo de libros se reanudó, aquel sutil proceso para su educación estética que *miss Heydinger* había discurrido.

—Ahí tiene usted el libro que le prometí —dijo la joven un buen día, y él intentó hacer memoria para recordar dicha promesa.

El libro en cuestión era una colección de los poemas de Browning, y contenía «Sludge»; también contenía por casualidad «La estatua y el busto», aquel estimulante discurso sobre las compulsiones a medias. «Sludge» no interesó a Lewisham. Nada tenía que ver con su idea de lo que era un médium, pero en cambio leyó y releyó «La estatua y el busto», y le produjo un efecto profundísimo. Se fue a acostar, ya que leía su literatura en la cama porque allí estaba más caliente, y en cuestiones de literatura poco importaba, al contrario de lo que ocurría con las ciencias, si se quedaba adormecido, estimulada su emoción con estas líneas:

*Semanas, meses, años; en su empeño,
De juventud y amor se hundió la gloria,
Y ambos hallaron haber soñado un sueño.*

Pudiera ser que esta simiente diera lugar a un fruto, porque aquella noche él también tuvo en sueño. Se refería a Ethel y a su matrimonio con ella. Él la abrazó, se inclinó para besarla, y de repente vio que Ethel tenía los labios llenos de arrugas y la mirada opaca, ¡y la cara también estaba surcada de arrugas! ¡Era vieja! ¡Era intolerablemente vieja! Se despertó horrorizado y estuvo despierto y pensativo hasta el alba, pensando en su separación y en las solitarias caminatas de ella por las fangosas calles, pensando también en su propia posición, en la carta de navegar que había perdido y en los factores que tenía en contra en la batalla del mundo. Percibió la verdad incolora: la Carrera resultaba improbable, y la idea de que Ethel pudiese sumarse a ella era casi imposible de realizar. Era obvio que la cuestión se planteaba entre la Carrera y Ethel. ¿O perdería a ambas si vacilaba?

Y entonces su desventura dio lugar a aquella irritación que es consecuencia de los deseos siempre frustrados...

Fue al día siguiente de este sueño cuando insultó a Parkson de modo grosero. Insultó a Parkson después de una reunión de los «Amigos del Progreso», que tuvo lugar en las habitaciones de Parkson.

No hay ningún tipo de estudiante inglés que hoy en día se dé verdadera cuenta de

los nobles ideales del vivir llano y pensar elevado. Nuestro admirable sistema de exámenes acepta poquísimos en cuanto a pensar al nivel que sea, elevado o bajo. Pero el modo de vivir del estudiante de Kensington suele ser insuficiente, y este estudiante da señales ocasionales de reconocimiento hacia el proceso cósmico.

Una de estas señales era precisamente la reunión periódica de estos «Amigos del Progreso», asociación nacida del artículo de Lewisham sobre el socialismo.

Se daba por supuesto que sería necesario esforzarse en la consecución de muchas cosas para lograr un mundo mejor, pero hasta entonces no se había emprendido ninguna acción decisiva.

Se reunieron en el salón de Parkson, porque Parkson era el único de los «Amigos del Progreso» lo bastante opulento para disponer de un salón, ya que era poseedor de la beca Whitworth y cobraba cien libras esterlinas al año. Los *amigos* eran de diversas edades, la mayoría muy jóvenes. Algunos fumaban, otros tenían las pipas apagadas, pero no había allí ninguna bebida, sólo café, porque hasta aquí llegaban sus medios. Dunkerley, maestro auxiliar en una escuela suburbana y antiguo colega de Lewisham en Whortley, asistía a esas asambleas gracias a la presentación que de él había hecho Lewisham. Todos los «Amigos del Progreso» llevaban corbatas rojas, excepto Bletherley, que lucía una de color naranja, para demostrar que era sensible al Arte, y Dunkerley, que exhibía una negra con topes azules, porque los maestros auxiliares en las pequeñas escuelas particulares han de guardar las apariencias. Y el sencillísimo orden del día consistía en que cada uno de ellos hablase tanto como pudieran aguardar los demás.

Por regla general, el que se había nombrado a sí mismo «el Lutero del socialismo», ¡qué ridículo, pobre Lewisham!, tenía alguna tesis para sostener, pero aquella noche se hallaba deprimido y distraído. Estaba sentado con las piernas echadas por encima de los brazos del sillón, para indicar, de este modo, su estado de ánimo. Tenía un paquete de cigarrillos argelinos, a cinco peniques los veinte, y parecía interesado en fumárselos todos antes de que anoheciera. Bletherley iba a perorar sobre «La mujer bajo el socialismo», y había traído una voluminosa edición americana de las obras de Shelley y un tomo de Tennyson con *La princesa*, ambos volúmenes llenos de papelitos puestos como señal para indicar las citas. Era partidario convencido de la abolición de los «monopolios», y la *crèche*, según él, tenía que remplazar a la familia. Bletherley era positivamente untuoso cuando no hacía tonterías, y sus opiniones eran, evidentemente, impopulares.

Parkson procedía del Lancashire, y era un devotísimo cuáquero; el tercer factor que lo completaba era Ruskin, de cuya obra y fraseología se hallaba saturado. Escuchó a Bletherley con ostensible desaprobación e inició una vigorosa defensa de aquella antigua tradición de lealtad que Bletherley había denominado «la institución monopolista del matrimonio».

—La pura y simple teoría antiquísima de amor y fidelidad —dijo Parkson—, me basta. Si vamos a ensuciar nuestros movimientos políticos con esta clase de cosas...

—¿Funciona? —interpeló Lewisham hablando por primera vez.

—¿Qué es lo que funciona?

—La pura y simple teoría antiquísima. Conozco esta teoría. Creo en esta teoría. Bletherley la ha sacado de Shelley. Pero es pura teoría. Os encontráis con la inevitable muchacha. La teoría dice que os podéis encontrar con ella en cualquier momento. La encontráis cuando sois aún demasiado jóvenes. Os enamoráis. Y os casáis... a pesar de los obstáculos. El amor se ríe de los cerrajeros. Tenéis hijos. Esa es la teoría. Todo va bien para el hombre que tenga un padre que le pueda dejar quinientas libras al año. Pero, y en el caso de un tendero, ¿cómo funciona la teoría...? ¿Y en el caso de un maestro auxiliar, como Dunkerley? ¿O... en el mío?

—En estos casos hay que esperar —contestó Parkson—. Hay que tener fe. Si un hombre vale la pena de ser poseído, también vale la pena de esperar a que esto sea posible.

—Y entre tanto se llega a viejo. ¿Para qué?

—Un hombre joven debe luchar —dijo Dunkerley—. No veo tu dificultad, Lewisham. La lucha por la existencia es, realmente, tremenda..., pero aun así... vale la pena luchar. Dos... fuerzas unidas... comparten la suerte de una de ellas. Si yo viera a una chica con la que me gustara casarme, me casaba con ella al día siguiente. Y mi valor en el mercado es casi nulo.

Lewisham volvió la cabeza vivamente, interesado de pronto.

—¿Ah, sí? —preguntó.

Dunkerley se había sonrojado un poco con el discurso.

—Como un tiro. ¿Por qué no?

—Pero, ¿cómo viviríais?

—Eso viene después. Si...

—No estoy de acuerdo con usted, míster Dunkerley —dijo Parkson—. No sé si habrá leído *Sésamo y lirios*, pero usted acaba de manifestar, mejor que ninguna palabra mía pudiera hacerlo, un ideal del lugar que le corresponde a la mujer...

—Paparruchas... eso de *Sésamo y lirios* —interrumpió Dunkerley—. He leído trozos. No pude aguantarlo. No puedo aguantar nada de Ruskin. Demasiadas preposiciones. Es un inglés tremendo, sin duda, pero no es mi estilo. Es la clase de literatura que la hija de un comerciante al por mayor podría leer para refinarse un poco. Nosotros no podemos permitirnos el lujo de refinarnos.

—Pero, ¿té casarías, de veras, con una muchacha...? —empezó a decir Lewisham, con una admiración sin precedentes por Dunkerley en la mirada.

—¿Por qué no?

—¿Contando con...? —y Lewisham vaciló.

—Cuarenta libras al año. ¡Sí!

Un joven, hasta entonces silencioso, se puso a hablar, después de aclararse la garganta, diciendo:

—Hay que tener en cuenta a la muchacha.

—Pero, ¿por qué casarse? —preguntó Bletherley, sin que nadie le hiciera caso.

—Tiene usted que admitir que pide una gran cosa cuando pide una muchacha... —empezó a decir Parkson.

—No, señor. Cuando una muchacha elige a su hombre, y éste la elige a ella, el

sitio de ella está junto a él. ¿Qué se saca con desear? Es mutuo. Tienen que luchar juntos.

—¡Muy bien! —exclamó Lewisham, volviéndose súbitamente emocionado—. Hablas como un hombre, Dunkerley. ¡Que me ahorquen, si no!

—El sitio de la Mujer —insistió Parkson— está en el Hogar. ¡Y si no hay hogar...! Yo imagino que, si ello fuese necesario, todo hombre debería trabajar durante siete años... como hizo Jacob para ganarse a Raquel..., dominando sus pasiones, para hacerle el hogar cómodo y agradable...

—Es decir: hacerle la casita al perrito faldero —dijo Dunkerley—. No. Yo quiero casarme con una *mujer*. El sexo femenino siempre ha contado en la lucha por la existencia, sin grandes daños, hasta la fecha, y siempre contará. ¡Tremenda idea, la de la lucha por la existencia! Es la única teoría sensata que te has asimilado, Lewisham. La mujer que no lucha codo a codo con el hombre..., la mujer que únicamente piensa en que alguien la cobije, la alimente y la acaricie es...

Se interrumpió, vacilando.

Un estudiante de cara pecosa y con una pipa en forma de cabeza de *bull-dog* entre los dientes le proporcionó la palabra bíblica adecuada.

—Eso es —repuso Dunkerley—. Yo iba a decir «un harén de una sola».

El joven de la pipa quedó algo sorprendido.

—¡El refinamiento es una cosa tan grosera y vulgar! —fue su algo tardía e incongruente respuesta.

Para Lewisham aquélla fue la única parte interesante de la velada. Parkson se levantó de pronto, alcanzó *Sésamo y lirios*, e insistió en leer un largo y melifluo extracto que actuó sobre el debate como un rodillo. Luego, Bletherley se transformó en el centro de una contienda cuyo resultado fue que le insultaron groseramente y que se quedó solo. La institución del matrimonio, en lo que hace referencia al estudiante de South Kensington, no se halla en peligro inminente.

Parkson salió con el resto del grupo a las diez y media, a dar un paseo. Estaban en febrero, la noche era tibia, y la luna en cuarto creciente brillaba mucho. Parkson se unió a Lewisham y a Dunkerley, con gran contrariedad por parte de Lewisham, ya que éste se proponía decir unas cuantas cosas íntimas al hombre de grandes ideas que era Dunkerley. Este vivía al norte de Londres; por consiguiente, los tres emprendieron el camino por Exhibition Road hacia Kensington High Street. Allí se despidió Dunkerley, y Lewisham y Parkson dieron la vuelta hacia el sur, dirigiéndose a la nueva residencia de Lewisham, en Chelsea.

Parkson era uno de esos exponentes de la virtud para quienes toda discusión sobre cuestiones sexuales tiene una irresistible atracción. La reunión le había estimulado la elocuencia. Había argüido con Dunkerley hasta el punto de llegar a la indelicadeza, y ahora vertía un caudaloso y confidencialísimo torrente de palabras sobre Lewisham. Lewisham estaba distraído, y andaba tan de prisa como podía. Su único objetivo era desembarazarse de Parkson. Por otra parte, el único objetivo de Parkson consistía en hacerle confidente de interesantes secretos concernientes a él mismo y a Cierta Persona poseída de una mente de una extraordinaria Pureza, de quien Lewisham ya

había oído hablar con anterioridad.

Transcurrió un buen rato.

Lewisham se encontró de pronto con que el otro le enseñaba una fotografía aprovechando la luz de un farol. Aquella fotografía representaba una cara asimétrica, singularmente falta de expresión, la parte superior de un traje «artístico», y un flequillo de rizos. Se dio cuenta de que el otro quería darle a entender que aquella persona era el Parangón de la Pureza, y además propiedad particular de Parkson. Parkson le estaba mirando, muy satisfecho de sí mismo, y, al parecer, aguardaba su veredicto.

Lewisham luchó contra la verdad.

—Tiene un rostro muy interesante —murmuró al fin.

—Es un rostro esencialmente hermoso —dijo Parkson, lenta pero firmemente—. ¿Has notado sus ojos, Lewisham?

—¡Ah, sí! —respondió Lewisham—. Sí. Ya noto los ojos.

—Son... inocentes. Son los ojos de una niña.

—Sí. Eso parecen. Muy guapa, chico. Te felicito. ¿Dónde vive?

—Nunca viste un rostro como éste en todo Londres —continuó Parkson.

—*Nunca* —repuso Lewisham, decisivamente.

—No se lo enseñe a cualquiera —prosiguió Parkson—. Difícilmente podrías juzgar lo que esta muchacha tan maravillosa, tan pura de corazón, representa para mí.

Dicho esto, volvió a meter solemnemente la fotografía dentro del sobre, mirando a Lewisham con el aire de uno que hubiese acabado de realizar la ceremonia de sellar con sangre un juramento de eterna fraternidad. Luego, cogiendo afectuosamente a Lewisham del brazo —cosa que Lewisham detestaba—, prosiguió con una gran diversidad de conceptos sobre el Amor, con ilustrativas anécdotas del Parangón. Aquello ya era lo bastante afín a la sustancia de los pensamientos de Lewisham para que éste empezara a prestar atención. De vez en cuando tenía que responder algo, y de pronto sintió un estúpido deseo, aunque él percibió muy claramente la idiotez de ello, de hacerle confidencias en reciprocidad. La necesidad de huir de Parkson se hizo urgente; el dominio de sí mismo que tenía Lewisham, bajo aquellas múltiples tensiones estaba derrumbándose.

—Todo hombre necesita una estrella que le guíe —dijo Parkson, mientras Lewisham juraba entre dientes.

La residencia de Parkson se hallaba ya a poca distancia, hacia la izquierda, y a Lewisham se le ocurrió que la gran lata que estaba aguantando terminaría más pronto si acompañaba a Parkson a su casa. Parkson consintió maquinalmente, sin interrumpir el diluvio de su discurso.

—He visto que hablabas muy a menudo con *miss* Heydinger —dijo—, y si me perdonas que te lo diga...

—Somos muy amigos —admitió Lewisham—, pero veo que ya hemos llegado a tu madriguera.

Parkson abrió mucho los ojos ante la palabra «madriguera».

—Quisiera hablarte de muchísimas cosas. Te acompañaré un trecho hasta

Battersea. Tu *miss* Heydinger, como te decía...

Desde aquí en adelante hizo algunas referencias fortuitas a ciertas supuestas confianzas que existirían entre Lewisham y *miss* Heydinger, cada una de las cuales acrecentó la exasperación de Lewisham.

—No pasará mucho tiempo hasta que tú también, Lewisham, comiences a conocer lo que significa la infinita purificación de un Amor Puro...

Entonces, repentinamente, con la vaga idea de que cesara de una vez la inaguantable cháchara de Parkson, dándole al menos motivo para ello, Lewisham se lanzó a las confidencias.

—Ya lo sé —dijo—. Me hablas como si... He escogido mi destino en estos tres últimos años.

Su impulso confidencial se desvaneció al acordarse de él.

—¿No querrás decir que *miss* Heydinger...? —preguntó Parkson.

—¡Oh! ¡Al diablo con *miss* Heydinger! —exclamó Lewisham, y de un modo repentino, brusco y grosero, dio media vuelta y se separó sin más de Parkson, dirigiéndose aprisa hacia el sur, dejando a su amigo en mitad de la frase y de la calle.

Parkson se quedó mirando estupefacto la espalda de Lewisham, que se alejaba, y echó a correr tras él para preguntarle por los motivos de aquella súbita injuria. Lewisham siguió; andando un buen trecho, con Parkson trotando a su lado. Se volvió súbitamente, con el rostro palidísimo, y, con voz cansina, le increpó:

—Parkson, eres un idiota... Tienes cara de oveja, ademanes de búfalo, y conversación de pelma. Conque pureza, ¿eh...? La muchacha de la fotografía que me enseñaste tiene ciertamente unos ojos sin igual. Son tan asquerosos como los que más... No lo digo en broma, ahora... ¡Vete!

Después de esto, Lewisham prosiguió su camino hacia el sur de Londres, completamente solo. No se dirigió a su residencia en Chelsea, sino que estuvo paseándose varias horas por la calle de Clapham, ante un posible encuentro. Su ímpetu salvaje fue transformándose en tiernos anhelos. ¡Si pudiese verla esta noche! Ahora ya estaba seguro de lo que quería. Estaba resuelto a echar su trabajo por la ventana al día siguiente e ir a encontrarse con ella. Las cosas que había dicho Dunkerley le habían llenado la cabeza de maravillosas ideas nuevas. ¡Si pudiera verla ahora!

Sus deseos se realizaron. Al llegar a la esquina de la calle dos figuras pasaron por su lado; a una de ellas la reconoció. Era un hombre de elevada estatura, llevaba gafas y un sombrero casi clerical; se había subido el cuello del gabán, y por encima asomaban unas patillas grises. Era Chaffery. La otra la reconoció perfectamente. Ambas figuras pasaron por su lado sin verle, pero durante un instante la luz del farol se proyectó sobre el rostro de ella y Lewisham vio que estaba pálida y cansada.

Lewisham se quedó inmóvil en la esquina, mirando con incrédulo asombro a aquellas dos siluetas que, alejándose, se desvanecían en la neblina, bajo los faroles. Estaba estupefacto. Un reloj dio lentamente la hora. Era medianoche. En seguida se oyó cómo se cerraba la puerta de su casa, unos metros calle abajo.

Aún mucho tiempo después de haberse apagado el eco, Lewisham permaneció

allí. «Ha ido a otra sesión espiritista; ha quebrantado su promesa. Ha ido a otra sesión espiritista; ha quebrantado su promesa», cantaba su cerebro en perpetua reiteración.

Y luego se le ocurrió la interpretación. «Lo ha hecho porque yo la he dejado. Podía haberlo adivinado por sus cartas. Lo ha hecho así porque cree que yo ya no estoy enamorado de ella, y de que mi galanteo fue simplemente una criaturada... Ya sabía yo que ella nunca lo comprendería.»

CAPÍTULO XIX

LA SOLUCIÓN DE LEWISHAM

AL día siguiente Lewisham supo por Lagune que su intuición no le había engañado, y que Ethel, por fin, había sucumbido a las presiones que sobre ella se ejercían, consintiendo en intentar adivinar el pensamiento.

—Hemos empezado bien —dijo Lagune, frotándose las manos—. Estoy seguro de que nos servirá. Tiene poderes. Siempre lo he notado en su cara. Tiene poderes, vaya si los tiene.

—¿Fue necesario... ejercer mucha presión? —preguntó Lewisham, haciendo un esfuerzo.

—Tuvimos... considerables dificultades. Considerables. Pero, naturalmente..., tal como se lo dije..., se hacía difícil que ella pudiera continuar siendo mi mecanógrafa, a menos de hallarse dispuesta a tomar cierto interés en mis investigaciones...

—¿Hizo usted eso?

—Tuve que hacerlo. Afortunadamente Chaffery..., fue idea de él. Debo admitir...

Lagune se interrumpió estupefacto. Lewisham, después de haber hecho un extraño gesto con las manos, había dado media vuelta, y se dirigía al otro extremo del laboratorio. Lagune se quedó con los ojos muy abiertos, confrontado con un fenómeno psíquico que iba más allá de su círculo de ideas.

—¡Qué extraño! —murmuró por fin, empezando a sacar cosas de su maletín. De vez en cuando se paraba para volver a mirar a Lewisham, quien se hallaba sentado en su sitio tamborileando sobre la mesa con los dedos de ambas manos.

Miss Heydinger salió del cuarto de pruebas e hizo una observación a Lewisham. Este pareció contestarle con extraordinaria brevedad. Luego se puso en pie, dudó un momento entre las tres puertas del laboratorio, y por fin salió por la que daba a la escalera trasera. Lagune no volvió a verle hasta la tarde.

Aquella noche Ethel volvió a disfrutar de la compañía de Lewisham, durante el trayecto hasta su casa, y su conversación fue muy animada. En realidad ella no se dirigió en línea recta a su casa, sino que, bajo la luz de los faroles, se fue hacia las vagas extensiones de Clapham Common para poder hablar así a sus anchas. Y la conversación de aquella noche fue trascendental.

—¿Por qué has quebrantado tu promesa? —preguntó Lewisham.

Las excusas de ella fueron vagas y débiles.

—No creí que te importara mucho —repuso—. Y cuando dejaste de acompañarme... nada pareció importarme. Además..., esto no es como las sesiones espiritistas.

Al principio Lewisham estuvo apasionado y violento. Su indignación contra Lagune y Chaffery hizo que no viera la torpeza de la joven, y así silenció sus defensas.

—Es un fraude —dijo—. Bueno..., aunque lo que tú hagas no sea un fraude exactamente, es un engaño..., es una impostura inconsciente. Aunque hubiera algo de verdad en ello, estaría mal hecho. Verdad o mentira, está mal. ¿Por qué no se leen los pensamientos entre ellos mismos? ¿Para qué te necesitan a ti? Tu mente es sólo tuya. Es sagrada. ¡Sondearte la mente! ¡No lo toleraré! ¡No lo toleraré! Al menos eres mía hasta este extremo. No puedo imaginarte de este modo..., con la cabeza vendada. ¡Y aquel memo apretándote la nuca con la mano y haciéndote preguntas! ¡Vamos, no lo tolero! ¡Antes te mataría!

—No hacen nada de eso que dices.

—¡Es igual! ¡Acabarán haciéndolo! El vendaje es el comienzo. De todos modos, no está bien ganarse la vida de esta manera. Lo he reflexionado bien. ¡Que adivinen el pensamiento de sus hijas y que hipnoticen a sus tías y que dejen tranquilas a sus mecanógrafas!

—Pero, ¿qué haré entonces?

—No es eso. ¡Hay cosas que no deben aguantarse, ocurra lo que ocurra! O si no... a uno le podrían hacer cualquier cosa. ¡El honor! Y sólo porque somos pobres... ¡Deja que te despida! ¡Deja que te despida, mujer! Ya encontrarás otro empleo...

—Que paguen una guinea por semana, ninguno.

—Entonces cobra menos.

—Pero es que tengo que pagar dieciséis chelines semanales.

—No importa.

Ethel reprimió un sollozo.

—Pero tener que irme de Londres... No puedo hacerlo. No puedo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué irte de Londres? —preguntó Lewisham, cambiándosele la expresión del rostro.

—¡Oh! La vida es dura —respondió Ethel—. No puedo. Ellos... ellos no permitirían que me quedase en Londres.

—¿Qué quieres decir?

La joven explicó que si Lagune la despedía, tendría que irse al campo, a casa de una tía, hermana de Chaffery, que necesitaba una señorita de compañía. Chaffery había insistido sobre este punto.

—A eso llaman señorita de compañía. Pero en realidad sería la criada... Ella no tiene criada. Mi madre llora cuando le hablo de esto, diciéndome que no quiere que me marche de su lado. Pero le tiene miedo a Chaffery. «¿Por qué no haces lo que él quiere?», dice mi madre.

Ethel se quedó mirando frente suyo al horizonte, ya anochecido, y volvió a hablar con tono sosegado.

—Me desagrada decirte todas estas cosas. Pero eres tú... Y si no te importa... Pero tú lo vuelves todo distinto. Podría hacer todo eso... si no fuese por ti. Yo... yo actuaba de auxiliar... Fui allí para ayudar si algo se estropeaba en casa de Lagune. Sí..., aquella noche. No... ¡Por favor! Me resultaba demasiado difícil poder decírtelo antes. Pero, en realidad, no lo sentí... hasta que te vi allí. Entonces me sentí de pronto hecha una mezquina y una cualquiera.

—¿Y qué más? —interrogó Lewisham.

—Eso es todo. Puedo haber practicado la adivinación del pensamiento, pero no he engañado a nadie, nunca... nunca... Si supieras lo difícil que es...

—Hubiera querido que me lo hubieras explicado antes.

—No podía. Antes de que tú llegaras la cosa era diferente. Él se burlaba de la gente..., imitaba a Lagune y me hacía reír. Parecía una broma —se interrumpió bruscamente, y añadió—: ¿Por qué viniste a buscarme? Ya te dije que no lo hicieras..., ya sabes que te lo dije.

Estaba a punto de sollozar. Se calló y durante un minuto permaneció en silencio.

—¡No puedo ir a casa de su hermana! —exclamó por fin—. Seré una cobarde, lo que se quiera, pero no puedo.

Silencio. Entonces Lewisham vio su solución clara y recta. Repentinamente su secreto deseo se transformó en deber manifiesto.

—Mira —dijo, sin mirarla y tirando de su bigote—. No quiero que sigas haciendo esta maldita superchería. No te mezcles más en esto. Y tampoco quiero que te vayas de Londres.

—Pero, ¿qué tengo que hacer, entonces? —exclamó Ethel, alzando la voz.

—Bueno... Hay una cosa que puedes hacer. Si te atreves.

—¿Qué?

Lewisham permaneció unos segundos sin contestar. Luego se volvió para mirarla. Sus miradas se encontraron...

La negrura de su mente empezó a colorearse. Ethel estaba muy pálida y le miraba llena de miedo y perplejidad. Lewisham se sintió invadido de una nueva ternura hacia ella..., era un sentimiento nuevo. Hasta entonces él había amado y deseado en ella su dulzura y su animación..., pero ahora ella estaba pálida y fatigada.

Se sintió como si se hubiese olvidado de la joven y la recordase de pronto. Un gran anhelo se apoderó de Lewisham.

—Pero, ¿qué es esto otro que dices que puedo hacer?

Era extrañamente difícil de decir. Sintió una sensación muy peculiar en la garganta y en los músculos faciales, cierta tensión nerviosa intermedia entre la risa y el llanto. El mundo entero desapareció ante aquel gran deseo. Lewisham temía que ella no se atreviese, que no se lo tomara en serio.

—¿Qué es? —repitió Ethel.

—¿No ves que podemos casarnos? —dijo él con el raudal de su resolución repentinamente fortalecido y seguro—. ¿No ves que es la única solución que tenemos? Estamos en un punto muerto. Tú debes salir de tu engaño y yo de mi... estudio. Y... hemos de casarnos.

Hizo una pausa y se volvió elocuente.

—El mundo está contra nosotros, contra nosotros. A ti te ofrece dinero para que defraudes..., para que seas innoble. ¡Porque eso es ser innoble! No te ofrece un camino honrado, sino una miserable faena. ¡Y te aparta de mí! Y a mí también me soborna con la promesa del éxito..., a condición de abandonarte... No lo sabes todo... Tal vez tengamos que aguardar años y años..., tal vez tengamos que aguardar

siempre, si esperamos a tener una vida asegurada. Tal vez tengamos que separarnos... tal vez nos perdamos para siempre del todo. Luchemos, pues, contra todo esto. ¿Por qué tendríamos que separarnos? A menos que el Amor Verdadero sea igual que todo lo demás..., una vil mentira. Este es el único camino. Nosotros dos..., que nos pertenecemos.

La muchacha le miró, con expresión perpleja, ante esta nueva idea. El corazón le latía fuertemente.

—Somos muy jóvenes —dijo—. ¿Y de qué viviríamos? Tú tienes una guinea a la semana.

—Puedo tener más... Puedo ganar más dinero. Ya he pensado en ello. He reflexionado sobre esto durante los dos últimos días. Y he pensado en lo que podríamos hacer. Además, tengo dinero.

—¿Tú tienes dinero?

—Cerca de un centenar de libras.

—Pero, ¡somos tan jóvenes...! Y mi madre...

—No le preguntaremos nada. No pediremos nada a nadie. Esto es asunto nuestro. ¡Ethel! Este es nuestro propio asunto. No es cuestión de medios y arbitrios... Aun antes de eso... yo ya había pensado... ¡Queridísima Ethel! ¿No me amas?

Ella no se hizo cargo de su emoción. Le miró con extrañeza, con ojos pragmáticos, que transformaban aquella sugerencia en valores aritméticos.

—Yo podría escribir a máquina, si tuviera máquina. He oído decir...

—No es cuestión de medios y arbitrios, repito. Bueno, Ethel, yo he anhelado...

Se interrumpió. Ella le miró al rostro, a los ojos, ahora entusiasmados y elocuentes con las cosas que no cristalizaron nunca en palabras.

—¿Te atreverás a venirte conmigo? —susurró él.

Súbitamente a ella el mundo se le abrió en la realidad del mismo modo que se le había abierto en sus fantásticos sueños. Y se acobardó. Desvió su mirada de la de Lewisham, y se transformó en su camarada de conspiración.

—Pero, ¿cómo...?

—Ya lo pensaré. ¡Confía en mí! Es obvio que nos conocemos mutuamente, ahora... ¡Piénsalo! Nosotros dos...

—Pero nunca llegué a pensar...

—Alquilaré habitaciones para los dos. Será facilísimo. ¡Y piensa en ello...! ¡Piénsalo...! ¡La vida que nos vamos a dar!

—Pero, ¿cómo puedo yo...?

—¿Quieres venirte?

Ethel le miró, sorprendida.

—¿Sabes? —respondió—. Debes saber que me gustaría..., que me entusiasmaría...

—Entonces, vendrás.

—Pero, ¡querido...! ¿Y si me haces...?

—¡Sí! —exclamó Lewisham, triunfalmente—. Vendrás.

Miró a su alrededor y bajó el tono de la voz.

—¡Oh, querida! ¡Amor mío...!

La voz se le fue apagando en un murmullo inaudible. Pero su semblante era elocuente. Dos oficinistas locuaces que regresaban a sus domicilios pasaron oportunamente para recordarle que sus emociones se manifestaban en plena vía pública.

CAPÍTULO XX

LA CARRERA QUEDA EN SUSPENSO

EL miércoles siguiente, siendo inminentes los exámenes de Botánica, Smithers observó que mister Lewisham estaba leyendo en la gran Biblioteca Educativa un tomo de la *Enciclopedia Británica*. A su lado había el *Whitaker's Almanac*^[4] de aquel año, una libreta abierta, un libro de la serie «Ciencia Contemporánea» y el anuario de los departamentos de Arte y Ciencias. Smithers, que estaba completamente seguro de la superioridad de Lewisham en el arte de obtener conocimientos de utilidad para los exámenes, se preguntó durante varios minutos qué valiosa indicación habría oculta en el *Whitaker* de la patrona. Pero, en realidad, Lewisham no estaba estudiando Botánica, sino el arte del matrimonio, según las más acreditadas autoridades en la materia. El libro de la serie «Ciencia Contemporánea» era la «Evolución del Matrimonio», del profesor Letourneau. Era, ciertamente, muy interesante, pero de poca utilidad inmediata.

Del *Whitaker*, Lewisham sacó en consecuencia que era posible casarse en el término de una semana en la oficina del Registro Civil del distrito, por un coste de dos libras, seis chelines y un penique, o de dos libras, siete chelines y un penique (uno de los artículos resultaba algo ambiguo), propinas aparte. Hizo algunas pequeñas sumas en la libreta. Vio que los honorarios de la iglesia eran variables, pero por razones puramente personales rechazó un matrimonio religioso. El matrimonio por certificado en el despacho del registrador implicaba una demora inconveniente. Tendría que ser dos libras, siete chelines y un penique. Las propinas... contemos unos diez chelines.

Después, sin ostentación, se sacó del bolsillo un talonario de cheques y un talonario de depósito, y procedió a resolver más problemas aritméticos. Era dueño de sesenta y una libras, cuatro chelines y seis peniques. No era un centenar de libras, como había dicho, pero, de todos modos, era una buena suma. Muchos hombres de negocios habían empezado con mucho menos. Originalmente habían sido cien libras. Deduciendo cinco libras por la boda y el traslado, quedaban unas cincuenta y seis libras. Mucho. No dispuso nada en concepto de flores, coche o luna de miel. Pero habría que comprar una máquina de escribir. Ethel tendría que contribuir por su parte...

—Quedará endiabladamente restringido —dijo Lewisham, con una alegría poco razonable, por cierto.

Y es que, por extraño que parezca, aquel asunto empezaba a tomar un aire de aventura que no resultaba nada desagradable.

Lewisham se arrellanó en el asiento con la libreta en la mano.

Pero había muchas cosas para investigar aquella tarde. En primer término tenía que dar con el registrador superintendente del distrito, y luego, encontrar una

vivienda adónde llevar a Ethel... Sería su vivienda también, donde los dos vivirían juntos.

Al pensar en aquella vida en común que estaba tan próxima, Ethel se le representó vivida, cercana y cálida...

Se recobró de aquel ensueño. Se dio cuenta de que un bibliotecario, en el extremo de la sala, se hallaba inclinado sobre su escritorio, mordisqueando la punta del cortapapeles, según suelen hacer los bibliotecarios de South Kensington, y observándole con curiosidad. Se le ocurrió a Lewisham que la adivinación del pensamiento era una de las cosas más factibles en el mundo. Se sonrojó, poniéndose de pie torpemente, y volvió a colocar el tomo de la *Enciclopedia Británica* en su estante.

Halló que encontrar aposento era un problema muy difícil de resolver. Después de su primera tentativa empezó a imaginarse que él sería un tipo de aspecto sospechoso, y que aquello quizá le dificultase su cometido. Había explorado el distrito situado al sur de Brompton Road. Aquello tenía un inconveniente, y éste consistía en la posibilidad de encontrarse en la misma casa con un compañero de estudios residente allí... No es que eso importara de un modo vital; pero lo cierto es que resulta algo raro que los matrimonios vivan permanentemente en Londres en habitaciones de alquiler amuebladas. Las personas que son demasiado pobres para alquilar una casa o un piso, generalmente encuentran más acomodo en alquilar parte de una casa o unas habitaciones sin amueblar. Hay cien parejas que viven en habitaciones de alquiler sin amueblar (con «derecho a cocina»), por cada una que viva en habitaciones amuebladas, en Londres. La carencia de muebles prejuzga una peligrosa carencia de capital para toda patrona discreta. La primera patrona con quien se entrevistó Lewisham dijo que no le gustaba tener señoras, porque reclamaban demasiada asistencia; la segunda era de idéntica opinión; la tercera le dijo a míster Lewisham que tenía un aspecto demasiado juvenil para estar casado de veras; la cuarta le dijo que sólo «tenía» a caballeros solos. La quinta era muy joven y tenía un aire socarrón e inquisitivo; dijo que le gustaba saber todo lo concerniente a las personas que iban a vivir bajo su mismo techo, y sometió a Lewisham a un penetrante interrogatorio. Cuando le hubo descubierto un par de mentirijillas, expresó, la opinión de que sus habitaciones «no serían seguramente a propósito para él», y con un amistoso saludo lo puso de patitas en la calle.

Lewisham se refrescó orejas y mejillas, andando calle arriba y calle abajo durante un buen rato, y luego volvió a probar. La nueva patrona era un personaje lamentable y terrible, gris y polvoriento, con unas profundas arrugas en el rostro, arrugas de polvo, disgustos y fatigas. Llevaba una sucia gorrita, echada a un lado. Condujo a Lewisham a un destartalado cuarto del primer piso.

—Tienen derecho al piano —dijo, indicando un instrumento con la delantera forrada de rasgada seda verde.

Lewisham levantó la tapa del teclado y evocó una vibración de cuerdas rotas. Dio otro vistazo a aquella lúgubre habitación.

—¿Dieciocho chelines? —preguntó—. Bien. Muchas gracias... Lo pensaré y ya

le diré algo.

La mujer sonrió, con las comisuras de la boca vueltas abajo, y sin pronunciar una palabra se dirigió cansinamente hacia la puerta. Lewisham sintió un transitorio deseo de enterarse de aquella situación tan desesperada, pero no llevó adelante sus propósitos de investigación.

La nueva patrona le satisfizo. Era una alemana de aspecto limpio, vestida con cierta elegancia; ostentaba un flequillo de rubios cabellos y una charla inagotable que en su mayor parte podía reconocerse como de origen inglés. Junto con todo eso, iba exponiendo sus propias opiniones. Quince chelines era todo lo que pedía por un diminuto dormitorio y una salita, separados por puertas plegadizas, en la planta baja, junto con sus servicios personales. El carbón era a razón de «seis peniques por *paila*», que, según dijo, era un magnífico sustituto del cubo del carbón. No entendió a Lewisham cuando éste le dijo que era casado. Pero al enterarse no vaciló un solo instante.

—Dieciocho chelines —dijo, imperturbable—, pagaderos cada primer día de la semana... ¿Ve?

Míster Lewisham volvió a echar una ojeada a las habitaciones. Parecían limpias; y la vajilla de té de adehala, las rancias oleografías de marco dorado, dos fundas de objetos de tocador puestas allí como ornamentos, y el hecho de que la cómoda, no cabiendo en el dormitorio, hubiese tenido que ser arrinconada en la salita, fueron cosas que simpatizaron sencillamente con su sentido del humor.

—Me las quedo a partir del próximo sábado —repuso.

La mujer estaba segura de que le gustarían y propuso alquilárselas en seguida, mencionando, incidentalmente, que su anterior huésped había sido un capitán y había vivido allí tres años. Jamás se oye, ni por casualidad, de ningún huésped que haya permanecido en una pensión por un período más breve. Algo le sucedió, pero lo dijo en alemán y Lewisham no se enteró, y ahora el susodicho capitán hasta tenía coche propio..., al parecer, como consecuencia de su permanencia en aquellas habitaciones. La alemana se fue un momento y volvió con un pequeño libro de cuentas de a penique, una botella de tinta y una pluma execrable; escribió el nombre de Lewisham en la cubierta del libro, y un recibo de dieciocho chelines en la primera página. Aquella alemana era, evidentemente, una persona con una aptitud considerable para los negocios.

Lewisham pagó y la transacción pudo darse por terminada.

—Estoy segura de que estará usted con toda comodidad —fueron las palabras que siguieron a Lewisham animándolo hasta la calle.

Entonces prosiguió hacia Chelsea y se entrevistó con un paternal caballero en el despacho del registro civil. El paternal caballero era mofletudo, llevaba antiparras y tenía unos modales simpáticos y de hombre de negocios.

—¿En qué puedo servirle? ¿Quiere usted contraer matrimonio! ¿Con licencia?

—Con licencia.

—¿Con licencia!

Y así sucesivamente, fue repitiendo todos los detalles de la entrevista. Abrió un

libro e hizo cuidadosamente la entrada de cada detalle.

—Edad de la señorita.

—Veintiuno.

—Edad muy a propósito... para una señorita.

Advirtió a Lewisham que tenía que comprar un anillo y advirtió también que necesitaría dos testigos.

—Bueno... —vaciló Lewisham.

—Siempre hay alguien por ahí —dijo el registrador superintendente—, y ya están acostumbrados a actuar en eso.

El jueves y el viernes Lewisham los pasó animadísimo. Ningún sentimiento consciente de la destrucción prácticamente, de la Carrera, pareció turbarle durante este tiempo. Toda duda se había desvanecido de su pensamiento durante aquel lapso de tiempo. Le entraban ganas de ponerse a bailar por los pasillos. Se sintió curiosamente irresponsable, y exhibió una especie de humor insoportable que no fue del agrado de nadie. Felicitó calurosamente a *miss Heydinger* sin ningún motivo y lanzó un panecillo, a través del bar, a Smithers, dando a uno de los oficiales de secretaría de la Escuela de Bellas Artes. Ambas cosas fueron increíbles tonterías. De la primera se mostró arrepentido inmediatamente después de la afrenta, pero a la segunda simpleza añadió el insulto a la injuria, al cruzar el bar y preguntar de un modo ofensivo si alguien había visto su panecillo. Se metió debajo de una mesa, hallándolo por fin, algo cubierto de polvo, pero todavía comestible, bajo la silla de una estudiante de Bellas Artes. Se sentó al lado de Smithers para comérselo, mientras discutía con el oficial de secretaría de Bellas Artes. Este dijo que los modales de los estudiantes de Ciencias se estaban volviendo insoportables, y amenazó con llevar el asunto ante el Comité. Lewisham dijo que era una lástima armar tanto jaleo por una cosa tan trivial, y propuso que el oficial de secretaría lanzase su comida, bistec y budín de riñones, a través del bar, contra él a fin de obtener satisfacción inmediata. En seguida presentó sus excusas al oficial indicándole hasta la saciedad que era un disparo a larga distancia y muy difícil, el que él había intentado. El oficial, entonces, se bebió una miga de pan, se puso a respirar cerveza o hizo algo por el estilo, y la discusión quedó terminada. Sin embargo, por la tarde, Lewisham, en su honor sea dicho, se sintió profundamente avergonzado de sí mismo. *Miss Heydinger* no quiso dirigirle la palabra.

Por la mañana del sábado se ausentó de las escuelas, pretextando por correo una ligera indisposición, y se dirigió a la taquilla de la estación de Vauxhall. La hermana de Chaffery vivía en Tongham, cerca de Farnham, y Ethel, despedida desde hacía una semana por Lagune, había salido aquella misma mañana, bajo la vigilancia de su madre, para empezar una nueva esclavitud. Habían acordado que ella se apearía en Farnham o en Woking, según se presentara la oportunidad, y volvería a Vauxhall para reunirse con él. Así, pues, la guardia de Lewisham en el andén principal era de duración indefinida.

Al principio sintió la emoción de una gran aventura. Luego, a medida que se paseaba por el largo andén, le sobrevino un estado de ánimo filosófico, una sensación

de completo desprendimiento del mundo. Vio un manojito de plantas desarraigadas al lado de la maleta de un viajero, y ello le indujo a una grotesca sonrisa. Sus propias raíces, sus posesiones terrenales, estaban abajo, en la consigna de equipajes. ¡Qué cosa tan endeble era él! Una caja de libros y un baúl de ropa, algunos certificados y otros papelotes, unos ingresos escasos, un cuerpo no demasiado robusto, y toda la vasta multitud de gente a su alrededor en contra suya..., en aquel mundo inmenso en que él se encontraba. ¿Le importaría lo más mínimo a nadie, excepto a ella, si él dejaba *ipso facto* de existir? Y a varias millas de distancia acaso ella también se sintiera sola e insignificante...

¿Tendría ella alguna dificultad con su equipaje? ¿Y si su tía se presentaba en Farnham Junction para recibirla? ¿Y si le robaban el bolso? ¿Y si llegase demasiado tarde? El enlace matrimonial debía tener lugar a las dos... ¿Y si ella no compareciese? Después de haberle desilusionado la llegada sucesiva de tres trenes, sus vagos sentimientos de temor dejaron paso a una honda melancolía...

Pero por fin llegó Ethel, a las dos menos veintitrés minutos. Él le transportó el equipaje al piso inferior, lo dejó en la consigna junto al suyo, y al cabo de un minuto se habían metido en un cabriolé, siendo ésta la primera experiencia que ambos tuvieron de esta clase de vehículos, camino del registro civil. Casi no se habían dicho nada, sólo unas premiosas indicaciones por parte de Lewisham, pero a ambos les brillaban los ojos por la excitación, y bajo la manta del cabriolé, que les cubría las piernas, tenían las manos entrelazadas.

El anciano caballero del registro civil parecía muy atareado, pero se mostró amable. Hicieron sus votos ante él, ante un pequeño oficinista barbinegro y una señora que se quitó el mandil para asistir a la ceremonia. El anciano caballero no hizo un discurso largo.

—Son ustedes jóvenes —dijo lentamente—, y la vida en común es una cosa muy difícil... Sean siempre amables el uno con el otro.

Sonrió tristemente, y les alargó una amistosa mano.

Los ojos de Ethel relucieron, y se encontró con que no podía hablar.

CAPÍTULO XXI

¡A CASA!

DESPUÉS de pagar furtivamente a los testigos, Lewisham se encontró al lado de Ethel. Tenía la cara radiante. Una ininterrumpida corriente de trabajadores dirigiéndose a sus hogares para su media fiesta del sábado, iba circulando a lo largo de la calle. En los peldaños de la escalera de salida del registro civil había todavía unos cuantos granos de arroz, procedentes de algunas nupcias más públicas que las suyas.

Una niña critica en medio de la calle miró con curiosidad a nuestra pareja e hizo una observación a un galopín, amigo suyo.

—Estos no —respondió el galopín—. Estos sólo han ido a hacer preguntas.

Su amigo, el galopín, no era buen juez de expresiones.

Volvieron a andar, a través de las atestadas calles, hacia la estación de Vauxhall, hablándose muy poco, y una vez allí, Lewisham, adoptando un aire tan indiferente como pudo, recobró los efectos de ambos en la consigna por medio de dos comprobantes distintos, y los cargó en un simón. Lewisham tuvo que colocar su equipaje en el exterior, pero el maletín de color castaño que contenía el ajuar de Ethel era lo bastante pequeño para que pudieran colocarlo en el interior, sobre el asiento enfrente del de ella. Hay que imaginarse al desvencijado simón, acarreando la caja pintada de amarillo y el añoso baúl de míster Lewisham, junto con éste y todo su caudal, un jamelgo vacilante y desalentado, y un venerable cochero raído por los cuatro costados, blasfemando *sotto voce*, y metido en un abrigo con valona. Cuando nuestros dos jóvenes se encontraron de nuevo en el coche, cierta rigidez de maneras entre ellos se desvaneció y hubo más apretones de manos.

—Ethel *Lewisham*... —murmuró Lewisham repetidamente.

Ethel contestó con:

—¡Maridito mío!

Se quitó el guante para volver a mirar, ostentosamente, el anillo de bodas, y le dio un beso.

Decidieron que no tenían que traslucir nada de su estado de recién casados, y con considerables ceremonias quedó acordado que él la trataría con cierta brusquedad e indiferencia al llegar a su nueva residencia. La patrona teutónica apareció en el pasillo con una sonrisa amigable y con los mejores deseos de que hubiesen tenido un viaje agradable, y en seguida se puso volubilísima con abundantes promesas de confort. Lewisham, una vez hubo ayudado a la desalmada criada a entrar sus cajas y equipaje, dio un florín al cochero con gesto magnánimo y siguió a las damas al salón.

Ethel contestó a las preguntas de *mistress* Gadow con admirable compostura, la siguió por las puertas plegadizas y se sintió vivamente interesada por un nuevo muelle del colchón. En seguida las plegadizas puertas volvieron a cerrarse. Lewisham

dio unas vueltas por la salita delantera, haciendo como que admiraba las oleografías, y muy sorprendido de comprobar que estaba temblando...

La desaseada sirvienta reapareció con las chuletas y el salmón en conserva que Lewisham había pedido a *mistress* Gadow que le preparase. Lewisham se dirigió a la ventana y se quedó mirando al exterior hasta que oyó cerrarse la puerta tras la muchacha. Al oír otro ruido se volvió, en el momento en que Ethel aparecía tímidamente por la entreabierta puerta.

Ethel se convirtió en seguida en una ama de casa. Hasta entonces él sólo la había visto sin sombrero ni chaqueta en una sola ocasión dramática. Ahora llevaba una blusa de un tejido suave de color rojo oscuro, con encajes blancos en los puños y en el cuello. Y su pelo era un nuevo país de las maravillas, de rizos y ondas. ¡Qué delicada parecía, qué delicada y qué dulce, en aquel momento de vacilación! ¡Qué momentos tan llenos de gracia nos depara la vida! Lewisham dio dos pasos adelante y le tendió los brazos. Ella echó una ojeada a la cerrada puerta del cuarto, y se fue volando hacia él...

CAPÍTULO XXII

EPITALAMIO

DURANTE tres inolvidables días la existencia de Lewisham fue una urdimbre de refinadas emociones. La vida era demasiado maravillosa y espléndida para abrigar ninguna duda ni prevención. Estar junto a Ethel constituía una delicia perpetua. Ethel dejó asombrado a aquel joven que no había tenido hermanas, con un sinfín de gentilezas y refinamientos femeninos. Le avergonzó de su fuerza y de su torpeza. ¡Y aquella luz en sus ojos y el calor en su corazón que los encandilaba!

Hasta el estar separado de ella era cosa maravillosa y deliciosa a su modo. Ya no era un estudiante corriente, ya era todo un hombre con su Vida Secreta. ¡Despedirse de ella el lunes, cerca de la estación de South Kensington, para dirigirse Exhibition Road arriba, entre aquellos camaradas que vivían en cuartuchos sórdidos y solitarios y que no eran más que chiquillos en comparación con la experiencia vieja de un día que él poseía! ¡Olvidar las propias tareas para quedarse sentado, ensimismado, soñando con el próximo encuentro! ¡Escaparse de vez en cuando al patio de detrás del Oratorio, antes, durante o después de que las campanadas del mediodía despertaran aquella gran escalinata a la actividad, para encontrarse con la imagen de un rostro sonriente u oír una voz suavísima que le decía dulcísimas tonterías! Y después de las cuatro, volver a casa..., a su propia casa, la de ellos dos.

Ya no sucedería más aquello de ver cómo una pequeña figurita se desprendía de su brazo, y pasando rápidamente por debajo de la luz de un farol se perdía dentro de una brumosa perspectiva, llevándose todos sus deseos con ella. Ya nunca más ocurriría aquello. Las largas horas que Lewisham pasaba en el laboratorio las ocupaba en su mayor parte en ensoñada meditación, en, a decir verdad, la invención de bobas palabras de cariño: «Querida esposa», «Querida mujercita pequeñita», «Dulce cariño de mi vida», «Chiquirripitina». ¡Bonita manera de emplear el tiempo! Y estas frases constituyen una buena muestra de su originalidad en aquellos días maravillosos. Unos momentos de bucear en su corazón sobre aquella cuestión le condujo al descubrimiento de una insospechada afinidad con Swift. Porque Lewisham, igual que Swift y que mucha otra gente, había dado con un Idioma Especial. Realmente, aquellos días estuvieron plagados de tontería.

Las microtomías que efectuó en el tercer día de su vida de casado, y efectuó muy pocas, fueron cosas dignas de espanto. Bindon, el profesor de Botánica, todavía bajo el influjo del susto reciente que le dio aquella demostración de torpeza, dijo a un colega en el restaurante, de que jamás se había sobrevalorado tan neciamente a un estudiante como en aquella ocasión.

Y Ethel también disfrutó de unos días de finísimas emociones. Era ama de casa..., de la casa de ellos dos, de la suya. Al ir de compras, los tenderos, guapotes y respetuosos, la llamaban «señora»; ella era quien ordenaba las comidas y copiaba

diferentes platos de la sección doméstica de los periódicos, con el sentimiento de ser una persona de gran utilidad. De vez en cuando dejaba de copiar fórmulas culinarias y se quedaba enfrascada en sus ensueños. Y durante cuatro esplendorosos días salió a acompañar y a recibir a Lewisham un buen trecho del camino que él tenía que recorrer, y escuchó asombrada los últimos frutos de su imaginación.

La patrona era muy educada y conversaba agradablemente sobre las extraordinarias y disolutas sirvientas que le habían caído en suerte. Ethel disimuló su estado de recién casada por medio de una serie de ingeniosas falsedades. El mismo sábado por la noche escribió una carta a su madre, que Lewisham le ayudó a redactar, haciendo una especie de proclamación de su heroica escapada y prometiéndole una pronta visita. Echaron la carta al correo de modo que no pudiese ser entregada hasta el lunes.

Ethel estaba completamente segura, igual que Lewisham, de que sólo el posible deshonor implícito en la profesión de médium era la causa de que se hubiese celebrado aquel matrimonio; su mutua atracción desaparecía como motivo más allá de su campo de visión. Ya podéis percibir que había cierto matiz de magnificencia en aquel asunto.

Fue Lewisham quien la persuadió de que aplazara aquella visita tranquilizadora hasta el lunes por la noche.

—Un día entero de luna de miel —insistió.

En sus meditaciones prenupciales Lewisham no había enfocado claramente el hecho de que, aun después de la boda, tendría que mantener cierta clase de relaciones con *míster* y *mistress* Chaffery. Incluso ahora estaba muy poco inclinado a enfrentarse con aquella evidente necesidad. Supuso que, a pesar de una decidida tentativa a ignorarla, tendría que haber una escena explicativa de cierta dificultad. Pero la magnificencia dominante le hizo salvar este obstáculo.

—A ver si podemos reservar este par de días para nosotros solos —dijo Lewisham, y ello pareció dejar fijada su posición.

Salvo por su brevedad y por esas intimaciones de futuro ajetreo, fue aquél un período de tiempo realmente agradabilísimo. Su comida del mediodía, los dos juntos, por ejemplo (la comida ya se había enfriado algo cuando se dispusieron a comerla, el sábado), les produjo una diversión inmensa. No se notó ninguna disminución de apetito; comieron muy bien, a pesar de la conjunción de sus almas, y a pesar de ciertos movimientos y traslados de sillas, de apretones de manos y similares causas de demora. Él trabó conocimiento por primera vez, en verdad, con sus manos, unas manos gordezuelas y muy blancas, provistas de unos dedos blancos y cortos; el anillo de noviazgo había salido de su tierno escondrijo y actuó de guardián del anillo de bodas. Las miradas de ambos revoloteaban por la estancia para volverse a encontrar en mutuas sonrisas. Todos sus movimientos eran levemente trémulos.

Ethel dijo que estaba muy interesada y divertida con aquella habitación y aquellos muebles y su posición en ella; y él se sintió satisfechísimo de la satisfacción de ella. A Ethel le divirtió horrores la cómoda en la salita y las agudezas de Lewisham ante las fundas y las oleografías.

Y cuando hubieron desaparecido las chuletas, la mayoría del salmón en conserva y todo el pan tierno, se abalanzaron sobre el budín de tapioca. Su conversación fue fragmentaria.

—¿Oíste cómo me llamaba señora? «Señorra», así... Y ahora tendré que salir de compras. Habrá que comprar para todo el domingo y la mañana del lunes. Tengo que hacer una lista. No quiero que ella se dé cuenta de lo poco que sé de estas cosas... Quisiera saber más.

En aquel momento Lewisham consideró su confesión de ignorancia doméstica como una estupenda base para montar un andamiaje a chistes y donaires. Desarrolló una nueva línea de ideas y se condolió con ella de las poco gloriosas circunstancias de su boda.

—Sin damas de honor —dijo—, sin niños esparciendo flores, sin coches, sin policías ni detectives para vigilar los regalos, nada de lo propio en estos casos..., nada de lo correcto. Sólo tú y yo.

—Sólo tú y yo. ¡Oh!

—Es un disparate —continuó Lewisham, después de un intervalo, añadiendo—: ¡Y piensa en lo que nos perdimos en discursos! Ya puedes imaginarte al padrino levantándose: «Señoras y caballeros: ¡A la salud de la novia!». Esto es todo lo que tiene que hacer el padrino, ¿no es cierto?

A guisa de respuesta ella extendió la mano.

—Y además, ¿sabes? —prosiguió, después que aquello hubo sido debidamente apreciado—, jamás te he sido presentado.

—¡Yo tampoco te he sido presentada aún! —exclamó Ethel—. ¡Ninguno de los dos hemos sido presentados al otro!

Por algún motivo inescrutable les divirtió enormemente pensar que no habían sido aún presentados el uno al otro...

A media tarde, Lewisham, habiendo desempaquetado todos sus libros, pudo ser visto por todos los habitantes del planeta, cómo, con la mayor gallardía, llevaba a su casa las compras de Ethel. Había paquetes y envoltorios azules, y otros paquetes envueltos en basto papel gris, además de una bolsita de dulces, y de uno de los bolsillos de aquel gabán que se compró en el East End sobresalía del envoltorio la cola de un bacalao. Bajo auspicios tan magníficos y en medio de tan innobles circunstancias empezó su luna de miel.

Al atardecer del domingo fueron a dar un largo paseo por un dédalo de tranquilas calles, saliendo por fin a Hyde Park. La noche, en aquellos principios de primavera, era suave y diáfana y la amable luz de la luna los bañaba por todos lados. Fueron hacia el puente y contemplaron la Serpentine, con las lucecitas de Paddington amarillas y remotas. Se quedaron allí un buen rato, pequeñas siluetas inciertas, muy juntitos. La voz se fue apagando en un susurro hasta que quedaron silenciosos.

Entonces pareció como si pasase algo y Lewisham se puso a hablar maravillosamente. Comparó la Serpentine a la Vida, y encontró un Simbolismo en las oscuras orillas de Kensington Gardens y en las brillantes luces remotas.

—La larga lucha —dijo—, con las luces al final.

En realidad, no sabía lo que quería significar con aquello de las luces al final. También lo ignoraba Ethel, pero su emoción fue indiscutible.

—Estamos combatiendo contra el Mundo —murmuró él, hallando gran satisfacción en la idea—. Todo el mundo está en contra de nosotros... y nosotros estamos combatiendo contra el orbe entero.

—No nos vencerán —respondió Ethel.

—¿Cómo pueden vencernos... si vamos juntos? —preguntó Lewisham—. Por ti yo me enfrentaría con una docena de mundos.

Les pareció una cosa muy agradable y muy noble, bajo la amparadora luz de la luna, casi demasiado fácil para su valor, aquello de estar meramente luchando contra el mundo.

—No hará mucho tiempo que está usted casada —dijo *mistress* Gadow con una sonrisa insinuante al abrir la puerta de Ethel el lunes por la mañana, luego que a Lewisham se lo hubieron tragado las Escuelas.

—No; no hace mucho —admitió Ethel.

—Es usted muy feliz —prosiguió *mistress* Gadow, y, dando un suspiro, añadió—: Yo también fui muy feliz.

CAPÍTULO XXIII

MÍSTER CHAFFERY EN SU CASA

LAS doradas brumas del placer se disiparon un poco el lunes, cuando míster y *mistress* G. E. Lewisham fueron a visitar a su suegra y madre, respectivamente, y a míster Chaffery. *Mistress* Lewisham fue allí con evidente temor, pero alrededor de la cabeza de Lewisham se cernían aún nubes de gloria, y sus ademanes eran heroicos. Llevaba camisa de algodón, con cuello de hilo, y una preciosa corbata de seda negra que *mistress* Lewisham había comprado durante el día bajo su exclusiva responsabilidad. Quería, como es natural, que él tuviese buena presencia.

Mistress Chaffery apareció bajo la mortecina luz del pasillo. A medida que fue surgiendo a la vista tomó la apariencia de una mujercita pequeña, de edad madura, con una naricilla delgada en la que se apoyaban unos lentes con montura de plata, boca flácida y mirada perpleja; una extraña mujer, arrugada y polvorienta y con un raro parecido a Ethel. Estaba temblando visiblemente, presa de nerviosa agitación.

Vaciló un poco, escrutando el rostro de míster Lewisham, y en seguida le besó efusivamente.

—¡Y éste es míster Lewisham! —exclamó mientras le besaba.

Era el tercer ser femenino que besaba a Lewisham, desde los días de su más tierna infancia.

—¡He tenido tanto miedo...! ¡Vaya!

Y se echó a reír histéricamente.

—Ya me excusará si le digo que es muy tranquilizador verle a usted... con este aspecto de persona honrada, y tan joven. No, pero lo que Ethel... *Él* ha estado espantoso —continuó diciendo *mistress* Chaffery, y añadió—: No debías de haber escrito aquello del mesmerismo. ¡Vamos...! Pero él está esperando y nos está escuchando...

—¿Tenemos que ir abajo, mamá? —preguntó Ethel.

—Os espera allí —respondió *mistress* Chaffery.

Mistress Chaffery, sosteniendo un lúgubre candil de aceite, empezó a descender por una tenebrosa escalerilla de caracol a un comedor en los sótanos, iluminado por un mechero de gas que brillaba a través de un globo de cristal parcialmente deslustrado, con unas estrellitas de adorno talladas. Aquel descenso produjo un efecto muy deprimente en Lewisham. Entró primero que los demás, después de hacer una honda inspiración antes de franquear la puerta. ¿Qué diablos les iría a decir Chaffery? No es que le importara nada, claro.

Chaffery estaba de pie, de espaldas a la lumbre, cortándose las uñas con un cortaplumas. Sus lentes de dorada montura estaban muy inclinados hacia adelante, de modo que la punta de la nariz tenía la forma de una irritada protuberancia. Chaffery miró a míster Lewisham por encima de los lentes (Lewisham dudó un momento si

aquello serían efectivamente los ojos), pero con mirada sonriente, con una sonrisa esencialmente burlona.

—Ya estás de vuelta —dijo a Ethel, muy alegre y por encima de Lewisham, con un ligero tono de falsete en su voz.

—Ha venido a visitar a su madre —aclaró Lewisham—. Usted debe ser, según creo, míster Chaffery, ¿verdad?

—Me gustaría saber quién diablos es usted —respondió Chaffery, bruscamente, echando la cabeza hacia atrás de modo que pudo mirar a través de las gafas en lugar de tener que hacerlo por encima. Y echándose a reír cordialmente, añadió—: En cuanto a cara dura, yo diría que usted se lleva el primer premio. ¿Será usted el míster Lewisham al que se refiere esta muchacha extraviada en su carta?

—Sí.

—Maggie —dijo míster Chaffery a su esposa—, hay cierta clase de personas para quienes toda delicadeza que se les tenga es perder el tiempo..., para los cuales el significado de la palabra «delicadeza» les es prácticamente desconocido. ¿Tiene tu hija el certificado de matrimonio?

—¡Míster Chaffery! —exclamó Lewisham.

—¡James! ¿Cómo puedes decir esto? —murmuró *mistress* Chaffery.

Chaffery cerró su cortaplumas de un golpe seco, y lo deslizó en el bolsillo del chaleco. Luego volvió a levantar la vista y dijo, sin ninguna alteración en la voz:

—Supongo que somos personas civilizadas, y que estamos dispuestos a tratar nuestros asuntos de un modo civilizado. Mi hijastra desaparece durante dos noches seguidas, para regresar con una persona que dice ser su marido. No estoy dispuesto a pasar por alto nada de lo concerniente a su situación legal.

—Debería usted conocerla mejor... —empezó a decir Lewisham.

—¿Por qué vamos a discutir todo eso? —preguntó Chaffery alegremente, señalando con un flaco dedo un gesto que acababa de hacer Ethel—. ¿Por qué vamos a discutir, si ella lleva el certificado en el bolsillo? Valdrá más, de todos modos, que me lo enseñe. Ya me lo pensaba. No se alarme porque yo le eche una mirada. Siempre podrá hacerse sacar una copia al precio nominal de dos chelines siete peniques. Gracias... Lewisham, George Edgas. Veintiún años. Y... tú... ¿veintiún años también? Nunca he sabido hasta ahora tu edad exacta; tu madre tampoco quiere decirlo. ¡Estudiante! Gracias. Agradecido. Realmente se me ha quitado un peso de encima. Y ahora, ¿qué tenéis que decir en defensa propia en este notable asunto?

—Ya recibió usted una carta —aventuró Lewisham.

—Recibí una carta de excusas... Paso por alto los personalismos... Sí, señor... Eran excusas. Vosotros dos, jovencitos como sois, quisisteis casaros... y aprovechasteis la ocasión. En vuestra carta os olvidasteis de mencionar el importante hecho de que pensabais casaros. ¡Puro recato! Pero ahora habéis venido ya casados. Ello desorganiza este hogar, inflige un cúmulo interminable de molestias sobre los demás, ¡pero eso poco os importa, por lo que veo! No os lo reprocho. ¡A la naturaleza hay que reprochárselo! Ninguno de vosotros dos sabe todavía en lo que se ha metido. Pero ya lo sabréis. Estáis casados y eso es lo grande, lo esencial... Ethel, querida, haz

el favor de poner el sombrero y el bastón de tu marido detrás de la puerta. Y usted, caballero, ¿tiene la bondad de desaprobarme mi modo de ganarme la vida?

—¡Hombre! —contestó Lewisham—. Pues sí... Tengo que manifestar que así es.

—Usted no tiene que manifestar nada. La sencillez de la inexperiencia podrá excusarle.

—Sí, pero no está bien... No es un recto proceder.

—Dogma —dijo Chaffery—. ¡Dogma!

—¿Qué quiere usted decir con eso de dogma?

—Quiero decir dogma. Pero esto ya lo discutiremos cuando nos hallemos más confortables. Ahora es nuestra hora de cenar y yo no soy hombre como para luchar contra los hechos consumados. Se ha casado usted con una persona de mi familia. Así están las cosas. Quédese usted a cenar con nosotros..., y entre usted y yo aclararemos todas estas cosas. Hemos chocado y tenemos que reparar el choque. Su esposa y la mía prepararán la mesa, y nosotros seguiremos hablando. ¿Por qué no se sienta en esa silla, en lugar de apoyarse en la pared? Esta es una casa, *domus*, y no una sociedad de debates... una casa humilde, a despacho de mis fraudes manifiestos... Así es mejor. Y en primer lugar, espero... espero con ahínco... —Chaffery se puso repentinamente muy serio e impresionante, y luego continuó—: Supongo que no es usted un disidente de la Iglesia Anglicana.

—¿Eh? —dijo Lewisham y luego respondió—: ¡No! No soy disidente.

—Muy bien —aprobó míster Chaffery—. Lo celebro. Tenía cierto temor... Hay algo en su aspecto... No puedo soportar a los disidentes. Tengo una especial antipatía hacia los disidentes. En mi opinión, es el gran inconveniente de este Clapham. Vea usted..., invariablemente los he encontrado falsos y embusteros.

Hizo una mueca y dejó que sus lentes cayeran, de golpe, sobre los botones de su chaleco.

—Estoy muy contento de ello —prosiguió volviendo a colocárselos—. El disidente, la conciencia protestante, el puritano, ¿sabe usted?, el vegetariano, el abstemio y toda esta clase de gentes, vamos, que no puedo con ellos. He limpiado mi mente de supercherías y fórmulas. Tengo una naturaleza esencialmente helénica. ¿Ha leído usted nunca a Matthew Arnold?

—Aparte de mis lecturas científicas...

—¡Ah! ¡Debería usted leer a Matthew Arnold! Es una mentalidad de una claridad singularísima. En él hallaría usted cierta calidad que a menudo se encuentra a faltar en sus hombres de ciencia. Tienden a ser demasiado fenómenos, ¿sabe usted?, y demasiado objetivos. Ahora bien: yo voy en busca del numen. ¡El numen, míster Lewisham! ¿Entiende usted?

Hizo una pausa, y sus ojos, tras las gafas, eran levemente interrogantes. Ethel volvió a entrar, sin sombrero ni chaqueta, con una bandeja negra en la que había unos manteles blancos, platos, cuchillos y vasos, dispuesta a preparar la mesa.

—Le entiendo muy bien —dijo Lewisham, ruborizándose, sin tener el valor suficiente para confesar su ignorancia sobre el significado de este peregrino vocablo—. Se explica usted perfectamente.

—Voy en busca del numen —repitió Chaffery, con gran satisfacción, y gesticulando con la mano derecha, como rechazando cualquier otra cosa—. No me bastan superficies ni apariencias. Yo soy uno de esos ninfolépticos, ¿sabe usted?, ninfolépticos... ¡Debo ir en pos de la verdad de las cosas...! Del evasivo fundamental... Tengo como norma no mentirme a mí mismo... nunca. Pocos pueden decir lo mismo. En mi opinión... la verdad empieza en uno mismo. Y, generalmente, allí se queda. ¡Segurísimo y correctísimo!, ¿sabe usted? La mayoría de los hombres, particularmente los típicos disidentes, andan charlando por ahí, exhortando a sus vecinos. ¿Ve usted mi punto de vista?

Echó una mirada a Lewisham, quien en aquel momento se estaba percatando de una inusitada incompreensión de sus facultades mentales, y se hizo prudente, tan prudente como le permitió el apremio del momento.

—Es un poco sorprendente, ¿sabe usted? —dijo, muy cautelosamente—, si me permite usted que se lo diga..., y considerando lo que sucedió, oírle a usted...

—¿Hablando de la verdad? No lo será cuando usted comprenda mi posición. Ni cuando vea cuál es mi punto de vista. Eso es lo que me propongo explicarle. Eso es lo que deseo, naturalmente, aclararle ahora que usted forma parte de mi familia, ahora que es usted el marido de mi hijastra. Usted es muy joven, ¿sabe usted?, es muy joven, y es duro y rápido en sus actitudes. Sólo los años pueden dar *tono* a la mente, mitigando el barniz de la educación. Deduzco de la carta, y de su rostro, que es usted uno de los que participaron en aquel asuntillo de Lagune.

Indicó con el índice cierto invisible punto en el espacio.

—Y, a propósito... Esto explica lo de Ethel —dijo.

Ethel, con un golpe discreto, puso la mostaza sobre la mesa.

—Así es —respondió no muy alto.

—Pero, ¿os habías visto antes? —preguntó Chaffery.

—En Whortley —contestó Lewisham.

—Ya —continuó Chaffery.

—Yo fui uno de ellos... Fui uno de los que se concertaron para ponerle a usted en evidencia —dijo Lewisham—, y puesto que ha tocado usted esta cuestión, debo decirle...

—Ya lo sabía —interrumpió Chaffery—. Pero, ¡vaya conmoción la que recibió Lagune!

Miróse un momento las puntas de los zapatos, y frunció los labios.

—El truco de la mano no estaba mal, ¿sabe usted? —dijo con una rara sonrisa oblicua.

Lewisham estuvo muy ocupado durante un momento, intentando enfocar adecuadamente esta última observación.

—No lo veo bajo la misma luz que usted —explicó, por fin.

—No puede desprenderse de sus prejuicios morales, ¿eh...? Bueno, bueno. Ya trataremos de eso, Pero aparte de sus méritos morales, simplemente como ardid artístico, no estuvo mal del todo.

—No estoy muy al corriente de esta clase de ardid...

—Como la mayoría de los que quieren poner en evidencia a los demás. Usted confiesa que nunca había oído ni pensado en semejante cosa..., me refiero a la mano de goma esa. Y, no obstante, es tan claro como el agua que cualquier médium que tenga las manos ocupadas tendrá que hacer todo lo posible con los dientes, y ¿qué cosa podría ser más sencilla que llevar una mano de goma hinchable debajo de la solapa? ¿Qué cosa más obvia? Y, sin embargo, conozco muy bien la literatura psíquica, ¡y nunca se ha sospechado de esto! Nunca. Para mí constituye un perpetuo motivo de sorpresa comprobar cuántas cosas les pasan inadvertidas a los investigadores. Porque nunca cuentan las posibilidades en contra, y esto ya les hace equivocar de buen principio. ¡Mire usted! Yo soy truquista por naturaleza, y me paso los ratos de ocio discurriendo nuevos trucos, porque es una cosa que me divierte inmensamente. Bueno, pues, ¿cuál es el resultado de estas meditaciones? Tome un ejemplo: conozco cuarenta y ocho maneras diferentes de dar golpecitos, de las cuales diez por lo menos son originales. Diez maneras originales de dar golpes.

Entonces, tomando una actitud impresionante, añadió:

—Y algunos de estos golpes son tremendos. ¡Vea, si no!

Como confirmación se oyó una explosión, según pareció, entre Lewisham y Chaffery.

—¿Eh? —preguntó Chaffery.

De la repisa de la chimenea empezaron a brotar chispazos, y la mesa empezó a echar petardos bajo las mismísimas narices de Lewisham.

—¿Ve usted? —interrogó Chaffery, poniéndose las manos en la espalda.

La habitación entera pareció estar, durante un buen rato, castañeteando los dedos en honor de Lewisham.

—Muy bien. Ahora vea el reverso de la medalla. Tome como ejemplo la prueba más severa que he intentado llevar a cabo. Dos respetables profesores de Física..., que no eran dos Newtons, naturalmente, pero, en fin, dos buenos profesores de Física, prestigiosos y pagados de sí mismos, una dama deseosa de probar que hay otra vida más allá de la tumba, un periodista que necesitaba materia para hacer un reportaje, es decir, una persona que se gana la vida con esta clase de investigaciones, lo mismo que yo... Bueno, estos que digo quisieron ponerme a prueba. ¡Ponerme a prueba a mí...! Claro que ellos tenían otras cosas que hacer: enseñar Física, enseñar religión, organizar investigaciones, etc. De buen principio ya nos encontramos con que ellos no han pensado ni una hora diaria en estas cuestiones, y la mayoría de ellos no habían engañado nunca a nadie, ni podían, por ejemplo, viajar sin billete durante tres millas sin ser cogidos, aunque en ello les fuera la vida... Bien..., ¿ve usted la desventaja?

Hizo una pausa. Lewisham pareció hallarse empeñado en alguna lucha interior.

—¿Sabe usted? —explicó Chaffery—. Fue puramente accidental que usted me descubriera el engaño..., puramente accidental. El trasto se me escapó de la boca. De otro modo, su amigo, aquel de la voz de falsete, no habría tenido ocasión. Ni pensarlo.

Lewisham habló como un hombre que estuviera levantando un peso.

—Todo eso sabe usted muy bien que nada tiene que ver con la cuestión que aquí

se debate. No le discuto su habilidad. Lo que importa es que..., vamos, que no está bien.

—A eso iba ahora —dijo Chaffery.

—Es evidente que miramos las cosas desde ángulos diferentes.

—Así es. Esto es precisamente lo que tenemos que discutir. ¡Exacto!

—Un fraude es un fraude. Y de aquí no hay salida. La cosa es sencillísima.

—Espere hasta que haya terminado —continuó Chaffery, con cierto deleite—. Naturalmente, es necesario que usted comprenda mi posición. No es que yo no tenga ninguna. Desde que leí su carta he estado pensando en ello. ¡Vamos...! ¡Una justificación! Es casi como si usted hubiera dicho que tengo que cumplir una misión. Una especie de profeta, ¡ea! Usted, en realidad, no ve ni el principio de todo este asunto.

—¡Oh! ¡Déjelo, hombre, déjelo! —protestó Lewisham.

—¡Ah! Es usted joven, es usted brusco. Querido amigo está usted sólo al principio de las cosas. Realmente, usted debe conceder la posibilidad de una mayor amplitud de puntos de vista a un hombre que le dobla la edad. Pero ahí está la cena. Durante un rato concertaremos una tregua.

Ethel había reaparecido, trayendo una silla complementaria, y *mistress* Chaffery apareció en pos de ella, dando cima a los preparativos con un jarro de cerveza floja. Al volverse hacia la mesa Lewisham descubrió que los manteles tenían varios agujeros sin remendar y muchas manchas de diversas tonalidades, y que en el centro había unas deslucidas vinagreras conteniendo mostaza, pimienta, vinagre y tres ambiguas botellitas de reseco contenido. El pan estaba en una cesta con una piadosa leyenda inscrita en el reborde, y un enorme trozo de queso se alzaba, desproporcionado, en un platito muy pequeño. Míster y *mistress* Lewisham se sentaron de frente, y *mistress* Chaffery se sentó en la silla rota porque sabía cómo había de sentarse en ella sin caerse.

—Este queso es tan nutritivo, tan poco atractivo y tan indigesto como la misma Ciencia —hizo observar míster Chaffery, cortando y repartiendo trozos de queso—, pero hágame el favor de aplastarlo y desmenuzarlo con el tenedor añadiendo un poquitín de mostaza, pimienta (la pimienta es muy necesaria) y algo de vinagre de Malta, y mézclelo todo bien. Así obtendrá usted un mejunje llamado *crab*, que no tiene nada de desagradable. Así es como el sabio trata los hechos de la vida, ni rehuyéndolos, ni rechazándolos, sino adaptándose a ellos.

—Como si la pimienta y la mostaza no fueran también hechos —dijo Lewisham, apuntándose su único tanto de aquella noche.

Chaffery admitió el colapso de su imagen en términos de gran cumplido, y Lewisham no pudo abstenerse de echar una mirada a Ethel a través de la mesa. Inmediatamente después recordó que Chaffery era un bribón muy escurridizo y que vituperarlo era siempre mejor que elogiarlo.

Durante un rato el *crab* tuvo ocupado a Chaffery y la conversación languideció. *Mistress* Chaffery hizo a Ethel preguntas concretas sobre su vivienda, a las que la joven respondió vagamente.

—Debes venir a tomar el té con nosotros cualquier día —invitó Ethel, sin esperar la aprobación de Lewisham—, y lo verás todo.

Chaffery sorprendió a Lewisham demostrando un conocimiento completo y detallado de su situación como estudiante de magisterio en South Kensington.

—Supongo que dispondrá usted de más dinero que la guinea semanal —dijo Chaffery de improviso.

—Tengo el suficiente para ir tirando —contestó Lewisham sonrojándose.

—Y esperará usted que los de South Kensington hagan algo por usted, que le proporcionen un empleo a base de cien por año o así, cuando se le termine la beca, ¿no?

—Sí —afirmó Lewisham, de mala gana—. Sí. Cien al año o por ahí. Eso es lo que me propongo. Y, además, hay muchísimas plazas vacantes aparte de South Kensington, si no me dieran plaza allí.

—Ya —dijo Chaffery—, pero será muy justito... cien libras al año. Bueno, bueno... Hay muchos hombres capaces que tienen que pasar aún con menos.

Después de una pausa meditativa pidió a Lewisham que le pasase la cerveza, añadiendo:

—¿Vive todavía su madre, míster Lewisham?

Y de aquí, le acosó con preguntas minuciosas sobre toda su familia. Cuando llegó al tío lampista, *mistress* Chaffery intervino, con un inesperado aire de gran dama, para decir que en la mayoría de las familias se encuentran parientes pobres. En seguida el aire de gran dama desapareció en el pasado, de donde había surgido.

Terminada la cena, Chaffery se vertió el resto de la cerveza en su vaso, sacó una pipa de arcilla de Brosely, de las más largas, e invitó a fumar a Lewisham.

—A eso llamo yo un fumar honrado —dijo Chaffery, dando unos golpecitos en el hornillo de la pipa, y añadiendo—: En este país los cigarros, los cigarros buenos, y la honradez, rara vez se encuentran juntos.

Lewisham revolvió su bolsillo en busca de los famosos cigarrillos argelinos. Chaffery, habiéndolos considerado desfavorablemente a través de sus gafas, volvió a coger el hilo de su prometida apología. Las mujeres se retiraron a lavar los platos.

—Mire usted —convino Chaffery, bruscamente, tan pronto como la pipa empezó a tirar—, respecto a ese fraude... yo no hallo que la vida sea una cosa tan simple como a usted le parece.

—No me parece que la vida sea nada simple —murmuró Lewisham—, pero sí que en todas las cosas existe un Bien y un Mal. Y no creo que usted haya dicho nada todavía que demuestre que los fraudes espiritistas son un Bien.

—Vamos a aclarar este asunto —prosiguió Chaffery, cruzándose de piernas—, vamos a aclarar este asunto. Ahora bien, creo que usted no aprecia claramente la importancia de la Ilusión en la vida, la Naturaleza Esencial de la Mentira y el Engaño en el cuerpo político. Usted se halla inclinado a desacreditar una forma determinada de Impostura, porque no es generalmente aceptada, porque entraña cierto descrédito y (de lo que son testigos las raídas extremidades de mis pantalones y las viandas esas) escaso rendimiento.

—No es eso —respondió Lewisham.

—Ahora bien: yo estoy dispuesto a sostener —continuó Chaffery, prosiguiendo con sus premisas— que la Honradez constituye esencialmente una fuerza anarquista y desintegradora de la sociedad, que las comunidades están unidas y el progreso de la civilización es posible únicamente gracias a vigorosos y hasta muchas veces incluso violentos Embustes, que el Contrato Social no es ni más ni menos que una vastísima conspiración de entes humanos para mentir y defraudarse a sí mismos, con vistas al Bien general. La mentira es el cemento que fija al individuo salvaje en la albañilería social. Ahí está la tesis general sobre la que fundamento mi justificación. Mi actuación como médium, puedo asegurárselo, es un caso particular de esta afirmación general. Si yo no tuviese una naturaleza profundamente indolente, inquieta y aventurera, y si no fuese enemigo declarado de la literatura, escribiría un gran libro sobre esto, y viviría honrado y respetado por los más profundos botarates del mundo.

—Pero, ¿cómo podrá usted demostrarlo?

—¡Demostrarlo! Sólo hay que indicarlo. Ahora mismo hay hombres, como Bernard Shaw, Ibsen y otros, que han visto atisbos de eso que diera en algo así como un nuevo evangelio. ¿Qué es el hombre? Lujuria y codicia, atenuadas por el miedo y por una vanidad irracional.

—No estoy de acuerdo —objetó míster Lewisham.

—Ya lo estará dentro de unos años —dijo Chaffery—. Hay verdades que no se comprenden si no es a fuerza de años. Pero, en lo que hace referencia a esta cuestión de las Mentiras... Vamos a considerar la estructura de la sociedad, comparándola con el estado salvaje. Descubrirá usted que la única diferencia esencial entre el salvaje y el civilizado es ésta: el primero no ha aprendido a ocultar la verdad de las cosas, y el segundo sí. Tome usted la diferida más obvia: el vestido del hombre civilizado, su invención de la decencia. ¿Qué es el vestido? La ocultación de realidades esenciales. ¿Qué es el decoro? ¡Es la supresión! Fíjese usted bien que yo no argumento en contra de la decencia y del decoro; sólo insisto en que son... esenciales para la civilización y que constituyen una «supresión de la verdad». Y en los bolsillos de su vestido nuestro ciudadano lleva dinero. El salvaje puro no tiene dinero. Para él, un pedazo de metal es un pedazo de metal, de valor seguramente ornamental, y nada más. Y es lógico. Para cualquier persona de mente lúcida la cosa es igual o diferente, sólo a través de la burda tontería de sus congéneres. Pero para el hombre civilizado ordinario el intercambio universal de este oro constituye una realidad fundamental y sagrada. ¡Piense en esto! ¿Por qué tiene que ser así? No hay razón que pueda explicarlo. Yo vivo en un estado de perpetuo asombro ante la credulidad de mis congéneres. A veces me despierto creyendo que en la noche anterior habrá habido alguien que se habrá dado cuenta de esta estafa y aguzo el oído esperando oír algún tumulto en la calle, y ver a su suegra que entra precipitadamente en el dormitorio con un chelín en la mano, un chelín que no ha querido tomarle el lechero. «¿Qué es esto?», preguntaría el lechero. «¿Esta porquería a cambio de una botella de leche?» Pero nunca ocurre así. Nunca. Si el lechero hiciera esto que me imagino, si las gentes, en general, se quitaran de la cabeza esta hipocresía de la moneda, ¿qué sucedería? Que aparecería la

verdadera naturaleza del hombre. Yo saltaría de la cama, cogería cualquier arma, y me lanzaría en persecución del lechero. Es muy hermoso estar en paz con todo el mundo, pero es necesario, también, tener leche. Los vecinos irían asimismo saliendo de sus casas... detrás de la leche. El lechero, dándose cuenta súbitamente de lo que ocurría, echaría a correr calle arriba. ¡Todos tras él! ¡Cógelo...! ¡Desgárralo! ¡Ya lo tengo! ¡Vuelca el carro! ¡Luchad todo lo que queráis, pero cuidado con verter la botella! ¿No lo ve usted? Perfectamente razonable, hasta el último detalle. Yo volvería a mi casa, magullado y ensangrentado, pero con la botella de leche bajo el brazo. Sí... Volvería con la botella de leche... Ya habría estado atento... Pero, ¿por qué continuar? Usted precisamente debería saber mejor que nadie que la vida es la lucha por la existencia, la lucha por el alimento. El dinero es precisamente la mentira que mitiga nuestra furia.

—No —exclamó Lewisham—. ¡No! No estoy dispuesto a admitir esto.

—¿Qué es el dinero?

—Exponga primero su caso —dijo—. Porque, realmente, no veo la relación que tiene todo eso con el hecho de hacer trampas durante una sesión espiritista.

—Sin embargo, tejo mi defensa en este telar. Tome usted algún hombre de este tipo agresivamente respetable..., un obispo, por ejemplo.

—Bueno —convino Lewisham—. No me trato mucho con obispos.

—No importa. Tome un profesor de ciencias cualquiera. Observe su traje, que hace de él un ciudadano decente, ocultando el hecho de que, físicamente, es un blando y barrigudo degenerado. Esta es la primera mentira de su ser. Observe su pelo, corto y bien peinado, tácita mentira de que su longitud es por término medio de poco más de un centímetro, mientras que en su estado natural dejaría sueltos a todos los vientos varios centenares de pelos de más de un metro de largo. Observe las presumidas supresiones de su cara. En su boca hay mentiras en forma de dientes postizos. Luego, en ciertas partes de la tierra hay unos cuantos pobres diablos que trabajan como negros para que él pueda tener carne, trigo y vino. Anda vestido con las vidas de encorvados y retorcidos tejedores, su camino está iluminado por las mandíbulas corroídas por el fósforo, come en vajillas vidriadas con plomo..., por doquier su camino se halla sembrado de vidas humanas... ¡Piense en esa criatura humana, gordinflona y comodona! Y, tal como dice Swift «¡Pensar que a semejante objeto le domina la vanidad...!» Pretende que sus benditas investigaciones insignificantes son, en algún modo, la justa compensación a esos seres remotos por su trabajo, sus esfuerzos, sus padecimientos; pretende que él y su carrera parasitaria son pago suficiente para los frustrados deseos de los demás. Imagíneselo armándole un escándalo a su jardinero respecto a unos geranios trasplantados, e imagínese la densa bruma de mentiras en que viven los dos, para que el jardinero no aplaste inmediatamente su impertinencia con un golpe de pala, para devolverlo al polvo de donde salió... Y su caso es el caso de todas las vidas comodonas. ¡Qué mentira y qué engaño son la urbanidad, la buena educación, la cultura y el refinamiento, mientras haya sólo un pobre infeliz desharrapado que se arrastre hambriento sobre la faz de la tierra!

—¡Pero esto es socialismo! —exclamó Lewisham—. Yo...

—No hay *ismo* que valga —interrumpió Chaffery, elevando su sonora voz—. Sólo la triste realidad de las cosas..., la verdad que enseña que la trama de la humanidad es la Mentira. El socialismo no es ningún remedio; no hay ningún *ismo* que sea remedio para esto. Las cosas son así.

—No estoy de acuerdo... —empezó a decir Lewisham.

—No está de acuerdo con lo desesperado del asunto, porque es usted joven, pero sí que estará de acuerdo con la descripción.

—Bueno..., dentro de ciertos límites.

—Estará usted de acuerdo en que la mayoría de las posiciones respetables en el mundo están perjudicadas por el fraude de nuestras condiciones sociales. Si no estuvieran taradas con el fraude ya no serían respetables. Hasta su propia posición... ¿Quién le dio a usted derecho a casarse y a proseguir sus interesantes estudios científicos, mientras hay otros jóvenes que se pudren en las minas?

—Admito...

—A la fuerza tiene que admitirlo. Y he aquí mi posición: como quiera que todos los caminos de la vida están tarados con fraudes, como quiera que decir las verdades claras resulta superior a las fuerzas y al valor humanos, tal como uno los encuentra, ¿no es mejor que una persona se dedique a alguna limpia superchería inocua, que no que arriesgue su integridad mental en alguna posición ambigua y caiga por fin en el autoengaño y la hipocresía? Ahí está el peligro principal. Esto es precisamente de lo que yo siempre me guardo. ¡Ojo con esto! Es el pecado principal: la hipocresía.

Míster Lewisham tiró de su bigote.

—Míreme a mí por ejemplo. Después de todo, esas buenas gentes no salen perjudicadas en gran cosa. Si yo no aceptara su dinero, se lo quedaría algún otro impostor. Su enorme vanidad de inteligencia daría lugar, quizás, a una estafa mucho más vil que mis emocionantes juegos. Esta es la orientación que toman nuestros obispos escépticos, ¿y por qué no? Por ejemplo, esta clase de gente podría gastarse su caudal en caridades públicas, en engordar a sus administradores o en dejar que lo despilfarrase cualquier hijo pródigo. Después de todo, yo soy, todo lo más, una especie de Robín de los Bosques moderno, tomo el dinero de los ricos, según la cuantía de sus ingresos. Es cierto que no se lo doy luego a los pobres, ya que no tengo suficiente para eso. Pero también hago otras buenas obras. ¡He animado y consolado a muchos pobres de espíritu con grandes mentiras, grandes soflamas, necios embustes de ultratumba! Compáreme ahora con cualquiera de esos truhanes, diseminadores de caries fosfórica, de saturnismo; compáreme con uno de esos millonarios, más bien, que explotan los *music-halls* con la vista fija en los talentos femeninos, o con un agente de seguros, o con un bolsista corriente. O con cualquier tipo de abogado... Hay obispos que creen en Darwin y dudan de Moisés. Ahora bien, yo me considero superior a ellos, parecido tal vez, pero mejor, porque yo, al menos, invento algunos de los trucos que pongo en juego.

—Está muy bien... —empezó a decir Lewisham.

—Podría perdonarles su falta de honradez —repuso Chaffery—, pero no la

estupidez de todo esto, la autoabnegación mental... ¡Dios mío! Si un procurador no estafa del modo zarrapastroso-magnífico como es costumbre hacerlo, lo echan por falta de deontología profesional.

Hizo una pausa y luego se puso a meditar sonriendo levemente.

—Pero es que algunos de mis trucos —prosiguió, con un súbito cambio en el tono de la voz, volviéndose hacia Lewisham, con los ojos risueños, mirando por encima de las gafas y pasando la mano con energía por los manteles para alisarlos—, algunos de mis trucos son ingeniosísimos, ¿sabe usted?, ingeniosísimos, tanto que valen más del doble del dinero que me producen... ¡Más del doble!

Volvióse de nuevo hacia la lumbre, chupando la pipa medio apagada y mirando a Lewisham de reojo por encima de los lentes.

—Hay dos o tres de mis pequeños trucos que dejarían patitieso a Maskelyne —dijo al cabo de un momento—. Se pondrían a hacer tocar a aquella orquesta mecánica, de puro asombro. Realmente, tengo que explicarle algunos de esos trucos, ahora que ya es usted de la familia.

Míster Lewisham necesitó más de un minuto para poner en orden sus ideas, desbaratadas por la prolongada persecución de los argumentos de Chaffery.

—Pero, según sus principios, resulta que usted puede hacerlo todo o casi todo —exclamó.

—¡Exacto! —convino Chaffery.

—Es un método muy curioso —protestó Chaffery— este de querer poner a prueba los propios principios de acción, juzgando de las acciones resultantes en cualquier otro principio, ¿no es eso?

Lewisham estuvo recapacitando unos instantes.

—Supongo que será así —dijo con el aire de un hombre convencido contra su voluntad.

Se dio cuenta de que su lógica era insuficiente. Y, súbitamente, desechó las delicadezas de la argumentación. Algunas frases que llevaba archivadas en la mente, a punto de soltar en la primera ocasión, se le ocurrieron de repente y las soltó.

—Sea como sea —dijo—, no estoy de acuerdo con este engaño. A pesar de lo que dice usted, mantengo lo que dije en mi carta. Toda relación de Ethel con esta clase de cosas ha terminado. No iré por ahí poniéndole a usted en evidencia, claro está, pero siempre que se presente la ocasión diré sinceramente lo que creo de todos esos fenómenos espiritistas. Vale la pena que cada uno de nosotros sepamos en qué plano nos encontramos.

—Esto queda perfectamente entendido, mi querido yerno —dijo Chaffery—. Nuestro objetivo consiste en la discusión...

—Pero Ethel...

—Ethel es de usted —se apresuró a decir Chaffery—. Ethel es de usted, y usted debe mantenerla.

Hizo una pausa y, haciendo un gesto como para alejar de sí la sórdida idea que la última frase entrañaba, añadió:

—Pero, ahora que hablamos de la ilusión, yo pienso a veces, lo mismo que el

obispo Berkeley, que toda experiencia es, probablemente, algo muy diferente de la realidad, y que todo conocimiento es, esencialmente, una alucinación. Yo, este lugar, y usted, y nuestra conversación..., todo es ilusión. Aplique aquí su ciencia... ¿Qué soy yo? Una nebulosa multitud de átomos, un intercambio infinito entre diminutas células. ¿Soy yo esta mano que extiendo? ¿Y esta cabeza? Y la superficie de mi piel, ¿es algo más que un rudo límite? ¿Dirá usted que es mi mente lo que soy yo? Considere solamente esta guerra de motivos... Supongamos que siento un impulso y que lo resisto. Soy yo quien lo resiste; el impulso está fuera de mí, ¿eh? Pero supongamos ahora que me dejo arrastrar por el impulso y que yo ejecuto lo que el impulso ordena. Entonces este impulso forma parte de mí mismo, ¿no es verdad? ¡Ah! ¡Mi cerebro vacila ante estos misterios! ¡Dios mío! ¡Qué cosas tan endebles y fluctuantes somos! Primero eso..., después lo otro, una idea, un impulso, un acto y un olvido, y siempre tan locamente seguros de nosotros mismos. Y en cuanto a usted... usted que apenas hará cinco o seis años ha empezado a aprender a pensar, está aquí sentadito, con toda la herencia de su pecado original, como una alucinada brizna de paja, juzgando y condenando. ¡Usted sabe lo que es el Bien y lo que es el Mal! Amigo, eso también lo supieron Adán y Eva... *así que hubieron tenido tratos con el padre de la mentira.*

Hacia el fin de la velada apareció *whisky* y agua caliente. Chaffery, con mucha urbanidad, dijo que raras veces había disfrutado tanto en una conversación como con aquella que le había deparado Lewisham, e insistió en que todos tomaran *whisky*. *Mistress* Chaffery y Ethel le pusieron azúcar y limón. Lewisham experimentó una leve sorpresa al ver a Ethel bebiéndose un *grog*.

Mistress Chaffery, al llegar a la puerta, se despidió efusivamente de Lewisham dándole un beso, y dijo a Ethel que creía que había acertado en su matrimonio.

De vuelta a su casa, Lewisham se sintió pensativo y preocupado. El problema de Chaffery asumía enormes proporciones. Incluso a veces aquel esbozo filosófico de sí mismo que había hecho el buen hombre, presentándose como un exponente práctico de sinceridad mental, con toques de humor y de espíritu artístico, le parecía plausible. Lagune era indiscutiblemente un asno, y fácilmente se comprendía que la investigación en terreno psíquico o espiritista era un incentivo para la superchería. Luego recordó este mismo asunto respecto a sus relaciones con Ethel...

—Tu padrastro es difícil de comprender —dijo, por fin, sentándose en la cama mientras se quitaba una bota—. Es muy escurridizo..., es tremendamente escurridizo. No hay manera de cogerlo. Ha empezado la discusión con tal ímpetu que me ha derrotado una y otra vez.

Se quedó pensando un rato, acabó de quitarse la bota y se quedó, sentado con la bota sobre las rodillas.

—¡Naturalmente...! Todo lo que ha dicho es falso... Completamente falso. El bien es el bien, y la impostura es la impostura, por más que se diga otra cosa.

—Esto es lo que a mí me parece —dijo Ethel como si se dirigiera al espejo—. Esto es exactamente lo que siempre me ha parecido de él.

CAPÍTULO XXIV

SE INICIA LA CAMPAÑA

EL sábado siguiente, Lewisham fue el primero que pasó las puertas plegadizas. Al cabo de un momento reapareció en el dormitorio con un documento en la mano. *Mistress* Lewisham se quedó a medio vestir, con la falda en la mano, atónita ante la estupefacción que denotaba el semblante de su marido.

—¡Vamos! —dijo Lewisham—. ¡Mira eso!

Ella miró el libro de cuentas que Lewisham tenía abierto ante sus ojos y vio que la columna de la derecha correspondía al haber y la de la izquierda era una lista ilegible de gastos, redactada en una mezcla de inglés y alemán, y muy larga. «1 *paila* de carbón, 6 peniques», era una entrada que aparecía regularmente a lo largo de aquella portentosa lista. Era la primera cuenta de *mistress* Gadow. Ethel la cogió y la examinó detenidamente. Vista desde cerca no parecía menor. Las sobrecargas eran escandalosas. Era curioso cómo se había evaporado el humor ante el hecho de que se llamara *paila* al cubo del carbón.

Aquel documento, según parece, señaló el final de la luna de miel casera de míster Lewisham. Durante una gloriosa semana había vivido bajo la impresión de que la vida estaba hecha de amor y misterio, y ahora se le recordaba con singular claridad que estaba presidida por la lucha por la existencia y por la voluntad de vivir.

—¡Malditas gabelas! —exclamó, exasperado, míster Lewisham. Y la mesa del desayuno le pareció extraña y de mal augurio.

Sus sentimientos oscilaban entre la indignación y la consternación.

—Tendré que ir a hablarle esta tarde —dijo.

Y después de haber metido sus libros en la reluciente cartera negra, dio a Ethel el primero de los besos, que no era una ceremonia distintiva y con existencia propia. Fue un beso de costumbre, dado con cierta precipitación, y salió, después de darlo, hacia su escuela, cerrando de un portazo. Ethel no saldría a acompañarle aquel día, porque, a instancias suyas y con el fin de ayudarle, se disponía a poner en limpio algunas de sus notas de Botánica, que se hallaban atrasadas.

Camino de la escuela, Lewisham tuvo una sensación sospechosamente parecida a un vuelco del corazón. Su preocupación era esencialmente aritmética. Aquello que le ocupaba la mente, con exclusión de todo lo demás, se expresará mejor en la reconocida forma comercial siguiente:

DEBE

£ s. d.^[5]

Por viajes en autobús a South Kensington (tarde)			2
Por 6 comidas en el Club de los Estudiantes		5	2½
Por 2 paquetes de cigarrillos (para fumar después de comer)			6
Por la boda y la huida	4	18	10
Por subsiguientes aditamentos necesarios al ajuar de la novia		16	1
Por compra de alimentos	1	1	4½
Por «unas pocas cositas», adquiridas por <i>Mrs. L.</i>		15	3½
A <i>mistress</i> Gadow por carbón, alojamiento y diversos (según cuenta entregada)	1	15	0
Perdido			4
Balance	50	11	2
	Total	60	3 11½

HABER

	£	s.	d.
<i>Mr. L.</i> Efectivo	13	10	4½
<i>Mrs. L.</i> Efectivo		12	7
En el Banco	45	0	0
Beca	1	1	0
	Total	60	3 11½

De esto podrá deducir cualquiera, por poco entendido que sea en cuestión de negocios, que, dejando aparte el gasto extraordinario correspondiente a la boda, y las «pocas cositas» que Ethel había comprado, y que por ningún concepto podían considerarse como gastos finales, los gastos excedían a los ingresos en más de dos libras, y una breve excursión por las regiones de la aritmética dejará plenamente demostrado que al cabo de veinticinco semanas el balance de la cuenta sería igual a nada.

Pero aquella guinea semanal no duraría veinticinco semanas, sino simplemente quince, y entonces los gastos serían de más de tres guineas netas, reduciéndose el período solvente de nuestro joven matrimonio a veintidós semanas. Estos detalles son pesados y desagradables, sin duda, para el lector refinado, pero que se imagine éste lo muchísimo más desagradables que serían para míster Lewisham, mientras andaba trabajosamente en dirección a las escuelas, meditando sobre este problema. Comprenderéis, por lo tanto, por qué se escabulló del laboratorio, por qué se dirigió a la Biblioteca Educativa, y por qué el observador Smithers, que se hallaba allí machacando sus notas de clase con vistas al inminente segundo examen, sintió que se le estremecía hasta el tuétano ante el espectáculo que ofrecía Lewisham enfrascado en la lectura de un montón de periódicos corrientes, *Educational Times*, *Journal of Education*, *Schoolmaster*, *Science and Art*, *The University Correspondent*, *Nature*, *The Athenxum*, *The Academy* y *The Author*.

Smithers vio la aparición de un cuaderno y la toma de unas notas. Se fue acercando a la tribuna, donde estaba la mesa de Lewisham, y lo atacó por el flanco.

—¿Qué buscas? —preguntó Smithers en un murmullo bastante alto y con una mirada detectivesca fija en los papeles del otro.

Se dio cuenta de que Lewisham estaba mirando la columna de anuncios, y su perplejidad fue en aumento.

—¡Oh...! Nada —repuso Lewisham suavemente, dejando caer la mano, como por casualidad, sobre el cuaderno—. ¿Y tú, qué haces?

—Nada de particular —dijo Smithers—. Pasar el tiempo, No estuviste en la reunión el viernes pasado, ¿verdad?

Dio vuelta a una silla, se arrodilló en ella, y por encima del respaldo empezó a contarle en voz baja cosas de política interior de la Sociedad de Debates. Lewisham estaba distraído y respondía brevemente. ¿Qué podían importarle todas aquellas puerilidades? Por fin se fue Smithers, contrariado, y se encontró con Parkson en la puerta de entrada. Incidentalmente, Parkson no había dirigido la palabra a Lewisham desde su lamentable equívoco. Parkson dio un rodeo para ir a su asiento al extremo de la mesa, y así, y también por medio de una singular rigidez de andares y por una expresión de gran dignidad, demostró que se había percatado de la desagradable presencia de Lewisham.

Las investigaciones de Lewisham eran dobles. Por un lado quería descubrir algún modo de añadir efectivo a aquella guinea semanal, por medio de su trabajo particular, y por otro lado deseaba enterarse de las condiciones del mercado en cuanto a mecanografía. Por lo que se refiere a él mismo, tuvo una idea vaga, que luego abandonó, de que le sería posible emplearse como maestro para clases nocturnas durante el mes de marzo. Pero exceptuando por motivos de muerte súbita, no hay clases nocturnas en Londres que cambien su profesorado después de septiembre, hasta el julio próximo. Por otro lado, la enseñanza privada le ofrecía muchos atractivos, pero ninguna proposición efectiva. La idea que tenía de sus propias posibilidades era muy juvenil; de otro modo no habría perdido el tiempo anotando las condiciones requeridas para solicitar una plaza vacante de profesor de Física en la

Universidad de Melbourne. También tomó nota de la vacante de la plaza de director de una revista mensual de estudios sociales. A él no le habría importado nada dedicarse a semejante tarea, aunque al propietario seguramente sí le habría importado. También había una plaza vacante de conservador del Museo del Colegio de Eton.

Las peticiones de mecanógrafos eran menos variadas y más concretas. Era la época anterior a aquella en que la violenta competencia de las clases semieducadas hubo de rebajar los precios a la increíble tarifa de diez peniques las mil palabras. El precio corriente era entonces un chelín y medio. Calculando que Ethel podría mecanografiar un millar de palabras por hora y que podría trabajar de cinco a seis horas diarias, era evidente que su contribución a los gastos domésticos representaría una cifra de ningún modo despreciable: treinta chelines por semana, tal vez. Lewisham se sintió naturalmente optimista al hacer este descubrimiento. No pudo encontrar ningún anuncio de autores o lo que fuere pidiendo mecanógrafas, pero vio que una gran cantidad de mecanógrafas se anunciaban en los periódicos literarios. Era obvio que Ethel también tenía que anunciarse. Podría poner: «Muy versada en fraseología científica», pensó Lewisham. Volvió a su casa muy optimista, con abundantes anotaciones de posibles empleos. Gastó cinco chelines en sellos de correo antes de llegar.

Después de comer, Lewisham, con una voz algo entrecortada, dijo que deseaba ver a *mistress* Gadow. Esta se presentó con la mayor afabilidad. Su estado de ánimo era diametralmente opuesto a la normal indignación propia de las patronas británicas. *Mistress* Gadow se mostró muy voluble, gesticuladora y lúcida, pero desgraciadamente también se mostró muy bilingüe, y en los momentos cruciales, exclusivamente alemana. La natural urbanidad de míster Lewisham le impidió iniciar una persecución demasiado obstinada a través de la frontera de ambas lenguas imperiales. Media hora larga de discusión amistosa produjo, por fin, una reducción de seis peniques, y ambas partes se confesaron satisfechas del resultado.

Mistress Gadow conservó su sangre fría hasta el final. Míster Lewisham acabó con la cara coloradísima, las orejas de un rojo más subido y el pelo ligeramente en desorden, pero aquellos seis peniques fueron, al menos, una admisión de la justicia de sus reclamaciones.

—Es evidente que intentaba sacarnos lo que pudiera —dijo Lewisham, casi excusándose ante Ethel—, y era absolutamente necesario que me pusiera firme. Dudo de que tengamos más líos por este lado...

—Claro que lo que ella dice del carbón de la cocina es perfectamente justo.

Después de estas explicaciones, los recién casados salieron a pasear por Kensington Gardens, y, como aquella tarde primaveral era tan cálida y agradable, se sentaron en dos atractivas sillas verdes, cerca del quiosco de la música, por las que, desde luego, Lewisham tuvo que pagar dos peniques. Entonces tuvieron lo que Ethel llamaba «una charla en serio». Ethel estuvo realmente sensatísima y discutió la situación hasta los más nimios detalles. Insistió muy particularmente en la importancia de la economía en sus desembolsos domésticos, deplorando muy

vivamente su profunda ignorancia en aquel asunto. Quedó decidido que Lewisham adquiriese un buen libro sobre economía doméstica para el uso particular de Ethel. *Mistress Chaffery* dirigía su casa según la norma verbal del «Entérate de todo desde dentro», pero Lewisham consideró que esto era poco científico.

Ethel opinaba también que se podía aprender mucho en las revistas femeninas de seis peniques, pues las de un penique eran casi desconocidas en aquellos días. Había comprado semejantes publicaciones en épocas de abundancia, pero principalmente, cosa que deploraba, con vistas a la confección y adorno de sombreros y otras vanidades parecidas. Era necesario disponer de una máquina de escribir cuanto antes. Con desagradable rapidez se le ocurrió que no había destinado ninguna partida para la compra de una máquina de escribir al hacer el cómputo de sus recursos. Aquello les acortaba su período de solvencia a doce o trece semanas.

Pasaron la tarde escribiendo muchas cartas, poniendo la dirección en los sobres e incluyendo los sellos para la respuesta. Fueron unos momentos muy optimistas.

—Melbourne es una ciudad muy hermosa —dijo Lewisham—, y tendremos un viajecito hasta Australia que será la gloria.

Leyó a Ethel en voz alta su solicitud para la cátedra de Melbourne, sólo para oír cómo sonaba, y ella se mostró muy impresionada por la lista de sus talentos y éxitos.

—Ignoraba que supieras ni la mitad de todas esas cosas —murmuró, e inmediatamente le invadió una gran melancolía al considerar su relativo analfabetismo.

Después de semejante estímulo, fue natural que escribiese a los agentes de la enseñanza en tono importante.

El anuncio ofreciendo la habilidad mecanográfica de Ethel, que mandaron al *Athenæum*, turbó un poco su conciencia. Después de haber copiado el borrador con su «especialidad en fraseología científica», en grandes y finas letras, vio las notas que ella había estado escribiendo por él. Su caligrafía era aún redondeada y masculina, tal como la había visto por primera vez en la avenida de Whortley, pero la puntuación quedaba reducida a alguna coma y al guión, y había cierta disposición en adoptar una ortografía a lo largo de la línea de menor resistencia, cuando se encontraba con algo imperfectamente legible. Sin embargo, apartó aquella idea de su mente, con la resolución de releer y corregir cualquier cosa que ella se dispusiera a hacer en este terreno. No sería mala idea, pensó, entre paréntesis, que él mismo se dedicara a leer alguna autoridad en Prosodia.

Se quedaron hasta muy tarde trabajando en aquel asunto, sin acordarse de los exámenes de Botánica que tenían lugar al día siguiente. Su salita era muy alegre y confortable, con la lumbre encendida, el gas también encendido, y las cortinas echadas, y el gran número de solicitudes que habían escrito les hacía sentirse muy esperanzados. Ella estaba sonrojada y entusiasmada, paseando por la habitación, acercándose de vez en cuando a Lewisham y mirando por encima de sus hombros lo que había escrito. A petición de Lewisham puso los sobres encima de la cómoda.

—Eres un gran sostén para un hombre —dijo Lewisham, respaldándose en su asiento—. Por una chica como tú me siento capaz de cualquier cosa..., lo que sea.

—¿De veras? —exclamó ella—. ¿De veras? ¿De veras crees que te soy de alguna ayuda?

El semblante y el gesto de Lewisham eran todo asentimiento. Ella profirió una pequeña exclamación de placer, se quedó inmóvil un momento, y luego, para demostrar prácticamente su inquebrantable ayuda, echó a correr alrededor de la mesa, hacia él, con los brazos extendidos.

—¡Querido mío! —susurró.

Lewisham, abrazado en parte, echó la silla hacia atrás con el brazo que tenía libre, para permitirle que se sentara en sus rodillas...

¿Quién podría dudar ahora de que ella era una gran ayuda?

CAPÍTULO XXV

LA PRIMERA BATALLA

Los sondeos de Lewisham en vistas a la posibilidad de emplearse en clases nocturnas y en la enseñanza privada fueron, esencialmente, medidas provisionales. Sus proposiciones para un establecimiento más permanente adolecieron de ciertos defectos en el sentido de la proporción. Aquella cátedra de Melbourne, por ejemplo, estaba más allá de sus méritos, y había ciertos aspectos de detalle que habrían afectado la bienvenida de él y de su esposa en el Colegio de Eton. Al principio, Lewisham se hallaba inclinado a considerar al estudiante de South Kensington como la sal de la tierra intelectual, a exagerar la abundancia de «enchufes decentes» que producían de ciento cincuenta a trescientas libras al año, y a despreciar la competencia de empresas tan inferiores como las universidades de Oxford, Cambridge y el Norte. Pero los agentes escolares a quienes acudió el sábado siguiente, hicieron mucho, aunque discretamente, para desengañarle.

El principal empleado de míster Blendershin, en el mugriento despacho de Oxford Street, le aclaró tanto el problema, y tan vigorosamente, que Lewisham llegó a enojarse.

—¡Director de una escuela subvencionada, tal vez! —exclamó el principal empleado de míster Blendershin—. ¡Caramba! ¿Y por qué no un obispado?

Tras una pausa, añadió, dirigiéndose al propio míster Blendershin, que en aquel momento entraba fumando un imponente cigarro:

—Figúrese, con veintiún años de edad, sin títulos, sin trofeos deportivos, con dos años de experiencia como profesor auxiliar... ¡desea que le nombren director de una escuela subvencionada!

Hablaba tan alto que era inevitable que los clientes en la sala de espera le oyesen. Además, señalaba a Lewisham con la pluma.

—¡Oiga usted! —dijo Lewisham, con vehemencia—. Si yo supiera cómo anda el asunto ese no vendría a buscarle a usted.

Míster Blendershin se quedó mirando fijamente a Lewisham un momento.

—¿Qué clase de certificados posee? —preguntó míster Blendershin a su empleado.

El empleado leyó una lista de «ologías» y «ografías».

—Cincuenta y la estancia —respondió míster Blendershin, concisamente—. Esto es lo que le pagarán. Sesenta si tiene suerte.

—¿Qué? —exclamó míster Lewisham.

—¿No tiene bastante?

—Ni de mucho.

—Se consigue fácilmente un diplomado en Cambridge por ochenta y la estancia..., y muy agradecido aún —añadió míster Blendershin.

—Pero es que no quiero ningún empleo residencial —repuso Lewisham.

—Hay poquísimas plazas que no sean residenciales —contestó míster Blendershin—, poquísimas. Le necesitarán para la vigilancia de los dormitorios... y temerán que usted pueda dar clases por su cuenta.

—¿No estará usted casado por casualidad? —preguntó el empleado, de pronto, después de un atento estudio del rostro de Lewisham.

—Bueno... —concedió Lewisham, y cruzando la mirada con míster Blendershin añadió—: Sí.

Lo que dijo el empleado no puede imprimirse.

—¡Hombre! Tendrá usted que ocultarlo —replicó míster Blendershin—. Y le queda aún mucho que hacer. Si yo fuera usted continuaría igual que hasta ahora e iría a por el título, puesto que se halla tan cerca de conseguirlo. Después tendrá mejores posibilidades.

Silencio.

—Lo que pasa es —murmuró Lewisham lentamente, mirándose las puntas de los zapatos— que debo hacer algo, hasta que tenga el título.

El empleado silbó por lo bajo.

—Acaso pueda conseguirle una plaza de visitador —contestó míster Blendershin, especulativamente—. Léame esos particulares otra vez, Binks.

Escuchó atentamente, y dijo, silenciando al lector con un gesto:

—Es contrario a la enseñanza religiosa, ¿eh? Eso es una insensatez. No podrá usted hacer que le vengan las cosas exactamente tal como le gusten, ¿comprende? Borre esto. No conseguirá ninguna plaza en ninguna escuela inglesa para la clase media si hace objeciones a la enseñanza religiosa. Son las mamás... ¡benditas sean! No diga de esto nada a nadie. No cree en nada... ¿Y quién cree en nada? Hay centenares de personas como usted, ¿comprende? No diga nada de eso...

—Pero, ¿y si me preguntan?

—Iglesia anglicana. Todo aquel que no sea disidente pertenece a la Iglesia anglicana, en este país. Ya será bastante difícil que le pueda conseguir algo, aun sin eso.

—Pero —objetó míster Lewisham— será una mentira.

—Será una ficción legal —contradijo míster Blendershin—. Todo el mundo se hará cargo. Si usted no se compromete a hacer eso, mi querido amigo, no podremos hacer nada por usted. Tendrá que meterse en el periodismo o trabajar en el muelle de Londres. Bueno..., teniendo en cuenta su experiencia, digamos el muelle.

El rostro de Lewisham se ruborizó irregularmente. No contestó. Lanzó una ceñuda mirada y se puso a tirar del escasamente poblado bigote.

—Hay que transigir, ¿comprende? —continuó míster Blendershin, observándole bondadosamente—. Hay que transigir.

Por primera vez en su vida Lewisham se enfrentó con la necesidad de tener que decir una mentira con toda la sangre fría. Se deslizó de las austeras alturas del respeto que se tenía a sí mismo, y las siguientes palabras ya fueron disimuladas.

—No quiero prometer decir una mentira si me preguntan —repuso en voz muy

alta—. No podría hacerlo.

—Tache eso —dijo Blendershin al escribiente—. No hay por qué mencionarlo. Además, usted no dice que sabe enseñar dibujo.

—Es que no sé —respondió Lewisham.

—Usted encárguese únicamente de repartir los modelos —prosiguió Blendershin—, y procure que nadie le vea dibujar, ¿comprende?

—Peso esto no es enseñar dibujo...

—Es lo que se entiende por ello en este país —murmuró Blendershin—. No vaya usted a corromperse la mente con ideas pedagógicas. Son la ruina de los profesores auxiliares. Apunte dibujo. Además, hay taquigrafía...

—¡Hombre! —exclamó Lewisham.

—Hay taquigrafía, francés, teneduría de libros, geografía comercial, agrimensura...

—¡Pero si no puedo enseñar nada de todo eso!

—Vamos a ver... —dijo Blendershin, y después de una pausa, añadió—: ¿Tienen alguna renta su esposa o usted?

—No —contestó Lewisham.

—¿Entonces?

Una pausa significativa de otro descenso en la escala de los valores morales, y un empujón al obstáculo.

—Pero lo descubrirán —dijo Lewisham.

Blendershin sonrió.

—Más que capacidad se pide voluntad de enseñar, ¿comprende? Y *ellos* no descubrirán nada. El tipo de maestro de escuela con que nosotros tratamos es incapaz de descubrir nada. El mismo director de la escuela es incapaz de enseñar ninguna de estas asignaturas... y en consecuencia, no cree que puedan ser enseñadas por nadie. Háblele usted de pedagogía y él le hablará de experiencia práctica. Pero él pone todas estas materias en sus prospectos, y quiere que tengan su correspondiente lugar en el horario. Alguna de estas asignaturas..., la geografía comercial, por ejemplo; ¿qué es eso de la geografía comercial?

—Tonterías —dijo el empleado, mordisqueando el extremo de la pluma, y añadió, pensativamente—: Y paparruchas.

—Caprichos —continuó Blendershin— y nada más que caprichos. Los periódicos escriben sandeces sobre la educación comercial, el duque de Devonshire se les añade y se pone a charlar de lo mismo (pretendiendo ser idea suya), de lo mucho que a él le interesa, de que los padres se percaten de su importancia, y que los maestros de escuela estén obligados a enseñarlo, y por consiguiente los auxiliares también. ¡Y esto es todo!

—Muy bien —dijo Lewisham, conteniendo el aliento en un ahogado sollozo de vergüenza—. Ponga todo eso, si quiere. Pero fíjese bien, quiero una plaza sin residencia obligatoria.

—Bueno —repuso Blendershin—, tal vez su ciencia le valga. Pero ya le digo yo que es difícil. Puede que alguna escuela subvencionada acepte sus servicios. Y eso es

todo, me parece. Tome nota de la dirección...

El empleado hizo un ruido intermedio entre un silbido y la palabra «precio». Blendershin miró hacia Lewisham y asintió dubitativamente con la cabeza.

—El precio de inscripción —murmuró el empleado—, es media corona. La correspondencia, que se paga por adelantado, otra media corona.

Pero Lewisham se acordó, de cierto consejo que le había dado Dunkerley en los viejos días de Whortley. Vaciló, y dijo por fin:

—No. No lo pagaré. Si ustedes me consiguen algo les daré la comisión; si no, no.

—Pero así perdemos nosotros —suplicó el empleado.

—Y es muy natural —dijo Lewisham—. Juego limpio.

—¿Vive en Londres? —preguntó Blendershin.

—Sí —respondió el empleado.

—Muy bien —repuso míster Blendershin—. Entonces no contaremos nada por sellos de correo. Claro que ya ve usted que la temporada escolar ha terminado prácticamente y no debe usted esperar gran cosa por ahora. A veces hay algún cambio por Pascua... No hay nada más... Buenas tardes. ¿Hay alguien más, Binks?

Messrs. Maskelyne, Smith y Thrums se ocupaban en asuntos de más alta categoría que Blendershin, cuya especialidad eran los establecimientos particulares para clase baja, y las escuelas subvencionadas del tipo más barato. Tan superiores eran en realidad Maskelyne, Smith y Thrums, que consiguieron que Lewisham se encolerizara, al rehusar, de buen principio, tomar nota de su solicitud. Lewisham fue interrogado brevemente por cierto joven que vestía y hablaba con una precisión ofensiva, y cuya mirada se adhirió rígidamente al cuello impermeable que llevaba Lewisham durante todo el rato que duró el interrogatorio.

—Difícilmente entra en nuestro ramo —objetó, empujando hacia Lewisham un cuestionario para que éste lo llenara; y añadió—: La mayoría de los que aquí vienen son de clases altas y proceden de buenas escuelas preparatorias, ¿sabe usted?

Mientras Lewisham llenaba el cuestionario con sus múltiples «ologías» y «ografías», un joven de apariencia ducal entró, saludando amistosamente al otro joven de la precisión en todo. Lewisham, inclinado sobre la mesa, escribiendo, percibió que aquel rival profesional llevaba una levita muy larga, botas de charol y unos hermosísimos pantalones grises. Sus conceptos sobre la competencia se ensancharon. El joven de la precisión, con un movimiento de ojos, hizo fijar la atención del recién llegado en el cuello impermeable de Lewisham, y el recién llegado contestó enarcando las cejas y frunciendo levemente los labios.

—Ese canalla de Castleford me ha contestado —dijo el recién llegado con una voz sonora y bien timbrada—. ¿Vale la pena?

Cuando se hubo discutido sobre el canalla de Castleford, Lewisham entregó su documento, y el joven de la precisión, con la mirada todavía fija en el cuello impermeable, tomólo como quien alcanza algo a través de un abismo.

—Dudo de que podamos hacer nada por usted —murmuró para tranquilizarle—, pero pudiera ser que tuviéramos dentro de poco una plaza vacante de profesor de inglés. La ciencia no cuenta mucho en *nuestra* clase de escuelas, ¿comprende usted?

Clásicos, y buenos deportes..., esto es lo nuestro.

—Ya —dijo Lewisham.

—Buenos deportes, buena forma, ¿comprende usted?, y todo eso.

—Ya —repitió Lewisham.

—¿No procedería usted de alguna escuela pública?^[6] —preguntó el joven de la precisión.

—No —respondió Lewisham.

—¿Dónde se ha educado usted?

El rostro de Lewisham enrojeció.

—¿Importa mucho? —replicó, con la mirada fija en los exquisitos pantalones grises.

—En nuestro tipo de escuela importa mucho, sí, señor. Es una cuestión de tono, ¿comprende usted?

—Ya —volvió a decir Lewisham, empezando a darse cuenta de nuevas limitaciones.

Su impulso inmediato consistió en huir de las miradas de aquel maestro auxiliar que iba tan bien trajeado.

—Supongo que me escribirán si tienen algo —añadió, y el joven de la precisión respondió con acritud al movimiento que inició en dirección a la puerta.

—¿Le vienen muy a menudo esta clase de cosas? —preguntó el joven bien trajeado, cuando Lewisham se hubo marchado.

—Bastante. No tan malos como ése, ¿comprende usted? Ese cuello impermeable..., ¿se ha fijado? ¡Uf! Y el «ya». Y las malas miradas y la torpeza de todo ello. Es evidente que no tiene un solo traje decente, ¡y está dispuesto a presentarse en una nueva escuela con una maleta de hojalata! Pero esos tipos, y también los maestros de escuelas de media pensión, se meten por todas partes. Precisamente el otro día estuvo aquí Rowton.

—¿No sería el Rowton de Pinner?

—Sí, el Rowton de Pinner. Y me pidió *in continenti* un director residente, diciéndome: «Quiero alguien que sepa enseñar aritmética.»

Y se echó a reír. El joven bien trajeado meditó con la vista fija en el puño del bastón.

—Un mostrenco de este tipo no se encontrará bien en ninguna parte —dijo—. Y en todo caso, si consigue meterse en una escuela decente, verá que todas las personas decentes hacen el vacío a su alrededor.

—Será demasiado cara dura para preocuparse por tan poca cosa, me imagino —repuso el agente escolar—. Este pertenece a un tipo nuevo. South Kensington y los politécnicos los están produciendo a centenares...

Lewisham olvidó su resentimiento por tener que profesar una religión en la que no creía, ante su nuevo descubrimiento de la importancia escolar de la indumentaria. Fue andando y mirando los cristales de los escaparates de las tiendas donde podía ver reflejada la imagen de su persona. Indiscutiblemente sus pantalones eran desgarrados, ondeaban abominablemente por encima de las botas y llevaba unas

acusadas rodilleras; y sus botas no eran sólo feas y usadas, sino que además estaban pésimamente betunadas. Los puños de la camisa sobresalían escandalosamente de la bocamanga y al mismo tiempo se dio cuenta de una enorme asimetría en el cuello de la chaqueta; la corbata estaba mal anudada y puesta de través, ¡y aquel cuello impermeable! Era reluciente, ligeramente tostado, y de repente se lo sintió húmedo y frío en el codo. ¿Y qué, si resultaba que a fin de cuentas se hallaba muy bien preparado para la enseñanza de las ciencias? Aquello no era nada. Especuló sobre el coste de un traje completo. Sería inútil adquirir unos pantalones grises como los que había visto, por menos de dieciséis chelines, y calculó que una levita valdría, por lo menos, cuarenta chelines, y posiblemente más. Sabía que la buena ropa era muy cara. Vaciló un momento ante la puerta de casa Poole, pero al fin se alejó. La cosa estaba fuera de discusión. Cruzó Leicester Square y prosiguió por Bedford Street, sintiendo antipatía por todas las personas bien vestidas con las que se encontraba.

Messrs, Danks y Wimborne habitaban un establecimiento semejante a un banco, cerca de Chancery Lane, y sin que mediara ninguna conversación le entregaron un cuestionario para que lo llenara. «¿Religión?», preguntaba el cuestionario. Lewisham se detuvo un momento y escribió «anglicana».

De allí se encaminó al Colegio de Pedagogos, en Holborn. El Colegio de Pedagogos se presentó en forma de un personaje de largas barbas, corpulento, de aire satisfecho, con una delgada cadena de reloj de oro y unas manos gordezuelas. Llevaba unas gafas con montura de oro, y tenía unos modales amables y confidenciales que sirvieron de mucho para cicatrizar los heridos sentimientos de Lewisham. Las «ologías» y las «ografías» fueron anotadas con expresiones de cortés sorpresa ante su número.

—Usted tendría que matricularse para uno de nuestros diplomas —dijo aquel simpático hombre corpulento—. No hallaría dificultades. No hay concurso. Y en cambio hay premios..., varios premios..., en metálico.

Lewisham no se dio cuenta de que el cuello impermeable había encontrado un observador que lo consideraba con toda la simpatía.

—Damos cursillos, y tenemos exámenes de teoría y práctica de la educación. Es el único examen en teoría y práctica de la educación que existe en este país para los que se dedican a la enseñanza de la clase media y de la clase alta. Exceptuando el título de Maestro. Y asisten muy pocos. Unos doscientos al año. La mayoría institutrices. Los hombres prefieren enseñar por métodos basados en la experiencia y en la práctica, no en la teoría. Eso ya lo debe saber usted. Es una característica inglesa esa de confiarlo todo a la práctica y a la experiencia. No vale la pena criticarlo, naturalmente, pero inevitablemente ocurrirá algo..., algo muy desagradable, no sé cuándo será, pero si las cosas siguen como ahora... Las escuelas americanas van mejorando cada día..., las alemanas también. Lo que estaba bien en el pasado no lo estará en el futuro. Se lo digo a usted, ¿sabe?, pero me guardo mucho de decírselo a todo el mundo. No valdría la pena. Como tampoco vale la pena de hacer nada. ¡Hay que tomar en consideración tantísimas cosas! Sin embargo... Pero haría usted bien en conseguir un diploma y hacerse más eficiente. Aunque esto le servirá más bien para

el porvenir.

Habló del porvenir con una risilla irónica, como si aquello fuese una de sus pequeñas debilidades. Dejando aparte aquellos conceptos, comunicó a Lewisham todos los detalles de los diplomas que expedía aquel Colegio, y prosiguió con otras posibilidades.

—Hay la enseñanza privada. ¿Le importaría ocuparse de un muchacho mentalmente atrasado? Además, a veces nos piden maestros visitantes, generalmente para escuelas de muchachas. Pero estas plazas son para hombres de más edad..., hombres casados, ¿sabe usted?

—Yo estoy casado —replicó Lewisham.

—¿Eh? —exclamó el hombre, asustado.

—Que estoy casado —repitió Lewisham.

—¡Ay, ay, ay! —añadió el hombre gravemente, y mirando a míster Lewisham por encima de sus lentes con montura de oro, repitió—: ¡Ay, ay, ay! Yo tengo más del doble de su edad y soy soltero. ¡Veintiún años...! ¿Hace... hace mucho tiempo que está casado?

—Unas semanas —respondió Lewisham.

—Es muy notable, muy interesante... ¡Vaya, vaya! Su esposa debe de ser muy valiente... ¡Dispense! Es que..., ¿sabe usted...? Tendrá usted que luchar con denuedo para conseguir un buen puesto. Sin embargo sí, esto le hace aceptable para una escuela de muchachas; sí, ciertamente. Aunque, hasta cierto punto; eso es.

El acrecentado respeto que evidentemente le mostró el Colegio de Pedagogos, complació extraordinariamente a Lewisham. Pero su encuentro con la Agencia Médica, Escolar y Clerical, que está al lado del puente de Waterloo, le deprimió de nuevo, y después de esta entrevista se encaminó directamente hacia su casa. Mucho antes de llegar se sintió fatigado, y su simple orgullo de sentirse casado y en activa pelea contra un mundo indiferente y antipático, se desvaneció. Su rendición ante la cuestión religiosa le había dejado una estela de irritada amargura, y, por otra parte, el problema de la indumentaria era, por desgracia, muy importante. Estaba todavía lejos de la idea de que su precio en el mercado era más bien por debajo que por encima de un centenar de libras al año, pero la persuasión de este hecho iba ganando terreno en su mente.

El día era gris. Hacía un viento frío y violento, y un clavo en la suela de las botas le empezó a molestar. Ciertos disparates y equivocaciones en que había incurrido durante su reciente examen de Botánica, y que, hasta entonces, habían quedado apartados de su mente, irrumpieron de nuevo atrayendo su atención. Por primera vez, desde su matrimonio, albergó en su mente la idea de un posible fracaso.

Al llegar a su casa lo único que deseaba era sentarse inmediatamente en la pequeña silla que crujía, al calor de la lumbre, pero Ethel vino a él revoloteando, desde la recién adquirida máquina de escribir, con los brazos extendidos, y se lo impidió.

—¡Oh! ¡Qué aburrido ha sido! —dijo Ethel.

Lewisham no se dio cuenta del cumplido.

—Tampoco yo me he divertido tanto como para que tú te quejes —murmuró en un tono nuevo para ella.

Se desasíó de su abrazo y se sentó. Entonces notó la expresión del rostro de Ethel.

—Estoy cansado —expuso a guisa de excusa—. Y tengo ahí un maldito clavo en la bota. Tendré que darle unos martillazos. Cansa mucho esto de ir a la casa de esos agentes, pero claro está que es mucho mejor ir a verles personalmente. ¿Cómo te ha ido todo?

—Muy bien —repuso ella, sin dejar de mirarle, y añadió—. Estás cansado. Vamos a tomar el té... Y... déjame que te quite la bota, querido. Sí..., hazme el favor.

Hizo sonar el timbre, salió de la estancia con mucho movimiento, llamó desde el pie de la escalera para que le trajeran el té, volvió a entrar, tiró a un rincón el desgarrado cojín de *mistress* Gadow y empezó a desatarle la bota. El humor de Lewisham cambió radicalmente.

—Eres un sol, Ethel —dijo—. Que me ahorquen si no es verdad.

Al quedar desatados los cordones, Lewisham se inclinó hacia adelante, besándola en la oreja. La operación de quitarle la bota quedó en suspenso, y hubo un intercambio de caricias...

Después Lewisham se puso las zapatillas y se sentó con una taza de té en la mano. Ethel, arrodillada sobre la esterilla frente al hogar, con la luz del fuego iluminándole el rostro, le contaba que había recibido respuesta aquella misma tarde a su anuncio en el *Athenæum*.

—Va bien —dijo Lewisham.

—Es un novelista —continuó ella, con orgullo en sus pupilas, entregándole la carta, y añadió—: Lucas Holderness, el autor de *El horno del pecado* y otros cuentos.

—Esto es magnífico —repuso Lewisham, con leve asomo de envidia, inclinándose hacia adelante para leerla a la luz de la lumbre.

La carta procedía de una dirección en Judd Street, cerca de Euston Road; estaba escrita en buen papel y en una caligrafía redondeada, tal como hay que imaginársela en un novelista. «Muy señora mía —decía—, propongo enviarle por correo certificado el manuscrito de una novela en tres tomos. Contiene unas noventa mil palabras, pero deberá usted contar el número exacto.»

—No sé cómo voy a contarlas —dijo Ethel.

—Ya te enseñaré un procedimiento —explicó Lewisham—. Eso no es ninguna dificultad. Cuentas las palabras de tres o cuatro páginas, calculas la media y multiplicas por el número de páginas.

«Pero, naturalmente, antes de comprometerme en ello, debo de contar con una garantía suficiente de que mi confianza al dejar mi obra en sus manos no será objeto de mal uso y de que su ejecución será de la elevada calidad que necesito que sea.»

—¡Oh! —exclamó—. Eso sí que será un inconveniente.

«Por lo tanto, debo pedir que me proporcione los informes de que disponga.»

—Eso sí que es una calamidad —murmuró Lewisham—. Supongo que ese asno de Lagune... Pero, ¿qué dice? «O, en caso de no tener informes, un depósito...» Esto

es razonable, supongo.

¡Era un depósito tan modesto...! Solamente una guinea. Aunque las dudas hubiesen sido más fuertes, el aspecto esperanzado de la joven Ethel, dispuesta a ayudar en lo que fuere, ansiosa de trabajar, se las habría hecho desechar.

—Mandándole un cheque le demostraremos que tenemos cuenta corriente en el banco —dijo Lewisham.

Sus relaciones con el banco eran todavía lo suficientemente recientes para llenarle de orgullo.

—Le mandaremos un cheque. Y quedará zanjado el asunto.

A última hora de la tarde, después de haber enviado el cheque, las cosas se pusieron más brillantes con la llegada de una carta de anuncios atrozmente velografiados procedentes de Danks y Wimborne. Todos ellos se referían a plazas vacantes para las que Lewisham era manifiestamente inadecuado. Sin embargo, la llegada de aquella carta trajo consigo una alentadora seguridad de que las cosas marchaban por buen camino, y de que había puntos movedizos e inestables en las defensas de aquel mundo que asediaban. Después, intercalando ocasionales zalamerías con destino a Ethel, Lewisham se puso a revisar los apuntes del último año, porque ahora que la Botánica había terminado, estaba empezando un curso de Zoología Superior, que era el último salto, como si dijéramos, para conseguir la Medalla Forbes. Ethel fue a buscar a su habitación el mejor sombrero que tenía con objeto de hacer ciertos cambios en los adornos, y al volver se sentó en la silla pequeña, mientras Lewisham, con muchos documentos extendidos frente a él, se sentaba a la mesa.

Al cabo de unos momentos Ethel levantó la vista de un adorno que estaba colocando en su sombrero para descubrir que Lewisham ya no estaba leyendo, sino que tenía la vista extraviada, mirando fijamente al centro de los manteles, con expresión de gran pesimismo. Se olvidó de su sombrero y se quedó mirándole.

—¿En qué piensas? —preguntó, después de un intervalo.

Lewisham tuvo un sobresalto y alzó la vista.

—¿Eh?

—¿Por qué tienes esta cara tan triste? —prosiguió Ethel.

—¿Yo tengo la cara triste?

—Sí. Triste y afligida.

—Estaba pensando en lo que me gustaría echar a algún obispo dentro de una caldera de aceite hirviendo.

—¡Qué horror!

—Saben perfectamente que la razón está en contra de lo que predicán. Saben perfectamente que el no creer no es locura ni maldad, y que no puede hacer ningún daño a los demás. Saben también perfectamente que un hombre puede ser tan honrado como el sol que nos ilumina, honrado y decente en todos los aspectos, y no creer en lo que ellos predicán. Y saben también que para que cualquier hombre profese determinada creencia hay que embotarle el sentimiento del honor. Sea la creencia que sea. Y, a pesar de saberlo, no quieren confesarlo. Supongo que querrán

el honor de cada hombre. Si el hombre es rico irán a alabarlo y a adularlo interminablemente, aunque él se ría de todas sus predicaciones. Pero si el hombre es pobre y confiesa no creer en nada de aquello en que ellos escasamente creen, no levantarán ni un dedo para ayudarlo contra la ignorancia de sus secuaces. Tu padrastro tenía toda la razón en este aspecto. Saben perfectamente lo que ocurre. Saben que significa mentiras y engaños para muchísima gente, pero les importa un bledo. ¿Para qué? Ellos se lo han tragado. Si, a ellos les han enredado, ¿por qué no deben enredarnos a nosotros?

Habiendo elegido Lewisham a los obispos como cabezas de turco en su mal humor, estaba casi a punto de atribuirles también la culpa del clavo de su bota.

Mistress Lewisham parecía algo confusa; se dio perfecta cuenta, sin embargo, de que su esposo iba a la deriva.

—¿No serás —musitó bajando la voz— un *infiel*?

Lewisham asintió tétricamente, con la cabeza.

—¿Y tú no? —inquirió.

—¡Oh, no! —repuso *mistress* Lewisham.

—Pero no asistes a la iglesia, y no...

—No, no asisto a la iglesia —contestó *mistress* Lewisham; y añadió, con más aplomo—: Pero no soy ninguna infiel.

—¿Eres cristiana?

—Eso creo.

—Pero toda cristiana... ¿En qué crees?

—¡Oh! En que hay que decir la verdad, obrar bien, no molestar ni perjudicar a nadie, y todo eso.

—Eso no es ser cristiana. Cristiano es el que cree.

—Esto es lo que es ser cristiana según mi parecer —replicó *mistress* Lewisham.

—¡Oh! A este tenor cualquiera puede ser considerado como cristiano —dijo Lewisham—. Para todo el mundo está bien obrar bien, y está mal obrar mal.

—Pero no todos hacen lo que piensan —respondió *mistress* Lewisham volviendo a su sombrero.

—No —concedió Lewisham, un poco desconcertado por el método de discusión femenino—. No todos hacemos lo que pensamos... Muy cierto.

Quedóse mirándola fijamente un momento... Tenía la cabeza algo inclinada a un lado y la vista fija en el sombrero... La mente de Lewisham estaba ocupada por un extraño descubrimiento. Pareció estar a punto de hablar, pero volvió de nuevo a sus apuntes.

Muy pronto el centro de los manteles volvió a ejercer su fascinación sobre Lewisham.

Al día siguiente míster Lucas Holderness recibió su cheque por valor de una guinea. Desgraciadamente estaba cruzado. Meditó unos momentos y después cogió pluma y tinta y cambió aquel descuidado «una» en «cinco», retocando luego la cifra para que correspondiera con la letra.

Podéis imaginároslo, flaco, cadavérico, pero aún de bastante buen ver, con largo pelo negro, y un indumento semiclerical usadísimo. Hizo las enmiendas con gran gravedad y cuidado. Después llevó el cheque a la tienda de ultramarinos. El tendero lo examinó, lleno de sospechas.

—Cóbrese —dijo míster Lucas Holderness—. ¿Duda usted? ¡Cóbrese, hombre! No conozco al que me lo ha enviado ni sé lo que hace. Puede que sea un estafador. No puedo responder de él. Vaya a cobrarlo a su banco y vea usted mismo. Ya me devolverá el cambio entonces. Puedo esperar. Ya volveré a llamar dentro de unos días.

—Estaba bien, ¿verdad? —inquirió míster Holderness, en tono de indiferencia, dos días más tarde.

—Muy bien, míster Holderness —repuso el tendero, con mucho mayor respeto que antes, y le entregó las cuatro libras, trece chelines y seis peniques de cambio.

Míster Lucas Holderness, que había estado estudiando las existencias del tendero con curiosa intensidad, se animó inmediatamente y compró una lata de salmón. Salió de la tienda con el resto del dinero en la mano porque sus faltriqueras eran viejas y poco dignas de confianza. Al pasar por el horno compró un panecillo.

Arrancó de un mordisco un gran pedazo de pan así que hubo salido de la tienda, y continuó su camino mascando. Era un trozo de pan tan grande que su boca se contorsionaba en feísimas muecas. Tragó con gran esfuerzo, alargando el cuello varias veces. Sus ojos expresaban una gran satisfacción animal. Torció por la esquina de Judd Street, mordiendo el pan por segunda vez, y el lector de esta novela, igual que los Lewisham, no sabrá ya más de él nunca más.

CAPÍTULO XXVI

EL ENCANTO SE DESVANECE

DESPUÉS de todo, el rosado noviazgo y el no menos rosado matrimonio y epitalamio no son sino la aurora de todo lo demás, y a este rosado comienzo le sigue el espacioso intervalo de luz blanca y laboriosa. Por más que se intente detener el curso de aquellos deliciosos momentos, no puede evitarse que se vayan desvaneciendo hasta desaparecer implacablemente. No hay regreso, no hay recuperación, sólo para los tontos existen las viles obscenidades e imitaciones en diversos antros y cámaras oscuras. Seguimos adelante..., crecemos..., nos desarrollamos. Por fin, envejecemos. Nuestra joven pareja, surgiendo ahora de una atmósfera de crepúsculos y luceros, se encontró con un cielo que se agrisaba por momentos y se vieron recíprocamente por primera vez con claridad bajo la luz cotidiana.

Sería, tal vez, hablar en favor del refinamiento de rado y digno enfriamiento, a pequeñas ocultaciones patéticas de decepción y a un decente mantenimiento de la atmósfera sentimental, llegando así, por fin, bajo la plena luz del día. Pero nuestra joven pareja era demasiado ingenua para ello. Los primeros indicios de su falta de identidad ya han sido descritos, pero ahora resultaría tedioso y lamentable que relatásemos cada una de las pequeñas intensificaciones, matiz por matiz, del conflicto de sus individualidades. Llegaron a enfadarse, llegaron a serias discusiones. La tensión de las constantes preocupaciones les agobiaba: la disminución de los fondos y la ansiosa búsqueda de un trabajo que no llegaba nunca. Y además, en Ethel había que tener en cuenta la depresión de largas, vacantes y solitarias horas en un ambiente insulso y triste. Surgían peleas por las cosas más indiferentes. Una noche, Lewisham estuvo completamente despierto, lleno de estupor, porque Ethel le había dejado convencido de que a ella le importaba un ardite el Bienestar de la Humanidad, y consideraba que su socialismo era una fantasía y una indiscreción. Y un domingo por la tarde salieron a pasear bajo los más placenteros auspicios, para regresar encendidos y encolerizados, con abundancia de sátiras y punzantes réplicas soltándose libremente de ambas bocas, a propósito de las convenciones sociales descritas en los novelones que leía Ethel. Por alguna razón inexplicable, Lewisham creyó conveniente odiar fuertemente aquellos novelones. Estas embestidas eran, en su mayor parte, meras escaramuzas, y los silencios y situaciones embarazosas que seguían a continuación, se acababan tarde o temprano «haciendo las paces», de una manera tácita o expresa, aunque en una o dos ocasiones el hacer las paces sólo sirvió para volver a abrir la herida que se estaba cicatrizando. Y cada escaramuza dejaba su cicatriz permanente, borrando de una y otra de las líneas de sus vidas los tonos que aún quedaban del colorido romántico de tiempos todavía recientes.

No se presentó ningún trabajo, no tuvieron ninguna entrada complementaria de

dinero ninguno de los dos, durante cinco larguísimos meses, exceptuando dos cosillas insignificantes. En una ocasión Lewisham ganó doce chelines en un concurso de un semanario de a penique, y en tres ocasiones se presentaron unas porciones infinitesimales de manuscrito para ser mecanografiado, procedentes de cierto poeta que, al parecer, se había fijado en el anuncio del *Athenæum*. Se llamaba Edwin Peak Baynes, y tenía una caligrafía achaparrada e informe. Envió varias composiciones líricas cortas, escritas en trozos de papel, con la advertencia de que «deseaba tres copias de cada poesía, escritas hermosamente en distintos estilos» y «sin que se juntaran con sujetadores metálicos, sino con hilos de seda de un color apropiado». Tanto Ethel como Lewisham estuvieron muy preocupados por cumplir adecuadamente dichas instrucciones. Uno de los fragmentos se titulaba *Canción de pájaro*, otra *Sombras de nube*, y otra *Eryngium*, pero Lewisham fue de la opinión que podían muy bien recibir el título colectivo de *Tonterías*. Como pago, este poeta mandó, en contravención con los reglamentos postales, medio soberano pegado a una postal, rogándole que se quedara con el cambio a cuenta de las futuras ocasiones que se presentaran. Al cabo de poco tiempo, le fueron devueltas por el poeta en persona varias copias muy alteradas de aquellas composiciones líricas, con esta enigmática instrucción escrita a través del sobre de cada una: «Este es el estilo que me gusta, sólo que, si es posible, lo sea aún más».

Lewisham había salido, pero Ethel abrió la puerta, de modo que aquel endorso era innecesario.

—Es nada más que un muchacho —explicó Ethel, describiendo la entrevista a Lewisham, que se mostró curioso por conocerla.

Ambos tuvieron la impresión que la juventud de Edwin Peak Baynes reducía mucho la importancia del empleo.

Desde su matrimonio hasta los exámenes finales en junio, la vida de Lewisham tuvo un aspecto extrañamente anfibio. En su casa estaba Ethel y la constante y dolorosa búsqueda de empleo, las irritaciones producidas por las persistentes sobrecargas de *mistress* Gadow, etc. En medio de tales cosas Lewisham se sentía prodigiosamente adulto; pero intercalándose con estas experiencias había aquellos intervalos en Kensington, fragmentos de su adolescencia, como si dijéramos, sobrenadando en medio de la nueva materia constituida por su cumplida virilidad, intervalos durante los que él era simplemente un estudiante insubordinado y decepcionante con una creciente disposición al chismorre. En South Kensington vivía en medio de teorías e ideales, tal como es propio de todo estudiante. En sus reducidas habitaciones de Chelsea, que se fueron volviendo calurosas y bochornosas a medida que fue avanzando el verano, y con él, el cúmulo de folletines de a penique, tan del gusto de Ethel, vivía, en cambio, dentro de su concreta situación particular, y los ideales dejaban sitio a la realidad.

Lewisham percibió borrosamente que era un mundo extrañamente angosto aquel en que floreció su virilidad. Los únicos visitantes eran los Chaffery. Chaffery se presentaba a compartir su cena, y se ganaba la voluntad de Lewisham, a pesar de su truhanería, por su incesante y entretenido monólogo y por el respeto y envidia que

expresaba hacia las adquisiciones científicas de Lewisham. Además, a medida que transcurría el tiempo, Lewisham se iba poniendo de acuerdo con la amargura de Chaffery contra todos aquellos que gobiernan el mundo. Le gustaba oírle hablar de obispos y similares. Chaffery decía elegantemente lo que Lewisham sentía pero no sabía cómo expresar. *Mistress Chaffery* estaba siempre moviéndose de un lado a otro, figurita desaseada, negra, nerviosa y vaga, que iba a ver a Ethel porque ésta, a pesar de sus expresadas creencias de que el amor lo era «todo en todo», encontraba su vida de casada muy aburrida y solitaria mientras Lewisham estaba fuera. Y cuando él volvía, ella se iba apresuradamente, a causa de cierta irritabilidad que la lucha contra el mundo le estaba desarrollando. Lewisham no habló a nadie en Kensington de su matrimonio, al principio porque lo consideraba un secreto delicioso, y luego por otras razones muy distintas. De modo que no había relación en sus dos vidas. Los dos mundos principiaban y terminaban en la verja de hierro de la entrada. Pero vino un día en que Lewisham traspasó esta verja por última vez y su adolescencia quedó terminada para siempre.

En el examen final del curso de Biología, el examen que señalaba el final de su ingreso semanal de una guinea, se dio cuenta perfectamente de que lo había hecho mal. La víspera del día de exámenes le había encontrado atrasado en su trabajo, exaltado, vencido, con el pelo en desorden y las orejas coloradas. Estuvo hasta el último momento luchando obstinadamente para mantener su sangre fría y montar el conducto ciliado del nefridio de una lombriz. Pero los conductos ciliados no dan facilidades a aquellos que han eludido las prácticas de laboratorio. Se levantó, entregó su ejercicio al moroso asistente de aspecto envejecido que tan lisonjeramente le había recibido ocho meses antes, y salió del laboratorio por la puerta donde se apiñaban todos sus compañeros de estudios.

Smithers hablaba en voz muy alta de las dificultades de la identificación, y el estudiante de las grandes orejas escuchaba atentamente.

—¡Ahí está Lewisham! ¿Cómo te ha ido, Lewisham? —preguntó Smithers sin ocultar su seguridad sobre el resultado.

—Horriblemente... —repuso Lewisham, concisamente, abriéndose paso para largarse.

—¿Te han suspendido? —gritóle Smithers.

Lewisham hizo como si no lo hubiese oído.

Miss Heydinger estaba allí, con el sombrero en la mano, y miró los congestionados ojos de Lewisham. Él estuvo a punto de pasar por su lado sin pararse, pero había algo en el semblante de ella que penetró en su mente, y le hizo detenerse.

—¿Pudiste montar el nefridio? —preguntó Lewisham, tan amablemente como pudo.

Miss Heydinger negó con la cabeza.

—¿Irás abajo? —solicitó la joven.

—Eso parece —contestó Lewisham, con una vaga inflexión en su voz, a consecuencia del insulto que acababa de recibir de Smithers.

Abrió la puerta vidriera del pasillo que daba a la escalera. Los dos bajaron un

tramo de aquella espiral cuadrada, en silencio.

—¿Volverás el año que viene? —preguntó *miss Heydinger*.

—No —murmuró *Lewisham*—. No; no volveré nunca más por aquí.

Pausa.

—¿Qué harás? —preguntó ella.

—No lo sé. Tendré que ir a ganarme la vida en alguna parte.

—Pensaba... —empezó a decir *miss Heydinger*, y se interrumpió para añadir—: ¿Volverás otra vez a casa de tu tío?

—No. Me quedaré en Londres. No sacaré nada con irme al campo. Y, además..., he reñido con mi tío.

—¿Qué piensas hacer? ¿Dedicarte a la enseñanza?

—Supongo que sí; aunque no estoy seguro. Haré cualquier cosa. Lo primero que se presente.

—Ya —musitó *miss Heydinger*.

Continuaron en silencio durante un rato.

—Supongo que volverás, ¿verdad? —preguntó él.

—Volveré a probar la Botánica, probablemente..., si encuentran sitio para mí. Y estaba pensando..., a veces se saben cosas. ¿Me quieres dar tu dirección? Por si supiera algo que pudiese convenirte.

Lewisham se detuvo al pie de la escalera, pensando.

—Claro —dijo.

Pero no hizo ningún esfuerzo para comunicarle su dirección, y ella tuvo que volver a pedírsela.

—¡Aquel maldito nefridio...! —exclamó *Lewisham*—. No me deja pensar en nada.

Se dieron recíprocamente las direcciones apuntándolas en hojas arrancadas de la libreta de *miss Heydinger*.

La joven esperó en el vestíbulo, mientras él firmaba en el libro-registro. Al llegar a la verja de hierro de la escuela, dijo la joven:

—Me voy por Kensington Gardens.

Lewisham se sentía irritado por el incidente de las direcciones y no quiso ver la invitación implícita.

—Yo voy hacia Chelsea.

Ella vaciló un momento; se quedó mirándole, perpleja, y dijo:

—Adiós, pues.

—Adiós —contestó *Lewisham*, quitándose el sombrero.

Atravesó *Exhibition Road* lentamente con su lustrosa cartera llena de libros, ahora ya muy ajada, en la mano. Se fue, pensativamente, hasta la esquina de *Cromwell Road*, y allí torció a la derecha, de modo que pudiera avistar el rojo torreón de las Escuelas de Ciencias elevándose por encima de los jardines del Museo de Historia Natural. Apesadumbrado, volvió otra vez la cabeza para mirarlo.

Estaba segurísimo de haber sido suspendido en su último examen. Sabía que cualquier carrera, como hombre de ciencia, estaba cerrada para él y para siempre. Y

entonces se acordó de la primera vez que había llegado, por la misma calle, a aquel gran edificio, y de todas las esperanzas y propósitos que le habían colmado a medida que se iba aproximando. ¡Aquel ensueño de trabajo incesante y perfecto! ¿Hasta dónde habría podido llegar con sólo una verdadera unidad de propósito para realizarlo?

Y había sido en aquellos mismos jardines donde él se había sentado en un banco, con Smithers y Parkson, a la vera del árbol fósil, para discurrir juntos sobre socialismo antes de pronunciar aquella memorable conferencia...

—Sí —murmuró hablándose en voz alta a sí mismo—, sí... Eso también ha terminado. Todo ha terminado.

Entonces la esquina del Museo de Historia Natural se interpuso entre él y su *Alma Mater* que de él se alejaba. Suspiró y volvió el rostro hacia las caldeadas habitaciones de Chelsea y el mundo todavía inconquistado.

CAPÍTULO XXVII

REFERENTE A UNA PELEA

ERA a finales de septiembre cuando ocurrió esta pelea a que nos referimos. Casi todos los matices de color de rosa parecían haberse ya desvanecido, porque los Lewisham ya llevaban seis meses de casados. Sus asuntos financieros se habían transformado de catastróficos en sórdidos. Lewisham había encontrado trabajo. Un maestro militar, de los de la antigua usanza, llamado capitán Vigours, deseaba contratar a alguien que fuese enérgico para sus alumnos atrasados en matemáticas y para enseñar dibujo geométrico, y lo que él se complacía en llamar «Ciencia de Sandhurst»^[7]. Pagaba a razón de dos chelines por hora sus inciertas demandas sobre el tiempo de que disponía Lewisham. Además había una clase de Matemáticas elementales, en Walham Green, donde Lewisham tenía que ir a demostrar su capacidad. Cincuenta chelines por semana parecía una cifra creíble, y hasta podía esperarse más. Era simplemente cuestión de arreglarse durante el intervalo hasta que Vigours pagase. Y mientras tanto, las blusas de Ethel empezaron a ajarse y Lewisham se abstuvo de hacerse recomponer la bota que se le había resquebrajado en la puntera.

El principio de la pelea fue una trivialidad. Pero al final se llegó a las generalidades. Lewisham había empezado el día de mal humor y bajo la influencia de una lucha consigo mismo que le había arrebatado el sueño y un pequeño incidente que nada tenía que ver con sus ostensibles diferencias, le prestó un calor emotivo muy por encima de su verdadero mérito. Al salir Lewisham por la puerta plegadiza vio una carta encima de las cosas del desayuno que estaban dispuestas sobre la mesa, y la actitud de Ethel parecía indicar un rápido retroceso de un no menos rápido movimiento. La carta, de repente, se cayó. Sus ojos se encontraron y Ethel se sonrojó. Él se sentó y cogió la carta..., algo torpemente acaso. Era de *miss* Heydinger. Lewisham dudó unos momentos y la llevó hasta mitad de camino del bolsillo; luego decidió abrirla. La carta era muy larga y se puso a leerla. En conjunto la consideró bastante sosa, pero no quiso que esto se dejara traslucir en su expresión.

Cuando la hubo leído se la metió cuidadosamente en el bolsillo.

Aquello, aparentemente, no tuvo nada que ver con la riña. El desayuno ya había terminado cuando comenzó la pelea. Era aquélla una mañana libre para Lewisham, y se dispuso a ocuparla en la revisión de ciertas notas referentes a la «Ciencia de Sandhurst». Desgraciadamente, la búsqueda de su cuaderno de apuntes le hizo entrar en colisión con el montón de folletines de Ethel.

—Estos trastos están por todas partes —exclamó después de una ráfaga de vehemente manipulación—. Te agradecería que los pusieras en orden uno de estos días.

—Ya estaban bastante en orden hasta que tú empezaste a echarlos por todos lados —indicó Ethel.

—¡Maldita porquería! Sólo es buena para quemar —hizo notar Lewisham, al universo en general, y al mismo tiempo tiró un novelón de aquéllos al suelo, con toda mala intención.

—Bueno; tú también intentaste escribir una novela —murmuró Ethel, recordando cierto monumental paquete de papel para escribir que había terminado muy mal, antes de que Lewisham encontrase su aplicación industrial.

Este recordatorio tenía en gran manera la virtud de irritarle.

—¿Eh? —preguntó severamente.

—Que intentaste escribir una novela —repitió Ethel... un poco a disgusto.

—No quieres que lo olvide.

—Eres tú quien me lo ha hecho recordar.

Él miró con semblante hostil, durante un rato.

—Bueno; sea como sea, estos trastos son un montón de porquería. No hay ni un rincón limpio en toda la habitación. No hay nada que esté limpio.

—Esto es lo que siempre dices.

—Bueno, ¿hay algo que esté limpio?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

Ethel hizo como si no lo hubiese oído. Pero un demonio se había apoderado de Lewisham.

—Como si tuvieras muchas cosas que hacer —subrayó Lewisham, zahiriéndola de un modo muy inconveniente.

Ethel se revolvió.

—Si *pongo* estos libros en otra parte —dijo con un tremendo énfasis en el «pongo»—, dirás que los escondo. ¿Qué se gana con hacer todo lo posible por complacerte?

El espíritu de la perversidad sugirió a Lewisham:

—Nada, a lo que parece.

Las mejillas de Ethel se ruborizaron, y los ojos le brillaron con no vertidas lágrimas. Bruscamente abandonó la defensiva y soltó, sin ninguna consideración, aquello que había estado latente tanto tiempo entre ellos. Su voz se hizo apasionada.

—Nada de lo que hago te satisface, desde que la *miss* Heydinger esa empezó a escribirte.

Hubo una pausa, un vacío. Ambos parecieron quedar pasmados. Hasta entonces se había mantenido la convención tácita de que ella no sabía nada de la existencia de *miss* Heydinger. Lewisham vio una luz.

—¿Cómo lo sabías? —empezó por decir; pero vio que aquella actitud era imposible y adoptó una fingida naturalidad; lanzó un «¡uf!» visiblemente rencoroso, y alzando más la voz, añadió en irritado tono de repulsa—: ¡Eres una insensata! ¡Qué cosas de decir! ¡Como si alguna vez te hubieses preocupado de complacerme en algo! ¡Como si no fuese precisamente todo lo contrario!

Se interrumpió, sorprendido por la momentánea percepción de que aquello era una injusticia. Pero, rehaciéndose, se lanzó de cabeza al detalle precioso que había

intentado eludir.

—¿Cómo supiste que se trataba de *miss* Heydinger...?

La voz de Ethel sonó entrecortada por las lágrimas.

—No me estaba permitiendo saberlo, ¿verdad?

—Pero ¿cómo lo supiste?

—Supongo que creerás que no es cosa que deba importarme, ¿verdad? ¿Te has creído que soy de piedra?

—Quieres decir que piensas...

—Sí... lo pienso.

Durante un breve intervalo Lewisham abrió los ojos ante el resultado que ella había deducido. Buscó algún argumento decisivo alguna línea de convincente raciocinio con que engolfar y ocultar este nuevo aspecto de las cosas. Pero no se le ocurrió nada. Lewisham se encontró sitiado por todos lados. Una oleada irracional se apoderó de él.

—¡Celos! —exclamó—. ¡Celos! Como si... ¿No puedo recibir cartas que hablen de cosas que tú no comprendes... que tú no quieres comprender? Si te pidiera que me la leyeras no podrías... Y precisamente porque...

—Porque nunca me ofreces la ocasión para que lo entienda.

—¿Ah, no?

—¡No!

—¡Vamos...! Al principio estaba siempre intentándolo. Socialismo, religión..., todas esas cosas. Pero tú no te preocupes por nada. A ti no te interesa. ¡No quieres reconocer que yo he reflexionado mucho sobre estas cosas, que a mí me importan muchísimo estas cosas! Es inútil discutir contigo. Tú sólo te cuidas de mí en un único aspecto... y todo el resto de lo que a mí me atañe... ¡no te importa nada! Y porque tengo una amiga...

—¡Una amiga!

—¡Sí..., una *amiga*!

—¡Vaya...! ¡Por eso ocultas sus cartas!

—Porque te estoy diciendo que no entenderías una palabra de lo que en ellas se trata. Pero, ¡bah! No quiero discutir. No me da la gana, ¡ea! Tú tienes celos, y esto es una tontería.

—Bueno, dime: ¿quién no tendría celos, pues?

Él se la quedó mirando como si aquella pregunta fuese de muy difícil comprensión. El tema era muy difícil..., era invenciblemente difícil. Lewisham inspeccionó con la mirada la habitación, para despistar. El cuaderno de apuntes que él había desenterrado de entre los folletines de ella yacía sobre la mesa y le hizo acordarse del perjuicio de tantas horas echadas a perder. Su rabia estalló. Se arrojó bruscamente hacia las cosas fundamentales, gesticulando violentamente.

—¡Esto no puede seguir! —gritó—. ¡Esto no puede continuar! ¿Cómo puedo trabajar? ¿Cómo es posible hacer nada?

Dio tres pasos y se encontró en el centro de la habitación.

—Eso no lo aguanto... ¡No quiero seguir así! Disputas..., pendencias...,

incomodidades. Mira: esta mañana quiero trabajar. ¡Quiero repasar las notas! Y en lugar de dejarme que trabaje, me viene a armar camorra...

Esta grosera injusticia hizo que la voz de Ethel se agudizara en un grito:

—Yo no vine a armar camorra...

La única respuesta a esto era echarse a gritar, y Lewisham gritó:

—¡Tú has venido a armar camorra! ¡A armar una bronca! ¡Has empezado la disputa... por celos... de mí! ¿Cómo puedo hacer algo así? ¿Cómo se puede vivir en semejante casa? Me iré. Mira: me iré. ¡Iré a Kensington y trabajaré allí!

Sintió que se le habían acabado las palabras y que Ethel estaba a punto de hablar. Miró enfurecido a su alrededor, buscando una culminación a la escena. Era menester tomar una decisión instantánea. Vio los *Vertebrados* de Huxley sobre la mesilla auxiliar; se abalanzó sobre el libro, describió con él un trascendental arco en el aire y lo tiró violentamente al hogar apagado.

Durante un momento pareció buscar otro proyectil. Vio que su sombrero estaba sobre la cómoda, lo cogió de un tirón, y salió trágicamente del cuarto.

Vaciló, con la puerta medio cerrada, luego la abrió de par en par y salió dando un vehemente portazo. Así el mundo quedó advertido de la justicia de su furia, y Lewisham salió a la calle cargado de razón.

Anduvo a grandes zancadas sin parar mientes en la dirección que tomaba, por una serie de calles llenas de gente atareada que se dirigía presurosamente a sus quehaceres. Por puro hábito los pies le hicieron torcer por Brompton Road. El raudal hacia levante del tráfico matutino le absorbió en su seno. ¿Por qué se había casado con ella? Esto era lo que se repetía como una lección. ¿Por qué aciaga treta del destino se había casado con ella? Pero, al menos, ya había dicho la palabra decisiva. ¡No lo toleraría! Aquello tenía que terminar. Las cosas se habían puesto intolerables y había que acabar de una vez. Se puso a meditar todas las cosas devastadoras que le diría en seguida, en cumplimiento de esta resolución. Hasta proyectó actos de crueldad. Con esos procedimientos demostraría claramente que no estaba dispuesto a aguantar más. Tuvo buen cuidado en abstenerse de inquirir qué era lo que no aguantaría.

¿Por qué aciaga treta del destino se había casado con Ethel? El ambiente en que se encontraba se mezcló de algún modo con el amasijo de sus ideas. Los enormes y alargados edificios, de hierro acanalado, en que culmina el Museo de Arte, el truncado Oratorio, oblicuos con respecto a la calle, parecían tener una disputa con el destino parecida a la suya. ¿Por qué aciaga treta del destino? ¡Después de tan altas proluiones!

Se encontró con que sus pensamientos le habían hecho pasar de largo ante la portería del museo. Volvió hacia atrás, lleno de irritación, y entró por el torniquete. Ya dentro del museo, pasó por debajo de la Galería de Hierros Antiguos, camino de la Biblioteca Educativa. La extensión de las mesas, las estanterías llenas de libros, ofrecían un amable refugio...

Así estaba Lewisham por la mañana. Mucho antes del mediodía todo el vigor de su cólera había desaparecido, como había desaparecido toda su apasionada

convicción de la inutilidad de Ethel. Sobre un reverso de trabajos geológicos omitidos presentó un anverso de melancolía. Su memoria le presentó una imagen de sí mismo como de una persona escandalosa, intolerante e injusta. ¿Por qué diablos había ocurrido todo aquello?

A las dos iba camino de la casa de Vigours con actitud de agudo remordimiento. Cómo se obró la transición, es cosa que no puede ser descrita en palabras, porque las ideas son más sutiles que las palabras, y las emociones infinitamente más vagas aún. Pero al menos una cosa es muy concreta: que tuvo cierto recuerdo.

Aquel recuerdo se le presentó como yendo a la deriva hacia él, a través del techo de cristal de la biblioteca, allí, arriba de todo. Al principio no lo percibió como un recuerdo, sino como un irritante obstáculo a la atención. Dio un golpe con la palma de la mano en las páginas abiertas del libro que tenía delante.

«¡Maldita sea esta gaita infernal!», murmuró.

En seguida hizo un movimiento de nerviosismo y se tapó los oídos con las manos.

Luego apartó los libros, se levantó, y se puso a vagar por la biblioteca. El órgano se interrumpió bruscamente en mitad de un compás, y se desvaneció en el silencio ambiente del espacio.

Lewisham, que estaba de pie, cerró un libro de golpe y volvió a su asiento.

Al momento se oyó a sí mismo canturreando una tonada lánguida, y pensó otra vez en aquella disputa que se había imaginado desterrada de su mente. ¿Por qué diablos había ocurrido todo aquello? Tuvo la curiosa sensación de que algo se había soltado, de que algo se le estaba deslizando en la mente. Y como si fuera a modo de respuesta, surgió una visión de Whortley, una visión singularmente lúcida. Era bajo la luz de la luna, en un altozano; allá abajo, en la llanura, se destacaba el pueblo, iluminado y cálido, y la escena iba acompañada de música, de una tonada lúgubramente sentimental. Por algún ignoto motivo aquella música tenía el timbre de un órgano callejero, aunque él bien sabía que en realidad procedía de una banda, y a ella iba asociada la fórmula mística de ciertas palabras que aún recordaba:

*Dulces rostros de ensueños y desengaños,
Nos traen el recuerdo de los lejanos añosos.*

Esta tonada no sólo reproducía la imagen con gráfica diafanidad, sino que arrastraba en su zaga una enorme nube de emoción irracional, emoción que, tan sólo un momento antes, parecía desaparecida para siempre de su ser.

¡Lo recordó todo! Él había bajado por la cuesta y Ethel estaba a su lado...

¿Cómo había podido tener semejantes sentimientos para con ella?

«¡Bah!», exclamó, volviendo a sus libros.

Pero la tonada y el recuerdo habían ganado terreno, arraigándose en su conciencia; con él se quedaron durante su escaso desayuno a base de leche y scones^[8] (ya había resuelto al salir de casa no volver a ella para la comida), y, camino de la casa de Vigours, insistieron de nuevo recabando su atención. Pudiera ser que una comida a base de scones y leche produjera ya de por sí una mayor suavidad en las

ideas. Se sintió sobrecogido por un sentimiento de extraordinaria contradicción, de infinita perplejidad.

«Pero entonces —se preguntó—, ¿cómo diablos hemos llegado hasta eso?»

Lo cual, ciertamente, constituye una de las preguntas fundamentales del matrimonio.

Los tumultos de la mañana habían dado lugar a una calma casi científica. Muy pronto estuvo batallando con la cuestión como un hombre. No se podía dudar de ello: se habían peleado. Fue una verdadera riña; se habían enfrentado mutuamente, hiriéndose con palabras, observándose para zaherirse mejor, tratando de lastimarse en los más profundos sentimientos. Intentó recordar cómo habían ido las cosas: todo lo que él había dicho y lo que ella había replicado. Pero no pudo. Se había olvidado de muchas frases y discusiones. Todo aquello estaba en su memoria, no como una secuencia de acontecimientos, sino como una colección de frases estáticas e inconexas, con cada una de las frases embotada, permanente, sin consecuencia, como una inscripción funeraria. Y de la escena misma sólo se le presentaba una imagen: la de Ethel, con el rostro encendido y los ojos brillantes de lágrimas.

El tráfico en una encrucijada le distrajo la atención durante un rato. Al llegar al otro lado se sintió muy impresionado por el vivo contraste del cambio de relaciones que se había operado entre ellos dos. Hizo un último esfuerzo para acusarla, para demostrar que era ella exclusivamente a quien había que reprochar aquella transición. Ethel se había peleado con él, y se había peleado deliberadamente porque estaba celosa. Estaba celosa de *miss Heydinger* porque era una estúpida. Pero ahora aquellas acusaciones se desvanecían como humo a medida que las formulaba. No obstante, la imagen de las dos figuritas bajo la luz de la luna pretérita no se desvanecía. Fue en las angosturas de Kensington, High Street donde Lewisham abandonó toda forma de proceso. Y una vez pasado el Ayuntamiento dio un nuevo paso dentro del laberinto de sus ideas. ¿No sería posible, después de todo, que, hasta cierto punto, fuera él el principal culpable?

Fue instantáneamente como si hubiese estado percatado de ello durante todo el tiempo.

Una vez llegado a esta convicción, se puso a andar más rápidamente, y aún no había dado cien pasos cuando la lucha podía darse por terminada. Lewisham ya se había echado de cabeza en el abismo azul del remordimiento. Y todas aquellas cosas que habían sido tan dramáticas y violentas, todas aquellas cosas punzantes y brutales que él había pronunciado, ya no eran como inscripciones funerarias, sino escritas en flamígeras letras acusadoras. Intentó imaginarse que él no había dicho nada de todo aquello, que su memoria le estaba engañando; intentó suponer que había dicho algo, tal vez similar, pero mucho menos violento. Intentó, con idéntica futilidad, cicatrizar sus propias heridas. Sus esfuerzos sirvieron únicamente para medir la magnitud de su caída.

Lo había recobrado todo. Ahora lo veía bien. Trajo a su mente el recuerdo de Ethel: Ethel bajo la luz del sol en la avenida; Ethel blanca bajo la luz de la luna antes de despedirse frente a la casa de los Frobisher; Ethel al salir de la casa de Lagune,

saludándole, a punto para emprender su cotidiano paseo nocturno; Ethel recién casada, tal como vino a él a través de las puertas plegadizas, radiante en el esplendor con que las emociones de él la adornaban, y, por fin, Ethel enojada, despeinada, con el rostro manchado de lágrimas, en aquella habitación desaseada y mal iluminada. ¡Todo aquello acompañado de la cadencia de una tonadilla de gaita! ¡De aquello a esto! ¿Cómo había sido posible pasar de aquel amanecer opalino a un día tan tétrico y triste como el presente? ¿Qué era lo que se les había ido? Él y ella, que andaban juntos tan brillantemente en su recién despertado recuerdo, ¡eran los mismos que habían vivido tan acerbamente durante las últimas semanas de infelicidad!

Su estado de espíritu se hundió durante un rato en una sinfonía de lamentaciones. Ahora la implicaba, todo lo más, en calidad de compañera suya en su fracaso.

«¡Qué enredo hemos armado! —fue su nuevo tema—. ¡Qué enredo!»

Lewisham conocía el amor no por lo que era, sino por algo más antiguo y más imperativo que la misma razón. Ahora estaba convencido de que la amaba y de que su reciente furia, su hostilidad, su condena de la actitud de ella eran debidas al imperio de alguna influencia externa sobre su mente. Reflexionó, incrédulamente, en el largo decaimiento en su ternura que había seguido a los primeros días de su mutua delicia, la disminución de cariño, la primera vez que sucumbió a la irritabilidad, las noches que había pasado trabajando tenazmente, resistiendo a todos sus sentidos ante la presencia de ella. «No se puede estar siempre haciendo el amor», había dicho; y así fue como empezaron a distanciarse insensiblemente. Luego, en diversas pequeñas cosas él no había tenido paciencia, y no había sido justo. La había zaherido con su brusquedad, con sus críticas poco comprensivas, y por encima de todo, con su absurdo secreto en lo de las cartas de *miss Heydinger*. ¿Por qué demonios le habría ocultado aquellas cartas? ¡Como si en ellas hubiese nada que ocultar! ¿Qué había digno de ocultarse? ¿Qué posible antagonismo podía haber? Y, sin embargo, era debido a cosas insignificantes como esa por lo que actualmente su amor era como un objeto valioso que hubiese caído en manos brutales: arañado, descantillado y empañado, y en peligro de quedar destruido por completo. La actitud de ella respecto a él había cambiado, y entre los dos se abría un abismo que él tal vez no fuese nunca capaz de salvar.

«¡No! ¡No será! —exclamó—. ¡No será!»

Pero, ¿cómo volver al antiguo trato? ¿Cómo borrar lo que él le había dicho, lo que se había hecho?

¿Podrían volver atrás?

Durante un momento se enfrentó con una nueva posibilidad. ¿Y si no pudieran hacer marcha atrás? ¿Y si el mal ya estaba hecho? ¿Y si cuando él salió dando un portazo, la puerta se hubiese cerrado con llave, y quedase cerrada con llave para siempre?

«¡Pero hay que hacerlo! —se dijo Lewisham—. ¡Tenemos que hacerlo!»

Percibió claramente que aquel no era asunto de razonadas excusas. Tenía que volver a empezar, tenía que volver a su primera emoción, tenía que echar por la borda la abrumadora presión de los esfuerzos, tensiones nerviosas y necesidades de la vida

cotidiana que estaban destruyendo todo el calor y el colorido de sus vidas. Pero, ¿cómo? ¿Cómo?

Tenía que volver a enamorarla, a galantearla, a hacerle el amor. Pero, ¿cómo empezar...? ¿Cómo indicar el cambio? Había habido muchas cosas antes: tratados mutuos, concesiones de mala gana, habían hecho las paces en diversas ocasiones. Pero esta vez era todo distinto. Intentó imaginar algo que pudiera decirle, alguna imploración. Todo lo que se le ocurrió lo estimó frío y duro, o lastimoso y carente de dignidad, o teatral y necio. ¿Y si la puerta estuviese de veras cerrada? ¿Y si ya fuera demasiado tarde? En cada dirección sólo se enfrentaba con los erizados recuerdos de incidentes desagradables. Tuvo un vislumbre de cómo debía de haber cambiado él a los ojos de ella, y entonces todo se le volvió intolerable. Porque ahora estaba segurísimo de amar aún a Ethel con todo su corazón.

Y, de pronto, se encontró frente al escaparate de una florista, en el centro del cual había un esplendoroso macizo de rosas.

Se dio cuenta de las rosas antes con los ojos que con la mente. Vio unas rosas blancas, virginales, rosas de té, rosadas y carmesíes, los matices de la carne y de la perla, flores ricas, hechas una masa de fragante color, perfumes visibles, y en medio de ellas una nota de color rojo oscuro. Era, como si dijéramos, el mismo color de su emoción. Se detuvo bruscamente. Volvió hacia el escaparate y se lo quedó mirando fijamente. Era magnífico; pero, ¿por qué le atraía de aquel modo tan particular?

Entonces percibió, como si fuera la evidencia misma, lo que tenía que hacer. Esto era lo que él deseaba. Esta era la nota que había de dar. Entre otras cosas, porque así rechazaría la maldita adoración al opresivo dominio de sí mismo que constituía una de las incesantes tensiones que existían entre ellos dos. Aquellas rosas llegarían a ella inesperadamente, flamígeras.

Luego, después de las rosas, regresaría él.

Súbitamente toda aquella gris confusión huyó de su mente; Lewisham volvió a ver el mundo lleno de color. Vio la escena que deseaba, límpida y brillante, vio a Ethel, no ya amargada y llorosa, sino contenta como había parecido siempre contenta antaño. Los latidos del corazón se le aceleraron. Era una donación lo que se requería, y él daría.

Alguna débil vocecilla de indiscretas alusiones chilló un momento y se desvaneció. Sabía que poseía un soberano en el bolsillo. Entró.

Se encontró frente a una bonita joven, vestida de negro. No sabía qué decir. Nunca había comprado flores hasta entonces. Miró a su alrededor en busca de inspiración. Luego señaló las rosas.

—Quiero estas rosas —dijo...

Salió con unas pocas monedas de plata, restos del soberano que había cambiado. Las rosas tenían que ir a casa de Ethel, adecuadamente empaquetadas; debían serle entregadas, según sus instrucciones expresas, a las seis.

—A las seis —había reiterado Lewisham, con mucha viveza.

—De acuerdo —dijo la joven del traje negro, que a duras penas pudo contener una sonrisa—. En esta casa estamos acostumbrados a enviar flores.

CAPÍTULO XXVIII

LA LLEGADA DE LAS ROSAS

¡Y las rosas se extraviaron!

Cuando Lewisham regresó de casa de Vigours, ya eran cerca de las siete. Entró en su casa latiéndole el corazón fuertemente. Esperaba encontrarse con Ethel excitada y las rosas magníficamente expuestas. Pero el rostro de Ethel estaba pálido y cansado. Se quedó tan sorprendido al verla que el saludo que tenía preparado se extinguió antes de formularlo. ¡Había fracasado! Se dirigió a la salita y no vio rosas por ninguna parte. Ethel pasó por su lado y se quedó mirando por la ventana, dándole la espalda. Aquellos instantes en suspenso llegaron a hacerse hasta dolorosos...

Se vio obligado a preguntar, aunque estaba seguro de cuál sería la respuesta:

—¿No han traído nada?

Ethel se quedó mirándole.

—¿Qué tenían que traernos?

—¡Oh! ¡Nada!

Ethel volvió a mirar por la ventana.

—No —dijo lentamente—. No han traído nada.

Lewisham trató de decir algo, algo que pudiera echar un puente por encima de la distancia que había entre ellos dos, pero no se le ocurrió nada. Tenía que esperar hasta que llegasen las rosas. Se quitó las botas y transcurrió una hora tétrica hasta que cenaron. La cena constituyó un frío ceremonial, adornado con las necesarias observaciones, excesivamente corteses en esta ocasión. La desilusión y la exasperación oscurecieron el alma de Lewisham. Empezó a sentirse irritado contra todo... hasta contra ella... y se dio cuenta de que Ethel todavía creía que él estaba encolerizado, cosa que le encolerizó de verdad contra su mujer. Él volvió a sus libros y ella ayudó a la criada de *mistress* Gadow a quitar la mesa; de pronto se oyó llamar a la puerta de la calle, con los nudillos. «Por fin han llegado», se dijo a sí mismo, animándose, pero dudando sobre si largarse o asistir a su recepción. La criada era un estorbo. Entonces oyó la voz de Chaffery, y masculló un «¡maldito sea!».

Lo único que ahora podía hacerse si llegaban las rosas, era salir al pasillo, recogerlas y llevarlas al dormitorio por la puerta que daba de éste al pasillo. Sería desagradable que Chaffery fuese testigo de aquella fase sentimental. Podría lanzar alguna chanza que quedara en la memoria de ellos dos para siempre.

Lewisham intentó demostrar claramente que no estaba para visitas. Pero Chaffery estaba contentísimo y podía haber animado él solo una docena de recepciones más frías que aquélla; se sentó en su silla preferida sin que nadie le hubiera invitado a ello.

Ante *míster* y *mistress* Chaffery los Lewisham ocultaban cualquier diferencia que pudiera haber entre ellos bajo la capa de una insincera cordialidad. Chaffery se encontró en seguida hablando con toda libertad, sin la menor sospecha de la crisis en

que estaba sumido el joven matrimonio. Se sacó dos puros del bolsillo.

—He tenido un momento de locura —dijo—. Por una vez, me he dicho, el honrado se fumará al admirable... o el admirable se fumará al honrado... Como gustéis. ¿Quiere fumar uno? ¿No? ¡Ah! ¡Estos austeros principios que usted tiene! Si los quebranta todavía encontrará más placer en fumar. Pero, realmente, me gustaría que usted me acompañase a fumar. Porque esta noche desbordo benevolencia.

Cortó el cigarro con cuidado, lo alumbró ceremoniosamente, esperando, hasta que no ardió más la madera en el fósforo. Durante un minuto entero permaneció; silencioso, envuelto en grandes bocanadas de humo. Después volvió a tomar la palabra, adornando sus frases con variadas y hermosas espirales.

—Hasta el presente —continuó—, sólo he jugueteado con la bellaquería.

Como Lewisham no dijo nada, Chaffery, después de una pausa, reanudó la conversación.

—Hay tres clases de hombres en el mundo, hijo; tres y nada más que tres, y de mujeres sólo hay una clase. Hay los hombres dichosos, los bellacos y los tontos. Los híbridos no cuentan. Y en mi opinión, los bellacos y los tontos son muy parecidos.

—Así será —repuso Lewisham, sin ningún interés, contemplando ceñudo la lumbre.

Chaffery le echó una mirada.

—La sabiduría habla por mi boca. Esta noche estoy hablando de una marca especial de sabiduría. Estoy demostrando mi sabiduría más fina y añeja, porque... como ya se dará cuenta algún día..., el día de hoy nos ofrece una ocasión especial. ¡Y usted tan distraído!

Lewisham alzó la vista.

—¿Cumpleaños? —preguntó.

—Ya verá más adelante. Pero ahora estaba haciendo observaciones áureas sobre los bellacos y los tontos. Hace mucho tiempo que me convencí de la absoluta necesidad de la rectitud y la honradez si se quiere ser feliz. Estoy tan convencido de esto como de la existencia del sol en el firmamento. ¿Le sorprende?

—Bueno..., difícilmente se compagina...

—No. Ya lo sé. Ya le explicaré todo eso. Pero permítame que le explique el secreto de una vida feliz. Déjeme qué se lo diga como si me hallara en mi lecho de muerte y éste fuera un regalo de despedida. En primer lugar, integridad mental. Pruébelo todo y agárrese fuerte a aquello que demuestre ser cierto. No deje que el mundo le reserve sorpresas ni ilusiones. La naturaleza está llena de crueles catástrofes. El hombre es un mono físicamente degenerado, hay que saber dominar cada apetito, cada instinto. No se halla la salvación en la naturaleza de las cosas, pero sí en la naturaleza del hombre, sea el grado de salvación que sea; enfréntese con estos dolorosos hechos. Supongo que me entiende, ¿verdad?

—Siga —respondió Lewisham, con el gesto típico que usaba en la Sociedad de Debates, pues deseaba que aquella tesis prevaleciera durante unos minutos sobre la idea de las rosas.

—Durante la juventud, ejercicio y aprendizaje; durante la adolescencia, ambición;

y durante la madurez, amor y no pasión volandera.

Chaffery estaba muy solemne e insistente, y extendió su flaco dedo índice para acentuar este punto.

—La resultante de ello es un matrimonio joven y decente, y luego los hijos, junto con un trabajo recio y honesto, para ellos y también para el Estado en que todos viven; una vida dedicada a la familia, y al llevar, al crepúsculo, un enorme orgullo... He aquí la vida feliz. Puede usted estar seguro de que la vida feliz consiste en eso; la vida de la Selección Natural ha estado tomando forma para el hombre desde que empezó la vida. Así puede un hombre sentirse feliz desde la cuna al sepulcro...; al menos, medianamente feliz. Y para cumplir con todo esto se necesitan sólo tres cosas: un cuerpo sano, una inteligencia sana y una voluntad sana... Una voluntad sana.

Chaffery hizo una pausa después de la repetición.

—No hay otra felicidad duradera. Y cuando todos los hombres sean sensatos, todos buscarán esta vida. ¡Fama! ¡Riqueza! ¡Arte...! Los pieles rojas adoran a los locos, y nosotros estamos aún tan atrasados que respetamos a los más sensatos de estos locos. Pero lo que yo digo es que todos los hombres que no llevan una vida feliz son bellacos o tontos. Al tullido, pobre diablo, le considero como una especie de loco del cuerpo.

—Sí —asintió Lewisham—. Así es.

—Ahora bien: el tonto no es feliz a causa de la insuficiencia de su mente, que le hace calcular mal, tropezar y embarrancar, y le pone trabas, hasta que cualquier vaivén o cualquier artificio lo borra de la faz de la tierra; saca su pasión de algún libro, y su esposa de algún lupanar, y se pelea por cualquier causa miserable; las amenazas le atemorizan, la vanidad le seduce, y fracasa en todo por su ceguera. Pero el bellaco que no sea tonto fracasa contra la luz. Hay muchos bellacos que también son tontos... la mayoría; pero hay algunos que no lo son. Yo me conozco, y sé que soy un bellaco y no un tonto. Lo esencial del bellaco es que le falta la voluntad, la capacidad de buscar el camino de su mayor bien. El bellaco aborrece la persistencia. Angosto es el camino y estrecha la puerta; el bellaco no puede seguir por este camino y el tonto no puede dar con él.

A Lewisham se le escapó algo de lo último que dijo Chaffery, porque alguien llamó con los nudillos en la puerta exterior. Se levantó, pero Ethel se le anticipó. Ocultó su ansiedad tan bien como pudo, y sintió un gran alivio al oír que se cerraba de nuevo la puerta de la calle y que los pasos de Ethel se dirigían al dormitorio por la puerta del pasillo. Lewisham volvió a prestar atención a Chaffery.

—¿Se le ha ocurrido nunca —preguntó Chaffery, aparentemente sin relacionar aquello con nada de lo que había estado diciendo—, que la convicción intelectual no es ningún motivo? Es igual que un mapa de ferrocarriles, el cual de por sí es incapaz de hacer correr un tren.

—¿Eh? —dijo Lewisham—. Mapa..., correr un tren... Claro, sí. Es decir, no.

—Este es precisamente mi caso —prosiguió—. Es el caso del bellaco puro en todas partes. Nosotros no somos tontos..., porque sabemos. Pero más allá corre la

carretera, ventosa, dura y austera, la especie de felicidad reseca que perdura; y aquí está el agradable atajo... fresco y lozano, hijo mío, fresco y lozano, tal como lo cantan los poetas, con algún cepo que otro entre las flores...

Ethel entró por las puertas plegadizas. Miró a Lewisham, se quedó de pie unos momentos, se sentó en el sillón de mimbre como si fuese a reanudar un trabajo doméstico de costura que yacía sobre la mesa, luego se levantó, y desapareció otra vez dentro del dormitorio.

Chaffery continuó extendiéndose sobre la naturaleza transitoria de la pasión y de todas las experiencias ingeniosas y gloriosas. Lewisham dejó de oír párrafos enteros de aquel discurso, atento sólo a las rosas. ¿Por qué había vuelto Ethel al dormitorio? ¿Sería posible...? En aquel momento volvió a entrar ella, y se sentó de modo que él no pudo verle la cara.

—Si hay algo que pueda competir con la vida sana es la vida de aventuras —seguía diciendo Chaffery—. Pero que tengan buen cuidado los aventureros en rogar por una muerte temprana, porque con las aventuras sobrevienen las heridas; y con las heridas las enfermedades, y, exceptuando en las novelas, las enfermedades afectan al sistema nervioso. Los nervios ceden. ¿Y dónde estás, entonces, hijo mío, sin nervios?

—¡Pst! ¿Qué es eso? —interrogó Lewisham.

Era otra llamada a la puerta de la calle. Sin hacer caso del raudal de áurea sabiduría, salió inmediatamente para abrir la puerta a un caballero, amigo de *mistress* Gadow, el cual se metió pasillo adentro desapareciendo escaleras abajo. Cuando volvió a su habitación, Chaffery estaba de pie, dispuesto a marcharse.

—Podría haberme quedado más rato hablando con usted —murmuró—, pero ya veo que está preocupado por algo. No quiero molestarle adivinándoselo. Algún día recordará...

No dijo más, pero dejó caer la mano sobre el hombro de Lewisham.

Podría parecer casi que estaba ofendido por algo.

En otra ocasión Lewisham se habría mostrado propiciatorio, pero ahora no ofreció excusa alguna. Chaffery se volvió hacia Ethel, mirándola con curiosidad un momento.

—Adiós —dijo, alargándole la mano.

Al llegar al umbral de la puerta, Chaffery miró a Lewisham también con curiosidad y pareció sopesar el pro y el contra de alguna observación.

—Adiós —repitió por fin, con algo en sus maneras que hizo que Lewisham se quedase un momento en la puerta mirando la figura de su suegro, que se alejaba. Pero inmediatamente las cosas volvieron a predominar.

Cuando volvió a entrar en la habitación se encontró con Ethel ociosamente sentada ante la máquina de escribir, jugueteando con el teclado. Al verle entrar, Ethel se levantó para sentarse en el sillón con una novela rosa que le ocultaba el rostro. Él la miró con una mirada llena de preguntas. Después de todo, aún no habían llegado. Ahora Lewisham se hallaba profundamente decepcionado e irritadísimo contra la inefable florista del traje negro. Miró la hora en su reloj y luego cogió de nuevo un libro y pretendió hacer ver que leía, mientras en realidad estaba componiendo un

tremebundo discurso de protesta para soltárselo a la florista a la mañana siguiente. Dejó aparte el libro, fue a buscar su cartera negra, la abrió y la volvió a cerrar, sin objeto. Miró de soslayo a Ethel y vio que ésta le estaba mirando de soslayo a él. No pudo comprender en absoluto la expresión de su mujer.

Se agitó un poco por el dormitorio, sólo porque sí, y se detuvo de pronto, petrificado.

Tuvo una extraordinaria sensación de olor a rosas. Tan fuerte era aquel olor que abrió la puerta que daba al pasillo esperando encontrar allí una caja de flores, que hubiese llegado misteriosamente. Pero en el pasillo no había ningún olor a rosas.

Entonces vio al lado de su pie un misterioso objeto de un pálido color crema, y agachándose, recogió un pétalo de rosa de té. Se quedó con él en la mano, perplejo. Percibió un ligero desorden en el tocador y lo relacionó con el pétalo por simple intuición.

¡Dio dos pasos hacia el mueble, levantó la tapa y vio las rosas todas apretadas!

Se quedó boquiabierto como el que se zambulle de repente en agua fría. Permaneció allí inclinado con la tapa levantada.

Ethel apareció en la puerta y su expresión era muy rara. Lewisham se quedó mirando el rostro de su mujer, blanco como el papel.

—¿Por qué diablos pusiste mis rosas ahí? —preguntó.

Ella se quedó mirándole con los ojos muy abiertos. Su rostro reflejaba su enorme asombro.

—¿Por qué pusiste mis rosas ahí? —preguntó de nuevo Lewisham.

—¡Tus rosas! —exclamó Ethel—. ¡Qué! ¿Fuiste tú quién envió esas rosas?

CAPÍTULO XXIX

ESPINAS Y PÉTALOS DE ROSA

LEWISHAM se quedó inclinado sobre el tocador, mirando a Ethel, dándose cuenta sólo muy lentamente del significado de las palabras de su mujer.

Luego se le fueron aclarando los conceptos.

Cuando Ethel vio que la comprensión alboreaba en el rostro de su marido, emitió un grito de consternación, dio unos pasos y se sentó en la sillita del dormitorio; se volvió entonces hacia él y empezó a formular una frase:

—Yo —dijo, y se interrumpió en seguida, con un gesto impaciente de las manos, añadiendo sólo—: ¡Oh!

Lewisham se irguió y se quedó mirándola. El cesto de las rosas estaba volcado entre ellos dos.

—¿Pensaste que esas flores venían de otra persona? —preguntóle, intentando percatarse bien de aquella inversión del universo.

Ethel hizo girar los ojos.

—No lo sabía —jadeó—. Una trampa... ¿Era de suponer... que vinieran de ti?

—Pensaste que procedían de otra persona —repitió él.

—Sí —susurró Ethel—. Lo pensé.

—¿De quién?

—De míster Baynes.

—¿De aquel muchacho?

—Sí, de aquel muchacho.

—¡Vamos!

Lewisham miró a su alrededor, como un hombre que se hallara en presencia de lo inconcebible.

—¿Quieres decir con esto que te las entendías con el pollo ese, a mis espaldas? —preguntó.

Ethel abrió los labios para hablar y no encontró palabra que decir.

Su palidez aumentó, todavía más, hasta que todo matiz de color desapareció de su rostro. Lewisham se echó a reír y apretó los dientes. Marido y mujer se miraron.

—Nunca lo hubiera ni soñado —dijo él en tono irreprochable.

Se sentó en la cama, removiendo los pies por entre las esparcidas rosas con una especie de lúgubre satisfacción.

—Nunca lo hubiera ni soñado —repitió. Dio un puntapié al endeble cesto de flores, que salió dando tumbos de un modo indigno, hasta atravesar las plegadizas puertas para detenerse en la salita, dejando un rastro de pétalos rojos.

Estuvieron sentados inmóviles durante quizá dos minutos, y cuando él volvió a hablar lo hizo con voz ronca, recurriendo a una antigua fórmula.

—Mira —dijo, aclarándose la garganta—, no sé si te imaginas que voy a aguantar

esto, pero tienes que saber que no lo voy a aguantar.

La miró.

Ella permaneció sentada frente a él, con los ojos muy abiertos, sin hacer ningún intento para atajar el desastre.

—Al decir que no voy a aguantarlo —explicó Lewisham—, no quiero significar que voy a armar un escándalo ni nada parecido. Se puede disputar y estar desilusionado de... de otras cosas... y seguir adelante. Pero esto es algo muy distinto... ¡Todos los sueños e ilusiones...! ¡Piensa en lo que yo he perdido en este desventurado matrimonio! Y ahora... Tú no comprendes...

—Ni tú tampoco —repuso Ethel, llorando, pero sin mirarle ni mover las manos, que yacían inertes en la falda—. Tú sí que no comprendes.

—Ahora empiezo.

Se calló, haciendo acopio de fuerzas.

—En un año —dijo él—, todas mis esperanzas, todas mis ambiciones han desaparecido. Ya sé que he sido pesado e irritable..., eso ya lo sé. Han tirado de mí por dos lados. Pero... te compré esas rosas.

Ella miró las rosas, y luego al pálido rostro de él, hizo un movimiento imperceptible en dirección de su marido y volvió a quedarse impasible.

—Estoy pensando una cosa. He descubierto que eres muy superficial y que no crees que puedas sentir las cosas que yo siento y pienso. Pero esto lo he pasado por alto. Sin embargo, creí que me eras fiel...

—¡Y lo soy! —exclamó Ethel.

—¡Bah...! ¡Y metes mis rosas debajo de la mesa!

Otro silencio ominoso. Ethel se movió y Lewisham volvió los ojos para ver lo que ella se proponía hacer. Ethel se sacó un pañuelo y empezó a secarse los ojos, que estaban secos; rápidamente, primero uno y después el otro. Luego empezó a sollozar.

—Te soy... tan fiel como tú... al menos —dijo ella.

Durante un momento Lewisham se quedó estupefacto. Pero en seguida percibió claramente que debía dar de lado aquel argumento.

—Yo estaba dispuesto a aguantarlo todo..., todo lo habría aguantado con tal que tú me fueses fiel..., con tal de poder estar seguro de ti. Soy un tonto, ya lo sé, pero hubiera pasado por la interrupción de mi trabajo, por la pérdida de toda esperanza para graduarme en mi carrera, si hubiese tenido, la seguridad de que tú me eras fiel. Yo... yo te tenía un gran cariño.

Se calló. Había percibido súbitamente que se ponía patético; buscó refugio en la cólera.

—¡Y me has engañado! ¡Cuánto tiempo, cuántas veces, poco me importa! Me has engañado. ¡Y te voy a decir —y empezó a gesticular— que ni soy tu esclavo ni soy tan tonto como para tolerarlo! Ninguna mujer puede burlarse de mí, sea la que sea... Por lo que a mí se refiere, esto da fin a todo. Da fin a todo. Estamos casados..., pero poco me importa; aunque estuviéramos casados quinientas veces. No quiero vivir con una mujer que acepta flores de otro hombre...

—No es verdad —contestó Ethel.

Lewisham sucumbió a un arrebato de cólera. Recogió un puñado de rosas y extendió la mano, temblando.

—Y eso, ¿qué es? —preguntó.

Un dedo le sangraba por el pinchazo de una espina, como otro día le había sangrado por el ramaje de un endrino.

—No las acepté —repuso Ethel—. No pude evitar recibirlas si me las enviaban.

—¡Uf! —exclamó Lewisham—. Pero ¿qué se saca con argumentar y negar? Tú las recogiste, las guardaste. Puedes haber sido muy astuta, pero tú misma te has descubierto. Y nuestra vida y todo eso —y con un gesto de la mano abarcó todo el mobiliario de *mistress* Gadow—, ha terminado.

Se quedó mirándola y repitió con amarga satisfacción:

—Ha terminado.

Ethel le miró a la cara y vio que su expresión era cruel y desalmada.

—No quiero seguir viviendo contigo —aclaró Lewisham, para que no hubiera error—. Nuestra vida ha terminado.

Los ojos de Ethel fueron del rostro de Lewisham a las rosas esparcidas por el suelo y se quedaron fijos en ellas. Ya no lloraba, y tenía la cara, excepto alrededor de los ojos, completamente blanca.

Lewisham presentó el mismo problema en otra forma.

—Me iré... No deberíamos habernos casado nunca —añadió, reflexivamente—, pero... ¡jamás esperé encontrarme con eso!

—No lo sabía —exclamó ella, elevando el tono de la voz—. No lo sabía. ¿Qué podía hacer? ¡Oh!

Se interrumpió y se quedó mirándole, con las manos entrelazadas, y los ojos sombríos y desesperados.

Lewisham permaneció impenetrablemente malévolo.

—No lo quiero saber —dijo él, contestando a su muda súplica—. Esto lo decide todo. ¡Esto! ¿Qué me importa a mí lo que haya ocurrido o lo que haya dejado de ocurrir? Sea como sea... ¡Oh, no me importa! Estoy muy contento. ¿Ves? Esto soluciona las cosas... Cuanto más pronto nos separemos, tanto mejor. No me quedaré contigo ni una noche más. Voy a llevar la caja y la maleta a aquella habitación y haré el equipaje. Me quedaré aquí esta noche; dormiré en una silla o recapacitaré lo que debo hacer. Y mañana saldará las cuentas con *mistress* Gadow y me iré. Tú, puedes volver... a tus timos y fraudes.

Se calló durante unos segundos. Ethel estaba inmóvil como una muerta.

—Tú lo quisiste y ahora lo tienes. Tú lo quisiste, antes de que me pusiera a trabajar. ¿Te acuerdas? Sabes que puedes ir a emplearte todavía en casa de Lagune. No me importa. Te digo que eso no me importa. ¡En absoluto! Tú irás por tu camino y yo por el mío. ¿Eh? Y toda esta hipocresía..., este simulacro de vivir juntos cuando al uno le importa un bledo el otro, no me interesa ahora en lo más mínimo, ¿sabes? De modo que no pienses otra cosa, habrá terminado ¡y santas pascuas! Y en cuanto al matrimonio (y el matrimonio a mí me importa un comino), es una farsa, y las farsas deben acabarse, y se acabó.

Se levantó resueltamente. A puntapiés echó las rosas por todos lados para abrirse paso, y se agachó para sacar la maleta de debajo la cama. Ethel ni habló; ni se movió, sino que permaneció, observando sus movimientos. Durante unos momentos la maleta se negó a salir, y Lewisham echó a perder buena parte del efecto de su decidida resolución, con una exclamación medio audible:

—¡Ven aquí, maldita seas!

Llevó la maleta a la salita y volvió a buscar la caja. Intentaba hacer el equipaje en aquella habitación.

Cuando hubo sacado todos sus objetos personales del dormitorio, cerró las puertas plegadizas como poniendo punto final a todo. Dedujo, por los ruidos que siguieron a aquella escena, que ella se había echado sobre la cama, lo que le llenó de una siniestra satisfacción.

Estuvo escuchando durante un buen rato; luego se puso a hacer metódicamente el equipaje. La primera rabia consecutiva al descubrimiento había amainado y vio claramente que estaba infligiendo a Ethel un tremendo castigo, cosa que le satisfizo en extremo. También experimentó un extraño placer al pensar en un largo y penoso período de vagos equívocos como consecuencia de esta inesperada crisis. Tenía clara conciencia del silencio al otro lado de las puertas plegadizas, y prosiguió produciendo una deliberada sucesión de pequeños ruidos, como juntar libros de un golpe o cepillarse las ropas, para dar a entender que estaba decidido a continuar sus preparativos.

Esto sucedía cerca de las nueve. A las once estaba todavía atareado.

Súbitamente se hizo la oscuridad. Era la económica costumbre de *mistress* Gadow de apagar el gas en aquella hora, a menos de que por casualidad tuviera visitas.

Revolvió su bolsillo en busca de fósforos y no los halló. Se puso a mascullar juramentos. Contra tales contingencias se hallaba prevenido con un candelabro de latón que había adquirido, habiendo además velas en el dormitorio. Ethel había encendido una, ya que podía ver la brillante línea amarilla que aparecía en las rendijas de las puertas plegadizas. Fue a tientas en dirección a la repisa de la chimenea, recibiendo en el trayecto un golpe en las costillas a causa de una silla interpuesta en el camino, y siguió con precaución por entre los divertidos ornamentos de *mistress* Gadow.

No había fósforos en la repisa. Al dirigirse a la cómoda, tropezó y casi se cayó de bruces sobre la maleta. Tuvo un silencioso acceso de rabia. Luego tropezó con el cestillo en el que habían llegado las rosas. Tampoco pudo encontrar fósforos en la cómoda.

Ethel debía tener los fósforos en el dormitorio, pero dar tal paso era absolutamente imposible. Hasta tendría tal vez que pedirselos, porque, a veces, ella se los metía en el bolsillo... No había otro remedio: tendría que dejar el equipaje para mejor ocasión. De la otra habitación no venía el menor ruido.

Se decidió a sentarse en el sillón para intentar descabezar un sueño. Se fue a tientas hasta el sillón, con gran cautela, y se sentó. Otro intervalo a la escucha y se acomodó para dormir.

Empezó a pensar en sus planes para el día siguiente. Se imaginó la escena con *mistress* Gadow, y luego su partida en busca de otra habitación de soltero. Debatí consigo mismo la dirección que debería tomar para conseguir un alojamiento conveniente. Las posibles dificultades a causa de su equipaje y las no menos posibles referentes a la busca de alojamiento se le aparecieron gigantescas. Se sintió irritadísimo ante estas dificultades menores. Se preguntó si Ethel también estaría haciendo las maletas. ¿Qué haría Ethel en particular? Lewisham escuchó, pero no pudo oír nada. ¡Ethel estaba muy silenciosa! ¿Qué estaría haciendo? Porque, realmente, estaba muy silenciosa. Se olvidó de las molestias del día siguiente, ante este nuevo motivo de interés. Se levantó con mucho sigilo y escuchó. Luego volvió a sentarse, lleno de impaciencia. Intentó apaciguar la curiosidad que le producía aquel silencio recapitulando la historia de sus agravios.

Tuvo alguna dificultad en fijar la atención sobre este tema, pero en seguida sus recuerdos fluyeron con toda libertad. Sólo que ahora no podía recordar ningún agravio. Se sentía importunado por la idea absurda de que se había comportado otra vez muy injustamente con Ethel, de que se había precipitado y había estado muy duro. Hizo denodados esfuerzos para recobrar su primer impulso de celos... pero en vano. La observación que Ethel le hizo de haber sido tan fiel como él, se le impuso en la mente de un modo obstinado. Algo le atormentaba en su interior acerca del posible destino de Ethel en caso de que él la abandonase. ¿Qué haría ella en particular? Bien sabía él lo mucho que el carácter de Ethel se apoyaba en el suyo. ¡Cielos! ¿Qué no haría ella?

Con gran esfuerzo consiguió que su atención se fijara en Baynes. Esto le ayudó a volver a su posición de intransigencia. Por duro que se presentase el porvenir para ella, bien merecido lo tenía. ¡Bien merecido lo tenía!

No obstante, retrocedió de nuevo al remordimiento y compunción de la mañana. Se agarró a Baynes como un hombre que se ahoga se agarra a un cabo de sogas, y volvió a recobrarle. Durante algún tiempo meditó sobre Baynes. Nunca había visto al poeta, de modo que su imaginación pudo correr a sus anchas. El hecho de que Baynes fuese un simple muchacho, posiblemente más joven que él mismo, lo consideró como un obstáculo exasperante a la trágica venganza de su honor.

La pregunta: «¿Qué será de Ethel?», surgió de nuevo a la superficie. Luchó contra sus posibilidades. ¡No! ¡No era eso! Aquello era asunto de ella.

Se sintió inexorablemente mantenido dentro de la senda que él mismo se había trazado, a pesar de que su furor había disminuido. Ya había puesto manos a la obra. «Si perdonas esto —se dijo a sí mismo—, podrás perdonarlo todo. Hay cosas que no se deben tolerar.» Intentó mantenerse dentro de este punto de vista... sacando de su imaginación qué era lo que no debía tolerar. Tuvo una vaga sensación de que lo que él daba por sentado era excesivo. ¡Al menos hubiera ella flirteado...! Lewisham se resistió a aceptar tal cosa como si se tratara de algún deseo bochornoso e inadmisibles. Intentó imaginarse a ella junto a Baynes.

Pero la fatiga le produjo insomnio. Probó a contar. Intentó distraer sus pensamientos y apartarlos de ella, repasando los pesos atómicos de los elementos...

Y determinó que lo mejor sería tratar de dormir.

Sintió un escalofrío y se dio cuenta de que hacía frío y de que él estaba sentado, entumecido, en una incómoda silla. Había dormitado un poco. Miró si veía la línea amarilla entre las puertas plegadizas. Vio que todavía estaba allí. Parecía vacilar. Supuso que la vela estaría apagándose. Volvió a preguntarse por qué estaría todo tan silencioso.

¿Y por qué, de repente, sintió miedo?

Estuvo un buen rato al acecho esperando oír algún ruido, con la cabeza echada hacia adelante en la oscuridad...

Le vino la grotesca idea de que todo aquello había sucedido hacía mucho tiempo. La rechazó. Discutió contra la intuición irracional de que había ocurrido algo irrevocable. Pero, ¿por qué estaba todo tan silencioso?

Se sintió invadido por el presagio de una intolerable calamidad.

Se levantó, y muy lentamente y con infinitas precauciones para no hacer el menor ruido, se acercó a las puertas plegadizas. Se quedó allí escuchando, con la oreja pegada en la rendija amarilla.

Nada pudo oír, ni tan sólo la acompasada respiración de la durmiente.

Vio que las puertas no estaban cerradas, sino ligeramente entreabiertas. Empujó un poco la puerta interior, muy suavemente, y ésta se abrió sin hacer ruido. Ni aun así percibió sonido alguno procedente de Ethel, Abrió la puerta de par en par y miró dentro de la habitación. La vela se había gastado y estaba llameando en el tubo del candelero. Ethel yacía a medio vestir, sobre la cama, y en la mano y cerca de la cara tenía una rosa.

Lewisham se quedó contemplándola, temiendo hacer el menor movimiento; aguzó el oído y palideció intensamente. Ni siquiera podía oírla respirar.

Sin embargo, probablemente todo iba bien. Estaría dormida y nada más. Se volvería a la otra habitación antes de que ella despertara. Si ella le descubriría...

Volvió a mirársela. Había algo en su semblante...

Se acercó más, sin preocuparse del ruido que hacía. Se inclinó sobre ella. Ni siquiera entonces pareció que respirase.

Vio que tenía los párpados todavía húmedos, y que la almohada donde reposaba la mejilla estaba también húmeda. La contemplación de aquella cara pálida y surcada de lágrimas le impresionó.

La vista de Ethel le produjo un incontenible sentimiento de lástima. Se olvidó de todo, excepto de esto y de lo mucho que la había lastimado aquel día. Entonces Ethel se movió, murmurando indistintamente un ridículo sobrenombre que ella había puesto a su marido.

Lewisham se olvidó de que iban a separarse para siempre; sólo sintió una gran alegría al ver que ella podía moverse y hablar.

Sus celos desaparecieron como por ensalmo, y se hincó de rodillas.

—Querida —murmuró—. ¿Te encuentras bien? No... no te oía respirar. No te oía respirar.

Ethel se despertó con un sobresalto.

—Estaba en el otro cuarto —dijo Lewisham, con voz llena de emoción—. ¡Todo estaba tan silencioso! Tuve miedo... No sabía lo que había podido suceder. Querida..., Ethel querida. ¿Te encuentras bien?

Ethel se incorporó prestamente escrutando el rostro de Lewisham.

—¡Oh! Déjame que te explique —se lamentó—. Déjame, por favor, que te explique. No es nada. No es nada. No quisiste oírme. No quisiste oírme. No era justo... que antes de haberme oído...

Los brazos de él se cerraron alrededor de Ethel.

—Querida —susurró—. Ya sabía que no era nada. Ya lo sabía. Ya lo sabía.

Ethel dijo, entre sollozos:

—¡Era tan sencillo...! Míster Baynes..., algo que había en sus maneras... Sabía que podía hacer el tonto... ¡Sólo que yo quería ayudarte tanto!

Hizo una pausa. Durante un instante pensó que había cometido una grave indiscreción. Había sido un encuentro casual, con dos o tres tonterías que se habían dicho, seguidas de pánico y retirada. Se lo habría explicado... si hubiera sabido cómo. Pero no podía hacerlo. Vaciló, Lo suprimió... sin decir nada. Y prosiguió:

—Y luego, creí que sería él quien me habría enviado las rosas, y tuve miedo... Tuve miedo.

—Cariño mío —dijo Lewisham—. ¡Cariño mío! He sido muy cruel contigo. He sido injusto. Ya lo comprendo. Lo comprendo perfectamente. Perdóname. Ethel querida..., perdóname.

—¡Deseaba tanto hacer algo por ti! Y eso era todo lo que podía hacer... Ganar un poco de dinero. Y tú te pusiste furioso. Creí que ya no me querías porque no comprendía tu trabajo... ¡Y la *miss* Heydinger esa...! ¡Oh! ¡Ha sido muy duro!

—Cariño mío —murmuró Lewisham—. Me importa muchísimo más tu dedo meñique que toda *miss* Heydinger.

—Ya sé que te estorbo mucho. Pero si tú quisieras ayudarme, ¡oh!, trabajaría y estudiaría. Haría todo lo posible por entenderte.

—Querida —murmuró Lewisham—, queridísima.

—Y ver que *ella*...

—Querida —repitió Lewisham, en tono de solemne promesa—. He sido un bruto. Terminaré con todo esto. Terminaré con todo esto.

La tomó de súbito en sus brazos y la besó.

—¡Oh! Ya sé que soy una estúpida —dijo Ethel.

—¡No, no! Soy yo el estúpido. He estado antipático e insensato. Todo el día de hoy... he estado pensando en ello. ¡Querida! Nada me importa. Sólo *tú*. Si te tengo a ti lo demás no importa nada... Sólo que me estoy volviendo brusco y pesado. Es el trabajo y eso de ser tan pobre. Cariño mío: tenemos que apoyarnos mutuamente. Todo el día de hoy... ha sido espantoso...

Callóse. Ambos permanecieron sentados, abrazándose.

—Te quiero mucho —dijo ella, luego, rodeándole el cuerpo con los brazos—. ¡Oh! Te quiero, mucho..., muchísimo.

Él la estrechó más contra sí.

La besó en la garganta. Ethel le estrechó a su vez.

Sus labios se encontraron.

La expirante vela produjo una alta llamarada, parpadeó, y se extinguió bruscamente. En la atmósfera flotaba un penetrante olor a rosas.

CAPÍTULO XXX

UNA RETIRADA

EL martes siguiente Lewisham regresó de casa de Vigours a las cinco (a las seis y media tenía que ir a dar su clase de Ciencias en Walham Green) para encontrarse con *mistress* Chaffery y Ethel hechas un mar de lágrimas. Lewisham venía cansado y con ganas de tomarse una taza de té, pero las noticias que ellas le reservaban le quitaron de la cabeza toda idea del té.

—Se ha ido —dijo Ethel.

—¿Quién se ha ido? ¿Chaffery?

Mistress Chaffery, con el ojo avizor fijo en la reacción de Lewisham, asintió lacrimosamente con un gesto de cabeza y otro ademán con el pañuelo que tenía en la mano.

Lewisham se hizo cargo inmediatamente de lo esencial en aquella situación, y estuvo a punto de soltar un terno. Ethel le entregó una carta.

Durante un momento Lewisham se quedó con la carta en la mano, haciendo preguntas. *Mistress* Chaffery había encontrado la carta en la caja del reloj de pared, cuando fue a darle cuerda. Al parecer, Chaffery no había estado en su casa desde el sábado por la noche. La carta estaba abierta e iba dirigida a Lewisham; era una carta larga y con pretensiones, pero extrañamente inferior en cuanto a estilo a la misma conversación de Chaffery. Había sido escrita algunas horas antes de la última visita de Chaffery. Su charla de aquel día habría sido, quizás, una especie de codicilo.

«La desordenada estupidez del tal Lagune me echa de este país —vio Lewisham que decía la carta—. Al final ha sido, para mí, un obstáculo, hasta incluso un obstáculo legal, según temo. Me voy. Tomo las de Villadiego. Rompo todos los vínculos. Echaré de menos nuestras largas y vivificantes conversaciones; usted me había descubierto los trucos y yo podía abrirle con confianza los secretos de mi mente. También siento mucho separarme de Ethel, pero, gracias a Dios, ella tiene a usted como apoyo. Y en realidad ambas tendrán que apoyarse en usted de ahora en adelante, aunque este «ambas» pueda tener para usted un nuevo y raro aspecto.»

Lewisham soltó un gruñido, saltó de la página 1 a la página 3, consciente de que «ambas» tenían la vista fija en él, muy intensamente, por cierto, y descubrió a Chaffery en su lado práctico.

«Hay muy pocos bienes muebles, ligeros y portátiles, en esa casa de Clapham, que hayan podido escapar de mi lamentable imprevisión, pero hay, sin embargo, dos o tres cosas: el arca, la mesa escritorio que tiene una bisagra descompuesta, y la gran bomba neumática, perfectamente pignorable si puede llevarla usted hasta la casa de empeños. Usted tiene más fuerza de voluntad que yo. Nunca pude llevar nada de eso hasta el piso de abajo. El arca fue, en su origen, mía, antes de que me casara con su suegra, de modo que no se puede decir que soy indiferente a su bienestar y a la

necesidad de contribuir con algo a sus obligaciones. No me juzgue, pues, con excesiva dureza.»

Lewisham dio vuelta a la hoja, bruscamente, sin terminar de leer la página.

«Mi vida en Clapham —seguía diciendo la carta— me ha fastidiado bastante tiempo, y, a decir verdad, el espectáculo de vuestra joven y vigorosa felicidad (lo está usted pasando muy bien, ¿sabe usted?, con todo eso de luchar contra el mundo entero) hizo que me acordara de que los años pasan. Para hablar con toda franqueza en mi autocrítica, diré que tengo algo de la Mujer Moderna en mí, y siento que debo vivir mi propia vida. ¡Qué frase tan hermosa es ésta! ¡Vivir la propia vida! ¡Frase con fragancia de honrado desdén contra el plagio moral! No hay nada de la *Imitación de Cristo* en eso... Tengo ansias de ver más y más ciudades... Empiezo tarde, ya lo sé, a vivir mi propia vida, calvo y canoso como estoy; pero más vale tarde que nunca. ¿Por qué habría de tener la muchacha educada el monopolio del juego? Y, después de todo, las patillas pueden teñirse...

»Hay cosas, y sólo las consideraré ligeramente, que dejarán asombrado a Lagune.» Lewisham prestó más atención. «Me maravilla ese hombre, hambriento de maravillas, hurgando por descubrirlas quién sabe dónde, y viviendo en medio de lo más increíblemente maravilloso. ¿Cuál puede ser la naturaleza de un hombre que se queda boquiabierto ante los duendes y tiene el milagro de su necia existencia, inconsecuente, irrazonable, insondablemente fantástica, más cerca de él que su propia respiración, más próxima que sus manos o sus pies? ¿Para qué serviría él, que se maravilla ante los fantasmas? Estoy asombrado de que estos fenómenos psíquicos, que de ningún modo pueden considerarse como cosas baladíes, no se revuelvan contra sus investigadores, y que no haya una Sociedad de Investigaciones de Ilusiones y Alucinaciones Eminentes que persiga a Lagune con interrogatorios a fondo. Tome su casa, por ejemplo; ¡desenmascare al hombre ese de Chelsea! *A priori* podrán argüir que una cosa tan vana, tan sin sentido, sólo puede ser resultado de la imaginación morbosa de algún fantasma histórico. ¿Cree usted que realmente existe semejante cosa como el tal Lagune? Yo debo manifestar graves dudas sobre el particular. Pero, afortunadamente, su banquero es un tipo más crédulo que yo... De todo eso ya le hablará Lagune muy pronto.»

Lewisham ya no leyó más.

—Supongo que se creería la mar de gracioso cuando escribió todas estas sandeces —dijo Lewisham, amargamente, tirando violentamente las hojas de papel a través de la mesa—. Los hechos escuetos son que ha robado o falsificado o ha hecho algo por el estilo... y se ha fugado.

Se produjo un silencio.

—¿Qué ocurrirá con mi madre? —preguntó Ethel.

Lewisham miró a su suegra y reflexionó un momento. Luego miró a Ethel.

—Somos la misma familia —repuso Lewisham.

—No quiero molestar lo más mínimo a nadie —murmuró *mistress* Chaffery.

—Yo creo que podrías darme un poco de té, Ethel —dijo Lewisham, sentándose de pronto—. Al menos, eso.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa, y añadió:

—Tengo que estar en Walham Green a las siete menos cuarto.

Y tras un intervalo de continuado tamborileo, repitió:

—Somos de la misma familia.

Se hallaba principalmente ocupado por el hecho curioso de que todos fueran de la misma familia. ¡Qué facultades tan extraordinarias tenía para adquirir responsabilidades! Alzó la vista repentinamente y vio la triste mirada de *mistress* Chaffery dirigida hacia Ethel, henchida de desesperada interrogación. Su perplejidad se transformó súbitamente en lástima.

—Todo irá bien, madre —dijo Lewisham—. Seré razonable. Estoy con usted.

—¡Ah! —exclamó *mistress* Chaffery—. ¡No esperaba otra cosa!

Ethel se le acercó y le dio un beso.

Le pareció que estaba en inminente peligro de besuqueo universal.

—Quisiera que me dieras el té —repitió.

Y mientras tomaba el té hizo varias preguntas a *mistress* Chaffery, intentando enfocar bien su nueva situación.

Pero a las diez, cuando regresaba, sudando y cansado, de Walham Green, todavía estaba intentando orientar su situación. Había en aquel asunto muchos cabos sueltos y muchos inescrutables puntos de interrogación que le dejaban perplejo.

Sabía que la cena no sería más que el prelude de una interminable conversación de sobremesa, y, efectivamente, no se acostó hasta las dos. A esta hora ya habían llegado a un acuerdo en el plan de acción. *Mistress* Chaffery estaba ligada a la casa de Clapham por un largo contrato, y a la casa de Clapham debían trasladarse ellos. La planta baja y el primer piso estaban sin amueblar, y el alquiler de estos dos pisos pagaría prácticamente el alquiler de toda la casa, si se decidían a realquilarlos. Los Chaffery ocupaban los sótanos y el segundo piso. Había un dormitorio en el segundo piso, antiguamente ocupado por los inquilinos del primero, que Lewisham y Ethel podrían ocupar, y en el cual podrían colocar un tocador viejo que serviría para los estudios que tuvieran que ser proseguidos en casa. Ethel podría poner su máquina de escribir en el comedor de los sótanos. *Mistress* Chaffery y Ethel se distribuirían la compra de vituallas y el trabajo doméstico en general, y tan pronto como fuese posible, ya que el tener realquilados no se avenía con el orgullo profesional de Lewisham, tendrían que rescindir el contrato que los ligaba y alquilar otra residencia más pequeña en los suburbios. Si hacían eso sin dejar rastro de su nueva dirección, podrían poner a salvo sus temores ante la eventualidad del retorno del Chaffery pródigo.

El frecuente y patético reconocimiento por parte de *mistress* Chaffery de la bondad de Lewisham sólo alivió en parte la disposición de éste a la amargura filosófica. Y las soluciones prácticas se complicaban con digresiones sobre el tema de Chaffery, sobre lo que podía haber hecho, y adónde podía haber ido, y si volvería o no.

Cuando por fin *mistress* Chaffery, después de besar y bendecir a los dos de una manera violenta y lacrimosa (eran unos «hijos muy buenos y muy queridos», dijo) se

hubo marchado, míster y *mistress* Lewisham volvieron a su salita. La cara de *mistress* Lewisham irradiaba entusiasmo.

—Eres un sol —dijo, tendiendo los complacientes brazos que eran su recompensa—. Ya sé, ya sé que eres un sol, y toda la noche te he estado queriendo. Amado mío, amado mío, amado mío...

Al día siguiente Lewisham tenía demasiados compromisos para poder comunicar con Lagune, pero al otro día fue a visitarle y se encontró al investigador psíquico atareado con las pruebas de imprenta de *Hesperus*. No obstante, acogió cordialmente al joven, creyendo que vendría cargado con las preguntas que le había prometido plantear desde hacía tiempo. Era evidente que nada sabía del matrimonio de Lewisham. Este planteó el problema con cierta brusquedad.

—La última vez que estuvo aquí fue el sábado —dijo Lagune—. Siempre ha tenido usted suspicacias respecto a él. ¿Tiene usted algún motivo?

—Vale más que lea usted esto —repuso Lewisham, reprimiendo una tétrica sonrisa, y entregando a Lagune la carta de Chaffery.

De vez en cuando echaba una ojeada al hombrecillo para ver si había llegado a la parte en que se le aludía personalmente. Cuando Lagune llegó a la cuestión de su identidad personal hinchó los carrillos del modo más asombroso, pero no hizo otra manifestación.

—¡Caramba, caramba! —murmuró por fin—. ¡Mis banqueros!

Miró a Lewisham con la exagerada suavidad que tenían sus ojos tras del cristal.

—¿Qué cree usted que quiere dar a entender? —inquirió—. ¿Se habrá vuelto loco? Hemos estado procediendo a determinados experimentos que implican... un esfuerzo mental considerable. Él, yo y una señora. Hipnóticos...

—Yo, de usted, daría un vistazo a mi talonario de cheques.

Lagune exhibió unas llaves y sacó su talonario de cheques. Fue revisando las matrices.

—No hay nada de particular aquí —dijo, entregando el talonario a Lewisham.

—Hum... —murmuró Lewisham—. Supongo que esto... Digo, ¿está bien esto?

Devolvió el talonario a Lagune, abierto en la matriz en blanco de un cheque que había sido arrancado. Lagune se quedó mirándolo fijamente y se pasó la mano por la frente, muy confuso.

—No puedo verlo —dijo.

Lewisham no había oído hablar nunca de la sugestión poshipnótica y permaneció incrédulo.

—¿No puede ver eso? —dijo—. ¡Qué tontería!

—No puedo verlo —repitió Lagune.

Durante varios segundos Lewisham no pudo obtener otra cosa que estúpidas repeticiones de la misma respuesta a su pregunta. Luego se le ocurrió enseñarle la matriz anterior.

—Pero, ¡mire aquí! ¿Puede usted ver *esta* matriz?

—Muy bien —repuso Lagune.

—¿Puede usted leer el número?

—Cinco mil doscientos setenta y nueve.

—Perfectamente; ¿y éste?

—Cinco mil doscientos ochenta y uno.

—Bien; ¿dónde está, pues, el cinco mil doscientos ochenta?

Lagune empezó a sentirse incómodo.

—No querrá usted decir... —dijo—. No habrá... ¿Quiere hacerme el favor de leerlo en voz alta? El cheque..., la matriz, quiero decir, esa que soy incapaz de ver.

—Está en el banco —contestó Lewisham, con una irresistible sonrisa.

—Ya, ya —dijo Lagune, y la sensación de incomodidad que se traslucía en su expresión se intensificó... ¿Le molestará que llame a la criada para que lo confirme...?

Lewisham dijo que no le molestaría en absoluto, y la misma muchacha que le había abierto la puerta el día de la sesión espiritista, compareció. Cuando hubo testificado se fue. Al salir de la habitación por la puerta que había detrás de Lagune, sus ojos se encontraron con los de Lewisham, y entonces enarcó las cejas, deprimió los labios y miró a Lagune con una expresión muy significativa.

—Mucho me temo —dijo Lagune— haber sido tratado muy mal. Míster Chaffery es un hombre con poderes indiscutibles... con poderes indiscutibles; pero mucho me temo... muchísimo me temo que haya abusado de las condiciones en que se hizo el experimento. Todo esto... y sus insultos... me han llegado al corazón.

Callóse. Lewisham se puso de pie.

—¿Querrá usted volver otro día? —preguntó Lagune, con amable cortesía.

Lewisham se sorprendió de tener que excusarse.

—Era un hombre extraordinariamente dotado —continuó Lagune—. Yo había llegado confiar ciegamente en él... Mi balance en el banco ha sido más que satisfactorio durante estos últimos años. Lo que ignoro es cómo él pudo llegar a saberlo. Sin tomar en consideración, claro está, que era un hombre extraordinariamente dotado.

Cuando Lewisham vio a Lagune de nuevo se enteró de los detalles de la fechoría de Chaffery y del hecho adicional de que la «señora» había también desaparecido.

—Buen trabajo —observó, con egoísmo—. Así no hay probabilidades de que regrese.

Estuvo un momento intentando imaginarse la «señora»; se dio cuenta más vivamente que nunca del reducido radio de su experiencia, de los límites de su imaginación. ¡Las personas aquellas, de pelo entrecano y honor truncado, también tenían sus emociones! ¡Y hasta podían ser radiantes! Volvió a los hechos. Chaffery había inducido a Lagune, hipnotizado, a que firmara un cheque de banco, diciéndole que quería un «autógrafo».

—Lo extraño es —explicó Lagune— que dudosamente será considerado legalmente responsable. La ley es muy peculiar en cuestiones de hipnotismo, y, a fin de cuentas, es cierto que yo firmé el cheque.

El hombrecillo, a pesar de sus pérdidas, estaba casi alegre, a causa de un curioso incidente secundario.

—Podrá usted decir que es coincidencia —dijo—. Podrá decir que es pura carambola, pero yo prefiero darle otra interpretación. Fíjese en esto: el total de mi balance es un secreto entre yo y mis banqueros. Él no pudo saberlo por mí, porque yo lo ignoraba..., ya que no había mirado mi libreta del banco desde hacía meses. Pero él lo sacó todo en un solo cheque, dejando sólo diecisiete chelines y seis peniques del total. ¡Y el total era de más de quinientas libras!

Pareció más alegre que nunca al llegar a la culminación de su argumento.

—Dejando sólo diecisiete chelines y seis peniques —repitió—. Ahora bien: ¿cómo se explica usted eso?... Deme usted una razón materialista que pueda explicarlo. Usted no puede. Yo tampoco.

—Creo que puedo —repuso Lewisham.

—¡Ah! ¿Y cómo?

Lewisham, con un movimiento de cabeza, indicó el cajoncito del escritorio.

—¿No cree usted que..., quizá, disponía de una llave falsa?

La expresión de Lagune quedó presente en la mente de Lewisham, con gran regocijo de éste, mientras regresaba a Clapham. Pero, al cabo de cierto tiempo, el regocijo desapareció, desmoralizándose ante la comprobación del hecho extraordinario de que Chaffery fuera su suegro, *mistress* Chaffery su suegra, y de que estos dos, junto con Ethel, constituyesen su familia, su clan, y que aquella mugrienta y destartalada casa en lo alto de la cuesta de Clapham tuviese que ser un hogar. ¡Su hogar! Su conexión con todas estas cosas, como punto de partida de su existencia, era ahora tan inexorable como si él hubiese nacido en aquel ambiente. Y un año antes, si se exceptúa una difusa reminiscencia de Ethel, ninguna de aquellas personas tenía existencia para él. ¡Los caminos del destino! Los sucesos de los últimos meses, acortados en su perspectiva, parecían movidos con una rapidez casi de pantomima. Le pareció de pronto que aquello tenía mucho de risible; y se echó a reír.

Su risa marcó una época. Nunca hasta entonces se había reído Lewisham al hallarse en un aprieto. La enorme seriedad de la adolescencia tocaba a su fin; los días de su futuro estaban numerados. Era una risa de concesiones infinitas.

CAPÍTULO XXXI

EN BATTERSEA PARK

AHORA bien: aunque Lewisham había prometido terminar sus relaciones con *miss* Heydinger, no hizo nada de lo dicho durante cinco semanas, sino que meramente dejó por contestar aquella crucial carta suya. Durante este período tuvo lugar su traslado desde la casa de *mistress* Gadow a la tétrica de Clapham, no sin que mediara una controversia poliglota. La joven pareja se aposentó en la pequeña habitación del segundo piso, tal como había quedado convenido. Y allí fue donde, súbitamente, el mundo se transformó, se transfiguró pasmosamente, por obra y gracia de un susurro.

Fue un susurro entre sollozos y lágrimas, con los brazos de Ethel en torno a Lewisham y la cabellera de Ethel suelta, de modo que le ocultaba la cara. Y él también había susurrado algo, tal vez un poco espantado, y, no obstante, sintiendo un extraño orgullo, una extraña emoción novísima, sintiéndose completamente diferente de como se había imaginado que se sentiría cuando lo que tanto había temido, llegase. Súbitamente percibió una finalidad, el advenimiento de la solución, la resolución del conflicto en que había estado tanto tiempo empeñado. Las vacilaciones tocaban a su fin. Lewisham se trazó el camino a seguir.

Al día siguiente escribió una nota, y dos días más tarde salió a dar clase de matemáticas a sus morosos con una hora de anticipación respecto a la usual, y en lugar de dirigirse directamente a casa de Vigours, cruzó el puente hacia Battersea Park. Allí encontró esperándole a *miss* Heydinger, paseándose frente a un banco donde en otra ocasión también se habían encontrado. Siguieron paseándose, ahora juntos, hablando durante un buen rato de cosas indiferentes, hasta que sobrevino una pausa.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó *miss* Heydinger, bruscamente.

El semblante de Lewisham cambió un poco de color.

—¡Ah, sí! —dijo—. Lo que ocurre es... ¿Te dije nunca que estaba casado?

—¿Casado?

—Sí.

—¿Casado?

—Sí —repitió con un poco de impertinencia.

Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada. Lewisham estaba tranquilamente contemplando las dalias del Ayuntamiento de Londres, y *miss* Heydinger le estaba contemplando a él.

—¿Y esto era lo que tenías que decirme?

Míster Lewisham se volvió hacia ella y la miró en los ojos.

—¡Sí! —exclamó—. Esto es lo que tengo que decirte.

Pausa.

—¿Te molesta que me siente? —preguntó *miss Heydinger*, en tono indiferente.

—Hay un asiento allá —dijo *Lewisham*—, debajo del árbol.

Anduvieron hasta el asiento, en silencio.

—Ahora... —murmuró *miss Heydinger*, sosegadamente—, dime con quién te has casado.

Lewisham contestó a grandes rasgos. Ella siguió haciéndole preguntas. *Lewisham* se sintió muy estúpido y contestó con tartamudeos.

—Debía de saberlo —dijo *miss Heydinger*—. Debía de saberlo. Sólo que no quise saberlo. Dime algo más. Háblame de ella.

Lewisham así lo hizo.

En conjunto la cosa le resultaba abominablemente desagradable, pero tenía que hacerlo, le había prometido a *Ethel* que lo haría. En seguida *miss Heydinger* se percató de las líneas generales de esta historia, conoció el argumento, todo, excepto la emoción que la hacía creíble.

—¿Y ya estabais casados antes del segundo examen? —repitió ella.

—Sí —repuso *Lewisham*.

—Pero, ¿por qué no me lo dijiste antes? —preguntó *miss Heydinger*.

—No sé —contestó *Lewisham*—. Hubiera querido hacerlo... aquel día en *Kensington Gardens*. Pero no lo hice. Me parece que hubiera tenido que decírtelo.

—Yo creo que ésa era tu obligación.

—Sí; supongo que sí... Pero no lo hice. De todos modos..., me ha sido muy difícil. No sabía lo que tú dirías. Me ha parecido todo tan duro, ¿sabes?, y tan... ¡en fin...!

Se calló sin saber qué decir.

—Supongo que tenía que ser así —dijo *miss Heydinger*, al cabo de unos instantes, con los ojos fijos en el perfil de *Lewisham*.

Este empezó a explicar la segunda parte, y la más difícil, de su relato.

—Ha habido cierta dificultad —dijo— durante todo este tiempo... Quiero decir... respecto a ti, eso es. Es un poco difícil... Lo que ocurre es que mi esposa, ¿sabes...?, ve las cosas de un modo diferente a como las vemos nosotros.

—¿Nosotros?

—Sí..., es muy extraño, claro. Pero resulta que ella ha visto tus cartas...

—No irías a enseñárselas...

—No. Pero quiero decirte que ella sabe que tú me escribes, y también sabe que escribes sobre socialismo y literatura y... otras cosas que tenemos en común... y que ella no sabe.

—¿Quieres decir que ella no entiende esas cosas?

—Nunca ha pensado en ellas. Supongo que será debido a cierta diferencia en la educación...

—¿Y pone reparos...?

—No —respondió *Lewisham*, mintiendo prontamente—. No pone ningún reparo...

—¿Entonces...? —preguntó, pálida, *miss Heydinger*.

—Tiene la impresión de que... Tiene la impresión..., aunque no lo diga, claro está, pero yo ya sé que tiene la impresión de que se trata de algo que ella debiera compartir conmigo. Yo ya sé... lo mucho que se preocupa por mí. Y esto es un bochorno para ella... porque le recuerda... ¿No comprendes que le duele?

—Sí. Ya lo comprendo. Así, incluso aquella pequeña...

Miss Heydinger pareció perder el aliento y se quedó súbitamente callada. Por fin habló, haciendo un gran esfuerzo:

—También me duele a mí —dijo; hizo una mueca y volvió a callarse.

—No —dijo Lewisham—. No es eso... Bueno, sí, ya sabía que esto iba a doler.

—Tú la quieres. Tú puedes sacrificar...

—No. No es eso. Hay una diferencia. Si a ella le duele..., ella no puede comprenderlo. Pero en cuanto a ti..., desde luego, me parece una cosa muy natural recurrir a ti. Me parece como si dependiera de ti... A ella siempre le estoy haciendo concesiones...

—Tú la quieres.

—No sé si será eso lo que hace la diferencia. ¡Todo es tan complejo! El amor lo significa todo... o nada. Yo te conozco a ti mejor que a ella, y tú me conoces mejor de lo que ella me podrá nunca conocer. Te podría referir muchas cosas que no se las podría referir a ella. Podría ponerme todo yo ante ti... casi... y sé que tú comprenderías... Sólo que...

—Tú la quieres.

—Sí —concedió Lewisham, mansamente, tirándose del bigote—. Supongo que será eso.

Durante un rato ninguno de los dos habló. Luego *miss* Heydinger exclamó, con extraordinario énfasis:

—¡Oh...! ¡Y pensar que esto es el fin de todo! Que todas tus promesas... ¿Qué te da ella que yo no pudiera haberte dado...? ¡Incluso ahora! ¿Por qué tendría que abandonar todo lo de ti que es mío? Si ella pudiese conformarse... Pero ella no podrá conformarse. Si te dejas, tú no harás nada. Toda tu ambición, todos tus intereses disminuirán hasta degenerar y morir, y a ella no le importará lo más mínimo. No comprenderá. Se creará que todavía te tiene. ¿Por qué tendrá que codiciar lo que no puede poseer? ¿Por qué hay que darle lo que es mío...? ¿Para que lo tire?

No miró a Lewisham; su rostro era una máscara blanca de desesperación.

—Hasta cierto punto... había llegado a pensar en ti como algo que me pertenecía... Y así seguiré pensando... todavía.

—Hay una cosa —dijo Lewisham, después de una pausa— que ya se me ha ocurrido dos o tres veces en estos últimos tiempos. ¿No crees que quizás has sobrestimado las cosas que yo podría haber hecho? Ya sé que hemos hablado de hacer grandes cosas. Pero he estado luchando durante más de medio año para ganarme la vida del modo que, según parece, se la gana la mayoría. Y esto me ha tomado todo el tiempo. No puedo evitar la idea de que, a fin de cuentas, el mundo sea acaso un asunto mucho más difícil...

—No —contradijo ella decididamente—. Tú podrías haber hecho grandes

cosas... E incluso ahora podrías hacer grandes cosas... Con sólo que pudiera verte alguna vez, y escribirte también de vez en cuando... Eres tan capaz... ¡y tan débil! Tienes que tener a alguien. Esta es tu debilidad. No te bastan tus creencias, Necesitas creencias y sostén..., creencias firmes y soporte liberal. ¿Por qué no podría ser yo tu sostén? Es todo lo que deseo ser. Es, al menos, todo lo que deseo ser, ahora. ¿Qué necesidad hay de que ella lo sepa? No le robo nada. No quiero nada... de lo que ella tiene. Pero, en lo que a mí me atañe, sé que no puedo hacer nada. Ya sé que contigo... Es sólo el saberlo lo que le hace daño... ¿Por qué tiene que saberlo, pues?

Míster Lewisham la miró, dubitativamente. La visión de la grandeza de él era lo que encandilaba los ojos de la joven. En aquel instante, al menos, Lewisham no abrigó ninguna duda en cuanto a la posibilidad de su carrera. Pero él sabía que, de algún modo, el secreto de su grandeza y aquella admiración iban juntos. Era de suponer que serían una misma cosa, una e indivisible. Realmente, ¿qué necesidad había de que Ethel lo supiera? Su imaginación recorrió todas las cosas que podrían hacerse, todas las cosas que podrían suceder, en lo referente a complicaciones, confusiones y descubrimientos.

—Lo que ocurre es que debo simplificarme la vida. No haré nada a menos que me simplifique la vida. Sólo los ricos pueden permitirse el lujo de ser complejos. Hay que ser una cosa u otra...

Vaciló un momento, y de repente tuvo la visión de Ethel llorando como una vez en que la vio llorar, con la luz reflejándosele en las lágrimas.

—No —repuso casi brutalmente—. No. Es así... No puedo hacer nada en secreto. Quiero decir... No soy tan asombrosamente honesto... ahora. Pero no tengo esta clase de ideas. Ella me lo descubriría. No serviría para nada y ella lo descubriría. Mi vida es demasiado compleja. No puedo conducirla a buen puerto por la línea recta. Yo..., tú me has sobrevalorado. Y, además... han ocurrido cosas. Algo...

Dudó unos instantes y luego dijo con decisión:

—Tengo que simplificar, y esto es lisa y llanamente lo principal. Lo siento, pero es así.

Miss Heydinger no respondió. Su silencio le dejó muy asombrado. Durante, tal vez, veinte segundos, se quedaron allí sentados sin decirse nada. Con un rápido movimiento ella se puso en pie e inmediatamente también Lewisham se puso en pie frente a ella. Miss Heydinger tenía el rostro muy colorado y sus ojos miraban al suelo.

—Adiós —dijo súbitamente, en voz casi inaudible, tendiéndole la mano.

—Pero... —murmuró Lewisham, y se calló.

Miss Heydinger perdió el color.

—Adiós —repitió mirándole de repente a los ojos, y sonriéndole con una mueca—. No tenemos nada más que decirnos, ¿verdad? Adiós.

Lewisham le cogió la mano.

—Espero que no he...

—Adiós —dijo miss Heydinger con impaciencia. Bruscamente desasíó su mano de la de Lewisham, y, dando media vuelta, se fue.

Lewisham dio un paso en pos de ella.

—¡Miss Heydinger! —llamó sin que ella se detuviera—. ¡Miss Heydinger!

Entonces se dio cuenta de que ella no quería volver a contestarle...

Se quedó inmóvil, observando la figura que se alejaba. Se sintió invadido por la extraña sensación de haber perdido algo y por un vago impulso de echar a correr en su persecución para alcanzarla y verterle en el oído un raudal de vagas protestas apasionadas...

Miss Heydinger no volvió la cabeza ni una sola vez. Ya su silueta era lejana cuando Lewisham echó a andar apresuradamente tras ella. Una vez hubo echado a andar fue acelerando el paso y ganando terreno. Al llegar a la verja de entrada del parque Lewisham se hallaba a unos treinta metros de distancia.

Entonces retrasó el paso. De pronto, tuvo miedo de que ella volviese la cabeza; pero *miss* Heydinger franqueó, sin detenerse, la verja y se perdió de vista. Él se detuvo, mirando por el sitio por donde había desaparecido. Dio un suspiro y torció hacia la izquierda, por el sendero que conducía al puente, y de allí a casa de Vigours.

Al llegar a la mitad del puente le sobrevino otra crisis de indecisión. Se detuvo, vacilante. Una idea impertinente le obstruía la mente. Miró su reloj y vio que debía apresurarse si quería coger el tren para Earl's Courth y la casa de Vigours. Pensó que Vigours podía irse al diablo. Pero, al fin, cogió el tren.

CAPÍTULO XXXII

VICTORIA COMPLETA

AQUELLA tarde, a eso de las siete, Ethel entró en su habitación con una papelerera que había comprado para Lewisham. Le encontró sentado ante el pequeño tocador donde tenía que «escribir». El panorama era, teniendo en cuenta lo que son los panoramas londinenses, espacioso. Al final de una larga pendiente de tejados, hacia la Junction, un inmenso cielo azul se prolongaba por arriba hasta el ya oscuro cénit y diluía hacia abajo en el nebuloso misterio de tejados erizados de chimeneas. El concierto de luces del tráfico y de los ferrocarriles brindaba un cambiante espectáculo. Se oía el ruido de cadenas de los vagones iluminados, y se veían vagamente las perspectivas de las calles. Ella le enseñó la papelerera y la puso a su lado, y entonces su mirada se fijó en el documento amarillo que Lewisham tenía en la mano.

—¿Qué es eso que tienes ahí?

Él se lo enseñó.

—Lo encontré en el fondo de mi caja amarilla... Es de Whortley.

Ethel se lo tomó de la mano y vio que se trataba de un esquema cronológico. Llevaba por título *Schema*, había unas anotaciones al margen y todas las fechas habían sido modificadas por una presurosa mano.

—¡Qué amarillo se ha vuelto! —exclamó la joven.

A Lewisham le pareció que no era aquélla la frase indicada. Contempló el documento con un súbito acceso de simpatía. Hubo un intervalo. Él se dio cuenta de que Ethel le apoyaba la mano en el hombro, y de que estaba inclinada sobre él.

—Querido —murmuró Ethel, con una extraña alteración en el tono de la voz.

Lewisham se dio cuenta de que ella estaba buscando la manera de decir algo que le era muy difícil expresar.

—Di —repuso en seguida.

—¿No te aflige esto?

—¿Qué?

—*Esto*.

—¡No!

—¿No? ¿No lo sientes?

—No... No lo siento.

—No puedo comprenderlo. Es tan...

—Estoy contento —proclamó él—. ¡Contentísimo!

—Pero... la molestia..., el gasto... ¿Y tu trabajo?

—Sí —aclaró—. Eso es precisamente.

Ethel lo miró, extrañada. Él levantó la vista y ella hizo una muda pregunta a sus ojos. Lewisham la ciñó con el brazo, e inmediatamente y casi sin darse cuenta ella

obedeció a su presión, e inclinándose le besó.

—Esto lo deja todo bien sentado —dijo Lewisham sin soltarla—. Esto nos une. ¿No lo ves? Antes... Pero ahora es distinto. Es algo que tenemos entre los dos. Es algo que... Es la ligazón que necesitábamos. Nos juntará, nos unirá. Será nuestra vida. Este será, de ahora en adelante, mi trabajo. Lo otro...

Enfrentándose con una verdad, añadió:

—¡Era vanidad y nada más que vanidad!

Todavía una sombra de duda oscurecía el semblante de Ethel, algo así como un anhelo inexpresado.

Al cabo de un instante, habló.

—Querido...

—Di.

Ethel frunció el ceño.

—¡No! —exclamó—. No puedo decirlo.

Durante el intervalo adoptó una cómoda posición sentándose sobre las rodillas de Lewisham.

Él le besó la mano, pero el rostro de Ethel permaneció grave, y mirando el crepúsculo por la ventana, dijo:

—Ya sé que soy muy estúpida. Las cosas que digo... no son las que siento.

Lewisham aguardó a que ella dijera más.

—No vale la pena —murmuró Ethel.

Lewisham tuvo la sensación de que la responsabilidad de la expresión le tocaba a él ahora; y también encontró bastante dificultad en traducirla en palabras.

—Creo comprender —dijo, luchando contra lo impalpable.

La pausa que siguió pareció larga, y, no obstante, de ningún modo vacía. Ella cayó bruscamente en el prosaísmo, y, desprendiéndose de él, dijo:

—Si no voy abajo, mi madre tendrá la cena...

Al llegar a la puerta se detuvo y volvió hacia él una cara radiante. Durante un momento se examinaron detenidamente. Para Ethel, Lewisham no era más que una vaga silueta. Impulsivamente él tendió los brazos...

Luego, al oír un ruido en el piso de abajo, Ethel se libró de su abrazo y echó a correr a escape. Lewisham oyó cómo ella gritaba:

—¡Madre! No pongas la mesa. Tienes que descansar.

Se quedó escuchando sus pisadas hasta que se extinguieron en la cocina. Luego volvió sus miradas al *Schema*, y durante un momento le pareció una cosa muy insignificante.

Lo cogió con las dos manos y lo contempló como si hubiese sido escrito por otro. Y era verdad, pues realmente lo había escrito otra persona.

—Folletos de la causa liberal —leyó sonriendo.

Inmediatamente, un tren de ideas se lo llevó muy lejos. Su actitud se relajó un poco, el *Schema* se transformó de momento en mero símbolo, en un punto de partida, y se puso a contemplar por la ventana los progresos del anochecer. Durante mucho tiempo se quedó allí sentado, persiguiendo a unos pensamientos que eran emociones

a medias, emociones que fueron cobrando la forma y la sustancia de las ideas. La corriente aquella, cada vez más profunda, llegó a remover por fin las mismas raíces de la palabra.

«Sí, fue vanidad —pensó Lewisham—, vanidad de muchacho. Para mí, al menos. Yo tengo dos lados... ¿Dos lados...? ¡Perogrullada...! Ensueños como los míos... Habilidades como las mías. ¡Sí..., cualquier hombre! Y no obstante... ¡Las cosas que me proponía hacer!»

Sus pensamientos convergieron hacia el socialismo, hacia la candente ambición de arreglar y recomponer el mundo. Se maravilló al considerar las perspectivas que había descubierto aquellos días.

«No es para nosotros... ¡No es para nosotros! Nosotros hemos de perecer en esta tosquedad... Algún día, no sé cuándo. Pero no es para nosotros... ¡Y pensar que todo es el Hijo! ¡El futuro es el Hijo! ¡El futuro! ¿Qué somos nosotros, todos nosotros, sino servidores o traidores de eso...?»

«La selección natural..., de lo que se deduce... que a este lado se halla la felicidad... o debe hallarse. No puede haber otra.»

Exhaló un suspiro.

«Que dure toda una vida... Y, no obstante..., es casi como si la vida me hubiera jugado una mala pasada..., prometiéndome tanto y dándome tan poco... ¡No! ¡No hay que considerarlo de esta manera! ¡Así no vale! Así no vale... ¡Carrera! Ya en sí mismo resulta una carrera..., la carrera más importante del mundo. ¡Padre! ¿Para qué necesito más...? ¿Y Ethel? No es extraño que estuviera tan pálida. Siempre ha estado pálida, pero ahora mucho más. No es de extrañar que estuviese tan inquieta. Insatisfecha... ¿Qué tenía que hacer? Era la que llevaba la casa... Era un juguete... Sí... Esto es la vida. ¡Sólo esto es la vida! Para esto hemos sido creados, para eso hemos nacido. Estas otras cosas... todas las demás cosas... sólo son a modo de juguetes... ¡Jugar!»

Su mirada se posó otra vez sobre el *Schema*. Sus manos se fueron al otro ángulo de la mesa. La visión de aquella carrera tan bien arreglada, aquella ordenada secuencia de trabajo y de éxitos, de distinciones y más distinciones, se irguió brillantemente del símbolo. Luego, apretando los labios, rompió en dos aquella hoja amarilla. La rompió con satisfacción. Dobló las dos mitades y volvió a romperlas, las dobló de nuevo muy cuidadosa y limpiamente y siguió rompiendo hasta que el *Schema* quedó desmenuzado en innumerables pedacitos. Con aquello le pareció que rompía todo su pasado.

«¡Jugar! —murmuró después de un largo silencio—. Es el final de la adolescencia, el final de los vacuos ensueños...»

Permaneció inmóvil, con las manos descansando sobre la mesa y los ojos fijos en el cuadro azul de la ventana. La luz menguante se concentró en un punto y se

transformó en una estrella.

Se encontró los rotos pedazos aún en la mano. Tendió el brazo y los dejó caer en aquella papelera nueva que Ethel acababa de comprarle.

Dos pedazos cayeron fuera de la papelera. Lewisham se agachó, los recogió y los puso cuidadosamente con los demás.